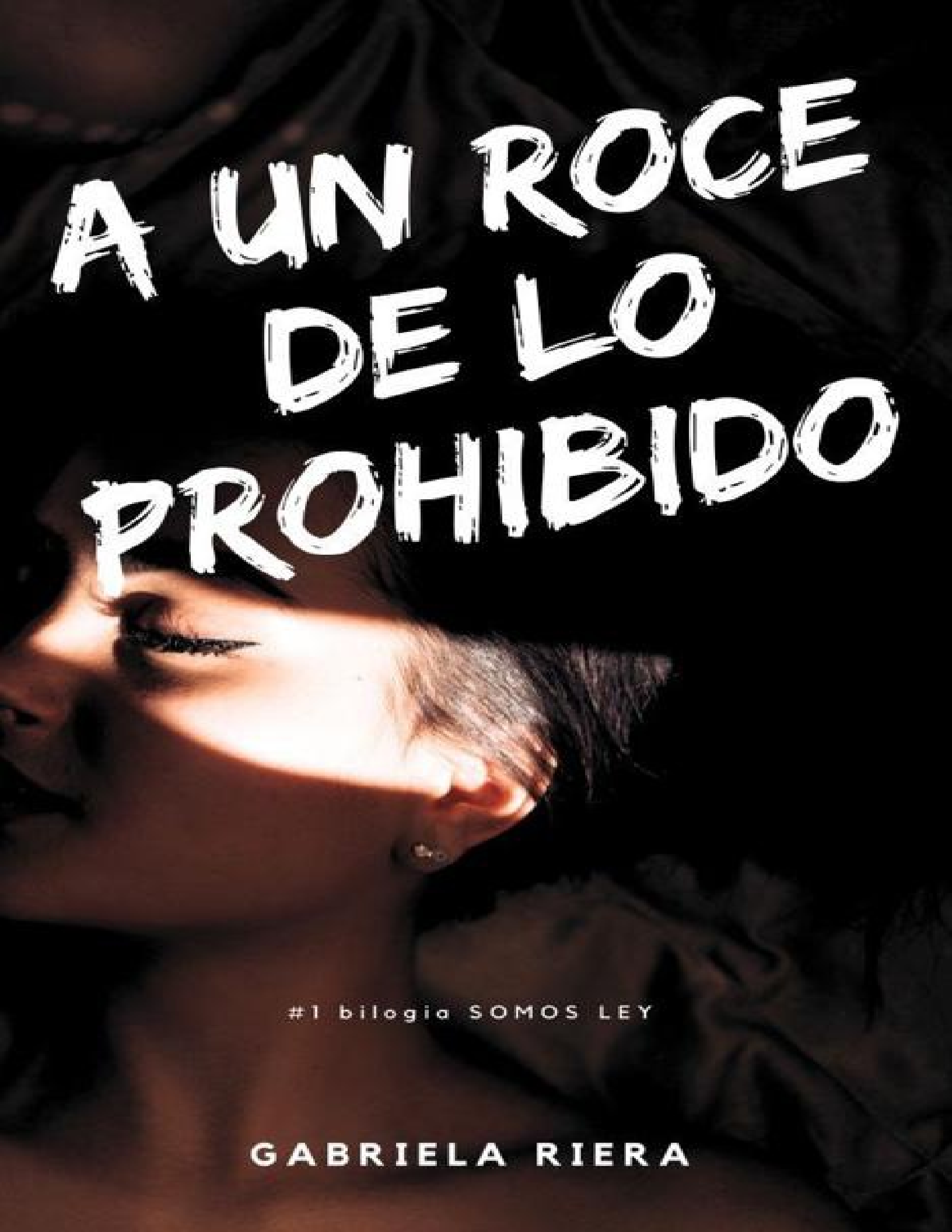

A UN ROCE DE LO PROHIBIDO
#1 bilogia SOMOS LEY
GABRIELA RIERA

A un roce de lo prohibido

GABRIELA RIERA

Copyright © 2024 Gabriela Riera
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798302551580

Portada diseñada por Freepik
Imágenes extraidas de las cuentas de:
@teksomolika y *@freepic.diller*

A veces los sueños pueden venir en más de un formato.

CONTENIDO

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

DYLAN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

DYLAN

BROOKLYN

DYLAN

BROOKLYN

BROOKLYN

DYLAN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

DYLAN

DYLAN

DYLAN

BROOKLYN

BROOKLYN

BROOKLYN

DYLAN

BROOKLYN

DYLAN

ADVERTENCIA

A un roce de lo prohibido es una novela de romance para jóvenes adultos que puede contener **escenas de sexo**, **violencia** o **miedo** y **vocabulario no apto** para todo público. Lee bajo tu propia responsabilidad.

...

Mucha **terminología empleada** en la novela, **organizaciones**, **reglas** de organizaciones, **protocolos**, etc., no son cien por cien fieles a sus equivalentes en la vida real. **Se ha intentado ser fiel** a lo NO ficticio para hacer la novela más creible, pero siempre **existe la posiblidad de que haya errores o invenciones intencionadas**. Tenlo en cuenta y **no utilices** la información que contiene el libro **como fuente de investigación** para nada importante.

1

BROOKLYN

Esto tiene que ser una broma.

Reviso dentro de mi bolso una vez más, pero lo único nuevo que encuentro es un paquete de chicles que le cambie a un autoestopista por un dólar. Nada brillante y puntiagudo, solo eso.

Mierda.

No están.

Las llaves de casa de mi padre no están.

Creía haberlas puesto en el bolsillo pequeño cuando estaba en la frontera entre Pensilvania y Virginia. ¿Cómo pueden haber desaparecido? Tal vez se me hayan caído en el coche…

No, las hubiera escuchado caer.

Joder, joder, joder.

Seguro que, con las prisas de salir de la residencia esta mañana, me las he dejado encima de la mesita de noche.

Sabía que tendría que habérmelas guardado en cuanto llegaron por correo, pero me daba tanta pereza mover el sobre de donde lo había dejado Lisi —mi compañera de habitación—, que ni lo intenté.

Alzo la cabeza y vuelvo a mirar la casa que tengo delante y en la que pasé la mayor parte de mi adolescencia.

De noche se ve mucho más grande e imponente que de día. No es una mansión —más bien una monada blanca estilo moderno que solo tiene dos plantas—, pero aun así grita dinero por todas partes.

Igual que el resto de casas del vecindario.

Cuando cumplí trece y a mi padre lo ascendieron a agente especial del FBI, nos mudamos a este barrio. Él insistía en que una familia de nuestra categoría no podía seguir viviendo en una casucha victoriana en la parte mala de la ciudad.

A mí no me importaba, pero tampoco me quejé del cambio.

A medida que a mi padre lo fueron ascendiendo, la idea de mudarse a una mansión comenzó a flotar en el aire. Por suerte, se desechó cuando dije que me gustaba esta casa y que quería quedarme aquí.

Todavía quiero.

Una pena que, después de más de diez horas de viaje en coche desde la universidad de Pensilvania, no vaya a poder entrar.

Eso me pasa por despistada.

Tendría que haber dicho que sí cuando mi padre se ofreció a pagarme un billete de avión. Hubiera llegado hace horas. Pero no, yo quería venir en mi coche.

Vaya estupidez.

Ahora estoy atrapada fuera, sin batería en el móvil y con apenas gasolina en el motor.

Mi padre me dijo hace un par de horas que iba a pasar la noche fuera de casa por cuestiones de trabajo, así que llamar al timbre no es una opción.

Muy bien, Brooklyn. Respira, no es el fin del mundo, tan solo respira.

Vuelvo a meter las maletas y el bolso en el coche y me aseguro de cerrarlo con llave.

Podría quedarme dentro, pero no hay forma en el infierno de que consiga dormir más de cinco minutos. Estaré en un barrio rico, pero los violadores más peligrosos están ocultos entre la gente con dinero.

Tengo que entrar en la casa.

Y sé exactamente cómo voy a hacerlo.

Avanzo por el camino de piedra que hay frente a la entrada principal, y cuando estoy a punto de llegar al porche, me desvío por la puerta trasera que da a la piscina.

El jardinero siempre se olvida de cerrar los fines de semana.

Esquivo el rastrillo y la manguera que hay al otro lado, y atravieso la zona de la piscina sin fijarme demasiado en las dos tumbonas nuevas junto al fresno.

Esto me trae recuerdos de mi último año de instituto. Siempre llegaba a casa un poco más tarde de la hora acordada, así que si quería entrar tenía que colarme por el jardín trasero y forzar una de las puertas de cristal que dan a la cocina.

Son puertas antirrobo muy complicadas de forzar. Solo yo y mi padre sabemos cómo abrirlas.

Me enseñó a hacerlo por si tenía una emergencia.

Y en el instituto no podía haber mayor emergencia que llegar a casa borracha y no querer que tu perfecto padre te viera.

Me acerco con cuidado de no hacer ruido y despertar a algún vecino que tenga el número del sheriff en marcación rápida.

En teoría no estoy haciendo nada ilegal —es mi casa—, pero no quiero tener que vérmelas con la policía siendo la hija de un respetado agente del FBI.

Las puertas se abren sin problemas y yo me deslizo dentro de la cocina tan rápido como puedo. Una vez dentro, me aseguro de volver a cerrarlas bien.

Suspiro.

Por fin en casa.

Estiro el brazo y le doy al interruptor de la luz que hay a un lado de la estufa. La cocina se ilumina, pero ni siquiera tengo tiempo de situar la nevera antes de que una sombra me pase de largo.

¿Qué cojones…?

Se me escapa un jadeo al notar el filo de una navaja rozarme la garganta. Un brazo me rodea la cintura por detrás y pega mi espalda contra un pecho suave y duro a la vez.

Mi primer instinto es gritar, pero la voz masculina y ronca del intruso, me detiene.

—Yo que tú mantendría la boca cerrada —susurra muy cerca de mi oreja.

Noto el deje de su barba rozarme el cuello y después el hombro. De repente, mis fosas nasales se llenan con su exquisito olor a jabón.

Reprimo un escalofrío.

El desconocido me empuja por la espalda sin cuidado y me pega a la encimera. Tan solo tengo un par de segundos para darme la vuelta antes de volver a sentir su navaja contra mi cuello.

Esta vez de frente.

Se me eriza la piel al alzar la mirada y toparme de lleno con los ojos más grises que he visto en mi vida. Tan grandes y profundos que es imposible no quedarse petrificada.

Pestañeo un par de veces.

Mierda.

Creo que tengo enfrente al hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Es bastante alto —probablemente me saque una o dos cabezas—, tiene los hombros anchos y los músculos marcados, pero su constitución es delgada. Por la camiseta blanca y los shorts deportivos que lleva, cualquiera diría que acaba de levantarse de la cama.

El pelo negro y corto le cae desordenado por la frente. Por un segundo, hasta tengo ganas de apartárselo para que no disturbe la imagen de su mandíbula perfecta, su nariz recta y esos labios tan peligrosamente jugosos.

Aparte de una pequeña cicatriz cerca de su ceja derecha y otra en el cuello, no hay ninguna marca en él que grite que es humano.

Toda su aura está rodeada por una enorme señal de prohibido, pintada en un rojo muy intenso.

Joder.

Joder.

Joder.

¿De dónde ha salido?

Me quedo sin aire cuando veo sus ojos recorrerme con el mismo descaro con el que yo lo he recorrido a él. No sé por qué, pero siento como si mi cuerpo estuviera ardiendo en llamas y no pudiera respirar a través del humo.

Debería correr o esconderme tal y como me ha enseñado mi padre, pero huir de este hombre es de lo último que tengo ganas ahora.

Abro la boca para preguntarle quién es, pero lo único que se me escapa es un pequeño balbuceo que me hace daño en la garganta. El filo de la navaja hace presión contra mi cuello cuando me muevo, la tensión se acumula en mi pecho.

El desconocido clava sus ojos en los míos con una intensidad que acrecienta el nudo en mi estómago. Las pupilas se le han oscurecido un tono o dos y ahora me mira como un asesino miraría a su víctima.

Con ganas de hacerme daño.

—¿Quién coño eres? —gruñe en mi dirección, y su tono es mucho más frío y severo que antes.

Trago saliva.

Me tiene aplastada contra la encimera y su cuerpo. Estamos tan pegados que noto el movimiento acelerado de su pecho contra el mío.

Ni siquiera soy capaz de formular una respuesta.

Me sudan las manos y solo puedo concentrarme en el calor que se arremolina en la parte baja de mi estómago.

Su mirada severa no abandona la mía y sé que no debería estar pensando en cómo su respiración cálida me hace cosquillas en la oreja, pero es casi hipnotizante.

Mierda.

Si mi padre me viera, probablemente me echaría una buena bronca.

Parezco una colegiala y no una mujer de veintidós años recién graduada. Mis hormonas tendrían que estar más que enjauladas a estas alturas.

¿Qué me pasa?

Es culpa de este hombre. Todavía no sé quién es, pero lo que está claro es que está jugando con su atractivo para despistarme.

Alzo la cabeza y trato de mostrar toda la compostura que no había mostrado hasta ahora.

—La que debería preguntar eso soy yo, ¿no crees? —digo y tengo ganas de darme una palmadita en la espalda por lo firme que suena mi voz.

—Responde la puta pregunta.

La saliva se acumula en mi garganta.

Estoy en clara desventaja, lo sé, pero me da absolutamente igual. Mi boca se mueve sola.

—Ni de coña.

Sonríe.

Sonríe.

Y es la sonrisa más malditamente letal que he visto en mi vida.

Mierda, creo que voy a desmayarme.

—¿Crees que esto es un juego, caramelito? —Noto la punta de su navaja torturar mi cuello unos segundos antes de que comience a moverla hacia abajo. Ni siquiera me hace daño, es un movimiento suave y perturbador— Podría aplastarte ahora mismo como si fueras un insecto.

Caramelito.

Esa palabra pierde todo matiz de inocencia en cuanto sale de su boca. Suena demasiado inquietante, demasiado erótica.

Se me eriza la piel.

¿Por qué me llama así?

No digo nada y durante un par de segundos lo único que hago es observarlo.

Todavía recuerdo la vez que le insistí a mi padre para que me enseñara defensa personal. Se negó, por supuesto, y el noventa por ciento de lo que me dijo fue huye siempre que puedas, pero también me dio un valioso consejo.

Cuando te enfrentas a un agresor, casi siempre puedes predecir su próximo movimiento.

Solo tienes que observarlo atentamente. Todos acaban sacándolo a la luz.

Este hombre es como un puto bloque de hielo. Su rostro es inexpresivo, pero aun así lo veo detrás de sus penetrantes ojos grises: no va a hacerme daño y eso es todo lo que necesito para enfrentarme a él.

—¿Y por qué no lo haces?

Doy un paso al frente —un simple paso que me envuelve en su fragancia masculina— y alzo la cabeza lo suficiente como para que su navaja se clave un poquito más en mi piel.

Escuece, pero su reacción hace que valga la pena.

Lo he pillado por sorpresa.

Está sorprendido. Sorprendido y cabreado.

Lo sé por el tic de su mandíbula. La aprieta con tanta fuerza que se le marcan los huesos de la cara.

Definitivamente está cabreado. Muy cabreado.

Espero que me insulte, que empiece a gritarme… Lo que sea que calme la oscuridad que le

tiñe la expresión, pero no lo hace. Sus ojos brillan con algo que no había visto antes, algo que me pone los pelos de punta.

De un segundo para otro, deja caer la navaja al suelo y su mano pasa a sujetar mi cuello con una firmeza que me corta el aire.

Abro los ojos de golpe.

Mis pies ya no tocan el suelo, me alza con la facilidad con la que alzarías a una muñeca de trapo.

Está intentando ahorcarme.

Mierda.

Por inercia, llevo mis manos a la suya para intentar aflojar su agarre, pero es imposible. Me está mirando como si ya estuviera muerta.

—Mira, caramelito. No sé de qué banda de pandilleros te habrás escapado, ni cómo coño has conseguido colarte aquí, pero te voy a dar la oportunidad de largarte y no volver a tocarme los cojones, ¿está bien?

El tono que utiliza es monótono, casi automático, como si lo que dice no le pudiera afectar menos. Simplemente me está dando una orden, que yo lo contradiga ni siquiera es una opción para él.

Y quiero hacerlo.

Quiero cerrarle la boca.

Pero apenas me llega la sangre al cerebro. Ahora mismo tengo los ojos empapados en lágrimas y no me sale la voz. Quizás por eso lo primero que digo cuando consigo hablar es:

—No soy un caramelito.

Se le escapa una risa sin gracia mientras niega con la cabeza.

Eso es todo lo que obtengo de él antes de que me suelte de golpe y mi cuerpo se desplome en el suelo.

Comienzo a toser como una desquiciada. Me arde tanto el cuello que cada expulsión de aire se vuelve una tortura inmediata. Cuando me llevo las manos a la zona para masajearla, todavía siento sus dedos clavados ahí.

Rasgando y marcando mi piel.

Alzo la vista. Intentar mirarlo desde aquí abajo es incluso más aterrador que mirarlo de frente. Su figura parece mucho más grande, mucho más imponente.

—Por favor, solo hay que verte, no eres más que una niña —escupe—. Desaparece de mi vista antes de que me arrepienta.

No se molesta en volver a mirarme.

Se aleja de mí como quien se aleja de una cucaracha aplastada en el suelo. Solo que espera que esta cucaracha se levante y se largue cuanto antes para que él pueda volver a sus asuntos.

Aprieto los puños.

Ni siquiera sé muy bien por qué, pero me bulle la sangre. Me ha llamado niña, a mí.

No puede ser. Vaya imbécil.

¿Cómo es posible que me haya parecido atractivo? Seguramente no sea más que un ladrón con mucha suerte y yo aquí, prácticamente babeando por él.

Por Dios. Mi padre se avergonzaría de mi comportamiento imprudente. Hasta yo me avergüenzo. He dejado que mis hormonas tomaran el control de la situación, ni siquiera he

intentado intimidarlo.

Él ha dirigido toda la interacción y yo lo he dejado.

Al final va a resultar que la imbécil soy yo y todo.

Pero hasta aquí.

Es mi puta casa, joder. No pienso dejar que un delincuente con aires de dios griego me eche. Ni hablar. Tengo que ponerme seria.

Hago el ademán de levantarme del suelo y por el camino me aseguro de recoger la navaja que este cabrón ha dejado caer al suelo, y ocultarla entre mi palma y la antemuñeca.

Está claro que no tiene ni puta idea de lo insensata que puedo llegar a ser a veces, pero está a punto de descubrirlo.

Ha cometido un error y pienso aprovecharme de él.

No tengo mucho tiempo, solo un par de segundos desde que me levante del suelo y se dé cuenta de que su navaja no está donde la ha dejado. Porque va a darse cuenta, lo sé, tan solo rezo para que no lo haga de inmediato.

Doy un paso demasiado lento en dirección a la puerta trasera. No lo miro, pero siento sus ojos grises quemarme la espalda.

Tan solo es un segundo, un segundo en que dejo de sentirlos sobre mí y sé que lo sabe. Sabe que la navaja ya no está.

Ni siquiera lo pienso. Me giro de golpe y trato de clavársela en el hombro, donde sea. Lo único que necesito es un poco de ventaja, algo de tiempo para llamar a la policía o para averiguar el nivel de peligro en el que me encuentro ahora mismo.

Cualquier cosa.

No sé ni cómo me pilla por sorpresa que sus manos inmovilicen mis muñecas casi al instante. La navaja vuelve a caer al suelo, pero no trato de recuperarla. No me da tiempo, antes de que me dé cuenta, me da la vuelta y me estampa contra la encimera con demasiada fuerza.

Le sale espuma por la boca cuando dice:

—Tienes que estar de puta coña.

Esta vez no.

—No pienso irme a ninguna parte, psicópata de mierda —ladro con toda la rabia acumulada —. ¡Es mi casa, no la tuya! Tú eres el puto intruso, no yo.

Él arruga el entrecejo.

—¿De qué mierda estás hablando?

Abro la boca para hablar de nuevo, pero lo que sea que fuera a decirle, se ahoga en mi garganta cuando la cocina se ilumina de repente.

Ambos giramos la cabeza hacia el interruptor más cercano.

Junto al marco de entrada se encuentra una mujer que no veía desde hacía muchísimo tiempo, pero que no podría alegrarme más de ver ahora mismo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

2

BROOKLYN

Nunca llegué a conocer a mi madre. Murió cuando yo nací, así que lo único que sé de ella se basa en lo poco que me cuenta papá y en un par de fotos viejas. Nada más.

Tampoco es que me moleste.

Después de todo, la realidad es que no la conocí.

A la mujer que tengo ahora delante, en cambio, sí que la conozco bien.

Blue Jack, agente especial del FBI y la única persona que mi padre ha involucrado en nuestras vidas hasta el momento. Ella es como la madre que nunca tuve. Ha estado ahí prácticamente desde que tengo memoria y nunca se ha separado de mí. De nosotros.

La quiero casi tanto como a mi padre o más.

Y sé que el sentimiento es mutuo.

Es una persona maravillosa. De hecho, cuando era pequeña solía confundirla con Tiana, la princesa Disney, por su increíble parecido. Creía que iba a salvar a papá de convertirse en rana por el mar de amores que le había dejado mi madre.

Estuve mucho tiempo intentando que salieran juntos, pero desistí cuando me di cuenta de que lo que sentían el uno por el otro trascendía lo romántico. Se querían mucho, pero solo como buenos amigos, como hermanos.

Supongo que con eso me valía.

Mientras Blue siguiera en mi vida, todo iba a estar bien.

—¿Brook? —Es lo primero que dice cuando sus ojos se ajustan a la luz.

Lleva puesto un chándal viejo y una camiseta extra ancha de *The Rolling Stones* que le regaló mi padre hace mucho. Por el moño desordenado y la cara de cansada, diría que acabamos de despertarla.

La emoción no me cabe en el cuerpo.

—¡Blue!

—¿La conoces, Jack?

La voz calmada del intruso me pone en alerta. Ni siquiera me acordaba de él y eso que nuestros cuerpos son prácticamente uno ahora mismo. Todavía me tiene sujeta de las muñecas, el contacto de sus palmas me quema la piel de la zona, pero no puedo moverme.

Sigo paralizada ante él como un puto ciervo ante unos focos. Si no estoy temblando es porque trato de concentrarme en la posición firme de mi cintura contra la encimera. Me hace sentir segura incluso cuando noto las caderas del pelinegro hacer presión contra las mías.

Es como si quisiera mantenerme ahí, aun cuando no puedo ni pensar en salir de la burbuja que lo envuelve.

Menos mal que Blue está aquí.

—¿Cómo que si la conozco? —Blue se aparta del marco de entrada y avanza hacia nosotros con paso firme. Hay algo familiar en la forma en la que arruga las cejas cuando se da cuenta de la posición en la que estamos—. Es Brooklyn, la hija de Nil, por el amor de Dios. ¿Se puede saber qué haces con ella?

—¿En serio?

—Sí —Vuelve a decir Blue sin relajar la expresión—. ¿Por qué la estás sujetando como si fuera una criminal? ¿Qué ha pasado?

El desconocido deja de mirar a Blue de repente para volver a fijar sus ojos grises en mí.

El aire se queda atascado en mi garganta.

—Así que Brooklyn…

Trago saliva.

Estoy el doble de nerviosa que antes y no lo entiendo.

—Sí —pronuncio con cuidado—. La única identidad que no sabemos aquí todavía es la tuya… que sorpresa.

Sonríe.

Otra vez.

Una maldita media sonrisa que delata el pequeño hoyuelo que tiene en su mejilla derecha. Como un diablo vestido de ángel.

—Él es… —Comienza a decir Blue, pero el susodicho levanta la mano en su dirección y ella se detiene de inmediato.

¿Qué cojones…?

Nadie nunca consigue callar a Blue. Ni siquiera mi padre.

Y menos con un solo movimiento del brazo.

¿Quién es este tío?

Por inercia, tiro mi torso hacia atrás cuando noto que se inclina un poco más hacia mí. Noto su hipnotizante olor a jabón pegarse a mi cuerpo y tengo ganas de aspirarlo, pero me contengo.

Su cara está muy cerca de la mía cuando susurra:

—Bienvenida a casa, caramelito.

Se queda un segundo en silencio, analizándome una vez más con esos ojos grises tan perturbadoramente oscuros y después deja caer mis muñecas como si nada.

Ni siquiera me dedica un segundo vistazo.

Ni a mí ni a Blue.

Coge una manzana a medio comer que hay justo sobre la encimera y comienza a caminar en dirección a la salida.

Por detrás, el corte rapado-degradado que lleva se ve incluso más atractivo. Entre eso y como se le resbala la tira del pantalón de chándal dejando entrever sus calzoncillos Calvin Klein…

Uff…

Si este hombre es un criminal, quiero la perpetua.

Solo cuando lo veo desaparecer del todo, me permito soltar el aire que no sabía que estaba aguantando. Necesito un momento para estabilizar mi respiración.

Un par de segundos después es cuando empiezo a notar el escozor en las muñecas.

Joder.

—¿Estás bien, cariño? —Blue se acerca a mí.

Asiento y comienzo a masajearme las muñecas con cuidado. No me duelen mucho, en realidad es más la molestia de haberlas tenido encerradas mucho rato, pero la rojez de la zona me perturba.

Está claro que me va a quedar marca.

—¿Quién es ese, tío? —pregunto sin dejar de mover las manos.

Blue suspira con la vista fija en mis muñecas. Es evidente que esto le molesta tanto como a mí, pero por alguna razón todavía no ha activado el modo mamá oso y ha ido a darle caza a ese individuo.

—Ese de ahí era Dylan Blake, agente especial al mando en las oficinas de Nueva York.

—¿Agente especial al mando? —repito, incrédula — Parece muy joven.

—Eso es porque lo es. Tiene 27 años.

—¡¿27 años?!

Normalmente los agentes especiales al mando no bajan de los treinta y pico. Después de todo, son el puesto más alto dentro de los agentes de campo. Tienen que pasar por muchas etapas antes de siquiera plantearse dirigir un equipo.

No puedo creer que este chico lo haya conseguido en tan poco tiempo. Es imposible. No con mi padre como jefe de departamento del FBI en Nueva York.

—¿Cómo mi padre puede dejar a alguien tan joven dirigir a los agentes de campo?

—Porque es el mejor —admite—. Tal vez Blake no sea santo de mi devoción, pero tengo que reconocer que hace muy bien su trabajo. Y si hay algo que a tu padre le guste, es la gente que hace bien su trabajo.

Touché.

Da igual quién seas o de dónde vengas, la única forma de conseguir la admiración de mi padre es a través del trabajo duro. Le gusta la gente que le pone dedicación a lo que hace, que se esfuerza por conseguir las cosas.

Después de todo así es como él ha conseguido todo lo que tiene: con sudor y lágrimas.

Suspiro mientras me apoyo en la encimera. Ya no me duelen tanto las muñecas, pero el recuerdo del toque de Dylan sobre mí, sigue intacto.

—Bueno, vale ¿y qué hace aquí mister perfección?

—¿No te lo ha dicho tu padre?

Arrugo las cejas.

—¿Decirme qué?

Blue se queda un segundo en silencio y me mira como si estuviera a punto de decirme que llevo todo el día con un moco colgando.

Ay no.

—Tu padre está trabajando en un caso nuevo y necesita la ayuda de un par de sus mejores agentes —Su tono es demasiado bajo y precavido cuando habla—, así que ha decidido invitarlos a todos a pasar estos meses aquí, con vosotros. Ahora mismo solo estamos Blake y yo, pero el resto llegarán mañana con él.

—¿Qué?

—Es solo hasta que acabemos de resolver el caso, pero claro…

—¿Qué? —Cuando me doy cuenta de que he entrado en bucle, reformulo mi pregunta—: ¿Y por qué aquí?

¿Acaso no hay hoteles o albergues? O cualquier otro maldito lugar en el planeta que no sea esta casa.

—Bueno, no puedo decirte mucho, pero el caso depende en parte de que estemos aquí en Beaufort.

Tiene que ser una broma.

—No puedo creerlo. —Me llevo las manos a la cabeza. Esta vez mi padre se ha pasado cuatro pueblos— ¿Y por qué no me dijo nada cuando le dije que iba a pasar el verano aquí?

—Porque sabía que entonces te quedarías en casa de alguna amiga o no vendrías.

—¡Pues claro que hubiera hecho eso! ¿Estamos locos?

Hubiera hecho cualquier cosa con tal de pasar un verano en paz.

No tengo nada en contra de que mi padre le ofrezca asilo a su equipo, pero podría habérmelo consultado primero o al menos haberme avisado.

Tal vez a mí no me apetece convivir con tantos policías armados.

Y menos si son como ese Dylan Blake.

Dios…

—Entiéndelo, Brook —Blue, como siempre, no tarda en querer defender a mi padre—. Nil lleva mucho tiempo sin verte y quiere tenerte en casa, al menos este verano, antes de que consigas el trabajo de tus sueños y lo dejes tirado.

Alzo una ceja y Blue alza las manos a su vez.

—Palabras suyas, no mías.

Suspiro.

Intento calmarme.

Sé que mi padre no tenía malas intenciones ocultándome esto, pero también sé que es el hombre más manipulador del planeta y que va a hacer que aquí la loca parezca yo. Pues eso ni de coña.

No pienso ponérselo fácil está vez. No va a irse de rositas con esta mentira.

Aunque Blue no tiene por qué saber eso.

—Le pega decir algo así —digo, rindiéndome.

Blue sonríe y me rodea en un abrazo fuerte que le devuelvo al instante.

—Ya verás que divertido será —dice contra mi hombro—. No vas ni a enterarte de que esta gente está aquí. Seremos tú, tu padre y yo, como en los viejos tiempos.

Yo también sonrío ante el recuerdo, pero sigue habiendo algo que me oprime el pecho.

—Veo difícil no enterarme de su presencia y más si son todos como mister perfección.

Blue me sujeta por los hombros y hace que la mire a la cara. Tiene la boca recta y las cejas inclinadas en señal de malestar.

—Ahora en serio, Brooklyn, escúchame bien. Cuidado con Blake, ¿vale? No es un mal chico, pero sigo sin fiarme del todo de él. Es muy solitario y… —hace una mueca— raro. ¿Está bien?

Asiento y no la contradigo, pero sé que no será fácil cumplir lo que me ha pedido.

Al menos Dylan Blake no parece el tipo de hombre que una puede ignorar y menos después de intentar apuñalarlo por la espalda con su propia navaja.

Tengo la sensación de que eso último va a salirme caro.

Muy caro.

3

BROOKLYN

—¿Brook? ¿Estás despierta?

No.

Pienso, pero en lugar de decir algo coherente, decido responder con un gruñido bajo.

¿Qué hora es?

—Brook, cariño, es hora de levantarse…

—¿Umm? —Es todo lo que consigo verbalizar antes de dar media en la almohada para quedar frente a la persona que perturba mi sueño.

No he abierto los ojos todavía y sé que es Blue.

Reconocería su voz hasta entre los gritos alborotados de un millón de personas. Tan femenina y fuerte…

No sé por qué quiere que me levante, normalmente el único que me levanta es mi padre y eso no pasa desde que comencé el instituto. Siempre me despierto temprano, al menos lo suficiente como para que nadie tenga que entrar a comprobar si he muerto.

¿Por qué está aquí?

Tengo sueño, mucho sueño.

Y quiero seguir durmiendo, pero hago un esfuerzo por abrir un ojo y después el otro.

Blue está ahí, tal y como me la imaginaba, inclinada sobre mi cama y con una sonrisa que me da los buenos días.

—¿Blue? —balbuceo. Mi voz se escucha demasiado ronca y baja—. ¿Qué pasa?

Cuando consigo enfocarla mejor, me doy cuenta de que va vestida con un pantalón de chándal azul marino y una camiseta blanca que seguramente tenga el logo del FBI en la parte trasera. El uniforme que utiliza su departamento para entrenar.

—Tu padre está aquí, cariño.

—¿Mi padre? ¿Aquí?

—Sí. Bueno, está abajo, pero llegó hace ya un par de horas —dice—. ¿No quieres bajar a saludarlo?

A pesar de que mi cerebro a penas está procesando sus palabras, me las arreglo para asentir.

—Sí, claro. —Ni siquiera sé lo que digo—. Enseguida voy.

Blue parece darse por satisfecha, porque se agacha a darme un beso en la frente y después sale de mi habitación con un simple «te espero abajo».

Vuelvo a cerrar los ojos y acomodo mi cabeza en la almohada.

Doy varias vueltas en la cama antes de aceptar el hecho de que no voy a conseguir conciliar el sueño de nuevo. Lo intento, pero es imposible. Mi cerebro ha recibido la primera información del día y ya se ha puesto en marcha.

Mierda.

Me coloco boca arriba y dejo que mis pensamientos se organicen antes de levantarme.

He dormido fatal.

Me he pasado la primera parte de la noche dándole vueltas a lo que me había ocurrido en la cocina nada más llegar.

Al estúpido intruso de ojos grises y aura oscura.

Incluso después de ducharme, seguía sintiendo su olor a jabón y el contacto de sus manos contra mi piel. Era una horrible tortura.

Creo que para las cuatro de la madrugada, todavía me encontraba dando vueltas por la cama sin pegar ojo. Seguramente el cansancio del viaje en coche desde Pensilvania fue lo que acabo tumbándome.

Cuando Blue me ha levantado, por un segundo he pensado que todo había sido un mal sueño, pero ya veo que no.

Todo lo que me contó anoche es real.

Esto ha pasado de verdad.

Este verano mi casa va a estar invadida de agentes del FBI y es todo culpa de mi padre.

Sé que no ha subido él a despertarme porque no quiere enfrentarse a mí, ni al hecho de que me ha mentido para que viniera a pasar las vacaciones con él.

Un golpe bastante bajo por su parte, si se me permite decirlo.

Tomo una bocanada de aire muy profunda y cuento hasta diez en mi mente antes de alzar mi cuerpo del colchón y mirar el reloj que tengo en la mesita de noche.

Las ocho y media de la mañana.

Se nota que es verano porque la luz del sol que entra por los recovecos de la persiana, ya ha calentado la estancia como un puto horno.

—Necesito una ducha —me digo, y eso hago.

Abro las ventanas para que entre el aire, me ducho, me pongo el vestido más veraniego que tengo y me mentalizo antes de bajar al primer piso a enfrentar al traidor de mi padre.

Ni siquiera me molesto en maquillarme un poco la cara o en atar mi melena negra en una coleta más elaborada que la que tengo ahora.

Quiero acabar con esto cuanto antes y después hacerle una visita a la señora Miller, la concejala de los festejos regulados por el ayuntamiento de Beaufort. Llevo participando en el comité de organización de las fiestas de verano del pueblo desde que tenía quince años y abrieron un formulario de voluntarios jóvenes para ayudar a hacer el evento algo más divertido.

Me he perdido las últimas dos fiestas por estar recorriendo el país en coche con algunas amigas de la universidad, pero ahora que por fin me he graduado, me gustaría volver a formar parte del comité.

Al menos por última vez antes de decidir si finalmente quiero dedicar mi vida a lo que he estudiado: enfermería.

Necesito distraerme, olvidarme de las preocupaciones por un par de meses.

La señora Miller me conoce, he sido su segunda al mando desde que abrí mi primera cuenta en el banco a los diecisiete, estoy segura de que no tendrá problema en incluirme en el comité este verano.

Suelen empezar la organización de las fiestas uno o dos meses antes, así que llego justo a tiempo.

—¡Cariño! —Es lo primero que escucho decir a mi padre cuando me ve bajar por las escaleras principales.

Una sonrisa se extiende por mi cara sin poder evitarlo.

No veo a mi padre desde hace más de nueve meses y tenerlo ahí, de pie, mirándome con esos ojos color miel idénticos a los míos, me llena de emoción.

Me da la sensación de que ha envejecido por lo menos dos años desde la última vez que lo vi, pero aún así sigue pareciendo demasiado joven para ser el padre de una chica de veintidós.

Creo que debe tener unos cincuenta años, pero cualquiera diría que son muchos menos: es alto y de complexión musculosa. Tiene la piel blanca completamente libre de arrugas y no hay ni una sola cana en su pelo castaño.

Lo único que podría delatar que es un hombre entrado en edad es su forma tan tradicional de vestir, con mocasines y trajes carísimos que se pone solo para mostrar que tiene dinero.

Acabo de bajar las escaleras y ni siquiera lo pienso, me acerco a él y lo envuelvo en un fuerte abrazo que me devuelve al instante.

—Papá… —Mi voz sale ahogada cuando apoyo la cara contra su pecho.

Echaba de menos su familiar olor a Bois D'Argent. Hace un tiempo me molestaba mucho que se pusiera esa colonia, me parecía que era demasiado fuerte y ostentosa, pero ahora es como si formara parte de él.

—Te he echado de menos —añado sin apartarme de él.

—Y yo a ti, cariño. ¿Qué tal el viaje de vuelta desde Pensilvania?

—Agotador —suspiro y me separo un segundo de su pecho para poder mirarlo a los ojos. Siempre se muestran cálidos y amorosos cuando me mira, pero detrás de todo eso siguen resultando demasiado imponentes como para mantener la vista fija en ellos—. Me alegro de estar de vuelta.

—Claro que sí, ahora por fin podrás descansar en casa —Sonríe, pero yo no le devuelvo el gesto.

De hecho, todo lo contrario, mi cara se arruga en una mueca.

—Dudo que me relaje mucho si voy a vivir con el miedo constante de recibir un tiro de procedencia desconocida mientras duermo…

—¿Perdón?

—Venga ya, papá —bufo—. No te hagas el tonto, Blue me lo ha contado todo.

Por un segundo parece desconcertado con lo que digo, pero su cerebro enseguida hace las conexiones que tiene que hacer, porque la sonrisa se le borra de golpe.

—Mierda —dice sin querer.

Mi padre rara vez maldice en voz alta.

Cree que denota falta de clase, vulgaridad. Dos cosas que no van con su imagen actual de hombre rico y triunfador.

A mí me da igual. Literalmente considero que estoy a años luz de identificarme con la clase alta, pero mi padre vive de lo que aparenta ser.

Menos mal que lo quiero con todo mi corazón, porque si no, no lo soportaría.

—¿Cuánto tiempo pensabas ocultarme esta información? —reprocho en mi mejor tono de enfadada. Se me da fatal echarle la bronca yo a él—. Tarde o temprano iba a enterarme.

—Lo sé, cariño, pero esperaba que fuera más tarde que temprano.

Tiene que estarme vacilando.

—Voy a estar viviendo en la misma casa que unos doscientos agentes, ¿crees que no iba a

darme cuenta? No me jodas.

Achina los ojos en mi dirección en forma recriminatoria.

Pero no puede importarme menos.

Mi padre es un hombre muy listo. Demasiado. Y me ha criado para que demuestre tener el mismo nivel de inteligencia o más, no puede esperar que me coma la primera mierda que escuche salir de su boca.

—Primero, solo son diez agentes y tres de ellos tienen su propia propiedad en Beaufort.

Se me abren tanto los ojos que me extraña que se mantengan en su cuenca.

—¡¿Solo?!

—Pero son muy tranquilos y profesionales, apenas notarás que están aquí —miente—. Hay tres o cuatro novatos de prácticas que he tenido que traerme por convenio, pero el resto están entrenados para afrontar todo tipo de situaciones. Estarás segura.

—No quiero estar segura —refunfuño entre dientes. Lo que me faltaba ya, como si no tuviera suficiente con la sobreprotección de mi propio padre—. Quiero estar tranquila, papá.

—He instalado la base de entrenamiento en la parte trasera de la casa, precisamente para que no te molesten. Ninguno de mis agentes cruzará el perímetro a no ser que sea estrictamente necesario o yo así se los ordene. Pero los necesito aquí para el caso.

Casi tengo ganas de reírme, pero me contengo.

Más que nada porque es la primera vez en mucho tiempo que siento que puedo ganarle un argumento a mi padre.

En la parte trasera de la casa, dice.

Ja.

Por favor.

Nuestra casa es grande, sí, pero el único sitio en el que vale la pena pasar el rato es en el ala trasera. De las dos plantas que hay, la segunda es donde se encuentran los cuatro dormitorios principales y la primera donde hay todo lo demás: otros cuatro dormitorios más pequeñitos justo en el pasillo que hay debajo de las escaleras, y las dos alas; la principal —en la que nos encontramos mi padre y yo justo ahora— y la mejor de todas, la trasera.

Está pasando el pasillito debajo de las escaleras y se compone básicamente de un gimnasio, la cocina por la que me colé ayer y un mini salón con ventanales que dan el jardín y a la piscina.

La zona de la piscina es bastante grande, así que hay sitio de sobra para que se instale ahí una pequeña base de entrenamiento para el FBI, pero tampoco es el espacio ideal.

El ala principal es en realidad la que recoge más metros cuadrados de la casa y la que más vacía está. Tan solo cuenta con las escaleras que ocupan un espacio considerable, un salón comedor mucho más enorme que el otro y la oficina de mi padre que está a la izquierda de la puerta principal, en un rincón.

Es un espacio deprimente en el que yo casi no paso tiempo.

Así que es evidente que voy a encontrarme a los agentes de mi padre, ¿se piensa que voy a pasarme el verano en esta zona, mirando las musarañas y sin usar el gimnasio o la piscina?

Solo se le ocurre a él.

Suspiro, pero decido no sacar ese dato a colación. Supongo que esta situación tampoco es ideal para esos agentes, que se ven obligados a trabajar lejos de casa este verano o para mi padre, que odia a muerte que invadan su espacio personal.

No es justo que yo me comporte como una niñata respecto a esto.

Incluso si me arde la sangre al pensar que mi padre ha vuelto a manipularme.

—Bueno, tampoco hace falta irse al extremo —digo—. No es culpa suya tener que estar aquí. Mientras no convirtáis esta casa en una zona de guerra, creo que sobreviviré.

Mi padre deja entrever una fila de perfectos dientes blancos.

—Sabía que lo entenderías, cariño.

—Ya… —Hago un esfuerzo enorme por no poner los ojos en blanco.

—Acompáñame, te presentaré al equipo —dice mientras pasa un brazo por mis hombros—. Estoy seguro de que les caerás genial.

Ni siquiera espera una respuesta por mi parte.

Comienza a dirigirme en dirección al pasillito de debajo de las escaleras y yo solo puedo mover los pies lo más rápido posible para ponerme a su ritmo.

No me da tiempo a pensar en quién me va a presentar o por qué, pero aun así mi cuerpo se pone en estado de alerta.

Ay Dios, yo no quiero conocer a nadie.

¿Por qué tiene que presentarme a nadie?

¿Qué pasa si entre esa gente está el imbécil de ayer? Joder, es evidente que va a estar entre ellos.

No, no, no.

Todavía no estoy preparada para enfrentarme a una presentación en sociedad. Creo que nunca lo estaré. De hecho, podría pasarme todo el verano sin conocer a ninguno de los agentes de mi padre y no me importaría.

No me malinterpretéis, me considero una persona muy sociable, pero cuando se trata de policías, es como si un trauma interno se activara y me hiciera querer huir de inmediato.

No puedo.

Cruzamos el pasillo y el salón demasiado rápido para mi gusto. No es que tengamos que esquivar muchas cosas, después de todo la decoración de esta casa no podría ser más minimalista y práctica.

En cuanto veo el jardín a través de los ventanales quiero vomitar.

Hay como veinte agentes —la mayoría hombres—. Muchos más de los diez que dijo mi padre.

Se han montado una especie de circuito de entrenamiento a un lado de la piscina con sacos de boxeo de suelo, pista de obstáculos, barras y una zona de disparo. Gran parte de ellos están entrenando, pero hay muchos que están apartados en un área con pizarras, corchos y diversas mesas con ordenadores y todo tipo de papeles.

Nada más traspasar las puertas de cristal me siento como una famosa del corazón. Casi todas las miradas se posan sobre nosotros al menos por un segundo—seguramente porque mi padre es el jefe— y ninguna parece demasiado amigable.

—Señor Davis, —Un chaval que no debe ser mucho mayor que yo, aparece de repente frente a nosotros con un iPad enorme y cara de estar muy agobiado— ya tengo la información que me pidió, pero no sé qué quiere que haga con ella.

Mi padre ni siquiera pestañea.

—Muy bien, Lewis. Dásela a la agente Jack y vete a la zona de disparos con Blake.

Lewis asiente y retoma su camino en dirección al salón sin siquiera mirar de reojo en mi dirección.

No le intereso.

De hecho, no parece interesarle nada más que cumplir las órdenes de mi padre y llevarle esa información a Blue ahora mismo.

Debe ser un novato.

No lo sé y tampoco me importa, porque en cuanto desvío la vista de él y la centro en los sacos de boxeo, pierdo completamente el norte.

Está ahí.

Al final del todo, mezclado entre un par de agentes que no consiguen camuflar su imponente presencia.

Tan solo lleva puestos unos shorts deportivos y le está pegando a un saco como si la vida le fuera en ello. Ni siquiera se inmuta con lo que hay a su alrededor, está totalmente concentrado en su tarea.

Lo sé por la forma en que sus ojos grises se mantienen fijos en su objetivo como un puto depredador de caza.

Da… escalofríos.

Tomo una bocanada de aire, pero mis pulmones no reaccionan.

—Equipo, prestadme atención un momento, por favor. —La voz de mi padre hace que aparte la vista de Dylan casi de inmediato. Ha captado la atención de todos los agentes sin necesidad de alzar su voz. Increíble—. Me gustaría presentaros a mi hija, Brooklyn.

Ahora sí que me siento como una famosa de pacotilla.

Tengo más de siete pares de ojos mirándome fijamente y analizándome como si tuvieran que determinar si soy un peligro para ellos o no.

Obviamente no lo soy, pero los traumas de criarme con un agente del FBI me hacen creer que cualquier movimiento que haga ahora, podría ser ilegal.

Estoy paralizada mientras dejo que me juzguen.

Seguramente deban estar pensando que soy una niñata mimada que no se parece a su padre.

La gente suele pensar que soy adoptada y que ni siquiera tengo la sangre del mejor agente de Nueva York y de Beaufort.

Tengo la piel morena, demasiadas curvas para ser hija de un hombre blanco —seguramente porque mi madre era latina— y el pelo completamente negro.

Lo único que me relaciona con mi padre son los ojos y el hecho de que soy más alta que el promedio de chicas de por aquí.

—Solo quiero que sepáis que va a estar aquí todo el verano y no quiero que haya ningún incidente con ella —añade mi padre de repente—. Está terminantemente prohibido acercársele a no ser que sea estrictamente necesario, pero aún así, protegerla como si vuestra vida dependiera de ello, porque lo hace. ¿Entendido?

Creo que mi cara se tiñe de todos los colores.

—¡Papá! —susurro en un grito.

No puedo creerlo.

No puedo creer que de verdad haya dicho eso.

Es que no puede ser.

Todos los agentes asienten a la vez y como si fueran robots programados, correan al unisón:

—Sí, señor.

Y con eso y un gesto de satisfacción por parte de su jefe, vuelven a sus tareas.

No les puedo importar menos.

De hecho, ya hasta creo que me odian.

Maravilloso.

—¿Estás contenta? —Mi padre sonríe como si acabará de regalarme un coche nuevo.

—¿Tenías que hacer eso? Joder, papá. —Me paso las manos por la cara, intentando escurrir la vergüenza, pero es imposible—. Mira, da igual, tengo que irme a ver a la señora, Miller. No tengo tiempo para esto.

Hago el amago de salir corriendo, pero mi padre vuelve a cogerme por los hombros.

¿Ahora qué? ¿No me ha humillado ya lo suficiente?

—Espera un momento, no te vayas. —Alza la vista en dirección a la zona de boxeo—. ¡Blake!

Mi corazón se para de golpe.

Y cuando esa mirada de ojos grises se posa sobre nosotros, creo que estoy lista para esfumarme.

4

BROOKLYN

—¡Blake! —La voz de mi padre me paraliza el cuerpo—. Ven aquí, por favor.

Blake.

Dylan Blake.

Creo que es la primera vez en mucho tiempo que me estremezco con tan solo escuchar un nombre.

Es como si a mi cuerpo lo invadiera una emoción electrizante.

Y eso que Dylan ni siquiera me cae bien —no desde que me apunto al cuello con una navaja — y estoy segura de que el sentimiento es mutuo, pero joder, está buenísimo.

Me siento como una adolescente con las hormonas revolucionadas, solo puedo quedarme embobada mirando como se acerca con una calma envidiable. No me muevo, solo lo miro.

Su pecho descubierto es una puta escultura tallada a mano, tiene los abdominales marcados y brillantes. Probablemente por el sudor.

Parece un modelo con el pelo negro mojado cayéndole por la frente y las manos envueltas en cintas de boxeo. No pierde elegancia ni siquiera cuando coge una botella de agua de una esquina y se la lleva a la boca en un movimiento demasiado brusco.

Este hombre es una pesadilla con pinta de sueño.

—Blake —Mi padre estira su brazo para darle la mano en cuanto llega—, ¿conoces a mi hija?

Dylan posa sus ojos en mí durante un segundo. Es un vistazo rápido, casi imperceptible.

Pero es suficiente para que el ritmo de mi respiración se acelere.

—Sí, claro. —Creo que mi corazón se detiene—. Brooklyn, acaba de presentarla, ¿no?

Mi padre me aprieta contra él sin darse cuenta de que ahora mismo tengo la presión en el suelo.

Y sé que Dylan se da cuenta, porque estira sus labios en una media sonrisa que no me pasa desapercibida.

—Bueno, pues espero que os llevéis bien porque me gustaría que durante nuestra estancia aquí, cuides de ella.

—¿Perdón? —Decir que estoy en shock es poco.

Dylan ni siquiera se inmuta.

—¿A qué se refiere, señor?

—Eres el único aquí con las capacidades suficientes como para proteger a mi hija en caso de que cualquier cosa pasará. —Mi padre sigue hablando como si lo que soltará por la boca no fuera una completa locura—. Quiero que la vigiles, pero sin invadir su espacio personal, simplemente que estés atento a ella.

Me llevo las manos a la cabeza en un acto reflejo.

No puede ser cierto. No puede estar hablando en serio, no después de lo que hemos dicho

antes.

Tiene que habérsele ido la pinza.

—Papá, ¿acaso estás oyendo lo que dices?

— No entiendo. —Dylan está igual de confundido que yo—. ¿Quiere que le haga de guardaespaldas a su hija?

—Algo así…

—¡Papá!

—No me interrumpas, Brooklyn. Esto lo hago por tu seguridad. Nadie va a molestarte este verano, pero aun así necesito asegurarme de que no va a pasarte nada.

Definitivamente se le ha ido la pinza.

Quiero morirme.

Poso los ojos en Dylan un segundo.

Su rostro está inexpresivo, pero no puedo evitar fijarme en lo tensa que tiene la mandíbula o en como se le han oscurecido las pupilas. El aura que le rodea vuelve a ser un puto agujero negro.

—¿No va a distraerme eso de nuestro objetivo principal?

—No te preocupes por eso, a partir de ahora la agente Jack se encargará de gran parte de tus responsabilidades. Así tendrás más tiempo para mi hija.

—Con todo el respeto, señor, no creo que sea buena idea.

—Bueno, por suerte lo que tú creas no es importante cuando yo te ordeno algo —El tono de mi padre es seco y áspero—. ¿Vas a hacer lo que te he dicho o vamos a tener un problema?

El silencio que se instala tras esa pregunta es casi asfixiante.

Mi padre mira a Dylan con una frialdad y una dureza que me sorprenden, como si lo desafiara a llevarle la contraria.

Por un segundo hasta siento pena por Dylan. No quiere hacer esto, está claro, pero dentro de él se debate si vale la pena perder su puesto por defender sus derechos.

No puedo permitir esto.

—Papá, no creo que haga falta que nadie me vigile. Sabes que soy muy capaz de cuidarme sola.

—Esto no es negociable, Brook. Ahora mismo hay un delincuente suelto por Beaufort al que no le caemos precisamente bien, no puedo arriesgarme.

Alzo las cejas, incrédula.

—¿Un delincuente? —¿En Beaufort, el pueblo más aburrido de Carolina del Sur? Imposible —. ¿Qué delincuente?

—Eso es información confidencial. Lo único que tienes que hacer ahora es obedecerme y todo estará bien —dice y sé que no va a seguir con el tema. Sus ojos vuelven a posarse en Dylan —. ¿Y bien, Blake, qué me dices?

Dylan me mira.

Me mira y tengo que ahogar un jadeo en lo más profundo de mi garganta. No habla, no hace ningún gesto, nada. Absolutamente nada, pero la temperatura de mi cuerpo desciende en picado.

—Usted manda, señor —dice al fin.

Mi padre sonríe.

Es la misma sonrisa de satisfacción que pone siempre que gana.

La odio.

—Me alegro de escuchar eso. Serás recompensado, te lo prometo. —Recompensado conservando su trabajo, pienso, porque sé que eso es lo que mi padre no dice—. Ahora tengo que irme, pero cuando acabes con la prueba de disparo de Lewis, necesito que acompañes a Brooklyn a hacerle una visita a la concejala.

Ni siquiera reacciono.

Ya no.

No vale la pena con mi padre.

Si sobrevivo al aura oscura de Dylan Blake, voy a tenerlo pegado a mi culo todo el verano. Genial.

—Llévate el Jeep negro —añade mi padre.

Arrugo las cejas.

—¿Qué hay de mi coche?

—Lo necesito yo para hacer un par de gestiones anónimas para el caso —dice—. Es el único aquí que no es de la policía.

—¿Algo que yo pueda hacer respecto a esas gestiones, señor? —interviene Dylan.

—No, tranquilo, yo me encargaré de esto por mi cuenta. Es demasiado importante. —Mi padre mira el reloj que lleva en la muñeca—. Tengo que irme, cuida de mi hija, Blake. No hagas que me arrepienta de haberte dado el puesto que tienes.

—No lo haré, señor.

Con esto, mi padre me da un beso rápido en la frente y desaparece por la misma puerta de cristal por la que hemos entrado al jardín.

Ahora estoy sola.

Sola contra Dylan y un montón de agentes a los que estoy segura de que no les caigo bien.

¿Dónde estará Blue?

—Oye… —empiezo a decir, pero Dylan me da la espalda antes de que pueda acabar la frase.

—No te molestes, —Su tono de voz no me invita a volver a abrir la boca— y muévete, tengo un novato que entrenar.

Ni siquiera se espera a ver si lo sigo.

Comienza a caminar en dirección a la zona de disparos. Sus pasos son tan largos que prácticamente tengo que correr detrás de él.

Todos me miran de reojo y me juzgan. No he hecho nada, pero me siento como una niña pequeña molestando a un adulto ocupado.

El cuerpo de Dylan es tan grande en comparación con el mío, que no parece que en realidad solo nos llevemos cinco años.

—¿Crees que tardarás mucho con ese novato? De verdad tengo que visitar a la señora Miller antes de que acabe el día —digo con la esperanza de no sonar como una niñata.

Pero solo recibo silencio como respuesta.

Dylan pasa de mí, coge una camiseta negra de una bolsa que hay a un lado de los sacos de boxeo y se la pone ocultando su perfecto torso.

Después abre el cajón de una de las mesas que hay distribuidas por el jardín y saca una G-19, la misma pistola que usa mi padre.

Por instinto retrocedo un par de pasos.

Nunca le he tenido miedo a las armas de fuego. De hecho, cuando tenía catorce años aprendí a manejar una G-20 gracias a unas clases de disparo anónimas que recibí de Blue. Ella y yo sabíamos que las técnicas de «corre» o «escóndete» de mi padre, no iban a llevarme demasiado lejos.

Pero, aún así, sigo teniéndoles respecto.

A veces tan solo hace falta un pequeño roce para que un trozo de plástico convierta la paz en guerra.

Dylan me esquiva y acaba de colocarse en la zona de disparo.

—¿Sabes que es de mala educación ignorar a las personas cuando te hablan?

Está tan concentrado en comprobar si su pistola está recargada que ni siquiera se molesta en fingir que no me ha escuchado.

Me ha escuchado perfectamente.

Pero para él lo que yo digo no es más que el molesto sonido de un mosquito en su oreja.

Aprieto los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas.

—¡Oye! —Me coloco justo delante de él, en medio de la zona de disparo, donde sus ojos por fin se ven obligados a encontrar los míos.

Me cabrea tanto que me ignore sin razón que ni siquiera me tiemblan las piernas cuando lo veo empujar la lengua contra su mejilla.

Sé que tiene ganas de mandarme a la mierda, pero se le da bien mantener el control.

Aunque en sus ojos esté ardiendo el mismísimo infierno.

—Siéntate —gruñe y señala un taburete que hay un poco más allá. Cerca, pero no lo suficiente como para comprometer mi seguridad.

—No me da la gana —mascullo de vuelta y no estoy pensando. Solo estoy cabreada y frustrada—. ¿Acaso has escuchado lo que he dicho?

No pienso en que Dylan sigue siendo un agente del FBI, me caiga como me caiga.

Tampoco pienso en que tiene un arma en la mano y en que ahora mismo debo ser la segunda persona que peor le cae en el mundo después de mi padre.

O la primera…

Porque aprieta tanto su mandíbula cuando me mira que se le marcan casi todos los huesos de la cara.

—No me hagas volver a repetírtelo.

—Escucha, sé que está situación te cabrea tanto como a mí y más después de nuestro primer encontronazo, pero soy una buena…

Ni siquiera me deja acabar.

Envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me levanta del suelo sin apenas esfuerzo.

Ahogo un grito. Apenas me aprieta contra él, pero el roce de su pecho contra el mío me acelera el corazón casi de inmediato.

Me desplaza un par de centímetros y después me deja caer en el taburete sin ningún tipo de cuidado.

Noto como me suben todos los colores de golpe.

—¡¿Se puede saber de qué vas?! —le ladro.

Se me ha olvidado cómo se respira y eso que solo me ha tenido un segundo contra él.

Lo peor es que no me da tiempo a recuperarme.

Inclina su cuerpo hacia mí y nuestras caras quedan a centímetros de la otra. Vuelvo a apreciar la cicatriz que tiene cerca de la ceja derecha y como se le pega el pelo a la frente por el sudor. Es increíble que siga oliendo tan bien incluso después de entrenar.

¿Cómo lo hace?

Inconscientemente echo un vistazo alrededor para ver si alguien nos está mirando. Todos parecen muy concentrados en sus tareas: algunos están entrenando como Dylan antes, otros están con la cara metida entre papeles y solo unos pocos charlan junto a la piscina.

No hay gente cerca de la zona de disparo.

Para ellos esta escena no podría ser más insignificante, pero a mí se me va a salir el corazón por la boca.

—¿Ves esa diana? —Dylan señala la diana en forma de persona que hay un par de metros más allá. No aparta los ojos de mí cuando lo hace. Yo asiento como puedo—. Pues cuando el novato le pegue un tiro en el corazón o en la cabeza, nos iremos.

Vuelvo a observar la diana de reojo.

Para convertirte en agente de campo normalmente te hacen pasar una prueba de disparo en la que te exigen realizar dos tiros perfectos en la cabeza y en el corazón. Una bala para cada parte vital, todo lo que necesitas para acabar con tu enemigo.

Supongo que por eso Dylan quiere que el novato dé en el blanco antes de que podamos irnos.

A final del año hacen pruebas en Nueva York para determinar si alguien es completamente apto para ser agente de campo o va a quedarse estancado en las tareas de oficina.

No parece tan complicado. Al menos esta diana es bastante más grande que las que yo usaba cuando practicaba con Blue y si ese novato lleva más de medio año preparándose —como supongo que ha estado haciendo—, esto va a ser pan comido para él.

—Muy bien —digo, confiada—. No puede ser tan complicado, ¿no?

Otra vez esa maldita media sonrisa.

¿Por qué sonríe de esa forma?

Es como si todo lo que yo dijera fuera una broma para él.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué pasa?

Pero no responde. En lugar de eso, vuelve a ponerse recto y me da la espalda para colocarse justo delante de la diana.

—¡Lewis, muévete, vamos a empezar! —grita sin mirar a nadie en específico.

De la nada, aparece el mismo chaval que se ha acercado antes a mi padre con un montón de papeles.

Lleva puesto el mismo pantalón de chándal azul marino y la camiseta blanca con el logo del FBI, que llevaba Blue cuando me ha ido a despertar.

Creo que todos los que están entrenando llevan el mismo uniforme. Todos menos Dylan.

Es el único que va diferente.

Me pregunto si ser el agente especial al mando le da también ese privilegio.

Lewis se acerca a Dylan como un ciervo a un león. Encogido, con la vista fija en los pies y sus manos nerviosas jugando con su melena pelirroja.

—Muy bien, novato. —Dylan ni siquiera lo mira mientras le ofrece su pistola—. Solo necesito un disparo, corazón o cabeza, ya lo sabes. Hazlo bien y tal vez lleguemos a la hora de

comer.

Apenas Lewis asiente, Dylan se aparta hacia un lado y lo deja solo contra la diana.

El novato ni siquiera es consciente de que tiene dos pares de ojos mirándole —no creo ni que sepa que yo estoy aquí—, está demasiado concentrado en empuñar la pistola de la forma correcta.

No lo hace mal.

Aunque es evidente que ha aprendido a empuñarla a base de teoría y no de práctica. Está demasiado tenso, se le nota en la forma en la que coloca su cuerpo.

—Separa un poco las piernas —ordena Dylan. Está apoyado contra una mesa, su mirada es aburrida.

Lewis sigue su consejo y mueve también los hombros para relajarse. Se le ve significativamente más asustado que con mi padre y mi padre puede llegar a dar mucho miedo si se lo propone.

Dylan tiene que ser un puto ogro. Seguro.

Cuando Lewis está listo, aprieta el gatillo.

Espero un ruido ensordecedor, pero apenas se escucha nada. Supongo que la pistola de Dylan tiene un silenciador instalado o algo parecido, para no convertir un barrio residencial en un campo de batalla.

Pero no estoy segura.

Es ilegal instalar un silenciador en una G-19, al menos eso se supone.

Desvío mi mirada hacia la diana automáticamente. Mis ojos se quedan fijos en la zona del corazón y después en la de la cabeza, pero no hay nada, ninguna marca, nada. Ha disparado contra el borde del brazo derecho de la diana, ni siquiera ha conseguido darle en el centro.

No puedo creerlo.

Miro a Dylan y descubro que él ya tiene sus ojos grises fijos en mí. Ignoro las mariposas que flotan por mi estómago cuando estira sus labios en una sonrisa burlona.

Él sabía que iba a fallar.

Sabía que Lewis era un paquete y por eso me ha dicho que nos iremos cuando acierte, porque sabe que es probable que no acierte en la vida.

No si todos sus tiros se parecen al primero.

Tiene que ser una puta broma.

Y pienso que lo es. Que tal vez los nervios le han jugado una mala pasada, pero no tardo mucho en darme cuenta de que no ha sido eso.

Lewis es, sin lugar a duda, un puto paquete.

No sabe disparar. No sé cómo es posible, ni por qué le cuesta tanto, pero no sabe.

Me parece que pasa una eternidad desde que empezamos hasta que consigue darle al objetivo en el centro del brazo.

Del brazo, joder.

Dylan lo instruye de todas las formas posibles, lo coloca el mismo, le hace una demostración, le habla bien, mal… Todo, pero no hay manera.

Saco mi móvil y le echo un vistazo a la hora.

Ya son más de las once y yo todavía no he visto a la señora Miller. Ni siquiera sé hasta que hora estará en su casa antes de volver al ayuntamiento y todavía tengo que hacer alguna que otra

visita más.

Me levanto del taburete y me acerco a Dylan.

Está un par de pasos por detrás de Lewis, observando como batalla para empuñar la pistola tal y como él le ha dicho.

Tiene cruzados los brazos haciendo que sus músculos resalten más de lo debido. Tengo que respirar hondo antes de abrir la boca y arriesgarme a quedarme atascada en mitad de la frase.

¿Por qué este hombre tiene que estar tan bueno?

—Oye, han pasado por lo menos dos horas —me quejo, pero él ni siquiera reacciona—. ¿Tienes pensado llevarme a casa de la concejala en algún momento o qué?

—Cuando el novato acierte —dice sin más.

Bufo.

—Pero si le ha tomado dos horas darle al brazo de la diana —grito en un susurro para que no me escuche.

Me sabe mal, pero es la verdad.

—Cuando el novato acierte —repite y le importa una mierda lo mucho que eso me frustre.

—¿Me estás vacilando?

—No, —Gira la cabeza hacia mí en el segundo exacto en el que pasa la lengua por su labio inferior— y vuelve a sentarte en el taburete o lo haré yo.

Quiero decirle que se vaya a la mierda, pero uno de los agentes que se encuentra junto a la piscina, lo llama y él me esquiva como el bicho insignificante que se cree que soy.

Pues se va a cagar.

Me acerco a Lewis procurando entrar en su campo de visión lo antes posible para no asustarlo.

—Oye —le digo y por primera vez desde que estoy aquí, posa sus ojos marrones sobre mí. No parece cabreado porque haya interrumpido sus maniobras con la pistola, más bien parece sorprendido—. ¿Estás cansado?

Estoy segura de que sí.

Lleva aquí dos horas y Dylan no le ha dado ni una pausa, pero también estoy segura de que no va a decirme eso.

—Eso no importa, no puedo irme hasta que no acierte —masculla y vuelve a centrar su vista en la diana.

—Bueno, pues hagamos un trato.

—¿Qué trato?

—Yo le doy a la cabeza de la diana y ambos obtenemos un merecido descanso. ¿Qué te parece?

Lewis ni siquiera pestañea.

—Con todo el respecto, me parece que se le ha ido la pinza, señorita Davis.

Que sepa quién soy me pilla un poco por sorpresa. Después de todo sí me prestó atención cuando estaba con mi padre.

—Por favor, llámame Brooklyn —digo y me acerco más a él—. Y no pienses en esto como en una locura, después de todo soy la hija de Nil Davis, alguna experiencia disparando tengo.

—Tal vez, pero ¿de qué me sirve que dispares tú? Yo no aprendería absolutamente nada.

—Ahora mismo te serviría para librarte del agente Blake. —Echo un vistazo rápido a la zona

de la piscina. Por suerte Dylan está lo suficientemente entretenido hablando con su compañero, como para prestarnos atención—. ¿Cuánto crees que tardará en perder la paciencia contigo y en convertir esto en tu pequeño infierno personal? Después de todo lleváis aquí dos horas, tarde o temprano se va a cabrear.

Yo no sé si eso es verdad.

Probablemente no lo sea. Después de todo si Dylan no ha perdido la paciencia todavía, es evidente que está mentalizado para este trabajo, pero me da igual.

Mis palabras tienen en Lewis el efecto esperado: se pone nervioso.

—Está bien —dice en un hilo de voz mientras mira hacia donde está Dylan—, pero solo tienes una oportunidad. Si no aciertas, se acabó. No quiero problemas.

Sonrío y tengo que contener mis ganas de saltar de la alegría.

—Te prometo que no te vas a arrepentir.

—Ya…

Vacila un poco antes de pasarme la pistola, pero lo hace y después se coloca un par de centímetros más allá para darme un poco de espacio.

Mientras me coloco en posición aprovecho para hacerle la pregunta que lleva rondándome la cabeza dos horas.

—Quieres convertirte en agente de campo, ¿no?

—Así es.

—Y supongo que llevas todos estos meses entrenándote —digo y de reojo veo como asiente —. No te ofendas, pero ¿por qué se te da tan mal disparar, entonces?

—No lo sé —admite—. Quizás me pongo demasiado nervioso con esta prueba. Es mi segundo año intentando llegar a agente de campo. Se me da fatal disparar al blanco.

—Ya veo… —Empuño la pistola con la misma técnica que me enseño Blue. La de los pulgares rectos. Me encanta coger este tipo de armas así—. Aunque creo que es una cuestión más de confianza que de otra cosa. Fingir que puedes hacerlo, hasta que lo hagas.

—Quizás…

Con esto, me concentro completamente en la diana. Siempre que practicaba con Blue, mi objetivo era el corazón, es la parte más fácil porque está justo en el centro. Pero reconozco que adoro apuntar a la cabeza.

Me da un subidón de poder increíble.

Así que ahí es donde apunto.

No me doy tiempo a pensarlo demasiado, aprieto el gatillo y rezo para que la bala vaya justo a la cabeza.

Cuando observo la diana, me sorprende un poco comprobar que efectivamente he acertado.

Incluso después de casi un año sin hacer esto.

—Dios, ¿has visto eso? —chillo con demasiada alegría—. Le he dado justo en el blanco.

No puedo evitar darme la vuelta y abrazar a Lewis.

Esto ha sido más satisfactorio que cualquier orgasmo.

—¿Cómo lo has…? —No acaba la frase porque su vista se fija en un punto detrás de mí. Abre tanto los ojos que temo que se le salgan—. Rápido, rápido, dame la pistola.

Hago lo que me dice y me giro de golpe para ver a Dylan acercarse a nosotros.

—¿Qué coño ha pasado? —dice en cuanto llega.

Por la forma en la que sus ojos van de la diana, a la pistola y después a Lewis, sé que no ha visto nada.

No sabe qué ha pasado.

No todavía.

Sonrío.

—Lewis le ha dado en la cabeza, ha sido increíble —miento.

—¿Lewis qué? —Él fija sus ojos en el susodicho y por un segundo temo que este meta la pata, pero me coloco enfrente de él antes de que Dylan lea en su expresión asustada que todo es una farsa.

—Lo que oyes. —Me acerco a él con una sonrisita demasiado socarrona—. Ahora vámonos, me has prometido que veríamos a la concejala.

Dylan se queda quieto un par de segundos más.

Analizando la escena como si intentara encontrar el fallo, pero es imposible, así que simplemente asiente.

Joder.

Engañarlo tiene un punto malicioso que me pone a cien, aunque sé que no va a durarme mucho porque empiezo a ver que en todo lo relacionado con Dylan Blake, yo siempre pierdo.

5

BROOKLYN

No me gusta el silencio.

Me pone nerviosa.

Y más si es de esos silencios que están cargados de tensión e incertidumbre, de esos con los que escuchas hasta el propio sonido alterado de tu corazón.

El tipo de silencio que mantenemos Dylan y yo ahora, en el coche, camino a casa de la señora Miller.

Llevo un rato intentando decir algo, pero cada vez que me giro a mirar a Dylan, soy incapaz de abrir la boca.

Ahora mismo tiene el rostro cubierto por una expresión tan sombría, que me entran escalofríos de solo pensar en sus ojos grises puestos en mí.

Prefiero observarlo sin decir nada, con la calma que tendría un ángel observando al diablo. Lo único que hago es rezar para que no se dé cuenta, pero sigo con la mirada fija en él.

No puedo evitarlo.

Dylan da la sensación de ser el tipo de hombre que te invita a cruzarte en su camino, solo para hacer que te arrepientas.

Da la sensación de ser una puta señal de advertencia.

Se nota incluso en como conduce; rápido e imprudente. Y ni siquiera creo que lo haga aposta, simplemente no hay una sola parte de él que no grite peligro.

Es perturbador.

Sobre todo, porque se mantiene tranquilo incluso si las calles se difuminan a nuestro alrededor. Es como si no pudiera importarle menos si causa un accidente o no.

Está tirado sobre el asiento, con una mano apoyada sobre el volante y otra sobre la caja de cambios.

Se ha cambiado antes de irnos, ahora va vestido con el uniforme oficial de su departamento, pero aún así parece un puto modelo de catálogo en vez de un poli: con tejanos negros, una camiseta azul marino que se ajusta demasiado bien a la musculatura de su brazo y un chaleco del mismo color en el que pone FBI.

No se esfuerza.

Le sale natural verse bien.

Me da hasta rabia.

Se muerde el labio inferior en un gesto de concentración y tengo que apartar los ojos un según para mantener mis hormonas bajo control.

—¿Vas a soltar de una vez lo que quieres decirme? —La voz ronca de Dylan me pilla por sorpresa.

Vuelvo a girar la cabeza en su dirección. No me está mirando, pero solo puede estarme hablando a mí.

—¿Perdón?

—Lo que sea que vayas a decirme, suéltalo de una vez —repite y esta vez noto la irritación que esconde tras sus palabras.

—No iba a decirte nada.

Noto un calor repentino escalar desde mi cuello hasta mi cara. Seguramente ahora deba estar poniéndome roja.

Se ha dado cuenta.

—Me importa una mierda si quieres decírmelo o no, pero no vuelvas a girar la cabeza en mi dirección sin una razón —ladra y yo no puedo evitar encogerme en el asiento—. Tus miraditas de acosadora me están poniendo de los putos nervios.

Joder.

Este chico es un gilipollas de mucho cuidado. De repente se ha puesto de un humor de mierda solo porque lo he mirado. ¿Qué clase de problema mental tiene?

Respiro hondo, pero el aire no llega a mis pulmones.

—No te estaba mirando —*Imbécil*, quiero añadir, pero me lo reservo.

Dylan aparta los ojos de la carretera un segundo y los clava sobre mí. Su mirada es intensa y oscura, lo suficiente como para hacer que tenga ganas de salir corriendo.

Pero no puedo.

Estoy aquí encerrada con él.

—Es solo… —Me pongo a jugar con el dobladillo de mi vestido y mantengo la vista al frente, en los coches que adelantamos sin problemas. No sé qué voy a decirle, pero no soporto su repentina atención—. Me preguntaba a qué se refería mi padre cuando ha dicho que había un delincuente suelto por Beaufort. ¿Por eso estáis aquí? ¿Para detenerlo?

Bufa.

El muy imbécil, bufa.

Y al instante me hace sentir como una niñata.

—Tu padre ya te ha dicho que eso es información confidencial —Y eso es todo lo que dice antes de volver a prestarle atención a la carretera.

Ya no debe quedar mucho para llegar a casa de la concejala Miller. De hecho, empiezo a reconocer la ostentosa zona: mansiones que doblan el tamaño de mi casa, calles amplias y verdes y madres que vuelven a sus hogares después de realizar su exclusiva rutina de mañana.

Todo aquí grita riqueza.

Por eso es la zona de los políticos y los empresarios más corruptos.

Cuando llegamos a la entrada del barrio privado, el guardia de seguridad que hay en la valla nos saluda a través de la ventanilla y nos deja pasar como si nada.

Tal vez porque me reconoce a mí o porque Dylan va vestido como un agente del FBI.

No lo sé y la verdad es que me da igual.

Ahora mismo mi cerebro está a otra cosa.

—Venga ya —mascullo—. Solo quiero saber si lo decía en serio o solo era otra de sus tácticas para asustarme.

Silencio.

—¿Es en serio? —Giro mi cuerpo hacía él con la incredulidad pintada en el rostro.

Pero Dylan no reacciona.

Sigue con la vista fija en la carretera y una expresión aburrida que hace que me hierva la sangre.

Cuento hasta diez en mi mente.

—No te estoy pidiendo que me desveles información confidencial del caso, solo que me confirmes que existe. ¿Acaso te crees que soy una niña tonta que no puede afrontar eso o qué?

Suelta una risa seca cargada de algo oscuro e inquietante.

—Pensaba que ayer ya había quedado claro lo que opino de ti, caramelito.

Por supuesto que quedó claro.

Me dijo que no era más que una niña que se había escapado de alguna banda de pandilleros.

Una puta niña.

Así es como me ve.

—Bueno, ayer me confundiste con una ladrona inexperta —Estoy apretando tanto los dientes que me sorprende que se me entienda al hablar—. Ahora que ha quedado claro que soy una enfermera recién graduada y con cerebro, creo que puedes hablarme como a una adulta.

Dylan reduce la velocidad del Jeep para girar a la derecha en el tercer cruce que nos encontramos. Al final de esa misma calle vive la concejala Miller.

—La situación habrá cambiado, pero el resultado es el mismo —Parece neutral, casi indiferente, pero detrás de su voz ronca noto el resentimiento—. No eres más que una niña mimada que está acostumbrada a abrir la boca y obtener todo lo que ella quiere… ¿Me equivoco?

Me quedo en silencio durante un par de segundos.

Sus palabras desencadenan un sentimiento en mí que pensaba que había enterrado para siempre.

De repente vuelvo a tener trece años, estoy en la entrada de mi casa, llorando porque me he caído de la bici y me he hecho un raspón enorme. Mi padre viene corriendo a ayudarme, con la mala suerte de que Makeila Brown, mi vecina y la niña que más me odia en el mundo, está sentada en la acera con sus amigas.

Recuerdo que me miro con sorna mientras sus secuaces se rían de mí. Al día siguiente en el instituto ya tenía un mote que se quedaría conmigo hasta mi graduación: Brook, la niñita de papá.

Un sabor amargo inunda mi garganta.

Y tengo ganas de gritarle a Dylan todo lo que nunca le grité a Makeila: eres un imbécil insensible y no tienes ni idea de cómo soy ni de cómo es mi vida.

Pero en lugar de eso, escupo:

—Si todo se hiciera como yo quiero, tú no estarías aquí arruinándome el día.

Dylan acaba de reducir la velocidad casi del todo y con un pequeño movimiento del volante, aparca el coche detrás de un Toyota.

—Prueba a llorarle un poco a tu padre. —Pone punto muerto, apaga el motor y tira del freno de mano. Solo entonces se digna a volver a posar sus ojos grises sobre mí. Esta vez están tan claros que puedo ver la agitación que se esconde detrás de sus pupilas—. Tal vez con un poco de suerte tus habilidades de niña mimada me devuelvan a mis verdaderas funciones.

Me muerdo la lengua.

Lo único que impide que le pegue una paliza es que probablemente me detendría antes de que

llegara siquiera a tocarlo.

Pero ese pensamiento no ayuda a calmar la rabia que empieza a bullir en mi interior. Quiero que se arrepienta de hablarme así, quiero reírme yo también…

Tengo que poner distancia entre él y yo o voy a perder los papeles.

—Vete a la mierda —Le saco el dedo medio y salgo del coche antes de que pueda reaccionar.

Necesito aire.

No puedo dejar que un imbécil que no conozco de nada controle mis emociones.

Cruzo la calle hacia el otro lado de la acera justo en el instante en el que Dylan sale del coche.

—¿A dónde te crees que vas? —Escucho su voz a mis espaldas, pero lo ignoro.

Veo la mansión de la concejala Miller justo enfrente. Es igual que el resto de mansiones de la zona —tres plantas, blanca y con un largo camino de piedra que lleva hasta la puerta principal—, pero la suya en particular tiene algo que la hace destacar entre las otras.

No lo sé.

Parece mucho más bonita y majestuosa. Casi como un castillo en mitad de un montón de chabolas.

Quizás me dé esa impresión por todos los buenos momentos que he pasado organizando el festival de verano aquí.

Dylan sigue llamándome por ese estúpido mote mientras se acerca a mí, y tengo ganas de volver a mandarlo a la mierda, pero me contengo.

No me hace falta darme la vuelta para saber que estamos rodeados de señoras que fingen estar ocupadas en otra cosa, solo para escuchar nuestra conversación. De reojo veo cortinas moverse y sombras acechando.

Después de todo, no hay nadie que se aburra más que la clase alta. Tienen que entretenerse con algo.

Y muchas de esas señoras ya me conocen, por lo que el cotilleo es el doble de interesante.

No pienso darles el gusto.

—Déjame en paz —mascullo con los dientes apretados cuando noto la presencia de Dylan respirarme en la nuca.

Ni siquiera me detengo, entro en el camino de piedra y avanzo con rapidez, pero él tiene las piernas mucho más largas que yo y me alcanza enseguida.

—Sabes que ahora no puedo hacer eso, caramelito —Lo miro de reojo. Tiene las manos escondidas en los bolsillos del pantalón y un aspecto desenfadado, casi como si no le supusiese ningún esfuerzo comportarse como un cabrón—. Eres mi nueva responsabilidad y yo no descuido mis responsabilidades.

Pongo los ojos en blanco.

—Mi padre no te ordeno estar pegado a mi culo todo el día. Tu única función es vigilarme y facilitarme la vida, no acosarme.

—Para mí tampoco es un sueño hacerte de niñera, caramelito.

Me detengo justo cuando estamos delante de la puerta principal.

Otra vez ese estúpido mote que me hace querer llevarme las manos a la cabeza.

—¡Por el amor de Dios, deja de llamarme así!

—No quiero —Me giro hacía él en el preciso instante en el que sus ojos empiezan a bajar por mi cuello hasta el final de mi vestido blanco. Noto la temperatura de mi cuerpo subir tanto, que tengo que agachar un poco la cabeza para que no vea como se me tiñen las mejillas de rojo—. Te va demasiado bien: pareces una niña dulce, pero en el fondo sé que eres perjudicial y nociva. Como todas las niñitas mimadas.

No digo nada.

No me sale la voz.

Y él aprovecha ese momento para poner su cara a la altura de la mía y acercarse un poco más de lo que puedo soportar.

Estoy segura de que nota el fuego arder en mis ojos, la forma tan agresiva en la que mis fosas nasales se mueven o lo mucho que estoy apretando los puños en este instante.

Pero no le asusta.

Para nada.

Todo lo contrario, aviva su lado más oscuro. Ese que me hace temblar incluso en mitad de una ola de calor.

—¿Qué pasa, caramelito? ¿Ya no tienes ganas de insultarme?

Poso los ojos sobre él e intento ignorar las miradas curiosas que se asoman a lo lejos.

—Vas a ver lo poco dulce que puedo ser si me tocas los huevos.

Sonríe.

—¿Así? ¿Qué vas a hacer? —Da otro paso en mi dirección. Su cuerpo está tan inclinado hacia mí que temo que escuche el martilleo de mi corazón contra mi pecho—. ¿Vas a dispararme? Yo no soy Lewis, yo no voy a darte mi arma para que des en el blanco.

Mi respiración se detiene.

—¿Qué?

Antes de que pueda decir algo más, Dylan estira su brazo por mi lado y toca el timbre. Un par de segundos después escucho la puerta abrirse detrás de mí.

—Buenas tardes, señora. —Veo el rostro de Dylan transformarse con una falsa sonrisa cordial que dirige a la persona que nos ha abierto, pero yo no reacciono—. Estamos aquí para ver a la concejala Miller. Hemos llamado antes de venir, dijo que podía recibirnos sin problema.

—Claro, ¿puede decirme su nombre? —Escucho que dice una voz femenina. Debe haberse fijado en el uniforme de Dylan, porque enseguida se apresura a añadir—: Agente.

—¿Brooklyn?

En cuanto escucho mi nombre, hago un esfuerzo por salir de mi shock momentáneo y girarme. Un par de metros detrás de quien parece ser una de las mujeres del servicio de la concejala, aparece la propia concejala Miller.

Lleva un par de carpetas en la mano y sus ojos verdes brillan al identificarme.

Sonrío por inercia.

—¡Concelaja Miller! —La mujer del servicio se hace a un lado y nos deja pasar en cuanto se da cuenta de que la concejala me conoce—. Cómo me alegro de verla.

—Lo mismo digo, querida —En cuanto estamos cerca, me rodea en un fuerte abrazo que no puedo evitar devolverle.

El olor a vainilla de su perfume me inunda las fosas nasales casi al instante y me deja con una sensación cálida en el cuerpo que hace mucho que no sentía.

Está igual que siempre.

O tal vez incluso mejor.

Con su metro sesenta, su cuerpo pequeño y delgado, y su pelo corto y castaño. Tiene la piel olivácea un poco más arrugada que hace dos años, pero sigue pareciendo demasiado joven para la edad que tiene.

—¿Cómo has estado? —Se aparta un poco de mí para apreciar mi aspecto. Desde la última vez que la vi me ha crecido un poco el pelo y he ganado algo de peso, pero creo que estoy mejor que nunca. Y ella me lo confirma cuando dice—: Estás preciosa.

Mi sonrisa se ensancha.

—Usted también está guapísima, señora Miller. —Soy sincera—. Cada día más joven.

Ella hace un gesto con la mano para quitarle importancia, pero sus ojos brillan ante mi comentario.

—Oh querida, me alagas, pero lo último que hace mi trabajo es quitarme años.

No debe ser fácil tener el puesto de la señora Miller en el ayuntamiento.

Es la encargada de entretener a todo Beaufort. Eso es mucha responsabilidad.

Pero por alguna razón, ella lo hace parecer el trabajo más divertido y sencillo del mundo. Es un don. Nació para ese puesto.

—Aquí todos te hemos echado mucho de menos —continúa diciendo sin reducir la intensidad de su sonrisa perfecta.

Alzo una ceja.

—¿Todos?

—Los miembros del comité, claro.

—¿Están aquí? —De repente una sensación extraña me agita la boca del estómago.

—Bueno, algunos de ellos. Justo ahora estábamos en mitad de una reunión, tan solo me he ausentado un segundo para buscar unos papeles. —Alza las carpetas que tiene en la mano—. ¿Te apetece unirte?

No desperdició la oportunidad.

—Me encantaría. De hecho, de eso venía a hablarle, yo…

—Siento interrumpiros…

La voz de Dylan se alza por encima de la mía y tengo que cerrar los ojos un segundo y contar hasta treinta en mi mente.

Me cago en su vida.

Por supuesto que tenía que interrumpirme justo ahora.

La concejala se lo queda mirando un segundo demasiado largo. Probablemente ahora mismo está procesando al imponente hombre que hay en su recibidor.

—Brook, querida, ¿quién es tu amigo? —me pregunta sin apartar los ojos de él.

Dylan la mira con la misma cortesía con la que ha mirado antes a su empleada. Sus ojitos grises se ven claros y la sonrisa le brilla tanto que nadie pensaría que detrás de esa fachada de poli bueno, se esconde el diablo.

Suspiro.

—Concejala, le presento a Dylan Blake, agente especial del FBI. Trabaja con mi padre y hoy me está acompañando.

—Un gusto conocerla, señora.

Dylan estira la mano para saludarla, pero la concejala está tan ocupada mirándolo que ni siquiera se percata. Hay un momento en el que hasta gira la cabeza hacia mí para gesticular un *está bueno* que al propio Dylan no le pasa desapercibido.

Hago un esfuerzo por no reírme cuando sale de su trance.

—El gusto es mío, querido. —dice y finalmente le da la mano—. No sabía que nuestra pequeña ciudad estaba siendo protegida por agentes tan… capacitados.

Sé que la palabra que busca es *buenorros,* pero obviamente no va a decirle eso.

—Solo estaré aquí por el verano, pero para mí será un honor mantener las calles de Beaufort seguras durante mi estancia.

Tú eres el mayor peligro de todos, pienso, pero otra vez, no digo nada.

—Estoy segura de qué harás una labor estupenda —Pongo los ojos en blanco ante eso—. Ahora, acompañadme, por favor, el resto debe estar esperando por mí.

Asentimos y la seguimos en silencio.

La casa de la señora Miller no se parece a la de alguien que gana una pasta al año. De hecho, es más similar a la casa de una señora de clase media, pero está hecho a posta.

Los pasillos pequeños, las paredes decoradas con cuadros y fotos antiguas de familiares, las estanterías llenas de libros y los objetos aleatorios tirados por el suelo. Todo eso la hace más acogedora, más real.

Al menos eso creyó la señora Miller cuando se divorció de su marido y sus hijos se fueron a estudiar fuera.

Esta era su forma de seguir sintiéndose rodeada de su familia.

No la culpo.

Yo probablemente hubiera hecho lo mismo.

Por un momento me quedo tan absorta en mis pensamientos, que no me doy cuenta de la presencia de Dylan a mis espaldas.

Se ha pegado tanto a mí que vuelvo a entrar en su bucle de olor a jabón y peligro. El calor de su cuerpo rozándome es lo que me impulsa a ponerme a la altura de la señora Miller.

—Señora Miller —mi voz sale atropellada por las prisas—. ¿Han tenido ya muchas reuniones para la organización de las fiestas de verano de este año?

—No, en realidad todavía no hemos tenido una reunión oficial como tal. Este año vamos con un poco de retraso, así que llegas justo a tiempo —Me guiña un ojo y eso y su sonrisa son los que me devuelven la esperanza.

Es probable que pueda volver a participar en el comité este año. De hecho, si todos —o al menos los miembros más antiguos— están de acuerdo, será definitivo.

Trato de contener mi emoción.

—Me alegro.

A pesar de qué la señora Miller ya nos había advertido que estaba reunida con algunos miembros, cuando llegamos al salón, no puedo evitar sorprenderme al ver ciertas caras.

Hay más gente de la que yo pensaba, pero a la mayoría los reconozco al instante.

Sentadas en el sofá principal se encuentran la señora Carter, la señora Yamada y la señora Kimura, las dueñas de la pequeña tienda de nikuman, unos bollos japoneses que saben a cielo —al menos los que hacen ellas—.

Todos los años colocan varios puestos en el festival de verano y tanto los bollos como la

decoración de los puestecitos en sí, son un auténtico éxito. La concejala Miller las incluyó en el comité de organización para que aportaran un poco más de esa diversidad cultural a nuestras fiestas.

Y fue la mejor decisión que pudo haber tomado.

Esas tres señoras son una máquina. Las adoro.

Igual que al hijo de la señora Carter, Lynn Carter, al cual veo sentado justo al lado de su madre riéndose de algo que le dice la señora Kimura.

Íbamos a la misma clase en el instituto y siempre nos hemos llevado muy bien. Es un chico estupendo que todos los años aviva el festival tocando unas canciones de la ostia con su banda.

De hecho, no fue a la universidad precisamente para seguir su sueño de convertirse en el líder de una banda pop-rock de éxito.

Sé qué tuvo problemas para convencer a sus padres de que lo dejaran quedarse en casa y cumplir sus sueños, pero al final lo consiguió. Después de todo, su padre es un americano hippie y su madre una japonesa emprendedora que sabe lo importante que es seguir siempre lo que dice tu corazón.

No veo al resto de su banda con él y no sé mucho de ellos aparte de lo que veo en las redes sociales —han hecho varios conciertos por diferentes condados y ya tienen una buena pila de seguidores—, pero espero que todo les vaya exactamente como lo tenían planeado.

Antes de que pueda apartar la vista de él y fijarme en el resto, sus ojos se posan sobre los míos y se iluminan tanto como los de la señora Miller o más.

—No me lo puedo creer… ¡Brookyy! —Salta del sofá llamando la atención de los presentes.

Ni siquiera me da tiempo a prepararme antes de sentir como me estrecha entre sus brazos. Es mucho más alto que yo, así que mi cara queda aplastada contra su pecho y me corta el aire.

Sonrío a pesar de sentir la mirada oscura de Dylan quemándome la nuca. Desprende un aura fuerte y asfixiante, pero Lynn es más importante.

No tenía ni idea de lo mucho que lo echaba de menos hasta ahora. Todo, desde el aspecto de niño bueno —con su pelo negro y sus ojos rasgados del mismo color— hasta la buena energía que transmite siempre.

Es como un ser de luz, pero con los pies en la tierra.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuándo has vuelto? —pregunta sin dejar de estrujarme.

Quiero contestar, pero aparte de que me tiene aplastada, unas voces que reconozco le siguen.

—Hijo, suéltala, no la estás dejando respirar —La voz de la señora Carter, hace que Lynn ponga distancia entre nosotros un poco alarmado de haberme hecho daño. Yo le sonrío y él me devuelve el gesto con sus dientes desalineados.

—Eso, además, nosotras también queremos nuestro turno.

Veo a las tres señoras acercarse a mí lo más rápido que sus pequeñas y rechonchas piernas les permiten. Me regalan una sonrisa y una mirada cargada de amor. Son adorables.

De repente, me veo atrapada en una montaña de abrazos cálidos con olor a popurrí y algo de canela. Me siento querida y protegida, me siento como en casa de nuevo. Tanto que hasta me olvido del embrollo que me sigue desde hace un rato.

Esta es mi casa.

Esta también es mi familia.

Y después de cuatro años de confusión, me reconforta pensar que por fin he vuelto al lugar

donde siempre he sabido quién soy.

Al menos por el verano.

Ya pensaré en el resto luego.

Cuando todos han tenido suficiente de mí, se separan un poco y me dejan un espacio para respirar. Justo el espacio que necesito para ver a Makeila Brown parada un par de metros más allá, mirándome.

La luz que entra por los grandes ventanales hace que distinga cada parte de ella a la perfección.

Me quedo quieta.

Makeila siempre ha sido una chica muy guapa, pero cuando la veo no puedo evitar reconocer que ahora mismo la cabrona está perfecta.

Es mucho más alta y delgada que yo. De hecho, cuando estábamos en el instituto muchos decían que acabaría siendo modelo solo por eso. Bueno, por eso y por su larga melena rubia y ondulada, por su inmaculada piel de porcelana y sus ojos grandes y castaños. Tenía las facciones perfectas y las sigue teniendo perfectas.

No ayuda demasiado que encima tenga un sentido de la moda exquisito. Siempre sabe lo que se va a llevar antes de que se lleve y si no, ella hace que se lleve. Le encanta confeccionar los conjuntos más elegantes y bonitos.

Creo que nunca he visto a esa mujer sin tacones. Pero es que le pegan, en ella parecen un complemento más juvenil que un par de converses.

Si no fuera porque me hacía la vida imposible tanto dentro como fuera del instituto, probablemente hubiera querido ser su amiga. Me parecía una chica muy interesante, siempre metida en las actividades que se organizaban por todo Beaufort o entretenida con algún proyecto personal.

Era casi como mi alma gemela… Si las almas gemelas fueran unas arpías sin corazón.

—Davis —Hasta el pulcro sonido de su voz me provoca náuseas—, que grata sorpresa.

Me coloco recta por instinto.

Era lo que siempre hacía cuando aparecía de la nada para intentar tirarme abajo con alguna de sus bromitas.

—Lo mismo digo, Brown.

Aunque en realidad no debería sorprenderme nada verla aquí.

Ella es uno de los miembros más antiguos del comité, incluso más que Lynn y las señoras.

Abre la boca con la intención de añadir algo más, pero se queda a media voz cuando alza los ojos por detrás de mí.

Yo y todos los que están a mi alrededor, seguimos su mirada.

Dylan.

Está de pie un par de metros más allá y mantiene sus ojos fijos en mí, al menos hasta que siente la mirada de Makeila sobre él. Entonces su atención se desvía hacía ella.

Nada cambia en su rostro, sigue conservando la misma expresión fría y severa de siempre, pero el iris de sus ojos se oscurece hasta un punto en el que apenas distingo si son grises o negros.

Makeila le ha resultado atractiva.

Lo sé.

Y por alguna razón eso hace que me arda el estómago.

—Chicos, este es Dylan Blake —Se me adelanta la concejala Miller. Y aprovecha la oportunidad para tocarle el hombro—. Trabaja con el padre de Brook como agente del FBI y hoy está acompañándola.

Dylan se pasa una mano por el pelo, visiblemente incómodo por la repentina atención. Pero eso no impide que siga mirando a Makeila. Ni siquiera creo que se dé cuenta de que la concejala está ahora pasándole la mano por el brazo descaradamente, hasta se detiene un momento a palpar la parte de los músculos que queda visible a través de las mangas de su camiseta.

Está demasiado ocupado analizando a mi archienemiga desde que me mudé a Beaufort.

Y ella hace lo mismo.

Veo como inclina el cuello y se acomoda el pelo para él, el mismo movimiento que hacen las hembras para aparearse. Si no fuera por la distancia que nos separa probablemente podría oler el chorro de feromonas que desprende su cuerpo.

Aprieto los puños.

Y aparto los ojos de Dylan justo en el instante en el que él vuelve a posarlos sobre mí.

De repente tengo unas ganas enormes de romper el jarrón de porcelana que la concejala Miller tiene en una mesita de café.

—Bueno, chicos, centrémonos, por favor —pide la señora Miller cuando la gente comienza a alzar la voz para saludar a Dylan. Makeila no es la única que se ha quedado embobada, creo que hasta Lynn ha tenido un pequeño orgasmo al verlo. Porque esa es la reacción que Dylan Blake provoca en la gente, para mi desgracia—. ¿A quién le parece bien que Brooklyn vuelva a unirse a nosotros en la organización de las fiestas de verano?

Sus palabras me hacen volver a poner los pies en la tierra. A pensar en la razón por la que estoy hoy aquí.

Todos parecen emocionarse con la pregunta, porque los murmullos de excitación llenan el aire al instante. Las tres señoras vuelven a rondarme y Lynn asiente con demasiadas ganas.

La repentina rabia que se arremolinaba en mi estómago se disipa un poco y sonrío.

—¿Cómo que vuelva a unirse? —La voz de Makeila nos hace callar—. Concejala Miller, este año yo soy la segunda al mando de las fiestas. Todos votaron por ello.

—Tranquila, Makeila, seguirás siendo la segunda al mando. Brooklyn solo se unirá como participante.

Makeila posa sus ojos sobre mí.

A pesar de lo que le dice la concejala, el odio y el asco arden en sus pupilas cuando me mira.

Yo tuve ese puesto antes que ella y lo conserve hasta que me fui a la universidad y ella se quedó aquí. Pero ya no me interesa, no si eso significa luchar por él contra Makeila.

Tengo que saber escoger mis batallas para ganar.

Y esta no es una.

—Señora Miller, no me gustaría resultar… —comienzo, pero la concejala me corta al instante.

—¿Alguien tiene alguna objeción? —pregunta digiriéndose exclusivamente al grupo que no sería capaz de quemarme en una hoguera solo por existir.

—¿Cómo vamos a tener objeción de que Brookyy vuelva a formar parte de la familia? —Lynn me rodea los hombros con el brazo y me aprieta contra él. — Estamos deseando tenerla de

vuelta.

Todos asienten de acuerdo y la concejala sonríe.

—Solucionado, entonces.

Después de eso nos quedamos un rato poniéndonos al día y hablando de cuál podría ser la temática del festival este año, pero no llegamos a nada en concreto. Normalmente suelo tener muchas ideas, pero hoy no he podido concentrarme.

No con Dylan a tan pocos metros de distancia, acosándome con su imponente presencia. Debería sentirme aliviada de que no se haya pasado toda la maldita hora con la vista fija en mí, pero no es así.

Cada vez que su cabeza se movía en otra dirección, mi cuerpo se ponía en tensión. Me descubría mirándolo de reojo, analizando sus hombros anchos, su musculatura y en general su imponente figura.

He estado tan atenta a él, que al final me he distraído y no he estado a lo que tenía que estar.

Lo odio.

Salgo de casa de la concejala Miller echando humo por la boca y ni siquiera sé muy bien por qué.

Dylan me sigue por detrás sin decir nada. No ha abierto la boca desde que le presentaron a los miembros del comité. Parece estar absorto en sus pensamientos.

O a saber.

No me interesa.

Estoy deseando estar en casa para perderlo de vista.

Cuando llego al coche e intento a abrir mi puerta, me doy cuenta de que no soy yo quien tiene las llaves.

Me giro para mirar a Dylan.

Está cruzando la calle como si no pudiera importarle menos si lo estoy esperando o no.

—¿Tienes pensado llegar hoy o qué? —farfullo en su dirección.

Mi mal humor es evidente, pero él lo ignora. Saca las llaves del bolsillo trasero de su pantalón y las agita en el aire sin apartar sus ojos de mí.

—¿Quieres esto? —Detiene su paso a un par de centímetros de mí. No está muy cerca, pero aun así mi primer instinto es tirar para atrás. Y eso hago.

—Estaría bien.

Dylan curva los labios en una media sonrisa que solo puede traerme problemas y da otro paso hacia mí. Otro paso demasiado cerca. Trato de retroceder, pero ya estoy pegada al coche.

—¿Cómo se dice? —me provoca.

Niego con la cabeza y no puedo evitar dejar escapar una risa seca.

—Que te den.

Trato de alcanzar las llaves yo misma, pero él es más rápido y las alza en el aire antes de que mi mano las toque.

Voy a pegarle una paliza.

—Dame esas llaves —mascullo y vuelvo a realizar un intento inútil de cogerlas.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no eres capaz de coger unas simples llaves?

Doy un paso en su dirección.

Y enseguida me arrepiento. Lo tengo tan cerca que noto su respiración hacerme cosquillas en

la piel.

Pero no retrocedo.

Ya no.

Por un segundo, se me viene a la cabeza nuestra escena de ayer en la cocina. Recuerdo como me encogí ante su imponente presencia y su rostro inexpresivo. Esta vez no.

Esta vez alzo la cabeza y me aseguro de que pueda ver el fuego que arde en mis ojos.

Tengo ganas de cabrearlo.

O al menos de hacer que se arrepienta de llamarme niñata.

Y sé qué lo nota, porque susurra en forma de advertencia:

—Cuidado, caramelito, podría deshacerme de ti con un movimiento —Bajo la vista hacia la cinturilla de su pantalón, desde donde sobresale el mango de la G-19 que le ha prestado antes a Lewis.

Trago saliva.

—No lo dudo, después de todo tu arma tiene un silenciador ilegal.

Su expresión se vuelve sombría.

—¿Cómo sabes que las G-19 no llevan silenciador de fábrica?

Mierda.

—Sé mucho de armas —miento—. Soy hija de Nil Davis.

—Ya… —Da otro paso hacia mí y yo me veo obligada a volver a retroceder. Ahora tengo la espalda pegada al coche y Dylan me supera por tantos centímetros que cuando coloca la mano por encima de mi cabeza, es como si me absorbiera—. Quizás sepas demasiado.

—¿Qué quieres decir con eso?

No puedo dejar de mirarlo.

—Sé que Lewis no disparo esa bala —Dejo de respirar—. Ese novato no ha dado un golpe tan limpio en su vida.

Silencio.

Quiero moverme, decir algo, pero todo lo que le ofrezco es silencio.

—También sé que tu padre nunca te ha enseñado a usar un arma. No cuando te trata como si fueras una princesita que necesita de mi protección —Me acaricia un mechón de pelo detrás de la oreja. El contacto de su piel contra la mía no ayuda a calmar el ritmo alocado de mi corazón—. Tal vez a él le hayas hecho pensar que eres un angelito, pero conmigo no cuela. Sé que hay algo en ti que no cuadra y pienso descubrir qué es.

Aprieto los labios.

Sé que espera que le dé una reacción. Lo que sea que le confirme que no soy ninguna mosquita muerta, pero soy más lista que eso.

—Blue ya me advirtió que no era bueno acercarse a ti —digo más para mí misma que para él.

Aunque Dylan lo escucha.

Porque vuelve a estirar sus labios con la sonrisa del diablo.

—Tendrías que haberle hecho caso, caramelito, porque ahora pienso hacerte la vida un infierno.

Y con eso, se aparta de mí y rodea el coche para marcharnos.

6

DYLAN

Odio el desorden.

En cualquier aspecto: acústico, espacial y mental. Lo odio.

Y aunque siempre trato de fingir que no me afecta, la realidad es que me pone de los putos nervios.

Todos los que me conocen lo saben.

Por eso en el jardín reina un silencio mortífero.

Por eso cada uno de mis agentes está sentado en cinco perfectas filas de seis, observando con atención la pizarra que tengo detrás.

Observándome a mí.

—Antes de nada, repasemos lo que tenemos hasta ahora —Mi ceño fruncido se centra en la pizarra con fotos, papeles y posibles pistas que hemos ido recopilando a lo largo de las semanas.

Está llena.

Pero en este punto del caso lo mismo valdría que estuviera vacía.

No tenemos nada.

Nada importante, al menos.

—El sujeto a investigar se hace llamar Asher Wolf. Tiene treinta años y es un empresario dedicado a la compraventa de empresas arruinadas —repito como un loro la información que todos saben. Es lo más básico del caso, pero de reojo todavía veo a algún novato apuntarlo en su libreta—. Actualmente se encuentra en Beaufort, en la zona norte, montando una pista de carreras de MotoGP junto a su hermano mayor.

Fijo la vista en la imagen más próxima de nuestro sospechoso.

Es una foto extraída de alguna revista de cotilleos.

El cabrón está rodeado de un grupo de mujeres que lo veneran y tiene cara de estar pasando el mejor momento de su vida, cara de ser el tío más listo que ha pisado el planeta tierra solo porque puede pagar la atención de esas señoritas con dinero.

Aprieto la mandíbula.

Esa mierda se le ha acabado.

Estoy aquí por él, he dejado Nueva York por él y no pienso irme de esta maldita ciudad sin él.

Mientras me giro hacia mi equipo, pregunto:

—Bien, ¿de qué es sospechoso?

Siempre que refrescamos el caso hago la misma pregunta.

Es una tontería, pero si sirve para que no olviden la razón por la que no van a tener vacaciones este año, entonces la haré todas las veces que hagan falta.

Melisa, una de las agentes sentada en primera fila, alza la mano derecha por delante de su cara. No sé muy bien si lo hace para taparse los ojos del sol —que hoy está especialmente

abrasador— o porque quiere darme una respuesta, pero la señalo y le doy la palabra.

—Es sospecho de haber asesinado a Harrison Lennox y a tres de sus socios, durante la gala benéfica que organizó Lennox en Nueva York a mediados de mayo de este mismo año. Gala a la que, por supuesto, el señor Wolf asistió y de la cual también se robó el dinero que iba a donarse.

—Correcto —Me paseo de un lado a otro con las manos cogidas por la espalda—. ¿Qué nos lleva a creer que ha sido él?

—Fácil —Elliot, el único agente al que puedo considerar un verdadero amigo aquí, toma la palabra. Está sentado tres filas por detrás de Melisa, en una esquina—. Harrison Lennox era su mayor rival en la compraventa de empresas, ambos llevaban años compitiendo por el puesto número uno en los rankings. En los últimos meses Lennox le ganó mucho terreno a Wolf y eso debió ser la gota que colmó el vaso.

Elliot me cae bien.

Es un buen agente, el tipo de agente que merece estar donde estoy yo ahora o más arriba.

Siempre está un paso por delante de los demás en todo lo que tenga que ver con memorizar detalles de las investigaciones y unir las piezas en un puzle mental que solo entiende él, pero que acaba resultando muy útil.

Es el complemente perfecto para mí.

Por eso nos llevamos bien.

Yo soy habilidad y él es mente.

—Incluso lo grabaron en una discoteca en Manhattan durante los carnavales, amenazándolo de muerte mientras estaba borracho —añade alguien en última fila.

Lo reconozco al instante. Es Mateo, el único novato —aparte de Lewis— que se está entrenando para presentarse a las pruebas de agente de campo que se organizan este año.

Un idiota que derrocha demasiada confianza para lo malo que es en su trabajo.

Está sentado con las piernas apoyadas sobre el cabezal de la silla que tiene delante —en la que Lewis se mantiene en silencio, fingiendo que no le llega el olor a muerto de los pies de su compañero— y no lleva puesto el uniforme de entrenamiento.

Nunca lo hace.

Ni siquiera sabiendo que luego tiene una prueba de boxeo conmigo y con Lewis en el gimnasio.

Le da todo igual.

Se cree que por haber sido contratado como agente de oficina en prácticas, cuenta con alguna especie de inteligencia superior que le da derecho a parecer un puto desastre.

Tanto físicamente — con su chándal roto y su camiseta vieja de algún grupo punk de los noventa— como mentalmente.

Centro mi mirada gélida en él y tengo ganas de sonreír cuando traga saliva, nervioso.

—Siéntate recto —Mi voz parece calmada y serena, pero hasta Mateo percibe el tono bajo y afilado, porque enseguida me hace caso—. Ahora dime, ¿qué más incrimina al señor Wolf? Porque un video de una amenaza vacía no es todo lo que tenemos, ¿verdad?

Él niega en un movimiento tenso.

Aunque el papel de los novatos en los casos sea poco significativo, siguen formando parte de ellos. Después de todo, también son agentes —no de campo, pero agentes—.

Por lo tanto, deben procurar participar, estar atentos y aportar… o apartarse,

respectivamente.

Si Mateo quiere hacerse el listo, entonces no voy a quitarle la oportunidad.

—Bueno, esto… También hay testigos que confirman haber visto a Wolf discutiendo con el señor Lennox momentos antes de que empezara la gala.

Asiento, pero no le doy el gusto de decirle que la información es correcta.

No voy a dejar que se relaje. No mientras yo esté al mando.

—¿Qué nuevas pistas tenemos?

Echo un vistazo rápido a la pizarra. Concretamente al artículo de la gala de Harrison Lennox, que habla de los trescientos mil dólares que se iban a donar a la caridad y del éxito de asistencias respecto a otros años. Había magnates, políticos y celebridades de todos los rincones del planeta. Todos dispuestos a aparcar sus diferencias por un bien común.

Un bien que alguien se cargó con un numerito en mitad de la noche.

Ni tan solo una legión de guardias de seguridad impidió que tras un conveniente apagón aparecieran cuatro cuerpos —entre ellos el de Lennox— y un Wolf bajo los efectos del alcohol, impregnado de sangre.

Se le detuvo de inmediato, pero fue imposible retenerlo más de un par de días por falta de pruebas.

Ahora está libre por las calles, con un posible delito entre sus manos y la policía detrás, pero libre.

—¿Nadie? —Meto presión a mi equipo con la mirada, pero es inútil. La mayoría se rasca la cabeza y mira hacía otro lado como un niño que no quiere que lo escojan para salir a la pizarra —. ¿Nada?

Durante un par de minutos lo único que se escucha es el sonido del viento moviendo una pelota hinchable que hay dentro de la piscina.

Ninguna nueva pista.

Y no los culpo.

Este caso es una puta tortura hasta para mí. No hay más sospechosos que Wolf, los hemos descartado a todos, solo queda él y parece muy culpable, pero no tenemos suficiente para encerrarlo.

También cabe la posibilidad de que no haya sido él, pero eso directamente nos deja sin nada y me niego.

Abro la boca para dar por finalizada esta penosa reunión, pero un brazo largo y delgaducho se alza entre la multitud.

Lewis.

—¿Sí, Lewis?

—Yo creo… esto, yo creo que Wolf podría haber cometido esos asesinatos no tanto por una cuestión de odio hacia sus víctimas, sino quizás por una cuestión de… ¿Dinero? —Su voz suena baja e insegura. Tiene todas las miradas puestas sobre él y la mayoría no son agradables.

—¿De qué hablas?

—Yo… Cuando revisamos sus cuentas, Wolf tenía una cantidad total de cuatrocientos mil dólares en el banco, ¿no? —Se rasca la cabeza esperando una confirmación que nadie le da—. He estado echándole un ojo a sus facturas, sus deudas, etcétera, y resulta que en el momento de la gala debía alrededor de trescientos mil dólares por la compraventa fallida de una empresa.

Recibió un aviso, iban a quitarle ese dinero de su cuenta.

Mateo hace una mueca.

—¿Y?

—El dinero de la gala no solo lo hubiera ayudado a saldar su deuda, sino que lo hubiera salvado de entrar en posible bancarrota —reflexiona Tommy Evans, el agente más corpulento que tenemos por aquí.

Está sentado al lado de Lewis, que en comparación parece una lagartija indefensa.

—¿Cuánto dinero tiene Wolf ahora en la cuenta, Lewis? —pregunto.

—Sigue teniendo los cuatrocientos mil.

—Ni un rasguño en su economía… —digo más para mí mismo que para el resto.

—No, señor. Y su deuda ya está saldada.

Me quedo un minuto en silencio.

Aunque esta información nos abre un camino infinito de posibilidades, no es realmente una prueba de que Wolf cometió los asesinatos o robó el dinero.

Y Elliot opina igual que yo, porque dice:

—No podemos suponer que ha utilizado el dinero robado de la gala, tal vez alguien se lo prestó.

—¿Quién va a prestarle dinero a ese malnacido? —masculla Tommy— Tiene más enemigos que amigos.

—Su hermano podría habérselo dejado —plantea Melisa—. Después de todo están montando una pista de MotoGP juntos, deben llevarse bien.

—¿Dinero para saldar la deuda y también para montar las pistas de MotoGP? Su hermano no es tan rico.

—¿Cómo sabes que le está prestando dinero para las pistas?

—Porque por ahora Wolf no parece haber puesto nada de su bolsillo.

Tras la aportación de Lewis, el ambiente se anima. Ahora los agentes paran las orejas e incluso se giran en sus sillas para ver cara a cara a sus compañeros.

—¿Qué hay de su padre o su otro hermano? —se escucha por el principio—. Ambos son más ricos que Wolf.

—Y también unos cabronazos codiciosos. Se rumorea que Anthony Wolf preferiría dejar que su hijo se arruine antes que prestarle dinero.

—Aquí trabajamos con hechos, no con rumores —Los corto—. Elliot, averigua que ha pasado con su deuda, cómo la ha pagado y si alguien de su familia le ha dejado el dinero —El rubio asiente y yo poso mis ojos sobre el novato—. Lewis, buen trabajo.

Él sonríe, tímido, pero satisfecho y vuelve a posar la vista en su libreta.

Alzo la voz para dirigirme al resto de mis agentes.

—Buen trabajo a todos, aunque recordad que en un caso como este nunca podemos fijar la vista en un solo sospecho —Por más que Wolf no sea santo de mi devoción, debo ser realista—. Tenemos que ser objetivos, fijar la vista nunca es bueno, hay que intentar mirar siempre todo el esquema. Todo lo que creemos saber hasta ahora de Wolf podría ser una cortina de humo. Sí, es nuestro principal sospechoso, pero podría no ser el único o directamente no ser…

—No le hagáis ni caso —Nil Davis aparece de repente a través de las puertas de cristal que dan al salón. La agente Jack va con él, cubriéndole las espaldas.

Todos guardan silencio y lo miran. Enseguida se nota el cambio en el ambiente, nadie se atreve a moverse o a respirar. Prefieren ahogarse en la tensión del momento.

Y los comprendo perfectamente.

Porque esa es la sensación que provoca Nil Davis entre sus agentes.

Un miedo irracional.

Casi demasiado pérfido para tratarse de alguien con tantas medallas de honor.

Davis avanza a través del jardín y cuando llega a mi lado, me mira con la misma expresión sombría de siempre.

—Asher Wolf es el único sospechoso que hay y no podemos distraernos jugando a las adivinanzas mientras se va de rositas. Tenemos que ir a por él, desmontar su coartada y hacer que ese delincuente se pudra en la cárcel —Se supone que lo está diciendo para todo el mundo, pero el veneno de sus palabras solo me lo dirige a mí. Yo lo noto y estoy seguro de que no debo ser el único.

Me coloca una mano en el hombro y antes de girarse hacia los demás, sisea en un tono bajo:

—Ya me ocupo yo.

No digo nada y voy a tomar asiento cerca de Elliot.

No vale la pena ir en contra de Davis. Es un hombre cabezota y testarudo, no atiende razones.

Está obsesionado con Asher Wolf.

Y esa mierda de obsesión —al contrario de lo que él cree— está entorpeciendo el caso.

Es de primero de manual: centrarse en Wolf nos está haciendo perder demasiado el norte. Nadie se entera de nada, nadie descubre nada y los departamentos del FBI de otros estados y ciudades están comenzando a hablar.

Llevamos semanas sin hacer avances significativos.

Y es cuestión de tiempo que el director del FBI se meta por medio.

Pero yo no puedo decirle nada a Davis, no sin que piense que intento pisarle el puesto o quitarle autoridad.

Me hierve la puta sangre.

—A veces creo que te tiene asco, tío —me susurra Elliot. Tiene la cabeza inclinada hacia mí, pero no aparta la vista de los recién llegamos.

Ni yo tampoco.

La agente Jack mantiene una sonrisa política mientras Davis revisa la pizarra y descarta fotos y datos de cualquier individuo que no sea Wolf.

Aprieto los puños.

—Créeme, me he dado cuenta.

A veces me pregunto por qué Davis me dio el puesto de agente oficial al mando y no a la agente Jack —que lo sigue a todas partes como un perrito faldero—. Es evidente que le caigo mal y el sentimiento es mutuo.

Sí, soy muy bueno en lo que hago: he encerrado a asesinos seriales, he desmantelado redadas, me he infiltrado entre los capos más peligrosos y me he cargado a más parásitos sociales de los que podría contar con una mano, pero eso no sirve de nada si no me dejan hacer mi trabajo.

—No sé qué os habrá estado diciendo el agente Blake, pero escuchadme bien —Comienza a decir Davis—: Asher Wolf es un hombre peligroso, un hombre peligroso al que todavía no

hemos conseguido arrestar. Al no poder capturarlo, no solo estamos poniendo en peligro a gente inocente, sino que además estamos quedando en ridículo…

Me inclino en la silla y tiro la cabeza hacia atrás.

A partir de ese instante hago oídos sordos.

No me interesa escuchar las pretenciones de un hombre rico que adora aparentar. No puedo tomármelo en serio.

Igual que a su hija.

Abro los ojos de golpe cuando veo su diminuta figura pasar por delante de las puertas de cristal del salón. Lleva un par de leggins apretados y un top, típicos de niña pija que quiere entrenarse.

Automáticamente me coloco recto y giro la cabeza para mirarla mejor.

Hablando del rey de roma.

Está tan absorta en su móvil que ni siquiera se da cuenta de que aquí fuera estamos reunidos.

Lo sé porque ninguna parte de ella se altera.

Y eso me molesta.

¿A dónde va?

Antes de que pueda pensarlo, desaparece tras las cortinas del final.

Mierda.

—Ahora vuelvo —murmuro hacia Elliot mientras me levanto con disimulo.

Mi amigo arruga el entrecejo.

—¿A dónde vas?

Quiero responderle, pero ni yo lo sé, así que simplemente le digo que me cubra y salgo disparado en dirección a la niñita de papá.

Tengo suerte de atravesar las puertas de cristal justo a tiempo para ver su cuerpo desaparecer por la entrada del gimnasio.

Va a entrenar.

Por eso va vestida como una ricachona que hace pilates.

No puedo evitar estirar mis labios en una sonrisa burlona y seguirla. Me tienta averiguar qué tipo de ejercicios podría hacer una chica como ella.

Una vez que estoy en la puerta del gimnasio, me aseguro de quedarme justo ahí. No es un espacio muy grande, así que, si entrara, el caramelito se percataría enseguida de mi presencia.

Y por ahora no me interesa.

Me entretiene más ver como deja sus cosas en una de las taquillas que hay en la pared del fondo, y se acerca al armario de los materiales para sacar la cinta blanca que se usa para boxear.

Levanto una ceja.

Se la enrolla en una mano y después en la otra. Por la forma en la que la coloca, se nota que sabe lo que hace y eso me desorienta más todavía.

Supongo que piensa usar el único saco de boxeo que hay colgando en mitad de la habitación, pero primero se sienta en el suelo a estirar.

No pestañeo mientras la miro.

Dobla su cuerpo como si fuera una puta ex bailarina.

O una stripper.

No lo sé.

Pero joder, resulta hipnotizante verla mover el cuello y que la melena negra le roce el hombro con suavidad antes de caer por su espalda.

Esa puta melena negra que solo hace que el tono miel de sus ojos resalte más. Cada vez que me mira es como si estuviera viendo los ojos de un felino: cálidos, pero demasiado intimidadores.

No le pegan con esa sonrisa de niña tonta que lleva siempre.

O con esos mofletes tan gordos y adorables.

Se nota que los ojos los ha sacado exclusivamente de su padre.

Tras ellos se esconde la malicia y la hipocresía de los Davis. Lo sé. Y eso solo hace que me entren más ganas de quitarles la máscara.

Odio que me tomen el pelo.

Y siento que esta cría me está tomando el pelo desde que la conocí.

Cuando la vi sabía que no era una ladrona, pero había algo en ella que no me cuadraba. Me alteró el puto pulso nada más hacer contacto visual conmigo. Por su forma de mirarme, con tanta seguridad y decisión a pesar de que le estuviera temblando todo el cuerpo…

Ni de coña iba a dejarse controlar por mí.

Aun así, me confíe demasiado y casi me apuñala por la espalda con mi propia navaja.

Joder, hasta consiguió ponerme en alerta.

Creía que lo de la cocina había sido un caso aislado, después de todo la niña va por ahí con pintas de vivir en un arcoíris, transmitiendo felicidad y alegría a todo el mundo, pero luego pega un tiro perfecto con un arma que ni siquiera está autorizada a utilizar.

Y encima se la suda mentir con tal de salirse con la suya.

Recordarlo todavía me pone de mala leche.

No puedo descifrarla.

Solo tengo ganas de cogerla y hacer que se arrepienta de haberse cruzado en mi puto camino. Se supone que debería estar encargándome de un asesino, no haciéndole de niñero a una veinteañera molesta; un trabajo que está muy por debajo de mis capacidades.

Pero si Nil Davis se empeña en hacer mi vida un infierno mientras estemos aquí, yo pienso hacerle lo mismo a su hijita.

Quiero desahogarme…

Con ella.

Brooklyn detiene sus estiramientos y se levanta del suelo para ir al saco de boxeo. Es tan despistada que todavía no se ha dado cuenta de que estoy aquí y aun así se las arregla para darme la espalda antes de empezar a pegarle al saco.

Grave error por su parte.

Me acerco a ella sin decir nada. Demasiado concentrado en la forma en la que sus leggins se ajustan a su cintura en movimiento.

Por un segundo tengo la tentación de volver a la puerta, pero no lo hago.

Dejo que note mi presencia detrás de ella, que cada músculo de su espalda se tense… Ya ni siquiera se mueve, no puede.

Tal y como me esperaba, no tarda ni dos segundos en darse la vuelta y tratar de pegarme un puñetazo en el pecho. Por suerte, soy más rápido que ella y la cojo de las muñecas antes de que me roce siquiera.

Sonrío al ver el iris alterado de sus ojos.

—¿Así es como me das la bienvenida?

No contesta.

No puede.

Está demasiado ocupada intentando recuperar el aire del susto. Tiene la vista clavada en mí, pero es como si su cerebro no estuviera procesando mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —jadea.

Su pecho sube y baja con tanta fuerza que me roza el torso con suavidad.

—Vigilarte.

—¿Me estás vacilando?

—No, caramelito, ya te dije que no me fío un pelo de ti.

—Vete a la mierda.

Consigue liberar sus muñecas de mi agarre y trata de volver a poner distancia entre nosotros, pero no la dejo.

Enrollo mi brazo izquierdo en su cintura y la atraigo hacia mí en un movimiento brusco.

No me detengo a pensar en el calor repentino que se arremolina en su cintura o en como deja de respirar casi al instante. Ni siquiera pienso en el aroma a canela que invade mis fosas nasales en cuanto tengo su rostro a milímetros del mío.

Simplemente me cabrea que sea ella la que quiera separarse primero de mí y no al revés.

—¿A dónde te crees que vas? —Mi voz sale demasiado fría y dura. Ni siquiera sé por qué estoy tan cabreado con ella. Probablemente sea por esos ojitos inocentes y desconcertados con los que me mira.

Joder, no la soporto.

—¿Qué mierda quieres ahora? —No se achanta, nunca lo hace.

—Que dejes de fingir que no rompes un plato y me cuentes cómo coño sabes usar un arma.

Traga saliva.

Y entonces sé que la tengo donde quería.

7

BROOKLYN

No es la primera vez que tengo a Dylan tan cerca.

Ya lo había tenido a centímetros de mí la primera vez que lo vi. Y hace dos días cuando estábamos en casa de la señora Miller.

Su aura oscura siempre se encarga de dejarme inmóvil.

Pero esta vez hay algo diferente. No sabría decir exactamente qué, solo sé que me cuesta mucho más respirar.

Es como si me hubiera vuelto más consciente del tacto de su piel contra la mía. Noto cada uno de sus dedos hacer presión en mi cintura, una presión suave y firme a la que no estoy acostumbrada.

Apenas puedo concentrarme en otra cosa que no sea él. Ni siquiera le presto atención al ritmo descontrolado de mi respiración.

¿Qué hace aquí?

¿Y por qué parece enfadado conmigo?

Llevo todo el día esquivándolo precisamente para evitar esa mirada fría y cargada de odio con la que me está observando justo ahora.

—¿Y bien? —ladra en un tono demasiado fuerte para mi gusto.

De repente, el cabreo de como me ha hablado antes vuelve a hundir mis nervios en lo más hondo de mi pecho.

—Yo no sé usar un arma —miento.

Y lo miro.

Me aseguro de que note en mis ojos que me estoy burlando de él.

Porque lo estoy haciendo.

Aprieta la mandíbula tan fuerte que se le marcan los músculos de la cara.

—Mal, ¿quién te ha enseñado? ¿Es lo único que sabes hacer? —No abro la boca y eso lo cabrea más. Lo sé.

Porque se queda un segundo en silencio.

Mirándome.

Y veo en sus ojos grises un mar de oscuridad y aversión que debería ponerme los pelos de punta, pero que por alguna razón no lo hace.

Lo que me altera realmente es que se agache para ponerse a mi altura y acerque tanto su rostro al mío que tenga que tirar mi cabeza hacia atrás para poder seguir mirándolo a los ojos.

Si no fuera porque me tiene sujeta por la cintura, probablemente el temblor repentino de mis piernas me haría colapsar.

Eso o su fascinante olor a jabón, que se pega a mí como una segunda piel.

Mueve su cabeza justo hacia el hueco que hay entre mi cuello y mi hombro y yo apenas puedo moverme. Su aliento me hace cosquillas en la oreja cuando murmura en un tono bajo:

—¿Cuántas ilegalidades ha cometido realmente la hijita mimada de Nil Davis?

No puedo hacer esto.

Voy a colapsar. Si sigo teniéndolo tan cerca voy a colapsar.

No sé de dónde saco la fuerza, pero me aparto de él. O al menos lo intento, pero Dylan me sujeta por el brazo antes de que pueda alejarme demasiado.

—No pienso dejar que te vayas hasta que respondas al menos una de mis preguntas.

Tiro de mi brazo para liberarlo.

Me queman los ojos de la rabia y la impotencia que siento ahora mismo.

—¿Por qué esta repentina obsesión conmigo, eh? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—No, ahora tú eres lo que tengo que hacer para desgracia de ambos —Su expresión se mantiene impasible—. Responde.

El corazón me va a mil por hora.

—¿Y por qué yo tengo que responder a tus preguntas y tú a las mías no?

—Yo no soy el que está ocultando algo.

Tiene que ser una broma.

—Porque tú lo digas —chisto y ya ni siquiera quiero mantener la compostura. Quiero respuestas, igual que él—. ¿Por qué tu arma lleva un silenciador ilegal?

No va a responderme.

Lo sé.

Pero por la forma en la que su cuerpo se tensa, sé que está ocultando algo y con eso me basta y me sobra.

Dylan podrá ser un agente especial del FBI al mando, pero yo llevo más tiempo que él en este mundillo. No voy a dejar que de un día para otro desmonte la fachada bajo la que llevo años ocultándome.

Me niego.

Así que si quiere guerra, la va a tener.

—Muy bien, caramelito, ¿qué tal si jugamos a algo?

Sus palabras me pillan por sorpresa.

Alzo una ceja.

—¿Un juego?

—En los entrenamientos lo llamamos *boxeo de preguntas* —explica mientras me esquiva para colocarse más cerca del saco de boxeo. Lo sigo con la mirada—. Sirve para agilizar la mente y conocer a tu oponente mientras lo machacas. Cada golpe que consigas asestarle te da derecho a realizarle una pregunta. Con cada pregunta el cerebro de tu contrincante se va relajando y acaba por creer que está libre de peligro.

Hago una mueca involuntaria.

—¿Y esa mierda os funciona en la vida real?

—No siempre, pero es divertido probarlo —Dylan da un paso en mi dirección y yo doy uno hacia atrás por instinto. La media sonrisa que me regala después, me revuelve el estómago—. Solo que esta vez, el contrincante, o sea tú, ya conoce la táctica y podremos aplicarla ambos. ¿Qué me dices?

Quiero negarme.

La oscuridad detrás de esos ojos grises es una clara señal de que jugar con Dylan solo puede

traerme problemas.

Aunque tengo que reconocer que la idea de sacarle información es tentadora.

Muy tentadora.

Incluso si eso conlleva ignorar todas las señales de peligro.

—Muy bien, aunque te advierto que soy muy buena boxeando.

—Ya… —Me recorre con su mirada como la primera vez que nos vimos. Solo que esta vez hay algo diferente, algo más sombrío— Me pregunto por qué la niña buena de papá iba a ser buena boxeando.

Sonrío.

No sé muy bien por qué, pero sonrío.

Y no me doy tiempo a pensarlo, le asesto un gancho de izquierda que va directo a su mentón. Reconozco que me sorprende que no lo esquive a la primera, pero la satisfacción de ver como se le descoloca el rostro no tiene precio.

Se lleva la mano a la zona afectada. Al principio la palpa como si no pudiera creer que de verdad le haya pegado.

Pero lo he hecho.

El tono rojizo de su piel lo demuestra. Aprieto los labios. Ahí se le va a formar un buen morado.

Su mano comienza a ir de arriba a abajo, lento, frotando la zona con cuidado.

No me hace falta mirarlo a los ojos para saber que ya no son grises. Seguramente se hayan teñido del mismo negro que desprende su aura.

Por eso me sorprende escuchar su risa. Es una risa seca y gélida que me provoca escalofríos, pero ahí está.

—¿Ahora comprendes mi desconfianza? —murmura.

—Comprendo que estás muy mal de la cabeza —Hago una mueca y doy un paso atrás para alejarme de la repentina sensación de estarme asfixiando—. Primera pregunta, ¿por qué tu arma lleva un silenciador ilegal?

—Es un silenciador autorizado por el gobierno de forma excepcional. Lo uso para hacer mejor mi trabajo, no necesitas saber más.

—¿Cómo que no? ¿Por qué el gobierno iba a dejarte a ti solo…?

No consigo acabar la frase.

Dylan estira la pierna por detrás de la mía y en un solo movimiento, acabo desplomada en el suelo. Por suerte, mis manos detienen parte de la caída y no sufro del todo el impacto de mi culo contra el suelo de caucho.

¿Qué cojones…?

—Segunda pregunta —Contrata sin inmutarse. Desde el suelo su figura se ve incluso más imponente—, ¿cómo sabes qué el silenciador es ilegal?

Hago un esfuerzo por estabilizar el ritmo de mi respiración. El cabrón me ha tomado por sorpresa.

Y lo sabe.

Como yo, está aguantándose las ganas de reírse en mi cara, incluso cuando hasta los pájaros que se posan sobre la ventana acaban de presenciar mi humillación.

Mantengo la cabeza en alto a pesar de estar en el suelo.

—Mi padre me ha enseñado todo sobre armas —miento.

No pienso involucrar a Blue en esto.

No cuando no me fío un pelo de Dylan Blake.

Pero otra vez, él es más listo que yo y sabe que estoy mintiendo. Es más que evidente.

—En este juego no vale mentir, caramelito.

—Tampoco vale ocultar información.

Aprieta la mandíbula.

—Responde.

—Ya lo he hecho —chisto.

Dylan se agacha a mi altura y puedo ver de cerca el movimiento rabioso de su lengua sobre sus labios.

—¿Me vas a hacer preguntarle a tu padre si eso es cierto?

Mantengo la cabeza en alto.

No dejo que note que sus palabras me han tensado hasta el último músculo del cuerpo. Si lo hago será jaque mate para él.

Una vez más.

Pero me está mirando con tanta fijación que no puedo evitar tragar saliva. Sé que tengo que hacer algo, por eso estiro los brazos y lo cojo del cuello con fuerza.

Ni siquiera yo sé muy bien qué movimiento de boxeo es este, lo atraigo hacia mí, encerrándolo en una llave bastante penosa, pero lo suficientemente fuerte como para distraerlo.

Trato de ahorcarlo con todas mis fuerzas, incluso si el roce de su pelo contra mi hombro me distrae. Tiro de él, tanto que acabo cayendo de espaldas con su cuerpo encima del mío.

Por suerte, Dylan apoya sus brazos a los costados de mi cabeza, dejando que sean ellos que aguanten su peso y no mi pobre torso.

Desenrollo mis manos de su cuello antes de que empiecen a quemar.

Él se mantiene quieto.

Casi sin aire.

—¿Cómo has llegado a ser agente especial al mando tan joven? —Ni siquiera espero a que se recupere o a hacerlo yo.

—No has hecho ningún punto, —Mueve el cuello para recuperar el aire y que la sangre vuelva a circularle también por ahí. No se le nota, pero mi agarre le ha dejado sin respiración. —no tienes derecho a preguntar.

—¿Ahorcarte durante medio minuto no te parece suficiente victoria?

Me mira.

Y ya no hay hielo en sus ojos. Ahora cuando los miro solo noto un repentino calor del infierno.

—O sea que si yo ahora hago esto… —Levanta ambas manos del suelo y deja que sea mi cuerpo el que soporte su peso. A continuación, lleva su mano derecha a mi cuello, haciendo presión.

Por instinto yo también llevo mis manos a ese lugar, pero no sirve de nada.

Él ha llegado antes.

Y su mano ejerce una presión asfixiante sobre la zona. Me deja sin aire poco a poco, torturándome.

Creo que para este momento mi tono de piel debe tirar más a un lila grisáceo.

Me está ahorcando como yo he hecho con él, pero lo suyo es diferente: su brazo es más grande que el mío y su cuerpo se apoya en mi torso, presionando el hueco que hay entre mis pechos.

Mi top está sometido a tanta presión, que la piel fina de mis tetas se ve expuesta ante el roce frío y caliente de Dylan.

Me falta el aire y él ni siquiera se da cuenta.

Está demasiado ocupado disfrutando de su pequeña tortura personal. Sabe que tiene el control y deja que el puto diablo que lleva dentro guie nuestra interacción.

—... ¿He hecho punto? —Acaba la frase todavía con la vista fija en mi rostro. Afloja un poco su agarre seguramente al ver como se me van a salir los ojos de las cuencas, pero no se mueve. Le gusta su posición, incluso si es más incómoda para él que para mí—. ¿Quién te ha enseñado a utilizar un arma?

Toso.

O al menos lo intento.

Pero Dylan sigue sin moverse.

Imbécil.

—Yo no sé usar un arma.

—¿Me estás tomando el puto pelo? —gruñe y vuelve a ejercer un poco de presión en su agarre. Trato de liberarme, pero ni siquiera mis dos manos sobre la suya consiguen desplazarlo ni un solo centímetro—. Deja de jugar conmigo.

—¿No se suponía que esto era exactamente eso, un juego?

Si no fuera porque estoy dedicando todos mis esfuerzos a que me llegue la sangre al cerebro, me hubiera sonreído.

Y más después de ver el cabreo arder por todo su rostro.

—No me provoques, caramelito.

—¿O si no qué?

No dejo que conteste.

Aprovecho ese momento de despiste y rabia, y enrollo mis piernas alrededor de su cintura con fuerza. Son la parte que más entreno de mi cuerpo, así que sé que soy capaz de darle la vuelta a Dylan.

Y eso hago.

Ahora es él el que está tumbado en el suelo, conmigo encima y sus manos estratégicamente colocadas sobre la zona que conecta mi cintura con mi trasero. Las noto ahí, ejerciendo presión y un calor sofocante que hace que me arda el cuerpo al instante.

De repente nos sumergimos en un silencio ensordecedor.

Estoy prácticamente tumbada encima de él. Mi pecho roza su rostro, sus ojos están a la altura perfecta para ver el esfuerzo que hace mi prenda superior por mantener mis tetas en su sitio.

Esta posición es incluso peor que la anterior.

Incluso más sexual.

Mierda.

Lo peor de todo es que no puedo detenerme a pensar en como mi cuerpo tiembla o en como mis manos han caído sobre sus hombros y hacen contacto directo con sus músculos.

Solo puedo pensar en como me mira, en la forma en la que sus pupilas se ensanchan cada vez más…

Tiene unas facciones perfectas.

Hasta la puta curva de sus labios es perfecta, joder.

¿Me pregunto cuántas chicas habrán tenido el privilegio de besar esos labios?

Deben saber a pecado.

Al puto infierno en la tierra.

Y están tan cerca, que me da rabia.

Niego con la cabeza y abro la boca para decir algo, pero Dylan es más rápido que yo.

No deja que estropee el momento con alguna pregunta estúpida, prefiere estropearlo él cuando me sujeta con fuerza y se levanta del suelo llevándome con él.

Le toma un segundo ponernos en pie.

No me mira, pero aparta las manos de mí casi como si el contacto le quemara. De repente, vuelvo a notar en el ambiente esa tensión fría e insípida que siempre lo rodea.

Dylan abre la boca y por un segundo creo que va a decir algo, pero al final lo sustituye por un gruñido y sale disparado por donde ha venido.

En ese instante mis pulmones se vacían.

¿Qué mierda acaba de pasar?

8

BROOKLYN

—¿Cómo se ha levantado mi niña hoy?

Cómo la mierda, quiero responder, pero en lugar de eso farfullo:

—Papá, por favor, ahórrate el vacile.

Está sentado en uno de los banquitos de la encimera, mientras se toma su café mañanero y lee el periódico online en su iPad. Ni siquiera me ha visto la cara de muerto con la que me he levantado o las pintas desaliñadas que llevo.

No como Blue.

Qué está al otro lado de la cocina, esperando a que se calienten sus tostadas y mirándome como mirarías a un vagabundo que te pide dinero en la calle.

Son los únicos que están aquí y en cierta forma eso me alivia.

No estoy de humor para aguantar a nadie más a las nueve de la mañana.

— ¿Qué te pasa? ¿Has empezado mal el día?

—No, no es eso —Me siento al lado de mi padre y dejo caer la cabeza sobre el frío mármol de la encimera—. Es que vienen los del comité y me he levantado un poco irascible.

—¿Hoy?

Asiento.

—¿Los has invitado tú? —Pregunta Blue mientras desconecta la tostadora—. ¿Por qué no lo cancelas?

—No puedo, yo he sido la que he insistido en que nos volviéramos a reunir tan pronto.

—¿Por qué?

—Tenía que compensar el fiasco de la última reunión —Levanto la cabeza de la encimera y me paso las manos por el pelo grasiento. No lo he lavado desde que llegué a Beaufort—. Me siento mal porque no aporté nada y le insistí mucho a la concejala Miller para que volviera a admitirme en el comité. Tengo que al menos resultar útil.

—Cariño, sabes que los del comité no van a echarte por no estar las veinticuatro horas del día generando ideas, ¿no?

Blue se acerca a mí con un plato lleno de tostadas, un cuchillo de mesa y un frasco de mermelada de fresa, mi favorita. Lo deja todo delante de mí y me dedica una sonrisa antes de dirigirse a la nevera.

Sonrío por inercia y cojo el cuchillo.

—Los del comité tal vez no, pero estoy segura de que Makeila aprovechará cualquier oportunidad para arruinarme esto.

Esa chica vive por y para hacer mi vida un infierno.

Todavía recuerdo como me miro en casa de la señora Miller: como si fuera un bicho que no pudiera esperar para aplastar.

La conozco.

Sé que eso no va a quedarse solo en una simple mirada odiosa.

Va a por mí.

De nuevo.

—¿Makeila Brown? —Mi padre levanta la vista de su iPad. El olor de su colonia casi eclipsa el de las tostadas recién hechas. Cada día se echa más—. ¿La hija de Sonia Brown, la abogada que vive enfrente?

—La misma.

Blue viene con una jarra de zumo de naranja.

Lleva el pelo rizo envuelto en su moño habitual y el uniforme del FBI perfectamente planchado. Está igual de guapa que siempre, pero noto el estrés y el cansancio en sus ojeras.

—¿Sigue en el comité?

—Sí —Me lleno la boca con un trozo de tostada con mermelada, pero aun así añado—: Mala hierva nunca muere.

—No entiendo por qué te llevas tan mal con ella —Mi padre niega—. Su madre es una mujer muy educada e influyente, estoy seguro de que le ha dado una educación más que adecuada a su hija. No puede ser tan mala.

Tengo ganas de poner los ojos en blanco, pero me contengo.

La señora Brown es una de las pocas personas en este mundo que le caen bien a mi padre.

Cree que es una mujer con férreos valores de los que ya no quedan.

Yo casi no he interactuado con ella. De hecho, no recuerdo verla mucho por el barrio cuando todavía iba al instituto. Sé que es una mujer ocupada que se la pasa viajando, igual que mi padre.

Seguramente por eso ninguno sea consciente de que Makeila Brown es un monstruo.

A pesar de que llevo gritándolo a los cuatro vientos desde que empece a ganar confianza en mí misma.

—No pienso tener esta conversación otra vez, papá.

No cuando tengo cosas más importantes en las que pensar.

Como en qué temática podría tener el festival de verano este año y en cómo va a afectar a mis aportaciones el hecho de que Makeila tenga que aprobarlas.

—Bueno, como quieras —Mi padre mira su reloj y después vuelve sus ojos miel hacia mí—. Pero si necesitas cualquier cosa ya sabes que solo tienes que pedírmelo a mí. Puedo mover hilos y hacerte jefa del comité si hace falta.

Fuerzo una sonrisa.

—Lo haré, gracias.

Ni de coña.

Lo que me faltaba.

Darle a Makeila otra razón para que piense que soy una niña mimada.

Mi padre me da un beso en la frente y se levanta del taburete. A diferencia de Blue, él no lleva el uniforme puesto, sino un traje carísimo de color azul.

—Blue —dice y esta levanta la vista sin dejar de beber de su vaso de zumo—, cuando acabes aquí, reúnete conmigo en mi despacho. Quiero que revisemos unos documentos antes de salir.

—Sí, claro, ahora mismo voy.

Él asiente y sale de la cocina antes que Blue, que se gira para dejar el vaso en el fregadero y después se me acerca para darme otro beso en la mejilla.

—Suerte en tu reunión, querida. Recuerda que eres una Davis.

—Y los Davis nunca se rinden.

—Exactamente, solo hay que ver al cabezota de tu padre.

Niego con una sonrisa y dejo que se vaya.

Me pregunto si mi padre la deja descansar alguna vez. Sé que él es un obseso del trabajo, pero a Blue le gusta disfrutar de su tiempo libre; sobre todo, en verano.

Todavía recuerdo las vacaciones que organizaba para nosotros cuando yo todavía era menor de edad. Si he visto algo de mundo ha sido gracias a ella, porque si fuera por mi padre, me quedaría toda la vida encerrada en una vitrina de cristal.

Suspiro.

Echo de menos esos momentos que pasábamos los tres.

Tal vez debería intentar recuperarlos durante estos tres meses. Organizar alguna escapada en familia. Después de todo, cuando acabe el verano es probable que me vaya de Beaufort a saber dónde. No sé qué haré o si seguiré teniendo tiempo para verlos a menudo.

Tengo que aprovechar que estoy con ellos ahora.

Estiro mi cuerpo para alcanzar la jarra de zumo que Blue ha dejado al otro lado de la encimera. Justo cuando la tengo cogida por el mango, unas voces acercándose por el pasillo, me distraen y tiro parte del contenido.

—Mierda —murmuro.

—¿Qué vas a ponerte esta noche? —Escucho una voz femenina prácticamente en el marco de entrada. Cuando giro la cabeza veo asomarse una melena rubia y otra castaña.

Son agentes del equipo de mi padre.

—No lo sé, la verdad es que ni siquiera sé si voy a ir —Responde la rubia. Ambas están tan enfrascadas en su conversación, que han detenido el paso en la misma entrada—. He escuchado que Elliot tal vez se quede y la verdad es que me gustaría estar un rato a solas con él.

—Sabes que Elliot pasa de ti, ¿no? —La rubia le lanza dagas con los ojos a la morena y ella solo puede levantar las manos en son de paz—. Solo digo que perderte una noche de alcohol, drogas y posible sexo casual, por él, es una...

No acaba la frase porque su amiga le pega un golpe en las costillas con el codo. Al principio creo que lo hace porque no quiere escucharla, hasta que me doy cuenta de que tiene sus ojos fijos en mí.

Me ha visto.

Y ahora la morena también.

Genial.

Estiro los labios en una sonrisa políticamente correcta y ellas hacen lo mismo.

—Señorita Davis —habla la morena. Noto una repentina incomodidad en el ambiente—. No sabíamos que estaba aquí...

—Sí, he bajado a desayunar hace poco —digo y vuelvo a sentarme en el taburete cuando me doy cuenta de que sigo estirada sobre la encimera.

Ambas se miran durante un segundo y luego vuelven la vista a mí con las sonrisas todavía intactas.

Probablemente deban estar escaneando las pintazas con las que bajo a desayunar hoy. Llevo un chándal viejo que le robe a mi compañera de habitación antes de irme, una camiseta blanca

que me queda como un top y un par de calcetines que creo que están rotos por la parte de debajo.

Tengo el pelo envuelto en un moño mal hecho en lo alto de mi cabeza. Ni siquiera me he molestado en maquillarme, así que mis ojeras y mi palidez mañanera son evidentes.

Todavía no me he duchado, pero al menos no huelo mal.

O eso creo.

No como ellas, que parece que acaban de darse un baño exfoliante completo. Tienen un aspecto impecable: con su uniforme oficial y esas caras de modelos de portada. Deben tener la edad de Dylan o quizás un poco menos y todo; rebosan juventud y belleza.

—Perdónenos, volveremos más tarde y así la dejamos desayunar tranquila —Hacen el amago de volver a salir de la cocina, pero las detengo.

—No, no, esperad, no hace falta que os vayáis —Se giran hacia mí de nuevo—. Podéis pasar.

—¿Está segura?

—Por supuesto —No quiero que se piensen que soy una amargada con la que no pueden relacionarse—. Y llamadme Brooklyn, por favor. No soy mi padre.

Ellas asienten y avanzan todavía con precaución.

La morena se dirige a la nevera y la rubia va a tomar asiento delante de mí. Se detiene delante del taburete con las cejas arrugadas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con la vista fija en el asiento.

En ese momento me acuerdo del zumo.

Mierda.

Me levanto rápido.

—Ostras, perdona. Me acabo de acordar de que se me ha caído un poco de zumo ahí —digo —. Ahora lo limpio.

Hago el amago de ir a por una bayeta, pero la rubia me detiene por el brazo.

—Ya lo limpio yo, no te preocupes.

Ni siquiera me da tiempo a protestar, va directa al armarito donde guardamos los productos de limpieza de la cocina y yo me quedo quieta en el sitio.

Ambas se ven muy desenvueltas, como si conocieran este espacio a la perfección.

—¿Cómo os llamáis, por cierto? —pregunto, cansada de los motes que he inventado para ellas en mi cabeza.

—Yo soy Tabatha —dice la morena— y ella Emma.

La rubia me sonríe en señal de cortesía mientras coge un trapo viejo para limpiar el asiento.

Abro la boca para preguntarles cuántos años tienen, pero más voces irrumpen el pasillo y de repente la cocina se ve invadida por otros cinco agentes.

Entre ellos Dylan.

Doy un paso atrás por inercia.

—Bua, me he levantado con un hambre... —Un chico demasiado joven en comparación con el resto, se rasca la barriga mientras se acerca a la encimera—. ¿Estáis preparando tostadas?

—A eso íbamos —responde Tabatha y saca la leche de la nevera antes de coger el paquete de pan que guardamos encima.

—Ponme un par a mí también, por fa, Tabi —dice otro un poco mayor que el primero, pero todavía joven y guapo y con unas gafas que lo hacen ver como alguien intelectual.

—Y a mí.

—Yo estoy bien con un vasito de café con leche.

Tabatha le lanza a todos una mirada mortífera que me pone los pelos de punta hasta a mí.

—Tenéis manos, ¿verdad? Pues venga, si alguno quiere algo, ya sabe.

Nadie se atreve a contradecirla.

Más bien todo lo contrario.

Dos de ellos se acercan a ayudarla con las tostadas, otro pulula por la cocina en busca de algo para desayunar y el último se acerca a Emma para comprobar qué está haciendo.

Ninguno me presta atención.

Ninguno salvo Dylan.

Que clava sus ojos en mí desde la entrada. Tomo una larga bocanada de aire y retrocedo hasta dar de nuevo con mi taburete, donde me siento.

Mi gesto le saca una sonrisa traviesa.

—Tenemos compañía —anuncia a la nada y se acerca a la encimera.

Su mirada se mantiene fija en la mía mientras me rodea por detrás y estira el brazo para coger una manzana del bol que hay en el centro.

Mi cuerpo se tensa cuando pasa su cara a centímetros de la mía. Tiene un olor a jabón que se queda impregnado en el aire incluso después de que se aparta y toma asiento a mi lado.

Me arden las mejillas.

—Ah sí, es Brooklyn, la hija de Davis —Escucho la voz de Emma, pero yo sigo con los ojos sobre Dylan.

Se ha sacado su navaja del bolsillo y ahora está cortando la manzana. Ya no me mira, así que vuelvo mi atención al resto de agentes.

—Perdona, no nos habíamos dado cuenta de que estabas ahí —El chaval con gafas me mira con una sonrisa cordial desde el asiento de Emma.

Parece uno de esos modelos que ponen en los libros de ciencia, demasiado perfecto para lo listo que parece.

Es alto, musculoso y no tiene ni un solo pelo rubio fuera de su sitio. Tiene la piel muy blanca y las facciones perfectas. Entre eso y las gafas de pasta negra que resaltan sus ojos azules, podría ser el hijo perdido de Superman.

—No te preocupes, me pasa mucho —digo y mi voz suena demasiado tímida. Me da vergüenza hasta mirarlo.

—¿Te molestamos aquí? Porque podemos irnos...

—No, ya nos ha dicho que no le importa —interviene Tabatha desde el otro lado. No nos está mirando porque sigue preparando sus tostadas, pero está atenta a la conversación—. Es un amor.

—Guay —dice él y se acerca a mí para darme la mano—. Yo soy Elliot, encantado.

—Igualmente —Le devuelvo el gesto. Mi mano se encoge en la suya.

—Yo soy Mateo —El que parece más joven de todos, aparta la mano de Elliot y me da la suya. —, futuro agente de campo.

—Si pasas la prueba... —farfulla Dylan a mi lado.

—La pasará, no seas así —Emma rodea los hombros de Mateo y tira de él en un abrazo cariñoso.

Pero eso no hace que Dylan relaje su expresión.

—Ya...

Emma niega y le susurra algo a Mateo que le saca una sonrisa desaliñada.

Parece un niño bajo la protección de su madre. De hecho, tiene un aspecto tan juvenil con esos pelos de punta y su camiseta de *The Offspring*, que no descarto que tenga mi misma edad o incluso menos.

—Yo soy Tommy —Se presenta el más grandullón desde el otro lado de la cocina. A pesar de su aspecto de bravucón, nada más verlo, tengo ganas de abrazarlo—. Y este de aquí es Ray —señala al agente que hay a su lado—. Cualquier cosa nos la puedes pedir a nosotros.

Sonrío.

—Gracias, sois todos muy amables.

No me esfuerzo por intentar entablar una conversación con ellos. Vuelvo a mis tostadas y procuro molestarlos lo menos posible, y ellos hacen lo mismo.

Me conformo con ver como interactúan entre ellos, se ríen, se ayudan... Parecen amigos de toda la vida. Incluso Dylan se integra de vez en cuando.

Me siento muy fuera de lugar.

Al menos hasta que se sientan todos en la encimera a desayunar y por un par de minutos me vuelvo parte de su círculo íntimo.

—Oye, ¿creéis que me dejarán entrar esta noche con esta camiseta? —pregunta Mateo sujetando un trozo de tostada con los dientes mientras señala su atuendo.

Elliot lo mira con el ceño fruncido.

—¿Vas a ir esta noche?

—Por supuesto.

—¿Tú no? —Lo aborda Emma, que está sentada a su lado.

Su voz ansiosa hace que Elliot se remueva incómodo en el sitio.

—Todavía no lo sé.

Antes de que Emma pueda añadir nada más, Tabatha la interrumpe para responder la pregunta de Mateo.

—No creo que te dejen entrar al Galimateo con ese trozo de tela vieja.

—Oye, ¿a qué llamas trozo de tela vieja? Un poquito de respeto por los reyes del punk.

—Conozco ese bar —Ni siquiera sé por qué siento la necesidad de interrumpir, pero para cuando quiero darme cuenta, ya tengo todas las miradas puestas sobre mí—. Si no han cambiado al guardia desde la última vez que fui, te dejará entrar con esa camiseta. Es muy fan del punk rock.

—¿En serio?

Asiento, algo tímida.

—Sí, y si no el personal suele ser muy indulgente. Es de los mejores bares de Beaufort. Va todo el mundo.

—Podrías venirte con nosotros —dice Ray de repente—. No nos vendría mal tener a una local entre nosotros.

—Eso es verdad —coincide Tabatha.

Y por alguna razón todos están de acuerdo con ella.

—No va a ir.

La voz de Dylan cae sobre nosotros como un bloque de hielo. No suena alterada ni fuerte, pero aun así me da escalofríos.

—¿Por qué no? —se queja Emma.

—Porque no —La mirada que le lanza es suficiente para hacer que la rubia se hunda en el asiento—. No es una agente y encima es la hija de Davis, por si se os ha olvidado. Así que ni de coña.

—Pero nosotros podemos cuidar de ella, ¿no? —sugiere Mateo y busca la aprobación en la mirada del resto—. Puede ser divertido.

A mi lado noto como Dylan se tensa.

Incluso detiene el movimiento de su navaja sobre la manzana.

Todo para asegurarse de que Mateo perciba como se le oscurecen las pupilas.

—¿Te crees que todo es un puto juego o qué? —ladra—. ¿Quieres ir a contarle tus planes de superhéroe a Davis? Estoy seguro de que va a descojonarse cuando se entere de que a su hija le ha pasado algo por tu culpa.

De repente el ambiente se carga de una tensión aplastante.

Todos fijan la vista en sus desayunos sin atreverse a mirar a Dylan. Los ha atemorizado solo con un par de palabras. No le ha hecho falta ni apuntarlos con su navaja.

Ahora entiendo por qué mi padre le ha dado el puesto que tiene.

Ha decidido que no voy y le da absolutamente igual ponerse a todo el puto mundo en contra. Se va a hacer lo que él diga y punto.

Aprieto los puños.

En este momento me siento muy impotente.

—Eres un aguafiestas —Escucho que murmura Emma.

Está claro que no está de acuerdo y quiere expresarlo, pero su tono es bajo y precavido, como alguien que intenta hacerle una foto a un león.

—Alguien tiene que serlo.

—Pero...

—Se acabó la charlita —Clava su navaja en el centro de la manzana y tengo el impulso de apartarme un poco de él—. Mateo termínate esa mierda y espérame en la sala de entrenamiento, y vosotros será mejor que estéis entrenando antes de que Davis se presente fuera.

Tras diez minutos en los que todos se aseguran de engullir sus desayunos lo más rápido posible, la cocina se despeja. Los únicos que quedamos somos Dylan y yo, que me mantengo clavada en el sitio.

Tengo la intención de decir algo, pero Dylan me detiene.

—Ni lo intentes, caramelito.

Me muerdo la lengua.

Él sigue comiéndose esa maldita manzana como si nada. Está relajado en su asiento, casi demasiado cómodo, pero su expresión es impasible.

Me cabrea que se le dé mejor que a mí que todo le importe una mierda.

Quiero gritarle, zarandearle para que reaccione, pero sé que eso no serviría de nada con él.

Es un gilipollas de mucho cuidado.

Sin decir ni una palabra, me levanto del taburete y salgo de la cocina echando humo por las orejas.

Es increíble la capacidad que tiene Dylan Blake para alterarme el pulso en todos los sentidos. No he estado ni una hora en la misma habitación que él y ya tengo ganas de pegarle un puñetazo

a alguien.

Por suerte, el comité se presenta justo a tiempo para ayudarme a distraerme. Gracias a ellos consigo disimular un poco mi cara de culo y mi mal humor.

Quizás ayude el hecho de que Makeila no haya podido venir. La concejala tampoco está, pero no ver a Makeila, específicamente, me alegra más de lo que estoy dispuesta a admitir en voz alta.

—¿Qué tal si el tema de este año son las bandas de pop-rock? —sugiere la señora Carter mientras se lleva un bollito de canela a la boca—. Mi hijo y su banda podrían montar un concurso o algo así y dar un espectáculo final.

Está sentada en el sofá grande junto a sus amigas y su hijo. El resto se han esparcido por el suelo con sus libretas. El ambiente es tan relajado en comparación con la última reunión, que esto casi parece una quedada de amigos.

—Mamá, nosotros ya fuimos el tema el año pasado —Le recuerda Lynn—. No seas pesada.

—Solo decía, solo decía —Alza las manos en son de paz—. Es que sois muy buenos, hijos.

No puedo evitar sonreír.

La señora Carter ama a su hijo hasta el punto de que lo pondría por encima de cualquier estrella internacional, pero tiene razón: Lynn y su banda son muy buenos. Si no fuera porque el año pasado ya fueron protagonistas y la gente es muy tiquismiquis, yo también estaría de acuerdo con ella.

—¿Qué tal algo relacionado con las carreras? —Anna, una de las chicas nuevas, capta nuestra atención desde el suelo.

Está sentada junto a su novio Marcus. Ambos llevan toda la reunión callados y mirando algo en el móvil de Anna. Que ahora nos enseña la pantalla con entusiasmo.

Arrugo las cejas al ver una publicación de Instagram que anuncia la construcción de unas nuevas pistas de MotoGP en la zona norte de Beaufort. La imagen principal no es nada más y nada menos que Oliver Wolf, uno de los mejores corredores de MotoGP de Estados Unidos.

—¿Qué es eso? —pregunta la señora Kimura, que ni se esfuerza en leer lo que pone.

—Oliver Wolf y su hermano están montando unas pistas de MotoGP en la ciudad, así que han venido a pasar el verano aquí.

—¿Oliver Wolf está aquí? —La emoción de Tina, una de las encargadas de la decoración de los puestos, es evidente—. ¡Dios yo quiero conocerlo! Es mi ídolo.

—¿Quién es Oliver Wolf? —pregunta la señora Yamada.

—Es un piloto de MotoGP que se ha hecho medio famosillo en los últimos años —responde Lynn, quitándole mucha importancia al asunto—. Dicen que es muy bueno.

—¿Medio famosillo? —La mirada de asco que le lanza Tina casi me hace reír—. Ese hombre es el sueño erótico de medio país, tiene más seguidores que Marc Márquez. La gente lo adora.

—Lo que daría yo por conocer a un maromo como ese —Fantasea la señora Carter mientras sujeta el móvil de Anna y amplía la imagen de Wolf.

Veo a Lynn hacer una mueca de asco, pero no le dice nada a su madre.

—Podría hacerlo —interviene Anna—. De hecho, todos en el festival podrían si lo contratamos para la zona vip.

—¿Podemos hacer eso?

—Podemos intentarlo —Habla Tina mientras busca algo en su móvil—. Según su club de fans en Beaufort, estará está noche en el Galimateo con un par de amigos. Si lo abordamos allí...

El Galimateo.

—Dejádmelo a mí —La repentina incorporación de mi voz a la conversación, hace que todos me miren—. Esta noche estaré por ahí, así que yo puedo encargarme de hablar con él.

Lynn me mira con el ceño arrugado.

—¿En serio?

Asiento intentando transmitir una confianza que no siento y parece que lo consigo, porque Tina pega un chillido y me abraza.

—Dios, Brook, si lo consigues, el festival será la hostia.

—¿Te imaginas a Oliver Wolf en nuestro festival? —Anna se gira hacia su novio que también parece encantado con la idea.

De un segundo para otro, todos se ponen a hablar de lo increíble que sería este año si consiguiéramos tener de invitado a un famoso de ese calibre.

Y en lo único en lo que puedo pensar yo, es en cómo va a reaccionar Dylan cuando se entere de que, al final, no va a salirse con la suya.

9

BROOKLYN

Estoy nerviosa.

No sé cuánto tiempo llevo con la cara pegada a la ventana de mi habitación sin moverme. Tengo los ojos fijos en la entrada de casa, esperando.

Me está temblando tanto la pierna izquierda que se me está subiendo el vestido por encima del muslo.

¿Dónde están?

Ya casi es medianoche y todavía no he visto salir a nadie.

Se supone que iban a quedar todos en la entrada a las doce en punto. Al menos eso escuché que le decía Mateo a Ray cuando fueron a por agua durante su descanso.

No me siento muy orgullosa de haberme tenido que esconder en el armario de productos de limpieza de la cocina para espiarlos, pero no es algo que piense parar a cuestionarme ahora mismo. Ya está hecho.

Veo la diminuta figura de Emma bajar las escaleritas de la puerta acompañada de Tabatha y esa es mi señal para levantarme disparada.

Antes de salir, cojo mi bolso de fiesta y me echo un último vistazo en el espejo.

He tardado horas en escoger qué ponerme, pero no estoy decepcionada con mi elección: Llevo puesto un minivestido blanco que hace contraste con mi piel morena. Recuerdo habérmelo probado en una tienda de segunda mano el verano pasado y haberme quedado prendada de la forma en la que se ajusta a cada una de las zonas de mi cuerpo.

Hace que mi pecho se vea más grande de lo que realmente es y me aprieta el trasero. Pensaba que querría disimular el efecto con unos tacones rojos y unos aros plateados enormes, pero en el fondo eso es lo último que busco.

Me he maquillado para resaltar el color miel de mis ojos y he dejado que mi melena negra recién lavada, caiga larga y desenfadada por mis hombros. Huele a champú de jazmín.

Lo ideal para volver loco a cualquiera.

Y con un poquito de suerte también a Oliver Wolf.

Salgo de mi habitación con mucho cuidado de no hacer ruido. Lo único que ilumina la planta superior son unas lámparas pequeñas que están pegadas a la pared y que con suerte te dejan ver el camino hacia abajo, pero no me quejo.

No necesito que mi padre se levante y me vea intentando salir a hurtadillas como cuando tenía 17 años.

Recuerdo que a esa edad me escapaba a todas horas de casa. De vez en cuando mi padre fingía no darse cuenta —seguramente influenciado por Blue—, pero casi siempre me pillaba y me castigaba haciéndome estudiar durante horas.

Probablemente conseguí entrar a la carrera de enfermería gracias a eso.

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo y cuando estoy a punto de llegar a la puerta, unos brazos me rodean la cintura por detrás con fuerza y me alzan del suelo en un movimiento que me saca el aire.

Ahogo un grito cuando me giran y mi espalda choca con la pared.

Reconozco esos ojos grises al instante.

—¿Por qué no me sorprende? —gruñe Dylan en mi dirección y me llevo una mano al pecho en un acto reflejo.

—Joder, me has dado un susto de muerte.

Me ignora.

—¿Dónde te crees que vas?

Le sale humo por las orejas.

Tiene el brazo apoyado en la pared, por encima de mi cabeza. Y parece un puto perro de caza con la mandíbula apretada y la mirada oscura. Me tiene rodeada como una delincuente, sin salida.

Y está cabreado.

Está cabreado como la mierda.

—¿De fiesta? —Digo más como una pregunta que como una afirmación. La seguridad con la que he bajado las escaleras se esfuma de un plumazo.

—Es una puta broma, ¿verdad?

—¿Este vestido te parece una broma? —Alzo la cabeza y señalo mi atuendo en un intento estúpido de parecer más segura.

Enseguida me arrepiento.

Los ojos de Dylan me escanean de arriba abajo con una lentitud que enciende mi cuerpo. Es como si estuviera analizando cada pequeña curva. Y cuando llega al final, vuelve a subir sin ninguna prisa.

Giro la cabeza hacia un lado para que no note el ardor de mis mejillas, pero no sirve de nada. Seguro que nota el temblor de mis piernas contra las suyas.

De reojo veo como estira los labios en una medio sonrisa irritante.

—No vas a ir —dice al fin.

Y no tarda en separarse de mí y darme la espalda. Antes de que vaya demasiado lejos, lo sujeto del dobladillo de la camiseta.

—Espera, espera —Vuelve a mirarme. Esta vez me quedo un segundo observando la cicatriz que tiene en la ceja derecha. Esta noche parece mucho más intimidante que la primera vez que la vi—. No puedes impedirme que vaya.

Se cruza de brazos.

—¿Ah no?

Me coloco recta y no sé por qué, sonrío. Es una sonrisa ligera que me hace sentir mucho más serena que antes.

No me he puesto un vestido despampanante y unos tacones carísimos para dejar que un imbécil amargado decida qué puedo y qué no puedo hacer.

Doy un paso en dirección a Dylan y no me sorprende que no se mueva. No le intimido, pero eso ya lo sabía. Lo que quiero es otra cosa, quiero ponerlo nervioso, quiero incomodarlo…

exactamente como hace él conmigo.

Y sé que lo consigo en cuanto coloco mis manos sobre sus hombros y noto la tensión que se acumula. Él sigue siendo más alto que yo incluso con tacones y ya hemos comprobado que podría levantarme y aplastarme como un puto insecto si quisiera, pero ahora yo tengo el poder.

No le gusta que me acerque a él y estoy peligrosamente cerca.

Estoy segura de que puede ver la oscuridad y la malicia brillar en mis ojos.

—Dime, Dylan —Su nombre quema en mi lengua. Creo que es la primera vez que lo pronuncio en voz alta y me gusta. Hace que sienta que yo también puedo hacer lo que quiera con él—. ¿Qué crees que pensaría mi padre si lo despertara y le dijera que sus mejores agentes piensan irse de fiesta en mitad de la semana laboral, eh? No creo que le haga mucha gracia saber que os estáis distrayendo de esta forma mientras tenéis un caso tan importante entre manos.

No sé nada del caso que están llevando.

No sé cuánta de su atención requiere.

Pero me la suda.

Mis palabras son suficientes para que la expresión de Dylan se oscurezca.

—No puede decirnos nada, no estamos en horario laboral.

—Un agente del FBI siempre está en horario laboral. ¿No es ese vuestro lema en Nueva York? Cualquier cosa podría pasar, cualquier cosa podría surgir y vosotros no estaríais aquí. Además, aunque fuera cierto que no puede deciros nada, seguiríais quedando fatal delante del jefe y tú el que más, que eres su segundo al mando.

Sé que estoy siendo la mayor cabrona en el planeta tierra.

Pero no puedo evitarlo.

Ya no.

Dylan ha encendido una llama en mí que está arrasando con toda mi puta cordura.

Esta es mi pequeña venganza por hacerme sentir como algo que puede aplastar sin consecuencias, por alterar mis malditas hormonas cada vez que me mira. Es mi oportunidad de ponerme a su nivel.

—Sabes como es mi padre —continuo y no puedo evitar recorrer la curva de sus hombros con mis manos. Es un movimiento suave, apenas perceptible, pero hace que me entren ganas de seguir tocándolo—, os lo hará pagar de una forma o de otra. Te lo hará pagar. Tal vez con tu puesto, quién sabe.

Dylan aprieta tanto los dientes que se le marcan los huesos de la cara.

—¿Qué quieres?

—Llévame contigo —No vacilo.

Y él lo sabe.

Pero, aun así, se queda un minuto en silencio. Esperando a que le diga que es una broma y que pienso volver a mi habitación a pasar la noche encerrada.

No le hace ni puta gracia la posibilidad de que, por una vez, yo pueda estarle ganando en algo.

La frustración que siente en este momento es evidente.

—Esto que estás haciendo es una putada para todos.

—Te equivocas, es solo una putada para ti —Empujo su pecho con mi dedo—. Después de

todo tú eres mi niñera.

Dylan suelta una carcajada seca.

Intenta mantener una expresión fría y distante, pero veo el diablo reflejado en sus ojos.

—Demasiado para un caramelito incapaz de romper un plato, ¿no crees?

Sonrío.

—Lo sé. Tal vez tú tenías razón después de todo y sí soy un demonio con aspecto de angelito.

No dejo que conteste, tiro mi pelo hacia atrás y me acomodo bien el bolso negro en el hombro antes de decir:

—¿Nos vamos?

Escucho como Dylan murmura algo inteligible, pero no me da tiempo a preguntarle que ha dicho. Me rodea y comienza a caminar hacia la puerta sin importarle una mierda si lo sigo o no.

Corro detrás de él, pero no voy ni la mitad de rápido con los malditos tacones. Él enseguida está con los demás en la entrada y yo todavía me encuentro intentando bajar las escaleritas.

—Oh, ¿al final viene Brooklyn? —La emoción en la voz de Emma me hace sonreír genuinamente.

Está apoyada en un Range Rover negro junto a Tabatha y Elliot.

Los tres están guapísimos.

Elliot con un polo negro sobre una camisa blanca que le da ese aire intelectual y enigmático que ya sé que lo caracteriza, y las chicas con vestidos dorados y plateados de volantes que hace que sea imposible apartar la vista de ellas.

Ni siquiera parecen los mismos de esta mañana.

Casi parecen tres jóvenes más de Beaufort que quieren pasar una buena noche.

—Te ha convencido, eh —Escucho a Elliot burlarse de Dylan mientras le pega un codazo en las costillas para chincharlo.

Dylan ni siquiera lo mira.

—Cierra el pico.

—Espero que no os importe que me una a vosotros por esta noche —Digo intentando alisarme un poco el vestido—. Hace mucho que no salgo de fiesta y la idea sonaba genial.

—Por supuesto que no nos importa —Tabatha se acerca a mí con los brazos abiertos y me envuelve en un abrazo que me saca el aire. Noto como la brisa fresca de la noche le ha puesto la piel de gallina—. Cuántos más mejor.

—Eso —La apoya Elliot—. Además, cualquier cosa que moleste a Blake, a nosotros nos parece estupendo.

Estoy a punto de soltar una carcajada, pero la expresión oscura de Dylan me echa para atrás.

No parece haberle hecho ni puta gracia, pero por alguna razón no reprime a Elliot como reprimió al resto en la cocina ayer. Prefiere ignorarlo y apartarse del coche.

Elliot me guiña un ojo y yo sonrío disimuladamente.

—Bueno, ¿nos vamos o qué pasa? —La ventana delantera del Range Rover se baja de repente y Mateo asoma la cabeza desde el asiento del copiloto. Detrás del volante se encuentra Tommy.

En cuanto ambos me ven sonríen. Al menos Mateo sí, Tommy hace una especie de mueca que supongo que es un intento de sonrisa.

—Bua, Brook, estás guapísima —Las palabras de Mateo salen de su boca casi como si se le hubieran escapado, pero no se retracta, todo lo contrario, sus ojos marrones brillan con una inocencia contagiosa.

Siento el rubor acumularse en mis mejillas.

—Gracias.

—Será mejor que mováis el culo antes de que alguien os vea —Giro la cabeza hacia Dylan de nuevo y me sorprende verlo subiéndose a una moto Ducati nueva.

Ni siquiera sé de dónde ha salido, pero no puedo evitar quedarme embobada mirándola.

Esa moto es una pasada.

Y es lo único que le faltaba a Dylan para parecer un puto dios inalcanzable.

Joder, el cabrón está buenísimo.

No lleva nada más que una camiseta negra y unos vaqueros básicos, pero consigue desprender esa aura de peligro que me pone la carne de gallina. Es como si todo su maldito cuerpo estuviera hecho de sexo y adrenalina.

No puedes dejar de mirar su maldito corte degradado, ni sus malditas facciones perfectas. Como se ajustan las mangas de su camiseta al ancho de su brazo y ese agarre de su mano sobre el manillar… Joder.

—Tommy, no cojas la avenida principal, a esta hora es un puto lío de gilipollas que creen que pueden conducir borrachos —El tono de Dylan es seco mientras se coloca el casco y arranca la moto. Es evidente que no está de humor—. Nos vemos en el Galimateo.

No se gira para mirarme o para comprobar que Tommy lo ha escuchado.

Sale volando del aparcamiento y en nada dejamos de ver su figura a lo lejos.

Suspiro.

—¿Vamos? —Tabatha me coloca una mano en la espalda y me insta a subir al coche con ellos.

Cuando entro me encuentro a Ray sentado en los asientos de más al fondo. Este Range Rover es de siete plazas, así que cabemos todos sin ningún problema.

Supongo que por eso Dylan se ha ido en la moto.

Me acomodo junto a Ray y en menos de treinta minutos llegamos al Galimateo. No está muy lejos de mi casa, pero Tommy pega un rodeo para evitar la avenida y eso aumenta el tiempo.

Para cuando encontramos aparcamiento y nos bajamos, ya hay una cola enorme delante de la puerta del bar.

Y ni rastro de Dylan.

—¿Dónde está Dylan? —Emma parece leerme la mente.

—Me ha enviado un mensaje hace cinco minutos —responde Elliot—. Se ve que ya ha entrado.

Tabatha niega con la cabeza.

—Muy bonito, ni nos espera.

—¿Vamos a comernos toda esa cola? —Mateo bufa mientras observa la enorme cantidad de gente que no deja de acumularse.

Ni siquiera son la una todavía, así que me sorprende un poco que ya esté tan lleno. Seguramente tenga algo que ver con el hecho de que Oliver Wolf va a estar aquí está noche.

Eso y que el Galimateo es muy popular entre los veinteañeros.

Desde fuera parece un bar como cualquier otro, un edificio que ocupa toda la calle y que tiene un cartel luminoso bastante cutre, pero cuando entras es cuando verdaderamente comprendes por qué le gusta tanto a la gente.

Al instante te ves envuelto en un ambiente electrizante, casi irreal. Es como si te metieran metanfetamina nada más entrar. Tus ojos no paran quietos y quieres estar en todas partes.

Te sientes eufórico.

Quieres bailar, saltar, crees que ahí dentro te puedes comer el puto mundo.

Y son solo dos plantas con una barra enorme en la primera y un montón de gente vip y no vip bailando, besándose y cediendo ante el poder de las drogas.

De vez en cuando invitan a algún cantante local famoso, pero normalmente solo hay un par de DJs poniendo los éxitos del momento.

Eso es suficiente para atraer a celebridades de todo tipo, que luego buscas entre la multitud como quién busca un huevo de oro entre un millón de huevos corrientes.

Supongo que esta noche me toca a mí encontrar ese huevo de oro.

Entramos más rápido de lo que pensaba y todos comienzan a dispersarse para envolverse cuanto antes en el ambiente.

Tabatha, Tommy y Ray se van a la barra a ver si consiguen pillar un par de chupitos antes de meterse en la pista de baile. Dicen que volverán, pero teniendo en cuenta que los camareros de la barra a penas dan abasto, dudo que se muevan de ahí en un buen rato.

Elliot y Emma se van también, siguiendo a Mateo, que es al único al que parece encantarle la idea de ir por su cuenta.

Yo por mi parte me quedo quieta, cerca de la entrada, analizando dónde estoy.

Hace por lo menos tres meses que no salgo de fiesta, pero el Galimateo se siente como un hogar. Estoy cómoda incluso sola y rodeada de peña que se apretuja y baila a mi alrededor.

Sé donde está todo.

Y por lo tanto sé donde es probable que encuentre a Oliver Wolf.

Esquivo a un par de chicas que van tambaleándose camino a saber dónde y voy directa a la zona de sofás. Es la única zona de la planta baja en la que la gente vip se pone a la altura del resto de mortales. Siguen estando rodeados de seguridad, pero al menos desde ahí puedes verles la cara de pretenciosos.

Algo que no puedes hacer cuando están en la segunda planta.

Me sorprende un poco ver a más de cinco seguratas rodeando la zona de sofás. Normalmente hay uno, como mucho dos, nunca más que en la puerta. Van vestidos con un traje negro como los que trabajan aquí, pero hay algo diferente en ellos.

No sabría decir exactamente el qué, simplemente parecen diferentes. Más corpulentos, más terroríficos.

Definitivamente no son seguratas del Galimateo.

Además, hay demasiada gente a su alrededor, sobre todo, chicas. Intentan asomarse sin éxito a la zona, pero enseguida las echan para atrás. Ni siquiera les permiten quedarse mirando, las espantan como bichos.

Estoy casi segura de que todo eso se debe a Oliver Wolf.

No puede tratarse de otra persona.

Pero hay tantos guardias que es imposible ver a través de ellos para comprobarlo.

Mierda.

No puedo decirles a los del comité que no he conseguido nada, les he prometido que iba a hablar con el señor Wolf. O al menos a intentarlo. Necesito sentirme útil.

Aprovecho que dos de los cinco guardias están discutiendo con unas chicas que no paran de meter las narices en donde no las llaman y me acerco al que parece más accesible de todo. Está en una esquina, un poco apartado, pero su aspecto longevo me invita a hablarle.

Eso o que es el único calvo.

No sé por qué, pero los calvos me dan mucha más seguridad que los que tienen pelo.

—Ni lo intentes —Escucho que dice una voz a mis espaldas.

Cuando me doy la vuelta, me reciben unos ojos verdes y unos hoyuelos que me resultan familiares.

Alzo las cejas.

—¿Briana?

Briana Bush o, como solían llamarla en el instituto, la friki del Heavy Metal. Recuerdo que era una niña muy guapa de melena pelirroja y ojos verdes que, por sus escasas habilidades sociales y el hecho de que siempre vestía y se maquillaba de negro, era considerada una paria social.

Como yo al principio.

No éramos amigas —después de todo, ninguna estaba interesada en los gustos de la otra—, pero nos llevábamos bien. Ella también detestaba a Makeila y no hay nada que una más a dos personas que el odio.

No ha cambiado mucho desde aquella época.

Sigue teniendo el pelo largo y pelirrojo y un aspecto gótico, pero ahora se la ve más sexy. Más mujer.

—¿Cómo has estado, Davis?

Sonrío y ella me devuelve el gesto.

—Muy bien —Ni siquiera sé por qué sueno tan emocionada. Tal vez sea porque Briana es de las pocas personas que me evoca recuerdos positivos del instituto—. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo —dice y no puedo evitar fruncir el ceño.

—¿Trabajas?

—Sí, para los señores Wolf, ¿los conoces?

Mis ojos se abren de golpe y me acerco a ella tan rápido que parezco poseída.

—¿Trabajas para Oliver Wolf? —digo cogiéndole las manos, desesperada.

Mi repentino entusiasmo la hace reír.

—Sí, bueno, en teoría trabajo para Asher Wolf, su hermano, pero por esta noche se puede decir que estoy a los servicios de Oliver.

—Oh —La suelto—. ¿Y de qué trabajas exactamente?

—Soy la secretaria de Asher y esta noche la niñera de Oliver.

Asiento.

Y de repente veo en Briana mi única posibilidad de salvar la noche. Ha llegado a mí como caída del cielo. Ella es la persona que va a acercarme al señor Wolf, que va a conseguir que lo vea y que pueda contratarlo para las fiestas del pueblo. Es casi tan perfecto que quiero llorar.

—Sé lo que vas a pedirme —suelta Briana incluso antes de que yo pueda abrir la boca—. Y

no, no puedo ayudarte a colarte en la zona de sofás y mucho menos dejar que acoses a Oliver Wolf, por más divertido que pueda resultarme.

¿Cómo mierda…?

Me desinflo como un globo.

—¿Por qué no?

—Porque son órdenes y porque me gusta mi trabajo —Sonríe, pero está hablando completamente en serio—. Aunque lo que sí puedo darte es información.

—¿Información?

—Si lo que de verdad quieres es tener una reunión con Oliver Wolf, te recomiendo que empieces por hablar con su hermano —Briana rebusca algo en un mini bolso que tiene colgado del hombro y acto seguido me extiende una tarjeta blanca. La cojo y veo escritos en versalita el apellido Wolf, una dirección y un número de teléfono—. Estaremos fuera de la ciudad hasta el viernes que viene, pero después, puedes pasarte por esa dirección y yo te reuniré con Asher. Él es la mano derecha de Oliver, si le caes bien, ya lo tienes hecho.

Una felicidad repentina me invade el pecho.

Es sutil, pero me quita tal peso de las espaldas que no puedo evitar suspirar aliviada.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Bri —Me acerco a ella y la envuelvo en un abrazo lo suficientemente corto como para que no resulte incómodo.

Cuando vuelvo a mi sitio veo el brillo en los ojos de Briana.

—No es nada, me caes bien —Fijo mis ojos en la tarjeta—. Además, la mismísima Makeila Brown ha pasado por aquí hace poco intentando conseguir la misma información. Me da mucha satisfacción saber que tú la tienes y ella no.

Alzo la mirada.

—¿Makeila está aquí?

—Sí, hace poco que la he visto. La muy zorra no ha cambiado ni un ápice. Sigue igual de alta y perfecta y…

—... cabrona —Termino yo por ella.

—Eso mismo.

De repente, toda mi atención se disipa.

Me encuentro recorriendo la sala con la mirada y ni siquiera sé muy bien qué busco. El latido de mi corazón se ha intensificado, casi como si esperara que mis ojos dieran con algo que no quieren ver.

Es raro y desagradable.

Un mal presagio, quizás.

¿Por qué Makeila está aquí hoy de entre todas las noches?

¿Cómo se ha enterado de lo de Oliver Wolf? Si es que se ha enterado. Ella no asistió a la reunión del comité y hasta el viernes no volveremos a vernos para ponerla al día.

Quiero saber dónde está.

Pero me sorprendo esquivando con la mirada a todas las melenas rubias que se me cruzan. Ni siquiera me fijo tanto en las chicas. Estoy buscando algo más.

Estoy buscando unos ojos grises.

Y cuando doy con ellos, mi respiración se detiene.

Lo sabía.

Makeila y Dylan están a un lado de la barra. Dylan está bebiendo algo mientras Makeila le habla. Ni siquiera sé de qué pueden estar conversando, pero ella le muestra la misma sonrisa que utilizaba para conseguir ser delegada de clase todos los años y Dylan, aunque mantiene una mirada fría y distante, parece bastante cómodo con la interacción.

No hace ningún amago por apartar la intrusiva mano de Makeila que se coloca sobre su brazo o por poner distancia cuando ella se acerca a susurrarle algo.

De hecho, desde aquí noto como su cuerpo se inclina a su favor.

Buscando más.

Queriendo tenerla cerca.

Aprieto tanto los puños que creo que arrugo la tarjeta de Briana, sin querer. Tengo que guardarla en mi bolso y contar hasta diez en mi mente.

No entiendo qué me molesta tanto.

Makeila ha sido una mala bruja conmigo desde el instituto.

Y Dylan es un imbécil que no ha parado de torturarme psicológicamente desde que lo vi por primera vez en mi cocina.

Son los dos un par de gilipollas.

Pero no puedo evitar tener ganas de pegarle un puñetazo a algo.

Siento una horrible opresión en el pecho.

Una opresión que solo se intensifica cuando los veo juntos.

No es justo.

No es justo que a mí me arda la sangre de la rabia y que ellos dos estén ahí como si nada.

Yo también quiero ser mala.

Y por una noche, pienso serlo.

Me despido de Briana con un abrazo rápido y me mezclo entre la gente. Sé que mi camino va directo hacia ellos, pero aún así me permito disfrutarlo. Me bebo un par de chupitos que los camareros me ofrecen gratis, me uno a un grupo que parece estar más para allá que para aquí y bailo con el primer desconocido medio guapo que me encuentro.

Hasta creo que me tropiezo con Tabatha en algún punto.

Para cuando llego a la barra estoy mareada y echa un asco, pero la presión que sentía en el pecho se ha reducido considerablemente.

No lo pienso.

Me meto entre Dylan y Makeila de repente, y los obligo a tomar cierta distancia.

La cara de Makeila es un poema cuando me ve.

—Makeila, pero bueno, ¿qué haces tú aquí? —Sonrío, sonrío tanto que hasta me hago daño en las mejillas—. Me estás siguiendo, ¿verdad?

Ella no reacciona.

Está demasiado ocupada procesando la situación. No puede creerse que la tímida de Brooklyn Davis acabe de meterse entre su ligue y ella.

Lo sé.

Y me importa una mierda.

Que le den por el culo.

Me giro hacia el camarero que hay en la barra y le pido que me sirva un vaso de ron con Coca-Cola bien cargado. Ni siquiera me gusta esa bebida, de hecho, la odio, pero es la única que

consigue emborracharme en tiempo récord. Y lo necesito.

Noto la mirada de Dylan queriendo hacerme un agujero en mi perfil derecho, pero lo ignoro. No estoy de humor, igual que él antes.

En cuanto el camarero me da mi bebida, me la llevo a la boca y me trago casi la mitad del contenido de un solo sorbo.

—Bueno, chicos —Me doy la vuelta y apoyo mi espalda en la barra—, ¿de qué hablabais?

Miro a Makeila.

Y no sé si lo hago porque me entretiene ver la cara de gilipollas que se le ha quedado o porque no puedo mirar a Dylan.

Siento su asfixiante aura en cada maldito poro de mi cuerpo. No dice nada, está en completo silencio, pero la serenidad con la que me recorre es incluso más perturbadora. Hace que se me seque la garganta y me arda toda la piel.

Makeila pone los ojos en blanco y se aparta la melena rubia de la cara en un movimiento dramático.

Hoy está muy guapa. Bueno, siempre lo está, pero hoy especialmente: lleva un vestido de cóctel verde y unos tacones plateados que deben de haberle costado una fortuna. No tiene puesto ningún accesorio, pero de alguna forma ha conseguido que destaquen las partes más bonitas de su cuerpo, como su delantera o su largo cuello.

—¿Te importa? —chista y es evidente que está perdiendo la paciencia.

—No mucho la verdad —miento y vuelvo a llevarme el vaso a la boca. Esta vez no me detengo a respirar, me bajo el contenido como si me fuera la vida en ello.

O al menos eso intento porque una mano me aparta la bebida antes de que pueda terminarla.

Ahora sí que giro la cabeza hacía Dylan.

El iris oscuro de sus ojos es lo primero que me recibe.

—Deberías relajarte —Su tono es calmado y bajo, pero hay algo peligroso en él. Algo que hace que me entren ganas de retroceder.

—Créeme, ya estoy relajada —ladro demasiado cerca de su cara y no dejo que su expresión helada me achante.

Vuelvo a coger mi vaso y me acabo el maldito contenido.

Antes de que Dylan lo procese, estoy de vuelta en la pista de baile donde la gente que también está borracha me recibe con los brazos abiertos.

Sonrío.

Sonrío como una puta loca.

Y bailo con todo el que quiere bailar conmigo.

No le presto demasiada atención a nadie en particular, simplemente me muevo al ritmo de alguna canción antigua y dejo que sea mi cuerpo el que me guíe. Levanto los brazos, me sujeto el pelo bañado en sudor y lo agito.

Bailo como nunca he bailado.

Y lo hago a tan solo un par de metros de Dylan. Todavía puedo verlo y él definitivamente me ve a mí. Tiene sus malditos ojos clavados en mis movimientos y solo en eso.

Por más que Makeila intente recuperar su atención tocándole el brazo, él no cede.

Está demasiado concentrado.

Demasiado… ¿Cabreado?

No lo sé. Es la primera vez que veo tantas emociones recorrer su rostro inexpresivo. Joder, es como si quisiera encerrarme en una puta jaula solo para que me esté quieta.

Tengo el pulso acelerado.

Quiero seguir provocándolo.

Pero siento que voy a salir ardiendo si sigue mirándome así. Necesito poner distancia, porque Dylan ya ha conseguido nublarme la mente y al final lo que va a pasar es que voy a perder por completo la puta cabeza.

Me aparto de los chicos con los que ni siquiera sabía que estaba bailando y salgo corriendo sin dirección fija.

No sé dónde voy o por qué corro, pero lo hago.

Al final corro tanto, que acabo en el rincón más inhóspito del bar. Aquí apenas llegan las luces que iluminan el centro de la sala y no hay absolutamente nadie alrededor.

Es un puto agujero negro.

Creo que estoy cerca de los baños de tíos, pero no estoy segura.

Me duele la cabeza y todo me da vueltas.

Joder, quiero potar.

Voy hacia una puerta roja con la figurita de lo que parece un caballero, pero antes de que pueda cruzarla, unas voces que me llegan desde el rincón derecho, me hacen detenerme y dar un paso atrás para volver a ocultarme.

Está tan oscuro y lejos que tengo que agudizar mucho la vista.

Pero reconozco a las dos figuras que se apoyan en la pared. Son Elliot y Mateo. Y ambos parecen estar discutiendo.

Mateo le alza la voz a Elliot y le recrimina algo que en este instante se me hace inteligible, y aunque Elliot no reacciona, es evidente que también está molesto. Tiene toda la cara roja y una expresión de mil demonios.

¿Qué les habrá pasado?

Mi pregunta queda en el olvido más pronto que tarde. De repente, Elliot se acerca muchísimo a Mateo y en un movimiento brusco lo coge de la cara y lo besa. Lo besa y Mateo le corresponde.

Abro la boca.

Tal vez esté borracha como la mierda, pero al instante sé que esa es mi señal para huir. Ni siquiera lo pienso. Salgo corriendo en dirección contraria, tan rápido que me choco con un pecho enorme casi en la salida.

Un grandullón de más de un metro noventa me mira como si fuera un puto insecto desagradable.

—¿Se puede saber de qué coño vas, niñata? —Escupe y me sujeta del brazo derecho con fuerza.

Ahogo un gemido.

Quiero pedirle disculpas y rezar para salir airosa de la situación, pero una mano se posa sobre su muñeca antes de que yo pueda hacer nada.

Dylan.

10

BROOKLYN

Trago saliva.

La temperatura ha debido de descender por lo menos diez grados en menos de tres segundos.

Ya no siento como me arde la piel y la cabeza no me da tantas vueltas como antes. Es como si el alcohol hubiera salido de mi sistema de golpe. De repente, soy muy consciente de mi alrededor.

Tanto como para percibir la mirada de desprecio que le lanza Dylan al grandullón.

Su mano sigue sobre su muñeca, ejerciendo quizás más presión que la que está ejerciendo el grandullón sobre mí. Lo sé porque veo los huesos de Dylan marcarse a través de su piel. La muñeca de mi agresor ahora está teñida de un tono lila francamente preocupante.

—Tienes cinco segundos para dejar de tocarla —La voz de Dylan suena baja y serena, tal vez demasiado.

El grandullón lo mira, pero no hace ningún amago de soltarme el brazo.

Todo lo contrario, su agarre parece apretarse más a medida que endurece su expresión. Tengo que respirar hondo para no soltar un gemido de dolor.

—¿Y tú quién coño eres?

Dylan bufa.

Es un bufido simple, como si estuviera aburrido.

Y a continuación mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saca su placa del FBI. El grandullón aparta su mano de mí de inmediato.

Joder.

Me sujeto el brazo para amortiguar el dolor repentino. No quiero mirarlo porque me da miedo encontrar la marca de unos dedos grasientos sobre mi piel.

Pero Dylan no siente reparo.

La oscuridad de sus ojos analiza la zona como si se tratara de la escena de un crimen. Hasta se le endurecen los huesos de la cara. Lo que ve no le gusta una mierda.

—¿Sabes cuánto puede caerte por la marca que le has dejado?

El grandullón intercala la vista entre mi brazo y Dylan y traga saliva. Es evidente que ya no está tan enfadado como antes. Su expresión ha pasado de dar miedo a dar pena.

—Yo… Lo siento, no sabía que la estaba apretando tan fuerte.

—Me importa una mierda —escupe Dylan y su voz suena tan fuerte que no puedo evitar saltar en el sitio—. Dame tu documento de identidad.

Abro los ojos.

¿De verdad piensa cascarle una denuncia solo por haberme agarrado del brazo?

Quiero decir algo, detenerlo, pero el grandullón niega con la cabeza muy rápido y de forma seguida. No parece gustarle la idea de entregar su documento de identidad —si es que tiene uno — porque se ha puesto blanco como un papel.

—Ni hablar, yo… No ha sido nada, está bien.

Dylan arruga el ceño.

No entiende la reacción de mi agresor y francamente yo tampoco.

—¿Me estás vacilando? Ahora sí que quiero ver tu puto documento de identidad.

—No me molestes, tío —Habla muy rápido, atropellado, mientras mira a su alrededor en busca de algo o alguien—. No voy a dártelo, ya está.

Ni siquiera espera a la siguiente frase de Dylan.

Comienza a caminar en dirección a la salida como si no acabara de desobedecer a un puto agente del FBI.

¿Qué cojones?

Dylan no parece enfadado. Ni alterado. De hecho, mira quieto como el grandullón se aleja y sale a la calle. Está muy calmado, tanto que me provoca escalofríos.

¿Por qué no lo detiene?

Me llevo las manos a la cabeza cuando siento un pinchazo repentino. Tan solo dura un instante, pero es suficiente para hacer que me tambalee. Es como si todos mis sentidos se activaran a la vez: la música me taladra los oídos, noto el calor quemando mis extremidades y el olor a alcohol y marihuana me noquea la nariz.

El vómito vuelve a arremolinarse en mi garganta y es asqueroso.

Puedo saborearlo, luchando por escapar de mi boca.

Mierda, tengo que salir de aquí.

—Dylan…

Él me mira, pero yo ni siquiera acabo la frase. Me tambaleo en su dirección y dejo que sus manos grandes y rugosas envuelvan mi cintura con cuidado.

—Mierda —Escucho que murmura, sujetando casi todo mi peso.

Estiro el cuello hacia arriba para poder ver esos perturbadores ojos grises.

Odio como la mierda que sean tan grandes y profundos. Es como si te hipnotizaran sin siquiera esforzarse.

—Necesito aire —balbuceo como puedo.

Dylan se pasa una mano por el pelo —ahora húmedo por el sudor que corre por su frente— y alterna la vista entre la salida y mi cara de empanada.

—¿Crees que puedas llegar hasta la puerta? —Abro la boca, pero no sale nada—. Déjalo.

Noto la fuerza de su brazo derecho hacer presión sobre los huesos de mi cintura y de un segundo para otro mis pies dejan de tocar el suelo. Me alza por el costado y me pega a él en un movimiento rápido.

No espera a que proteste o a que lo aparte, comienza a andar con la vista fija en la puerta mientras esquiva a los borrachos y a todo aquel que se meta en su puto camino.

Por instinto le rodeo el cuello con mi mano izquierda, pero todavía soy incapaz de procesar nuestra posición.

Es sutil, cualquiera pensaría que estoy caminando por mis propios medios y que él simplemente me rodea por la cintura, pero veo las venas de su brazo izquierdo marcarse a través del blanco de su piel.

Cuando lo miro ni siquiera muestra signos de que le cueste llevarme. Mantiene el rostro inexpresivo mientras se saca el móvil del bolsillo con la mano libre y llama a alguien.

Habla muy rápido y no consigo escuchar bien lo que dice bajo el sonido estridente de la

música, pero creo distinguir las palabras «imbécil» y «detenlo» antes de que cuelgue.

Cinco segundos después, el aire de la noche impacta contra la superficie desnuda de mis piernas y mis brazos.

Espero que Dylan me suelte y sienta el frío calarme los huesos por completo, pero eso no ocurre.

Mantiene su brazo firme alrededor de mi cintura mientras camina directamente hacía Tommy. No lo había visto, pero está del otro lado de la calle, sujetando al grandullón prepotente contra el Jeep. Este último intenta librarse del agarre de Tommy, pero a él no le cuesta mantenerlo en su sitio.

—¿Qué mierda…? Pensaba que… ¿Qué?

Dylan ignora mi evidente confusión.

—¿Le has tomado los datos? —Pregunta en cuanto llegamos hasta Tommy.

Es a él a quien ha llamado dentro del bar.

Le debe haber dicho que detuviera al imbécil que acababa de salir por la puerta y Tommy no ha perdido el tiempo.

Lo tiene contra el capo del coche con las esposas puestas como si fuera un puto criminal. Y nadie alrededor parece cuestionarse la situación.

Todos están demasiado borrachos, vomitando en la primera esquina que pillan, o sentados en un bordillo, deprimidos.

Me llevo la mano a la boca para sofocar las náuseas cuando veo a un chaval expulsar todo lo que ha ingerido hoy a los pies de un viejo Volvo.

Tommy hace un gesto con la cabeza, señalándome.

—¿Qué le pasa?

—Está borracha, voy a llevarla a casa —dice Dylan sin dejar de sujetarme. Mis pies ya tocan el suelo por sí solos, pero Dylan sigue apretado en mi cintura y mi cuerpo cada vez empieza a ser más consciente de su toque—. Tú asegúrate de que este imbécil pase la noche en comisaría.

—¿Qué es lo que dices que ha hecho? —Tommy ejerce más presión contra la espalda del grandullón cuando este se remueve contra el capo claramente incómodo y cabreado con la posición en la que lo tienen.

Dylan inclina la cabeza para ver la cara aplastada del grandullón. Su rostro se mantiene inexpresivo, pero veo la adrenalina en sus ojos cuando dice:

—Eso es lo que quiero saber.

Tommy asiente.

—¿Te llevas a Brooklyn en la moto?

—Sí.

No.

Mi cerebro hace lo que puede para procesar la información que le llega a toda pastilla. Todavía estoy mareada como la mierda, pero soy consciente de lo que ocurre. O al menos eso creo.

No puedo irme sola con Dylan.

No en este estado.

Me da miedo lo que pueda ocurrir o lo que pueda decir. A duras penas estoy aguantando el olor de su maldita fragancia ahora mismo.

No puedo irme con él.

No.

—No hace falta —Las palabras salen de mí automáticamente—. Es mejor que vuelva con Tommy. No creo que pueda aguantarme en tu moto en este estado.

—No vas a irte con Tommy —Su tono no admite discusión alguna.

—¿Por qué no?

Trato de librarme de su agarre, pero él no mueve sus manos ni un centímetro.

—Porque eres mi responsabilidad, no la suya.

—Yo no soy tu responsabilidad, que no se te suban las palabras de mi padre a la cabeza.

Aprovecho la incredulidad de su rostro para soltar sus manos de mi cintura. Por un segundo creo que voy a caerme, pero consigo mantener el equilibrio al menos hasta llegar a Tommy.

No me encuentro nada bien.

Dylan se queda quieto en su sitio.

En sus ojos brilla una calma un tanto perversa que me pone los pelos de punta.

—Creo recordar que fuiste tú la que me dijo que era tu niñera hace tan solo un par de horas.

Se me tensa el cuerpo.

Touché.

—No me acuerdo de eso.

Dylan se pasa la lengua por el labio inferior.

—Joder, ven de una vez —Da dos pasos hacia mí y sus manos vuelven a enrollarse en mi cintura. Esta vez no es tan delicado como antes, tira de mi cuerpo hasta que no tengo más remedio que pegarme a él.

Trato de forcejear, pero su agarre es más firme que nunca.

—Ni lo intentes —masculla muy cerca de mi rostro, paralizándome. Por la forma en la que aprieta la mandíbula, está claro que lo estoy haciendo perder la paciencia.

Alza la mirada por encima de mi cabeza.

—Avísame cuando hayas acabado, Tommy.

—A la orden.

Con eso, comienza a arrastrarme en dirección a la Ducati que tiene aparcada justo a un par de metros de donde está ahora el Jeep.

No espera que colabore con él, en cuanto llegamos me alza como si no pesara nada y sienta mi culo en la moto. Se asegura de que pase la pierna derecha hacia el otro lado sin preocuparle que lleve un vestido. Lo único que busca es tenerme quietecita y controlada en un sitio.

Si no fuera tan borracha probablemente me preocuparía más por el hecho de que haya podido ver el tanga blanco que llevo puesto.

Joder, seguro que lo ha visto.

Fijo la vista en el asiento de la moto, incapaz de mirarlo.

—No te preocupes, caramelito, no voy a dejar que te pase nada.

Lo miro un segundo, lo suficiente para ver su media sonrisa socarrona.

—No es eso lo que me preocupa.

—Ya…

Me aparta el pelo de la cara en un movimiento suave. El roce de sus dedos contra mis mejillas me pilla un poco desprevenida, pero trato de disimularlo jugando con el dobladillo de mi

vestido.

Dylan ni siquiera me presta atención, coge el casco que le he visto ponerse antes y me lo coloca en la cabeza. Me queda bastante grande en comparación con como le quedaba a él, pero se asegura de ajustármelo bien antes de subirse en la moto también.

Tengo que estar ridícula.

—Muy bien, caramelito —Habla mientras le quita el seguro a la moto—. ¿Crees que serás capaz de aguantar quince minutos sin caerte?

—Ya te he dicho que no —chisto y mi voz sale amortiguada a través del casco—. Deberías haber dejado que me fuera con Tommy.

Me ignora.

Como no.

—Agárrate a mí.

—¿Cómo? —Creo que he escuchado mal.

Dylan estira las manos hacia atrás y tira de mis brazos para que rodeen su cintura. Todo mi cuerpo se inclina hacia el suyo por inercia, y de estar a un hueco de distancia de él, paso a tener la cara pegada a su espalda.

Siento como mi piel se prende en llamas.

Automáticamente trato de apartarme de él, pero mantiene mis manos sujetas entre las suyas.

Gira un poco la cabeza hacia atrás para que pueda ver esos ojos grises, que ahora parecen burlarse de mí.

—Yo que tú ni lo intentaría.

No me muevo.

Y él se toma eso como una señal de que no voy a hacer ninguna tontería, porque esta vez me suelta las manos y deja que reposen alrededor de su cintura mientras arranca la moto y acelera.

El movimiento es tan repentino que tengo que apretar mi agarre para no salir volando.

Noto la forma definida de sus músculos tensarse ante mi toque. Ni siquiera el tacto rugoso de su camiseta impide que mis dedos se fundan en el espacio entre su estómago y su torso.

Sé que no va todo lo rápido que podría ir con esta moto —probablemente por mi culpa—, pero aun así todo lo que tenemos a nuestro alrededor se difumina volando.

Enseguida dejamos el Galimateo atrás, a los chicos, a Tommy y al grandullón.

Cuando por fin comienzo a ver la carretera que construyeron en mitad del bosque y que todos usan para esquivar la avenida, permito que mi cuerpo se relaje un poco contra el suyo.

Me siento segura en esta posición, a pesar de que el corazón me va a mil por hora. Joder, me siento segura con Dylan en general, aunque me reviente admitirlo.

No sé por qué es, pero a pesar de la oscuridad que lo rodea a todas horas, hay algo en él que me dice que puedo permitirme estar tranquila. Es una mezcla de sentimientos que me revuelve el estómago cada vez que lo tengo cerca.

Es un puto galimatías.

Como antes, cuando pensaba que dejaría que el grandullón se fuera de rositas. Se ha encargado de él, pero con una calma demasiado siniestra. Él no corre, no corre porque sabe como la mierda que aun así puede pillarte.

Tal vez esa aura tan fría e inhóspita que lo rodea es la coraza perfecta. Creía que le destrozaría la mano al grandullón solo por tocar la mía y, otra vez, ha actuado con un sosiego que

me aterroriza más que cualquier otra cosa que haya podido hacer.

No lo entiendo.

Pero lo que está claro es que no puedo evitar sentirme atraída por su maldita incertidumbre.

No sé en qué momento me empiezo a encontrar mal de nuevo. Todavía no hemos abandonado la carretera del bosque, pero mi estómago pega un vuelco que hace que un sudor frío y repentino me baje por el cuello.

Quiero vomitar.

Y esta vez va en serio.

—Dylan… —digo como puedo, pero no estoy segura de que me escuche— Dylan —Repito y esta vez tiro un poco de su camiseta.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que vomitar…

No espera a que diga nada más. Gira hacia un hueco de tierra que da entrada al bosque y para la moto casi al instante.

Trato de sacarme el casco, pero me tiemblan un poco las manos y, hasta que Dylan no me ayuda, no consigo quitármelo. El aire fresco que sopla entre los árboles no hace más que aumentar mis náuseas.

—Mierda —murmuro y bajo tan rápido de la moto que no sé cómo no me caigo.

Al siguiente segundo estoy inclinada contra un árbol mientras una sustancia que reconozco sale de mi boca en cascada. El olor que me llega es tan intenso y putrefacto que solo aumenta la frecuencia del vómito por segundo.

Que asco.

Noto la presencia de Dylan acercarse a mí, pero ni siquiera me esfuerzo en mirar dónde está exactamente. No me hace falta, el tacto de las yemas de sus dedos recorriendo mi cuello para apartarme el pelo, me indican que está justo detrás de mí.

—No me mires —balbuceo como puedo, aunque poca importancia tiene porque sé que es exactamente lo que está haciendo a pesar de que lo niegue.

—No te estoy mirando.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, pues no te acerques —Me paso la mano por la boca y me pongo recta para que me suelte el pelo—. Puedo sola.

Como el universo me odia, justo después de decir eso mis rodillas flaquean y tengo que sujetarme de su hombro para no caer sobre mi propio vomito.

Dylan me sujeta de la cintura y con cuidado me conduce hacia otro árbol. Yo pego mi espalda al tronco y me dejo caer sin pensarlo. No me importa que la tierra húmeda manche mi vestido blanco o que la rugosidad del tronco del árbol rasgue mis extremidades.

Apoyo los codos sobre mis rodillas flexionadas.

La cabeza me está matando.

Dylan se agacha a mi altura.

—¿Tienes algo que pueda darte? —Pregunta y por la forma en la que me mira, sé que debo tener peor aspecto del que creo.

Probablemente haya perdido el color de la cara. Me noto la boca seca y asquerosa y los labios cortados. El maquillaje debe habérseme corrido hace rato, así que puedo imaginarme el aspecto

que me dan el rimel y la sombra de ojos difuminados.

—En mi bolso hay una botellita de agua.

Ni siquiera sé dónde lo he tirado cuando he bajado de la moto, pero sé que lo llevaba encima, así que no debe estar muy lejos.

Ahora mismo mataría porque la boca me supiera a cualquier cosa menos a vómito seco.

Creo que Dylan se levanta y va a buscarlo, pero no estoy muy segura. Para cuando vuelvo a ser consciente, me está pasando la botellita de agua que metí en el bolso mientras me preparaba.

No le digo nada.

Cojo la botellita y me la llevo a la boca como si me fuera la vida en ello. El líquido fresco resbalando por mi garganta me sienta mejor de lo que esperaba.

Dylan se queda de pie, en silencio, mirándome.

Desde aquí abajo su presencia resulta mucho más imponente que de costumbre. Es increíble lo bien que se ve incluso después de la mierda de noche que lo estoy haciendo pasar. El desorden de su pelo bajo la luz de la luna le da un aire sexy y peligroso y, aunque es evidente que tiene el rostro cansado, sus ojos grises y ese maldito corte en la ceja desvían toda la atención.

No ayuda una mierda que la camiseta y los vaqueros oscuros le sienten como un puto guante.

Joder, es que no me extraña que a Makeila le resulte atractivo.

El muy cabrón tiene el aspecto de un dios caído, a pesar de ser el puto infierno en la tierra.

Me muerdo el interior de las mejillas ante el recuerdo de mi mayor enemiga recorriendo el torso firme de Dylan con sus perfectas uñas.

Si no fuera porque mi padre obligó a Dylan a cuidar de mí, probablemente la noche hubiera acabado muy diferente para él. Probablemente ahora estaría con Makeila, viéndose como una maldita pareja de supermodelos.

—Sé que te he arruinado la noche —farfullo sin mirarlo y vuelvo a tomar otro sorbo de agua para ahogarme en mi miseria.

Dylan arruga las cejas.

—¿De qué hablas?

Suelto una risa seca.

—No te hagas el tonto —Tengo ganas de cerrar la boca, pero no puedo. El cansancio y el alcohol hacen que las palabras salgan de mí sin filtro—. Te he visto con Makeila, sé que te gusta y que hubieras preferido quedarte con ella.

—¿Perdona?

—Tranquilo, puedes admitirlo, no te culpo. Makeila siempre ha sido una chica guapísima y muy elegante. Es normal que te sientas atraído.

Dylan se queda un segundo en silencio, procesando lo que acabo de decirle.

Y después sonríe.

Es una sonrisa socarrona y cargada de una burla sutil hacia mí.

—Sí, reconozco que me quedé embobado cuando vi a tu amiga por primera vez —dice y me veo obligada a corregirlo.

—No es mi amiga.

—Ya bueno, lo que sea —Le quita importancia—. Es evidente que sabe como llevarse a sí misma. Cuando la he visto esta noche no he podido evitar querer hablar con ella. Me impresionó mucho que tuvierais la misma edad.

Empujo el interior de mi mejilla con la lengua.

—¿Qué mierda significa eso?

—Nada en particular, simplemente parece mayor que tú.

Tiene que estar de puta broma.

Me levanto de un salto que hace que Dylan estire las manos por instinto. Pero no me caigo, el cabreo que bulle en mi interior me mantiene en pie como si fuera mi maldita gasolina.

—¿Insinúas que ella parece mayor e independiente y yo parezco una niñata? —Lo empujo, pero apenas lo muevo—. ¿Entonces por qué no te has quedado con ella en el bar manteniendo una conversación de lo más estimulante, en vez de seguirme y jodernos a ambos la noche? Esta niñata puede cuidarse sola, ¿sabes?

Dylan me sujeta las manos para que deje de atentar contra él y en un movimiento rápido pega mi espalda contra el árbol. No se separa de mí cuando lo hace, todo lo contrario, deja que su cuerpo invada mi espacio personal.

Tengo su cara tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan al instante.

El pulso me va a doscientos por hora.

—¿Qué te pasa, caramelito? —Susurra muy cerca de mis labios. Sus ojos recorren cada maldita zona de mi rostro sin disimulo—. ¿Acaso estás celosa?

—Más quisieras.

Él deja que sus manos bajen por mis brazos en un movimiento lento. Tengo que reprimir un escalofrío cuando llegan a mi cintura y me aprietan contra su cuerpo, con rabia.

Dylan me mira, pero hay algo diferente en sus ojos.

En toda su puta aura.

Ya no hay ningún tipo de luz bajo su fachada fría e inalcanzable, solo hay oscuridad. Oscuridad y vacío y da más miedo de lo que me imaginaba.

Trago saliva cuando noto el roce de sus labios bajar por mi cuello. No lo está tocando, pero está tan cerca, que la presión inexistente es más que suficiente.

—¿Sabes? Me ponen mucho más las niñitas mimadas a las que les encanta llevarme la puta contraria.

Ahogo una bocanada de aire.

¿Qué acaba de decir?

Dylan me mira, esperando una reacción por mi parte ante su repentina confesión, pero no le doy nada. Soy incapaz. Estoy paralizada como un ciervo delante de los farros de un camión.

Al menos por fuera.

Por dentro estoy ardiendo en llamas.

Noto cada puto centímetro de mi cuerpo cosquillear ante la expectativa de que yo pueda resultarle interesante a Dylan Blake. Es como si me pegaran una descarga eléctrica.

Quiero saltar, correr.

Pero todavía no tengo claro si de emoción o de miedo.

Ante mi evidente indecisión, Dylan decide tomar las riendas de la situación y pega mi pecho contra su torso, envolviéndome en el calor de su cuerpo.

Mi corazón comienza a latir como un desquiciado y me quedo sin aire.

Por un instante se me olvida que estamos en mitad del bosque, que acabo de vomitar todo lo que he consumido hoy y que el frío de la noche me está pelando la piel.

Solo puedo centrarme en Dylan.

Y en todos los sentimientos que ahora parecen batallar en sus ojos.

Creo que va a echarse para atrás, a esquivarme como hace siempre… Lo siguiente pasa tan rápido que apenas soy capaz de procesarlo.

Dylan acerca su cara a la mía y estampa nuestras bocas en un beso primitivo y salvaje que acaba de secarme por completo.

El calor escala por mi cuerpo.

Al principio no puedo moverme, pero en cuanto Dylan presiona su lengua contra mis labios, abro la boca y lo dejo acceder a mí por completo.

Mi lengua no tarda en seguirle el ritmo —como si hubiera estado deseando hacer esto desde el instante en el que esos ojos grises me miraron por primera vez—, mientras yo trato de ignorar la excitación que crece en mi vientre.

Nadie nunca me había besado de la forma en la que Dylan lo está haciendo justo ahora.

Es un beso rápido y posesivo, casi como si bajaras al infierno y que satán prendiese tu cuerpo en llamas.

Mis pulmones apenas aguantan la presión.

Dylan muerde y succiona mi boca y yo hago lo mismo con la suya. No puedo respirar, me agita por dentro y me arrastra a la locura. El sabor de sus labios es adictivo.

No es hasta que me retuerzo por el contacto de un bulto frotándose contra mi estómago, que decide detenerse.

Un jadeo escapa de lo hondo de mi garganta en cuando nuestros labios se separan.

Mis mejillas arden y me siento aturdida como la mierda, pero aun así puedo verlo.

Puedo ver el arrepentimiento y el desprecio bañando la expresión de Dylan.

Y juro que casi suelto un sollozo.

—Será mejor que te lleve a casa —murmura en un tono muy bajo antes de apartarse de mí y darme la espalda.

Ni una mirada.

Ni una pizca de compresión o cariño.

Tan solo una frialdad que encierra mi corazón en un pozo profundo y desolado.

11

DYLAN

—Cinco dólares a que tumba el saco —La voz de Mateo me llega en eco a los oídos.

No le estoy prestando atención.

Ni siquiera sé en qué parte del gimnasio está. Podría estar en mis putas narices y en este momento no me daría cuenta.

Le pego otro puñetazo al saco.

Retumba de un lado a otro, pero para mí apenas se mueve.

Le doy otro golpe.

—¿Me estás vacilando? Está claro que va a tirarlo —Emma está con él—. Diez a que tarda menos de cinco minutos.

—¿Tú crees?

—Vuestras apuestas son una mierda —Ese es Ray —. ¿Diez dólares? Por favor, haced que tenga algo de gracia.

—¿Cincuenta?

—Ahora empezamos a hablar.

Hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

El sudor que antes bajaba por mi cuello, ahora se ha adherido a mi piel como una puta segunda capa. Tengo los nudillos al rojo vivo y apenas siento las piernas.

Pero no puedo parar.

Al contrario de lo que se piensan, el puto saco se me resiste.

Como todo.

Le pego otro puñetazo y otro y otro más.

Joder, le pego tantas veces seguidas que todo ruido a mi alrededor que no sea el de mis manos contra el cuero, se insonoriza.

Y eso es exactamente lo que necesito.

Que se callen todas las putas voces que me atormentan la cabeza desde ayer, desde que tuve la brillante idea de besar a la hija de Nil Davis.

Mierda, Mierda, Mierda.

Suelo mantener mis testosteronas bajo control, pero ayer no sé qué me pasó. La vi ahí, con esos labios rosados cortados por el frío y ese maldito vestido blanco que llevaba provocándome toda la puta noche.

Tenía ganas de callarle esa boca de sabelotodo prepotente.

Y más cuando insinuó la gilipollez de que no me ponía nada. Joder que sí me pone y eso es lo que me cabrea más.

Ni siquiera soporto ese aire de niña mimada que tiene.

Es como una puta princesita.

Y lo peor es que no se da cuenta.

Me entran ganas de zarandearla y enseñarle la mierda que de verdad importa en el mundo. Pero no puedo, porque cada vez que miro esos enormes y redondos ojitos color miel, tengo que hacer un esfuerzo de más para no estamparla contra la pared y pedirle que me deje manchar esa aura tan inocente y frustrante.

Esa aura que me cabrea como la mierda y me pone a cien.

Creo que la odio.

Le pego un golpe al saco con la pierna derecha, pero sigue sin desistir.

Si Davis se entera de que ayer besé a su perfecta hija, podría mandar todo mi puto trabajo a la basura. Ese hombre ya me odia, si se entera es cuestión de tiempo que acabe trabajando en una comisaria de pueblo a tiempo parcial.

Todo el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí, se vería reducido a cenizas.

Todo lo que he hecho en memoria de mi padre, se vería reducido a nada.

Todo porque no soy capaz de controlarme alrededor de una niña con cara de angelito que sabe muy bien como jugar a ser el diablo.

—Blake —Escucho mi apellido, pero lo ignoro.

Todavía no estoy preparado para devolver mi mente al mundo real. Necesito pensar, necesito desahogarme.

Y no ayuda mucho que hoy todos hayan decidido que quieren entrenar a la misma hora que yo.

—Blake —Repiten y de reojo veo a Tabatha lanzarme una mirada de preocupación desde la zona de cuerdas—. ¿Te encuentras bien?

Tabatha siempre se preocupa más de la cuenta por todos.

Incluso por mí.

Le encanta ser la mamá oso del equipo.

A mí me da igual con quién se quiera hacer la superheroína, pero tengo que reconocer que es casi tan insoportable como yo si no le hacen caso.

Y la verdad es que ahora no estoy para aguantar su mierda.

Le hago un gesto afirmativo y detengo mis movimientos. No quiero, pero creo que ya está bien por hoy.

Cuando voy a recoger mi toalla del suelo, aprovecho para mirar mi móvil. Tengo un par de mensajes de Davis pidiéndome que le pase los informes de seguimiento de Lewis y Mateo, pero eso no es ni de lejos en lo que más me fijo.

Tengo por lo menos diez mensajes y dos llamadas perdidas de un número nuevo que reconozco a la perfección.

Makeila Brown, la amiguita —no amiguita— de la niñita mimada.

Me dio su número en el bar y me dijo que me llamaría para que fuéramos a tomar algo o a cenar por ahí. No le dije que no —después de todo está muy buena—, pero ahora me arrepiento un poco.

Es un problema extra entre los miles que tengo ahora mismo.

Aunque quién sabe, quizás una noche de verdadera diversión es lo que necesito para despejarme un rato.

—Blake, tengo noticias —Alzo la vista en el instante exacto en el que Elliot traspasa la puerta del gimnasio.

Todos nos lo quedamos mirando.

Lleva unos papeles en la mano y está tan concentrado mirándolos que casi pisa a Mateo en el camino. Ni siquiera se da cuenta, pero este último le lanza una mirada cortante desde su asiento en el suelo.

Comienzo a secarme el sudor de la frente con la toalla mientras digo:

—¿Qué pasa?

—Por fin tengo la información de dónde se ha sacado Wolf el dinero para saldar su deuda.

—¿Ah así?

Esta vez sí que me mira.

Las ojeras que descansan en la parte inferior de sus parpados son un indicativo de que ha pasado tan mala noche como yo.

—Sí, he contactado personalmente con su secretaría y dice que ese dinero proviene de una cuenta de ahorros que tiene su hermano.

—¿Has comprobado que esa cuenta existe?

—Sí —Hace una mueca de decepción igual a la que debo tener yo—. El hermano ha ido metiendo ahí parte de lo que ha ganado como corredor en los últimos años.

Arrugo las cejas.

¿Por qué iba a saldar la deuda de su hermano con sus propios ahorros? No es como si Wolf no tuviera dinero para hacerlo. Y tampoco es como que se lo esté devolviendo a través de la construcción de las pistas. El dinero del cabrón de Wolf no se ha tocado ni siquiera para eso. ¿Por qué?

—Hay algo que no me cuadra en este asunto —confieso.

—A mí tampoco, por eso he concertado una cita con ella para que nos deje ver a Wolf en persona —continúa Elliot—. A ver si ese bastardo es capaz de mentirnos a la cara.

Asiento y me cuelgo la toalla del hombro. Con la resaca mental que llevo hoy, he olvidado traer mi botella de agua de la cocina.

—¿Cuándo es esa cita?

—Estarán fuera de la ciudad hasta el viernes que viene, así que el sábado por la mañana.

Reprimo un gruñido.

Con la mierda esta de que no podamos encerrar a Wolf por falta de pruebas, tenemos que aguantar que pueda moverse a donde le salga de los huevos. Hemos conseguido que no pueda salir del país, pero es todo lo que tenemos.

—Supongo que no hay más remedio que esperar —farfullo.

Es increíble que a estas alturas todavía no tengamos ninguna prueba verdaderamente incriminatoria contra ese malnacido. Tenemos hipótesis, teorías, sucesos sin confirmar que indican que él cometió el delito, pero nada para que se pudra en la cárcel.

Si de verdad robó ese dinero y mató a esos cuatro empresarios, es el mejor delincuente con el que me he topado en mi puta vida.

Eso o somos un equipo de inútiles.

La gente está súper vaga y despistada últimamente, y tal vez eso sea un poco culpa mía. No sé qué me pasa, pero tengo que meterles más caña otra vez si quiero volver a mi ciudad natal antes de que acabe el verano.

Tampoco ayuda mucho que Davis parezca estar en todos los sitios menos involucrado en el puto caso.

—¿Sabes dónde está Davis? —le pregunto a Elliot, que aparta la vista de Emma y Mateo y vuelve a mirarme— Llevo toda la semana sin verle el pelo.

—Creo que lo he visto salir con Blue hace un rato.

—Últimamente sale mucho con ella, ¿no? —Salta Tabatha de repente y se acerca hacia donde estamos.

—¿Tú crees que es porque tienen un lío? —La sigue Emma levantándose del suelo.

—Esos dos siempre han tenido una relación muy extraña. Son como el Capitán Garfio y Smee —Tabatha hace una mueca extraña y esta vez sí que pongo los ojos en blanco.

—Quizás solo se han entretenido conectando de nuevo con su ciudad —Sugiere Ray—. Hacía ya tiempo que no se pasaban por aquí con todo el asunto de Wolf.

—Aun así, es raro que Davis no nos esté metiendo presión con el caso —Elliot es el único que piensa como yo—. Es el primero que quiere encerrar a Wolf. Parece tenerle un odio horrible.

—Sí, ¿verdad? ¿De dónde vendrá tanta aversión?

—Ya está bien —Acallo su barullo con mi voz—. Cuando lo vea hablaré con él. Ahora poneros a hacer algo productivo o lo que sea, pero lejos de mí, por favor.

Mientras avanzo hacia la salida, creo escuchar a Mateo decir que hoy me he levantado con un palo metido por el culo, pero prefiero ignorarlo para no tener que dejarlo seco de buena mañana.

Me dirijo hacia la cocina a por mi botella de agua. Quiero pegarme una ducha y pasarme el día recabando datos sobre Wolf a ver si así me distraigo un rato.

Pero el destino parece tener otros planes cuando veo a la niñita de papá intentando alcanzar unas galletas de un estante superior.

Es tan pequeña en comparación con el armario, que ni siquiera inclinándose y estirando todo su cuerpo, consigue rozar el paquete de galletas.

Me tienen que estar vacilando.

Me detengo un segundo en la entrada, en silencio, observándola.

Lleva puesta una camiseta extragrande que le cubre tan solo dos o tres centímetros de piel por debajo del culo. Está descalza y su larga y salvaje melena negra le cae por los hombros en ondas como si fuera la puta mujer de Tarzán.

Sé nota que acaba de levantarse y, joder, no puede verse mejor.

Es como si ese aire mañanero acentuara sus facciones de angelito: su naricita de conejito, esos labios rosados y su piel de un tono marrón que parece de fantasía… Todavía puedo recordar lo suave que se sentía tocarla con mis manos.

Cada parte de ella.

Me paso las manos por la cara cuando el calor comienza a acumularse en zonas en las que no debería acumularse a estas horas de la mañana.

Me he prometido a mí mismo que iba a controlarme.

Que no iba a dejarme llevar por mis instintos…

Es más fácil cumplirlo cuando no la tengo a ella delante.

Me acerco con cuidado de no espantarla, pero es imposible. Cada vez que me ve salta como un conejito asustado y eso solo hace que me cabree el doble con ella. ¿Por qué me tiene miedo? ¿Por qué siempre quiere poner distancia?

La observo inexpresivo a pesar de que mi pecho se desinfla cuando posa sus vibrantes ojitos color miel sobre mí.

—Mierda, me has asustado.

No reacciono.

—Ya…

Estiro mi brazo para pasarle las galletas que estaba intentando coger y después la esquivo para pillar algo de comer de la nevera.

Trato de no pensar en la electricidad que recorre mi mano cuando rozo la suya o en como agacha la cabeza cuando paso por su lado.

Trato como la mierda de ser completamente indiferente con ella.

Después de prepararme un sándwich y servirme algo de café, tomo asiento en la encimera, delante de Brooklyn, que finge comerse las galletas cuando la realidad es que no la he visto meterse ni una en la boca.

Tras un par de minutos en los que la veo alzar la cabeza en mi dirección, indecisa, por fin decide romper el silencio.

Esto va a ser un puto infierno.

—Oye, sé que esto es un poco extraño, pero… crees… ¿Crees que podamos…? —Analizo su rostro en silencio mientras le pego un mordisco a mi sándwich. Ella parece sentirse intimidada, porque gira la cara en dirección a la puerta para no tener que mirarme. Aprieto la mandíbula con fuerza—. ¿Crees que podamos hablar de lo que ocurrió anoche?

—¿Qué ocurrió anoche?

Le estoy tomando el pelo, pero me encanta ver como su rostro se tiñe de rojo.

—Me estás vacilando, ¿no?

Niego y hago un esfuerzo enorme por no burlarme de ella.

—Nop. Anoche pasaron muchas cosas, necesito que especifiques.

Quiero escucharla decirlo.

Quiero escucharlo de su boca.

Quiero que ella lo haga real para que pueda dejar de pensar que fue una puta alucinación de mi mente.

—Tiene que ser una broma —murmura mientras se lleva las manos a la cara. Segundos después vuelve a levantar la mirada y veo en sus ojos una determinación que antes no había—. Ya sabes, el beso… tu beso. Tú, besándome a mí. Tendremos que hablar de eso, digo yo.

Joder si tenemos.

Pero es lo último que me apetece hacer en este momento. O en ninguno. De hecho, borraría su memoria solo para que no pudiera recordarlo. Por eso y porque creo que sería incapaz de borrar de la mía lo que se siente besar su maldita boca de fresa.

Es imposible.

Ese recuerdo no abandonará mi mente nunca.

Dejo el sándwich en la encimera y me preparo para soltar la mayor mierda que haya salido por mi boca nunca.

—Ah sí, eso. Fue un error.

Ahora sí que se le descompone la cara.

—¿Perdón?

—Fue un error, no quise hacerlo —miento—. Me dejé llevar por el calentón del momento y bueno… Lo siento, pero no me interesas de esa forma. Fue cosa de una noche, un error.

Cada palabra que sale de mí parece hecha de plástico.

Falsas, pero duraderas.

Y Brooklyn se las cree todas. Lo sé porque veo en sus ojos como se le rompe ese corazón de chicle que tiene.

Soy un gilipollas.

Pero sé que esto es lo mejor.

Vuelvo a pillar el sándwich, intentando tragarme el nudo que se forma de repente en mi garganta.

—Sé que es mucho, pero te pediría que no le comentaras nada a tu padre —continuo, ahora incapaz de mirarla—. No me gustaría que un desliz interfiriera en el caso en el que estamos trabajando.

Brooklyn asiente.

O eso creo.

Porque cuando la miro tiene los ojos fijos en la encimera y mueve la cabeza de arriba abajo muy lentamente.

—No te preocupes, no pienso decirle nada.

—Bien.

Estira hacia atrás el taburete para volverse a poner de pie.

—Con tu permiso, voy a desayunar al jardín. Necesito tomar un poco el aire —Asiento, pero no digo nada. Cuando llega a la entrada creo que va a salir sin más, pero se detiene un segundo y se gira a mirarme de nuevo. Esta vez veo algo brillar en sus ojos que no había visto nunca—. Ah y… ¿Dylan?

—¿Sí?

—Puedes mentirte todo lo que quieras, pero sé que ese beso significó tanto para ti como para mí. Y créeme, voy a conseguir que lo admitas, me cueste lo que me cueste.

Esa media sonrisa que me muestra después es todo lo que necesito para saber que he despertado al diablillo que dormía dentro del ángel.

Y sé que no tardaré en arrepentirme de ello.

12

BROOKLYN

Adoro el verano.

Tal vez si no existiera la primavera, sería mi estación del año favorita.

Fruta fresca, barbacoas al aire libre, festivales, lluvia de estrellas y un sol radiante que te quema las pestañas.

Bueno, quizás esto último no me haría tanta gracia si mi padre no tuviera una piscina enorme en el jardín. Es la primera vez que la uso desde que estoy aquí y no me acordaba de cuánto disfrutaba la sensación de estar flotando en mi propia burbuja de agua y cloro.

Lo necesitaba.

Ahora no hay nadie en el jardín y el sonido del viento movimiento las hojas de los árboles es lo único que escucho. Eso y mis incesantes pensamientos.

Fue un error, cosa de una noche.

Las palabras de Dylan todavía resuenan en mi cabeza como una puerta chirriante que no para de abrirse y cerrarse.

Un error…

Dios, ni siquiera entiendo por qué siento esta opresión en el pecho tan de repente. Ya sabía que Dylan era gilipollas, de hecho, se comportó como un gilipollas tan solo un segundo después de besarme.

Esto no debería sorprenderme y mucho menos molestarme.

Pero joder sí me molesta.

Me molesta muchísimo que piense que puede hacer conmigo lo que le dé la gana, que puede tratarme como si fuera una niñata que no tiene ni idea de nada. Estoy harta.

Sé que él sintió lo mismo que yo cuando nos besamos.

Sé que cuando nuestros labios se rozaron lo recorrió la misma puta sensación de estar corriendo bajo la lluvia a cien kilómetros por hora, porque, joder, eso fue lo que me ocurrió a mí. Su repentina acción me pegó como una tormenta eléctrica directamente en el corazón.

Y no pienso dejarlo en paz hasta que lo admita.

Dylan Blake se ha metido con el angelito equivocado. Va a pasarse el verano aquí conmigo y yo tengo todo el tiempo del mundo.

Suspiro.

Quizás así no tenga que pensar en lo que de verdad debería pensar, como en mi futuro o en dónde mierda voy a ir cuando esto se acabe.

Ese es un problema para la Brooklyn del futuro. Por ahora, pienso relajarme y hacer de Dylan mi pequeño proyecto de verano. Quién sabe, tal vez volver su vida un infierno me aporte algo de

felicidad.

Después de todo, se lo merece.

Me permito dar un par de brazadas hacia atrás antes de hundir mi cuerpo bajo el agua. Todo lo que está en mi mente se disipa en cuanto dejo la superficie. Lo único que siento aquí abajo es una presión sofocante que me aplasta los oídos.

Y que sorprendentemente me relaja.

Cierro los ojos y dejo que me envuelva durante el rato suficiente como para que mis músculos se noqueen y mi cuerpo entre en un estado de paz absoluta. No es hasta que se me escapan un par de burbujas de la boca y mis pulmones comienzan a suplicar por aire, que me planteo volver a salir.

Y, aun así, los fuerzo uno o dos minutos más.

Dejo que la presión en mi pecho crezca y me haga daño en una especie de tortura voluntaria. Me gusta como me hace sentir el hecho de poder ahogarme a tan solo centímetros de la superficie.

Hace que mi cuerpo se llene de adrenalina.

Una adrenalina tan intensa que te sosiega en vez de inquietarte.

Nado hacia arriba con calma. En cuanto llego a la superficie, apoyo mis manos en el bordillo de la piscina y dejo que mis pulmones se llenen de aire. Noto el sol agujerarme la parte superior de la cabeza, pero esa sensación tan solo dura un par de segundos porque una sombra repentina se cierne sobre mí.

Alzo la vista y me topo de lleno con los ojos grises y fríos de Dylan.

Está de pie justo en el borde de la piscina y tiene el rostro tan inexpresivo y sombrío que tengo ganas de retroceder. No parece amigable, pero él nunca parece amigable.

—Te llama tu padre —Es lo primero que dice en ese tono que no admite reproche.

Lo observo durante un segundo demasiado largo. Desde aquí abajo su figura resulta incluso más imponente que de costumbre, parece más alto y robusto, aunque tal vez eso último sea culpa de su uniforme. Por alguna razón cada vez que lo lleva puesto me da la sensación de que podría cogerme con una sola mano y aplastarme contra él.

Aprieto mi agarre contra el bordillo.

Dylan no ha escogido un buen momento para venir a molestarme. Hoy mis hormonas están a flor de piel.

Con solo verlo me entra una rabia que me consume, mezclado con lo que empiezo a reconocer como excitación.

Joder, que ganas tengo de hacerle pagar lo que me dijo ayer.

—Ahora iré —Finjo indiferencia mientras tiro la cabeza hacia atrás para que mi pelo negro se empape con el agua.

—Te quiere ver ahora.

—Lo sé, tan solo dame un segundo.

—No tiene un segundo.

Vuelvo a tirar la cabeza hacia adelante y le lanzo una mirada cortante que no podría importarle menos.

—Ay de verdad, que gruñón eres —chisto y a continuación le muestro mis mejores ojitos de cachorrito—. ¿Me ayudas a salir?

Dylan no reacciona, pero noto como se le tensan los hombros ante mi pregunta.

—Puedes salir tú sola —brama y alza la vista hacia el horizonte para no tener que mirarme a mí.

Sonrío.

Muy bien, si eso es lo que quiere…

Apoyo mis manos con fuerza sobre el bordillo y tiro de mi cuerpo hacia arriba. En el proceso agradezco con todo mi ser tener puesto el bikini que me regaló Lisi hace dos años, por mi cumpleaños.

Recuerdo que por aquel entonces, Adam Miller —el chico que me gustó durante gran parte de segundo de carrera—, nos había invitado a su piscina climatizada para celebrar el éxito de un trabajo que hicimos juntos.

Lisi me dijo que con ese bikini Adam no podría quitarme los ojos de encima. Y tenía razón.

Son dos piezas de tela blanca que cubren lo justo de mis tetas y mi trasero. La parte de la braga va acompañada con un pareo del mismo color porque es literalmente un tanga que no deja mucho a la imaginación.

A mi padre probablemente le daría un infarto si me viera vestida así.

Pero vale la pena por ver la reacción de Dylan, que vuelve sus ojos hacia mí en el momento exacto en el que ya estoy de pie.

Como no se ha movido ni un centímetro, nuestros cuerpos están prácticamente pegados en el bordillo.

—Cuando quieras —digo cruzándome de brazos y provocando que mi delantera se vea más predominante.

Los ojos de Dylan se posan ahí un segundo antes de volver a mirarme a la cara.

—¿No vas a vestirte?

Miro mi bikini fingiendo que no capto lo que dice.

—Ya estoy vestida.

Dylan aprieta la mandíbula.

—¿Me estás vacilando? No puedes ir así a ver a tu padre.

—¿Por qué no?

—Porque no —gruñe —. Me mataría si apareces así de mi lado.

Da un paso hacia mí y por inercia yo doy un paso hacia atrás que me hace perder el equilibrio. Estoy segura de que voy a caerme al agua, pero el brazo de Dylan se enrolla en mi cintura justo a tiempo y tira de mi cuerpo en su dirección.

Acabo tan pegada a él que mi pecho se funde con el suyo y me quedo sin aire. Al instante noto cada parte de él contra mi cuerpo semidesnudo y mojado.

Las pupilas de Dylan se oscurecen como la noche y su mano ejerce una presión repentina en mi cintura. Está paralizado, casi como si no supiera qué hacer ahora.

Aprovecho su desconcierto para enrollar mis brazos alrededor de su cuello y acercar mi cara a la suya. Estamos tan cerca como la noche en que me besó, solo que esta vez soy yo la que se mueve y soy plenamente consciente del ritmo acelerado de su corazón.

Trato de ignorar su adictivo olor a jabón cuando rozo el lóbulo de su oreja con mis labios y le susurro:

—¿No teníamos un sitio al que ir?

Dylan me aprieta con más fuerza en señal de frustración y un latigazo impacta contra mi zona íntima.

—Cuando te vistas.

—No pienso vestirme.

No puedo ver su cara, pero estoy segura de que se le han subido todos los colores de golpe. Lo estoy sacando de sus casillas, justo lo que me proponía.

—Mierda —farfulla y libera mi cuerpo para girarse hacia las tumbonas.

Cuando localiza en la que he dejado mis cosas, se dirige hacia allí sin pensarlo y coge el pareo en forma de túnica que he traído.

Yo permanezco quieta, viendo como se acerca a mí con cara de culo.

Vuelve a tirar de mi cuerpo para ponerme el pareo. Me hace pasar los brazos por las mangas y después lo enrolla con la cuerda alrededor de mi cintura, cortándome el aire.

Quiero decir algo, pero Dylan me coge por la cara y acerca tanto su rostro al mío que me quedo sin voz.

—Sé a lo que estás jugando, caramelito, y no va a funcionar —Y con esto me suelta y comienza a caminar hacia las puertas de cristal que dan al salón—. ¡Muévete, tu padre nos está esperando en su despacho!

Lo sigo y trato de ocultar la sonrisita que se forma en mis labios.

Está cabreado, pero al menos he obtenido una reacción de él.

Definitivamente voy a adorar esto.

Cuando llegamos al despacho de mi padre, paso por delante de Dylan como si no lo conociera.

Mi padre está sentado en su mesa, rellenando unos papeles. En cuanto nota nuestra presencia, alza la cabeza y sonríe. O más bien me sonríe.

Hace días que no lo veo, igual que a Blue. Sé que ambos han estado saliendo mucho para resolver no sé qué gestiones del caso, pero apenas he podido pasar tiempo con ellos desde que llegué.

Echaba un poco de menos el fuerte olor de la colonia de mi padre y su forma de combinar sus trajes con el reloj que decida llevar ese día.

Hoy es un Patek Philippe plateado que combina con un traje azul marino.

—Cariño, ¿cómo has estado? —Me saluda cuando me acerco a él para darle un abrazo rápido.

Dylan entra, pero se queda en la puerta como un puto segurata.

—Muy bien —sonrío y me siento en una de las sillas que hay delante de su escritorio—. ¿Para qué querías verme?

—Bueno, no sé si Blake te habrá adelantado algo, pero esta noche voy a organizar aquí una pequeña reunión.

Alzo la cejas.

—¿Una reunión?

—Sí, una especie de gala pequeña —explica mientras se dobla las mangas del traje—. He contratado a un grupo de catering, camareros y todo tipo de entretenimientos. Viene gente muy importante con la que debo reunirme y me gustaría que saliera todo perfecto.

—Ya…

—Los chicos estarán vigilando el evento —continúa y le echa un vistazo rápido a Dylan—. Quiero que estés por ahí, que te pongas guapa y que socialices. ¿Harías eso por mí?

No soy muy fan de los «eventos» de mi padre.

Siempre suponen estar rodeada de estirados repelentes y horas y horas de incesantes charlas sobre leyes y política.

Casi siempre con gente de su edad o mayor, pero por alguna razón esta vez no siento ganas de oponerme.

Tal vez porque sé que Dylan y su equipo estarán ahí también o porque me apetece socializar y salir un poco de la rutina.

Solo sé que digo:

—Está bien, será divertido.

Mi padre sonríe como si tuviera la mejor hija de mundo y después se alza de su asiento y rodea el escritorio para venir hacia mí.

—Gracias, cariño. Siempre puedo contar contigo —Me estrecha contra él—. ¿Qué tal has estado estos días? ¿Todo bien?

Automáticamente mis ojos se van hacia Dylan.

Noto la tensión en su cuerpo desde aquí y sé que la pregunta de mi padre le ha despertado los mismos recuerdos que a mí.

Quiero sonreír, pero me contengo.

—¿Qué pasa? —dice mi padre cuando no le contesto y su vista sigue la mía hacia Dylan—. ¿Está todo bien?

—Sí, sí —Muevo las manos en señal de calma—. Tan solo estaba pensando en la buenísima idea que tuviste al poner al agente Blake a vigilarme. Nunca me he sentido tan tranquila y en paz como en estos días.

Mi padre alza las cejas, incrédulo.

—¿En serio?

Asiento.

—Por supuesto, nos hemos hecho grandes amigos, ¿verdad, *Dylan*? —Lo miro y descubro que está poniendo la misma cara de incredulidad que mi padre.

—Esto… Claro.

Vuelvo la vista a mi padre que ahora no puede parar de mirar a su segundo al mando con una expresión que no consigo leer.

—¿Ves? Nos llevamos genial —insisto—. Creo que debería pasar más tiempo conmigo. La ciudad está muy peligrosa últimamente y sin él siento que podrían hacerme cualquier cosa.

Ya no lo estoy mirando, pero estoy casi segura de que Dylan me está asesinando con los ojos.

Noto su calor quemándome la nuca, pero me da igual. Todo esto es parte de mi plan y no hay nada que él pueda hacer para impedirlo.

Mi padre se queda en silencio durante un par de minutos en los que se dedica a alternar la vista entre Dylan y yo. En sus ojos color miel sigue brillando la incredulidad y el asombro.

Y lo entiendo.

Su hija, la señorita independiente, de repente quiere pasar más tiempo con su falso guardaespaldas. Es cuestionable.

—Bueno… no veo porque Blake no podría pasar más tiempo contigo —dice al fin—. Después de todo, yo puedo encargarme mejor que él de dirigir al equipo, ¿no? Que para algo soy el jefe.

Se supone que eso es una broma, pero a Dylan no parece hacerle ni puta gracia.

Está completamente quieto y tiene ambas manos apretadas en un puño. Su rostro se mantiene inexpresivo, pero está claro que quiere pegarle un puñetazo a alguien. Probablemente a mi padre.

O a mí.

—Gracias, papá —Mi tono es tan repipi y meloso como el de una niña de cinco años a la que su padre acaba de comprarle un poni.

—Lo que sea por mi niña —Me está hablando a mí, pero su mirada de satisfacción no se aparta de Dylan.

Parece estarle comunicando algo en silencio con eso.

Casi como una especie de situación personal que se está desquitando con él.

—Será mejor que vaya a ver que me voy a poner esta noche —digo y me levanto de la silla —. Hasta más tarde.

Le doy un beso en la mejilla a mi padre y me dirijo hacia la puerta.

Cuando paso delante de Dylan, él me sigue y cierra la puerta tras sus espaldas. No espera a que mi padre le diga que puede irse, simplemente se va.

Una vez en el pasillo ni siquiera me da tiempo a pensarlo, estampa mi cuerpo de golpe contra la pared más cercana.

—¿Qué mierda…?

Apoya su brazo justo a un lado de mi cabeza, acorralándome. Lo que veo en sus ojos hace que tenga ganas de salir corriendo. Solo hay oscuridad.

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso?

—¿Qué ha sido el que? —Me hago la tonta, pero eso solo aumenta su rabia.

—No me vaciles, caramelito —Tengo que reprimir un escalofrío cuando posa su mano libre en la curva de mi cintura. Con este pareo es evidente el movimiento descontrolado de mi pecho —. ¿Qué mierda te pasa hoy conmigo?

Qué mierda me pasa con él…

Joder, eso es lo que quiero saber yo.

Por qué mierda solo puedo pensar en sus malditos labios carnosos desde que nos besamos, por qué necesito hacerle pagar por como me hizo sentir, por qué siento esta necesidad de que sufra.

Que sufra por mí, joder.

Fijo mi vista en la curva de sus labios.

Sería tan fácil dar un paso y volver a juntar nuestras bocas, pero así no es como quiero jugar a este juego. Él será el primero en volver a besarme, eso puedo jurarlo.

—No sé de qué hablas, tan solo soy una niña mimada usando su poder de niña mimada —La sonrisa traviesa que pongo tras esa frase hace que la mentira sea aún más evidente—. No es personal, estoy satisfaciendo un capricho.

—Ya te he dicho que no juegues conmigo.

—Oh cariño, no tienes ni idea de a lo que estoy jugando.

Aprovecho ese momento de repentina valentía para apartarlo de mí y huir como la cobarde que soy. Quiero jugar con la mente de Dylan como él juega con la mía, pero aquí las reglas las pongo yo.

Y esta noche voy a asegurarme de que no lo olvide.

13

DYLAN

—Quiero a Tommy y a Ray en la segunda mitad del ala trasera —digo y a continuación poso mis ojos sobre Tabatha—. A ti te necesito con Melisa y Spencer en la zona de la piscina.

Tabatha asiente y no espera a que le diga nada más para irse a colocar en su puesto.

Mis ojos escanean la entrada principal.

—¿Alguien ha visto a Elliot o a Mateo? —Tengo a la mayoría de mis agentes acumulados en el recibidor. Están esperando a que les diga cuál será su puesto esta noche para que puedan ir a colocarse cuanto antes.

Tan solo queda media hora para que la casa se llene de imbéciles con demasiado dinero para su propio bien. Ya deberíamos estar dispersados, pero todavía me faltan agentes que no sé dónde coño se han metido.

Como Elliot o Mateo.

Joder.

—Emma colócate en la primera mitad del ala trasera —Aprovecho que veo a la rubia aparecer detrás de Lewis. Me he dado cuenta de que llega veinte minutos tarde, pero prefiero ignorarlo para no cargar mi mal humor contra ella—. Y si ves a Mateo o a Elliot diles que pienso sacarles la mierda en cuanto me los cruce.

Me espero este comportamiento imprudente de Mateo, pero no de Elliot.

No hoy que Nil ha confiado la seguridad de su fiestecita en nosotros.

En mí.

Ya estoy prácticamente derrocado del caso, no quiero que también me quite esto.

Encima todos tenemos que ir vestidos con trajes negros como putos pingüinos. Nunca he sido muy fan de los botones en las mangas o de los mocasines. Quizás sea porque mi padre nunca me obligó a llevarlos cuando era necesario. Él apostaba siempre por las camisetas y los pantalones vaqueros.

Recuerdo que su estilo desenfadado solía sacar de quicio a mi madre. Las pocas veces que vi a ese hombre vestido formal fue siempre por complacer a su «Barbie», como él solía llamarla por su pelo largo y rubio y su aspecto de muñeca.

Mi madre sonreía, lo ayudaba a colocarse la corbata y ambos fingían que no había vuelto a ganar ella.

Acabo de dispersar a los agentes que me quedan cuando me doy cuenta de que ya son casi las nueve. Sé que la parte trasera de la casa será la más concurrida, pero aún así dejo a la mayoría de mi equipo en el ala principal —que es la más grande— y solo asigno el ala trasera a aquellos con más habilidades.

Yo me estaré moviendo por ambas zonas para asegurarme que todo está en su sitio. No creo que pase nada esta noche, pero debo tener ojos en todos los putos rincones solo por si acaso.

Nada puede salir mal.

Cuando todo el mundo desaparece de mi vista, me permito un par de minutos para respirar hondo.

Tiro del nudo de la corbata y dejo que el aire me llegue a los pulmones. No sé que me pasa. Me estoy ahogando con esta mierda atada al cuello y encima ni siquiera creo que me la haya puesto bien.

Pero no me la puedo quitar, no si no quiero que Davis me eche a los leones.

Alzo la vista cuando escucho unos pasos en las escaleras principales. Mis ojos se abren sin querer al ver al caramelito bajar los escalones con el vestido más obsceno que ha podido encontrar en su armario de princesita.

Mierda.

Es un vestidito azul marino que le sienta demasiado bien. Es largo, sin mangas y se ajusta a sus curvas como una segunda piel. No me ayuda una mierda que se haya recogido la melena en una coleta alta que expone su escote ante cualquiera que quiera echarle un vistazo.

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no cogerla en brazos y encerrarla toda la maldita noche.

Mi plan era vigilarla desde una distancia prudente, pero no sé a cuánta distancia podré mantenerme de ella vestida así. Joder, voy a tener que estar espantando imbéciles toda la puta noche.

Y estoy casi seguro de que eso es lo que ella está buscando.

Sacarme de mis putas casillas.

No sé qué mierda le pasa conmigo. Bueno, sí lo sé, desde que rechacé nuestro beso está decidida a joderme. Y joder si lo está haciendo bien.

Pero ni de coña pienso ceder.

Tal vez tenga ganas de cogerla y estampar su cuerpo contra el mío, pero no puedo dejar que un estúpido deseo me nuble el juicio.

Es la hija de Nil Davis, por el amor de Dios. Y yo soy el que no puede tocarla.

Veo como acaba de bajar las escaleras con demasiada calma. Quiero que sus malditos ojitos miel hagan contacto visual conmigo, pero no sé si eso es lo que me conviene ahora mismo. Me está ardiendo la puta cabeza solo de pensarlo.

Vuelvo a centrarme en mi corbata mal anudada. Noto la presencia del caramelito acercarse a mí, pero intento ignorarla.

—¿Te ayudo con eso? —Su voz suena tan dulce e inocente que casi tengo ganas de reírme.

Alzo un segundo la vista para encontrarme con esa sonrisa perfecta de niña buena que me pone de los putos nervios. No le digo nada, simplemente sigo intentando hacer algo decente con mi corbata.

Tengo que reconocer que estoy cabreado como la mierda con ella.

Y lo peor es que sé que no es porque haya conseguido que su padre me quiera pegado a su culo toda mi estancia.

—Anda, déjame ayudarte —insiste y esta vez no espera a que le conteste, directamente aparta mis manos de la corbata y deshace el nudo para hacerlo de nuevo de cero.

Se coloca tan malditamente cerca que al instante me llega ese olor a dulce que parece pegarse por toda su piel. Por suerte es más bajita que yo y su cabeza queda justo por debajo de mi cuello, no me veo obligado a ver su carita, aunque siga fijándome de reojo en el movimiento de sus

pestañas y su boca.

—Antes solía anudarle todas las corbatas a mi padre —me explica como si nada. Finge no ser consciente del efecto que tiene el maldito roce de su mano contra mi pecho.

—Ya…

Joder, ¿por qué está tan cerca? ¿Por qué mierda me está haciendo el nudo? Por su propio bien debería mantener las distancias conmigo, pero parece que esa no es una puta opción viable para ella.

Quiere que huela su perfume.

Que sienta su puta presencia demasiado cerca como para pensar con claridad.

Quiere volverme malditamente loco.

Lo sé.

Lo noto tras esa aura de angelito mimado.

Se toma un par de segundos en los que parece que está haciendo la maniobra más complicada del mundo y después me pega un golpecito en el pecho y dice sin más:

—Ya está.

Le echo un vistazo. No sé de nudos, pero tiene pinta de estar muy bien hecho.

—Gracias —farfullo.

Solo quiero irme a hacer mi maldito trabajo.

Brooklyn se queda en silencio, así que me veo obligado a mirarla. Tiene sus ojitos fijos en mí. Hay malicia pura detrás de ellos.

—¿Qué ocurre? —Sé que me arrepentiré de preguntar esa mierda.

—Nada, estás muy guapo. ¿Te parece que yo estoy guapa?

La miro, pero aparto la vista casi enseguida.

Joder.

—Está bien, estas son tus instrucciones para esta noche —digo y el repentino cambio de tema la hace fruncir el ceño, pero me da igual. Como le siga el puto rollo ahora, vamos a acabar muy mal—. Tienes prohibido salirte del perímetro de la casa. No puedes hablar con ningún desconocido con el que tu padre no te autorice a hablar. Si necesitas que te socorra, estaré a una distancia prudente, pero ni se te ocurra acudir a mí por cualquier mierda. Estoy trabajando, ¿entendido?

Repito como un loro parte de lo que su padre me dijo hace un par de horas. Lo de que no puede molestarme por tonterías es mío, pero supongo que no me hará daño protegerme a mí mismo de esos ojitos miel.

—¿Qué pasa si quiero liarme con alguien? —pregunta como si nada y automáticamente tengo ganas de estampar mi puño contra la pared.

—¿Es una broma?

Tenso la mandíbula cuando niega con la cabeza. Su maldita sonrisa no decae.

—Nop, es una reunión elegante. Estoy segura de que me encontraré a alguien guapo y accesible por ahí que quiera pasarse la noche hablando conmigo. ¿Qué quieres que haga, que rechace al amor de mi vida?

Doy un paso en su dirección por instinto y me sorprende ver que no retrocede. Todo lo contrario, alza la cabeza y se asegura de que pueda ver con claridad la burla en su mirada.

Mi expresión es puro fuego.

Y estoy seguro de que ella también puede ver eso.

—No vas a ligar con nadie, joder —Aprieto los dientes.

No sé si digo esto para protegerla o por alguna razón más profunda que no quiero admitir, pero lo que está claro es que me arde la puta sangre de solo pensar en alguien acercándose a ella de esa manera.

Brooklyn no dice nada.

Tan solo mantiene su rostro muy cerca del mío, casi como si me estuviera analizando… o como si estuviera intentando probar mi puta paciencia.

Por suerte, me dedica una media sonrisa y se da la vuelta antes de que pueda reaccionar. Veo como se aleja hacia el ala trasera y la sigo.

Va a ser la noche más larga de mi vida.

14

BROOKLYN

Me siento rara.

No sé cómo explicarlo, pero de repente mi casa no parece mi casa: hay decenas de camareros moviéndose a toda velocidad de una habitación a otra. Van cargados con bandejas de cócteles y aperitivos para un puñado de gente que no había visto en mi vida.

Algunas caras se me hacen conocidas, pero la mayoría son totalmente nuevas para mí. Han llegado de un momento a otro, esparciendo un aura de dinero y poder muy diferente a la que estoy acostumbrada.

Da la sensación de que no puedes tocarlos o mirarlos siquiera. Hay hombres que parecen sacados de una puta película de mafiosos y mujeres tan elegantes y perfectas que ni siquiera estoy segura de que sean reales. Veo hasta a niños con rostros de portada de revista de moda infantil. Es escalofriante… por no decir otra cosa.

Intento no desentonar, pero soy la única que está de pie junto a la barra improvisada que han montado en el salón del ala trasera, dándole la espalda a la fiesta.

He recibido alguna que otra mirada furtiva de un par de invitados. Supongo que me reconocen como la hija de Nil Davis y esperan que socialice con ellos, y lo haré —por mi padre, al menos—, pero primero necesito relajarme un poco.

—¿Me pones una copa de vino blanco, por favor? —le pido al camarero que está limpiando unos vasos frente a mí.

—Claro, enseguida.

Sonríe y yo hago lo mismo.

—Gracias.

Cuando se aleja para preparármela, aprovecho para girar un poco la cabeza disimuladamente. Dylan se encuentra unos metros más allá —junto a las puertas de cristal que dan al jardín— y está hablando con Lewis.

Parece muy concentrado en su conversación, pero sé que sigue atento a cada movimiento que hago. Cuando yo me muevo, él se mueve y joder, juro por lo que más quiera que, aunque no me esté mirando, siento sus malditos ojos grises agujerar cada parte de mí.

Toda su maldita presencia en la sala hace que mi cuerpo tiemble y se confunda. Sé que es su trabajo vigilarme, pero me pone demasiado la idea de que pueda estar atento a mí por voluntad propia.

Me pone que finja que no le intereso.

Y me pregunto en qué punto de la noche voy a querer jugar con su paciencia.

—Brooklyn —Una voz que reconozco me llama desde la distancia, así que aparto la vista de Dylan. La concejala Miller viene hacia mí con su habitual sonrisa radiante, mientras la sigue la última persona a la que me apetecía ver hoy.

Makeila.

Va vestida con un espectacular vestido de cóctel rojo que resalta su pecho y se aprieta en los sitios adecuados como para marcar su figura. Su pelo rubio y ondulado se mueve con soltura sobre sus hombros y la hace parecer incluso más inalcanzable que de costumbre.

Ella finge no darse cuenta, pero sabe tan bien como yo que tiene a la mitad de la sala embobada.

No sabía que mi padre la hubiera invitado a ella o a la concejala. Aunque es evidente que están entre el tipo de personas ricas que mi padre incluiría en su lista de contactos.

Le acepto la bebida al camarero justo en el instante en el que tengo a ambas mujeres a tan solo un par de centímetros de mí.

Sonrío, pero solo por la concejala Miller.

—Señora Miller, me alegro de verla —Le doy un abrazo rápido que ella me devuelve y vuelvo a colocarme en mi sitio—. Makeila.

Ni siquiera trato de aparentar que no me molesta su presencia. Y ella hace lo mismo, porque el único saludo que recibo de su parte es una mueca.

—¿Qué tal, querida? Se rumorea por el comité que has estado encargándote de algo importante para las fiestas —La concejala Miller ignora la evidente tensión a su alrededor con una sonrisa comercial—. ¿De qué se trata? No he tenido tiempo de preguntarle a nadie.

—Ah, sí —La emoción en mi voz, no pasa desapercibida—. He conseguido una reunión con el hermano del mismísimo Oliver Wolf, el piloto de MotoGP, y si todo va bien, podría conseguirlo como estrella de las fiestas de verano de este año. A Oliver, claro.

—¿Qué? —La cara de Makeila se descompone y mi sonrisa no hace más que aumentar.

—¿En serio? —La señora Miller me coge de las manos—. Pero eso es estupendo, querida.

—Lo sé, si consigo a Oliver, pueden ser las mejores fiestas de verano que hayamos tenido desde que vino aquel imitador de Bob Marley.

—Espera, espera, espera —Makeila se interpone entre nosotras cuando la concejala se acerca para darme otro abrazo. Ahora se la ve significativamente alterada—. Yo iba a conseguir a Oliver Wolf para las fiestas, era mi sorpresa, lo que estaba preparando para la reunión de dentro de unos días. ¿Cómo… cómo…?

La concejala arruga las cejas.

—¿De qué estás hablando, Makeila?

—Escuche a Tina y a Anna hablar de eso hace un par de reuniones y pensé que sería una buena sorpresa.

—Yo lo hablé con los del comité el día que faltaste a la reunión —aclaro—. Todos estuvieron de acuerdo en que me encargará yo, lo siento.

—No puedes encargarte tú —Makeila se gira hacia mí de repente. Sus fosas nasales están tan dilatadas que, en comparación con ella, yo parezco serena y tranquila.

Ahora entiendo por qué Briana vio a Makeila en la fiesta antes que yo. Había estado rondando el reservado de Oliver Wolf para intentar que participara en el festival y estoy segura de que lo hubiera conseguido si él hubiera visto su despampanante figura o sus ojos castaños.

Menos mal que esa noche la suerte me sonrío a mí.

En parte, vaya.

—Puedo si todos me votan. Que es lo que ha pasado —Mi sonrisa no podría ser más falsa, pero no pienso perder los papeles. No cuando por una vez en mi vida, no soy yo la que parece a

punto de tener un colapso mental—. Además, ya tengo una reunión con el hermano de Oliver, ¿tienes tú algo de eso?

Mis palabras hacen que Makeila dé un paso impulsivo hacia mí. Cualquiera pensaría que va a pegarme, pero no es lo que ocurre. Simplemente se queda quieta, mirándome desde arriba como si fuera un insecto que quiere aplastar.

Que le den por culo.

Ya no estamos en el instituto.

Ya no puede opacarme y torturarme a su antojo.

—Chicas, chicas, no os peleéis. Hay sitio para todos aquí —La concejala se mete por medio. Esta vez sí que noto la incomodidad en su rostro—. Brook ya que has conseguido una entrevista con el hermano del señor Wolf, estaría bien que llevarás a Makeila contigo y ambas tratarais de conseguir a ese tal Oliver para las fiestas. Sois unas máquinas cuando se trata de socializar, estoy segura de que combinando vuestras habilidades podréis conseguirnos lo mejor. ¿Qué os parece?

La peor idea que ha tenido nunca.

—¿Qué? Pero…

—No creo que…

Makeila y yo hablamos a la vez. Frustradas y confusas. No quiero trabajar con ella en nada y es evidente que ella tampoco quiere trabajar conmigo.

Este es mi éxito.

No pienso compartirlo con mi matona del instituto.

—No se hable más, haréis esto juntas —La señora Miller ni siquiera se da cuenta de la bomba que está desatando con esto—. Lo comentaremos en la próxima reunión para que el resto se entere.

—Señora Miller, con el debido respeto, no creo que…

—Ay, Dios mío, ¡Ander! Pero ¿qué has hecho? —Una voz alterada interrumpe mis palabras.

Las tres giramos la cabeza de golpe.

Hay una mujer en el centro del salón sujetando a un niño —que no debe tener más de diez años— con fuerza por el hombro. Veo el movimiento frenético y descontrolado de sus pupilas mientras el niño se mantiene inmóvil, con la vista perdida en su mano derecha y con ausencia de color en la cara.

Sigo su mirada y no puedo evitar soltar un jadeo cuando veo lo que ocurre. El niño ha tumbado el jarrón de cristal que teníamos sobre la mesita de café y ahora tiene un trozo de vidrio clavado en la palma de la mano.

Mierda.

—¡Dios, Ander! —La mujer está cada vez más alterada. Todos la están mirando ahora, incluso hay algunos que comienzan a acercarse, pero ella no aparta los ojos de la herida del niño —. ¿Se puede saber que hacías, cariño? Jesús, déjame…

Cuando hace el amago de tocar el cristal incrustado en la palma del niño, me muevo hacia ellos casi como en un acto reflejo.

—¡No, espere! —digo incluso antes de llegar del todo. La mujer se detiene al instante y me mira—. No haga eso, podría empeorar la herida.

La aparto un poco hacia un lado y me agacho para sujetar las manos del niño entre las mías.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Un hombre corpulento y robusto que resulta nuevo en la escena,

da un par de pasos en nuestra dirección con cara de haber pisado un clavo ardiendo.

Por detrás de él, visualizo las figuras de Lewis y Dylan acercarse. Dylan se mantiene inexpresivo y aparentemente sereno, pero sé por la forma en la que aprieta la mandíbula, que está de todo menos tranquilo.

Sus ojos se clavan en mí haciéndome una pregunta silenciosa y yo solo puedo articular un «no pasa nada» antes de volver la vista al hombre.

—Soy enfermera —respondo sin más, pero esas dos palabras juntas en mi boca suenan raras. Creo que es la primera vez desde que me he graduado que las digo en voz alta… Me hacen sentir como una niña jugando a ser mayor.

Vuelvo a fijar la misma en la mano derecha del niño. Está sangrando y es evidente que tiene el cristal lo suficientemente clavado como para que sea doloroso hasta mirarlo, pero por alguna razón el pequeño no llora ni expresa ningún tipo de emoción en el rostro.

Se mantiene quieto e impávido, casi como si fuera otro quien estuviera herido.

—Te llamas Ander, ¿verdad? —digo recordando como lo ha llamado antes la mujer. Él asiente. Un pequeño movimiento de cabeza apenas perceptible—. ¿Te encuentras bien, Ander? ¿Te duele la herida?

Asiente de nuevo, pero eso es todo lo que obtengo de él.

—¿Crees que puedas decírmelo en voz alta solo para estar segura? —le pregunto en un tono dulce que contrasta con lo escalofriante que es su mirada vacía y de ojos negros.

¿Cómo un niño tan pequeño puede resultar tan siniestro?

—Me duele —confirma, pero cualquiera pensaría que me está tomando el pelo. No hay emoción ni siquiera en el tono de su voz.

La mujer suelta un jadeo cerca de mi oreja. Tiene las manos puestas sobre la boca y mira a Ander como si estuviera a punto de morirse.

Estoy casi segura de que es su madre.

—¿Qué podemos hacer? —solloza y yo me tomo un segundo para analizar la herida antes de contestar.

El cristal parece estar lo suficientemente incrustado como para que necesite puntos de sutura, pero no tanto como para no poder extraerlo sin problemas.

—No se preocupe, usted vaya preparando el coche, porque seguramente tenga que llevarlo a emergencias a que le den un par de puntos —Mis palabras son suficientes para que la mujer se ponga recta y mire al hombre que me ha hablado antes. Este le acaricia momentáneamente el hombro y después desaparece.

—¿Qué vas a hacer tú? —vuelve a preguntarme ella.

—Voy a intentar desinfectarle la herida —Me pongo de pie y poso mis ojos sobre Dylan y Lewis—. ¿Alguno puede levantarlo?

Dylan se acerca a nosotros sin pensarlo y coloca una mano sobre la espalda de Ander y otra bajo sus piernas.

—Con cuidado. Ni se te ocurra rozarle la herida —le digo cuando ya lo tiene prácticamente en brazos. Coloco la mano de Ander sobre su estómago para mantenerla fuera de peligro y miro a su madre—. Enseguida volvemos. Haga lo que le he dicho, por favor.

Comienzo a andar en dirección al ala principal y Dylan y Lewis me siguen de cerca. La gente se aparta de nuestro camino como si fuéramos Moisés abriendo las aguas.

Subimos las escaleras hasta mi habitación y dejo que Dylan pase primero con el niño, mientras le pido a Lewis que se quede vigilando la puerta para que no nos molesten los espectadores. Ni siquiera me paro a pensar en que es la primera vez que Dylan entra aquí, simplemente me dirijo a mi baño y espero que él me siga.

—Siéntalo aquí —digo y aparto todo lo que tengo sobre la superficie lisa del lavamanos.

Hace lo que le pido con extremo cuidado y después se apoya en el marco de la puerta del baño para no molestarme.

Suelo poner el botiquín de emergencias en el estante inferior del lavamanos, así que rebusco entre los quinientos productos de limpieza y lo saco. Creo que nunca lo he usado desde que lo compré hace un año.

—Muy bien, cariño —Abro el botiquín mientras trato de darle conversación a Ander. Sigue tranquilo, como hace un par de minutos, pero se le está poniendo la cara tan blanca que temo que pueda desmayarse en cualquier momento—. Voy a ver si puedo extraerte ese pequeño cristal y desinfectarte y vendarte la herida para que deje de dolerte tanto, ¿vale?

Él asiente sin más y yo me lavo bien las manos antes de coger de nuevo la suya y colocarla sobre la mía con cuidado.

—Tal vez te escueza un poco, es normal —Saco unas pinzas pequeñas, un botecito de clorhexidina, uno de alcohol y un poco de algodón. Tengo también una aguja, hilo y tijeras para darle unos puntos de sutura de emergencia, si hace falta.

Le lavo la herida con cuidado y me aseguro de desinfectar los alrededores con clorhexidina antes de atreverme a coger las pinzas para extraer el trozo de cristal. No estoy mirando a Ander, pero noto el temblor de su pierna derecha contra mi estómago.

Está asustado.

Aunque se le dé de maravilla fingir que no.

Procuro ir con mucho cuidado, pero espero que llore mientras tiro del cristal, que se retuerza al menos, es normal. Sin embargo, sigue sin emitir un solo sonido.

Lo miro un segundo.

—Ander, cariño, está bien si te duele y quieres expresarlo. Lo sabes, ¿verdad? —Me preocupa más de lo que quiero admitir que no reaccione.

Es un niño, joder.

Debería estarme poniendo esto más difícil.

Me pregunto si está en estado de shock.

—Mi padre dice que llorar es el alivio de los cobardes —suelta sin más, con la mirada todavía vacía y el rostro inexpresivo.

—¿Quién es tu padre? ¿Satán? —Chista Dylan desde la puerta y automáticamente giro la cabeza hacia él.

—¡Dylan!

Él mantiene sus ojos grises sobre mí y se encoge de hombros como si nada.

—No te preocupes —Vuelvo a mirar a Ander. No parece para nada afectado por lo que le ha dicho Dylan. Todo lo contrario—, solo quiere hacerse el gracioso para que te rías.

—¿Por qué iba a querer hacerme el gracioso con ella?

—Porque te gusta.

Las palabras de Ander son suficientes para que quiera mirar a Dylan de nuevo. Es evidente

que ahora su cuerpo está en tensión. Se le han oscurecido las pupilas y aprieta tanto la mandíbula que se le marcan los huesos de la cara.

—¿De dónde te has sacado esa mierda? —ladra.

—Satán también me ha enseñado a analizar a la gente —Ander está claramente burlándose de él. Es inteligente, demasiado para ser un niño— y, por la forma en que la has estado mirando desde que estamos aquí, es evidente que te gusta.

Una sonrisa involuntaria amenaza con escaparse de mi boca, así que sigo tratando de curar a Ander solo para distraerme.

Aunque en el fondo tenga todos mis sentidos puestos en lo siguiente que vaya a decir Dylan.

—¿No se supone que eres un puto niño?

Puedo imaginármelo rodeado por esa siniestra aura que le pone los pelos de puta a cualquiera. Esa aura que hace que me encoja y quiera esconderme de él.

Tengo ganas de reprimirlo por decir malas palabras delante de Ander, pero estoy casi segura de que el niño ha escuchado cosas peores. Probablemente también se ha enfrentado a gente más peligrosa que Dylan ahora, porque ni siquiera pestañea cuando dice:

—¿Y?

—¿Por qué hablas como si tuvieras cincuenta? Es rarito.

—Porque ya actúas tú como un crío por los dos.

Joder.

Eso ha tenido que doler.

—Tú no tienes muchos amigos, ¿no?

Esta vez puedo vislumbrar un deje de dolor en los ojos de Ander. No sé si es porque acabo de sacarle el trozo de cristal que tenía incrustado o porque Dylan ha tocado por fin un punto sensible para él.

De todas formas, no puedo arriesgarme a que se altere ahora.

—Dylan —le hablo sin mirarlo—, ya está bien, espéranos en la habitación.

No admito discusión.

No esta vez.

Y sé que Dylan se da cuenta, porque bufa y escucho sus pasos alejarse fuera del baño. Me pone un poco nerviosa que se quede solo en mi habitación, pero lo prefiero ahí que aquí.

—Perdónalo, es una persona difícil de llevar —Ni siquiera sé por qué siento la necesidad de justificarlo ante Ander, pero lo hago.

—Tú podrías hacer lo que quisieras con él —confiesa y su voz suena tan firme y serena, que por un segundo olvido que estoy hablando con un niño.

Sonrío.

—No estoy tan segura de eso.

—Yo sí.

Arrugo las cejas ante la convicción de su mirada, pero no digo nada más.

Por suerte no parece que su herida vaya a desangrarse, así que tal vez no necesite ni puntos de sutura. Vuelvo a limpiar y desinfectar la zona y le hago un vendaje que aguante al menos hasta que llegue a urgencias.

Ander no se queja durante el proceso, pero cuando acabo puedo notar el alivio en su rostro. Ya no está tan pálido como antes.

—Vamos, estoy segura de que tu madre te está esperando abajo para llevarte a urgencias —Le ayudo a bajar del lavamanos y lo sujeto del hombro mientras nos dirigimos hacia la salida.

—Esa mujer no es mi madre.

Alzo las cejas.

—¿En serio?

Ander asiente sin más. Yo tengo ganas de preguntarle quién es y por qué actúa cómo si fuera su madre, pero me contengo. No es asunto mío mientras el crío la conozca y quiera irse voluntariamente con ella.

Cuando pasamos por la habitación veo a Dylan sentado sobre mi cama. Su figura es tan grande en comparación con el colchón, que parece que lo absorbe todo. Si se tumbara, estoy segura de que se le saldrían los pies.

—Adiós, mini Satán —Lo escucho murmurar.

Le lanzo una mirada recriminatoria, pero él mantiene la vista clavada en un punto fijo en la pared.

Abro la puerta de mi habitación y me encuentro a Lewis justo donde lo dejamos.

—Lewis, por favor, llévalo con la mujer de antes —le pido sin soltar a Ander del hombro—. Yo voy a quedarme aquí a limpiar esto, pero cualquier cosa, sube corriendo a buscarme, ¿vale?

—Entendido.

—Ten cuidado con su mano —Lewis asiente de nuevo, pero ahora con la vista fija en la mano vendada de Ander.

Yo me agacho un momento para despedirme de Ander, pero él tiene su atención en otra persona. Está mirando a Dylan con una expresión mortífera y este último hace lo mismo.

Pongo los ojos en blanco.

Joder. En realidad, son como la misma persona en diferente fuente. Estoy segura de que, cuando Ander sea mayor, conseguirá dominar esa aura oscura que caracteriza a Dylan y que me provoca escalofríos.

Ya consigue intimidar solo con sus ojos negros y esa forma que tiene de mirarte… como si no pudieras huir de él.

Nadie puede huir de Dylan tampoco, por eso ahora se enfrentan negro contra gris.

—Hazlo sufrir —murmura Ander sin apartar los ojos de su nuevo contrincante.

—No te preocupes —Le froto el hombro con cuidado—, es mi plan.

Con esto, detiene un segundo la mirada en mí y después se va voluntariamente con Lewis. Puedo ver que su madre —que no es su madre— lo espera al final de las escaleras con el mismo hombre de antes y un par de personas más que supongo que deben ser familiares suyos.

Suspiro y vuelvo a entrar en mi habitación.

Dylan no se ha movido ni un centímetro. La única diferencia es que ahora ya no mira a un punto fijo en la pared o a Ander, ahora tiene sus ojos grises puestos sobre mí.

Trago saliva.

Esta noche se ve demasiado bien con ese traje negro que mi padre le ha obligado a ponerse. Combina con los mechones desenfadados de su pelo y esa maldita cicatriz en su ceja derecha que tantas ganas tengo de tocar. Ni siquiera tiene que esforzarse, parece una puta fantasía sexual con la capacidad de convertirse en tu mayor pesadilla.

Todo en él grita peligro, desde la curva de sus labios hasta la forma en la que aguanta su

cuerpo con sus manos sobre la cama. Grita peligro, pero es un peligro en el que quieres sumergirte hasta quedarte sin aire, un peligro que quieres que te absorba.

Es tan contradictorio que no puedo parar de mirarlo.

—Borra esa sonrisa de la cara, caramelito —Su voz suena tan suave y sonora que por un segundo no entiendo lo que ha dicho. Solo un segundo en el que aprovecha para burlarse de mí —. No te habrás creído la mierda que ha dicho ese niño, ¿no?

Ahí está.

El Dylan que rechazó nuestro beso como el maldito gilipollas que es.

Sonrío, aunque esta vez no es una sonrisa embobada, sino más bien una oscura y maliciosa.

—No sé, la verdad es que parecía muy seguro de sí mismo —Me acerco y aunque Dylan no reaccione, sé que lo pongo automáticamente en alerta—. Dime, Blake, ¿te gusto?

Se queda un segundo en silencio.

Seguramente analizando si es una broma. Pero estoy hablando muy en serio, tanto como para atreverme a colocarme tan cerca de él, que tenga que abrir las piernas para dejarme paso.

Está sentado y yo de pie, pero es tan alto que la línea de su visión va a parar directamente a mi escote. Desde ahí puede ver cada curva, cada movimiento de mi corazón… Puede ver los cambios en la textura de mi piel y podría sentirlos hasta con sus labios si tan solo…

—¿Por qué no lo admites, cariño? —Mi voz suena tan baja y fina que casi no la reconozco. Dejo que mi mente se evada y que mi mano se deleite con el roce suave de la piel de Dylan. Acaricio su mejilla y después la curva de su cuello. Una y otra vez, hasta que siento el cambio de temperatura—. Sería mucho más fácil para ambos.

—Sabes…

No acaba la frase.

Y me da una cierta satisfacción saber que es porque respiro tan fuerte que mis pechos lo distraen.

—¿Umm?

—Podría… podría arrestarte por acoso —dice al fin, aunque no parece muy consciente de las palabras que salen de su boca.

La idea de Dylan arrestándome hace que afloren en mi mente escenarios que no había contemplado antes. Escenarios demasiado turbulentos y oscuros que me encienden por dentro.

—Está bien, si lo que quieres es eso… —Hago el amago de apartarme de él, pero rodea mi cintura con sus brazos antes de que pueda ir más allá. La sorpresa es evidente en su rostro, está claro que ese ha sido un movimiento involuntario, así que enseguida me suelta.

Sonrío para mis adentros.

—Te dejaré en paz al menos por esta noche —le digo mientras pongo distancia entre nosotros. Por su bien, pero, sobre todo, por el mío.

—Ya…

—Lo digo en serio —Alzo las manos en son de paz—. Si no quieres que te toque no lo haré, pero que sepas que por algún lado tendré que liberarme.

Se levanta de la cama. Sus pupilas han vuelto a adquirir ese tono oscuro que me pone y me aterroriza en partes iguales.

—¿Qué mierda significa eso?

—Significa que la fiesta todavía no ha terminado y que me voy abajo.

Ni siquiera me molesto en recoger el desastre del baño o en mirarlo de nuevo. Salgo huyendo de la habitación como la cobarde que en el fondo soy.

Eso ha estado muy cerca.

Si no llega a soltarme la cintura, probablemente hubiera cedido a mis impulsos y sí que hubiera tenido que arrestarme por acoso.

Escucho las pisadas fuertes y sonoras de Dylan detrás de mí, pero hago oídos sordos.

—Brooklyn —Me llama y no ayuda que me ponga a cien que diga mi nombre con ese acento neoyorquino tan marcado.

Sigo bajando las escaleras hasta que llego al recibidor. Tengo intención de volver por el pasillo que da al ala trasera, pero una voz que reconozco hace que me detenga un segundo.

Es la voz de mi padre. Se escucha en su despacho y parece más enfadada que de costumbre. Me asomo por curiosidad.

Tiene la puerta casi cerrada, pero por la ranura puedo vislumbrarlo a él sentado en la mesa de su escritorio con los brazos cruzados. Tiene a dos hombres sentados delante a los que no consigo verles la cara. Por la cantidad de voces, creo que hay más gente en el despacho, pero no consigo verlos bien.

—¿Se puede saber qué haces? —murmura Dylan en cuanto llega a mí.

Lo ignoro.

—¿Quiénes son esos tipos?

Mi padre les está dedicando la misma mirada que le dedicaba al director de mi instituto cada vez que este lo llamaba porque había tenido alguna pelea con Makeila.

Fría e imparcial.

Como si tuviera ganas de pegarles una ostia, pero no pudiera.

—Ni idea —responde Dylan y noto su pecho contra mi espalda cuando se acerca a la puerta para ver mejor.

—No parecen amigos de mi padre… —murmuro.

Repito, no les veo la cara, pero incluso de espaldas sé que no son el típico prototipo de hombre rico que mi padre frecuenta. Ambos tienen una constitución robusta y el pelo rapado. Uno de ellos hasta lleva el tatuaje de un noventa tatuado en la coronilla.

—Ya, quizás sea porque no son amigos —reitera y a continuación coloca sus manos cerca de mi cintura. Hago un esfuerzo por no temblar bajo su tacto—. No deberíamos estar espiando. Si nos pillan, estamos muertos.

—Habla por ti —Sigo mirando la escena. No entiendo bien de que están hablando, solo sé que, el hombre que lleva el noventa tatuado le está exigiendo a mi padre algo. No para de decir «cuándo» como una puta radio rallada.

—Vámonos, caramelito.

Pongo los ojos en blanco.

—Mira que eres pesado eh, ¿quieres dejarme escuchar lo que…?

El móvil de Dylan comienza a sonar y nos apartamos tan rápido de la puerta que casi tropezamos.

—Mierda, ¿se puede saber por qué no tienes eso en silencio? —suelto en un grito ahogado mientras salimos corriendo hacia el salón principal—. ¿Qué eres, un abuelo?

—No todos somos princesitas sin responsabilidades —reprocha y saca su móvil del bolsillo

—. Tengo llamadas importantes que atender.

—Perdóneme, señor presidente.

Dylan ignora mi pulla y contesta el teléfono. Tras un par de «ajas» y un «ya hablaremos», cuelga y suelta:

—No me gusta la idea, pero te vienes conmigo.

Arrugo las cejas.

—¿A dónde?

—A una partida de billar clandestina.

15

BROOKLYN

Cuando Dylan ha dicho «una partida de billar clandestina», lo último que me imaginaba era acabar del otro lado de la calle.

En el lujoso sótano de Makeila Brown.

Con parte de los agentes de mi padre y un par de invitados jóvenes que antes estaban en mi casa.

Rodeada de humo, alcohol y substancias que me noquean el olfato en cuanto bajamos por la puerta que da acceso al jardín.

Es un espacio bastante amplio y sin ventanas, en el que lo que más destaca son una mesa de billar y un futbolín. También cuenta con un minibar a un lado y un par de sofás en la pared del final.

El sueño de todo adolescente popular y básico.

Ahora entiendo por qué las fiestas de Makeila tenían la reputación de ser las mejores en el instituto. Si tienes una sala como está en el sótano y un jacuzzi arriba, supongo que no muchos pueden hacerte la competencia.

—Todavía no entiendo qué hacemos aquí —le digo a Dylan, y no aparto los ojos de dos chicos vestidos de traje que parecen estar intercambiado algo de forma muy disimulada en la barra del minibar.

No puedo creer que Makeila haya montado esto en menos de una hora.

Seguramente ya lo tenía preparado y ha aprovechado que su madre debe estar fuera de la ciudad y que nosotros íbamos a montar una especie de fiesta en casa, para atraer el protagonismo hacia ella.

Como siempre.

—Cargarme a alguien —La voz de Dylan es cortante.

Por la forma en la que aprieta la mandíbula, es evidente que está cabreado.

Y no hace falta que me diga por qué.

Con tan solo echar un vistazo rápido, ya he visto a Emma jugando una partida de futbolín con tres invitados de mi padre y a Tabatha y Mateo en los sofás, bebiendo algo que los está haciendo reírse como dos desquiciados.

Dylan se acerca a ellos como la calma antes de la tormenta. No tiene prisa, no corre, pero lo rodea esa escalofriante aura que me dice que va a ocurrir un puto desastre.

—¿Se puede saber que coño hacéis? —escupe mientras sus ojos grises perforan a Tabatha y Mateo.

Este último hace el amago de sentarse recto en el sofá, pero va tan borracho que en cuanto lo intenta vuelve a deslizarse hacia abajo. Tabatha no puede evitar reírse ante eso.

—¿Me estáis vacilando? —El cabreo de Dylan va en aumento. No creo que ni siquiera esté atento a todas las ilegalidades que están ocurriendo a su alrededor, desde la pareja que está

prácticamente follando en un rincón, hasta el pavo que está jugando con la placa del FBI de un agente drogado que tiene delante—. Me parece que mis órdenes fueron claras cuando os dije que teníamos que vigilar la fiesta de Davis. Eso implicaba no moverse de la casa, ¿acaso sois imbéciles?

Tabatha lo mira inexpresiva mientras le pega otro trago a su bebida. Abre la boca para decir algo, pero en lugar de palabras se le escapa un eructo.

Me llevo las manos a la boca para no reírme yo también.

Está como una cuba.

Dylan aprieta los puños con tanta fuerza que la piel que rodea sus manos se pone lila.

—¿No valoráis vuestro puto trabajo? ¿Queréis quedaros en la maldita calle? Porque eso es lo que va a pasar cuando Davis sepa que no estamos encargándonos de la seguridad de su fiesta.

La idea de los chicos siendo despedidos por pasárselo bien, me pone los pelos de punta.

—Venga ya, Dylan —La voz de Tabatha suena lenta y pegajosa—. Sabes que no es justo que nos digas eso. Hemos estado meses trabajando de sol a sombra en ese maldito caso solo por satisfacer a Davis. Hemos renunciado a nuestra ciudad y a nuestras vacaciones de este año… Encima también quiere que hagamos horas extra vigilando su fiesta llena de pijos sin ambición alguna.

Sus palabras me hacen sentir más incómoda de lo que estoy dispuesta a admitir.

Después de todo, su jefe, al que está poniendo de explotador, es mi padre y yo también podría ser clasificada como una pija sin ambiciones. Es deprimente, pero es la realidad.

Agacho la cabeza para ocultar mi presencia, a pesar de que Tabatha no sea realmente consciente de que estoy aquí.

—Solo queríamos relajarnos un rato. La zona que vigilábamos se ha despejado de invitados porque la rubia los ha convencido para que vengan a su fiesta, ¿qué podíamos hacer? ¿Quedarnos vigilando las paredes? Lo más sensato era seguirlos.

Dylan se pasa las manos por el pelo.

—Esto es la hostia…

—Relájate, ¿quieres? —Tabatha no podría ser menos ella misma en este momento—. Quedan muchos agentes en la fiesta todavía, Davis no nos echará de menos.

Dylan está a punto de decir otra cosa cuando alguien se interpone entre nosotros. Es Makeila, y Elliot la sigue de cerca.

—¿Qué está pasando aquí? —Su tono de voz es inocente y despreocupado, pero a mí no me engaña. Lo veo en la forma en la que predispone su cuerpo hacia Dylan, la muy arpía sabe exactamente lo que está pasando.

—Te has chivado tú, ¿verdad? —Le escupe Mateo a Elliot de repente, ignorando a la rubia por completo.

Elliot no dice nada.

Simplemente mantiene la frialdad de sus ojos azules sobre él, inamovibles, casi como si Mateo fuera un desconocido. Como si hace un par de noches no los hubiera visto dándose el lote en un rincón oscuro del Galimateo.

Me parece tan surrealista que haya algo entre dos personas tan diferentes, que todavía no estoy del todo segura de que se hayan liado de verdad.

Después de todo, esa noche yo iba borracha.

Y por lo que parece en este momento, ambos se llevan a matar. Aunque yo también me llevo a matar con Dylan y me muero por volver a tener su boca sobre la mía, así que supongo que eso no significa nada.

Quizás tienen una relación informal.

O fue cosa de una noche.

No lo sé.

Y, aunque la curiosidad me mate, no creo que lo sepa pronto. No cuando soy la única que los vio, la única que sabe su pequeño secreto pecaminoso.

Me pregunto desde cuándo tienen esta dinámica.

—Lo que pasa es que nos vamos de una puta vez de aquí —dice Dylan volviendo al tema.

—¿Tan pronto? —Makeila no puede detenerse a sí misma de ser una petarda caprichosa que no duda en sacarle a Dylan su famoso puchero de niñita buena—. ¿No queréis quedaros al menos a echar una partida de billar? La mesa es nueva y Elliot dice que se te da genial el juego, quizás podrías probarla.

—No creo que sea buena idea… —Dylan no puede apartar los ojos de la forma tan poco sutil en la que Makeila ha comenzado a acariciarle el brazo.

Parece hipnotizado, como siempre que ella está a su alrededor.

Aprieto los labios.

Me hierve la puta sangre.

—Oh, por favor… —El puchero se intensifica, igual que mis ganas de pegarle un puñetazo a la pared—. Será solo un ratito —insiste la rubia y en ese preciso instante, Dylan alza un momento la vista de ella y me mira. Makeila se da cuenta, porque también me mira de reojo—. Estoy segura de que Brooklyn también quiere quedarse un rato, ¿verdad, Brooky?

Brooky.

Ella nunca me llama así. Jamás. Esa arpía es más falsa que un billete de sesenta.

Dylan mantiene sus ojos grises sobre mí.

Y es cuando me doy cuenta de que verdaderamente está esperando que responda. Está esperando que le dé mi aprobación para pasar la noche con la rubita que hizo imposible mi adolescencia. Seguramente tener que hacerme de niñera dificulta mucho sus planes de enrollarse con ella.

Que le den por culo.

Aparto la mirada de él para que no pueda ver como me arden los ojos.

—Claro, será divertido —suelto sin más.

—¿Ves? Ella quiere quedarse.

—Ya…

—Decidido —Makeila aplaude emocionada y me pregunto si ella también ha esnifado algo de lo que han traído sus invitados—, echaremos una partida de billar por equipos.

—¿Quiénes serán los capitanes? —pregunta Mateo y a continuación suelta una risita un tanto siniestra a la que le sigue un eructo.

Veo a Elliot poner los ojos en blanco.

—Yo, por supuesto —Makeila se presenta voluntaria.

No sé por qué, pero algo en la forma en la que lo dice, me trae recuerdos de cuando íbamos al instituto y ella lideraba cada maldito rincón: era capitana del equipo de debate, jefa del comité de

fiestas y presidenta del consejo estudiantil.

Ella siempre era capitana.

Líder.

Y eso es simplemente porque se le da genial manipularlo todo a su manera.

A mí me da igual ser o no capitana de una chorrada de partida de billar, pero ver el rostro de Makeila iluminarse cuando se presenta voluntaria es más que suficiente para que lo desee con toda mi alma.

Esta noche ya ha brillado demasiado.

Y yo me siento como el puto sol ahora mismo.

—Yo también voy a ser capitana —las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo con claridad.

Todos se giran a mirarme, pero solo Makeila arruga las cejas.

—¿En serio?

—Sí, ¿algún problema?

—No, supongo que no… —Me analiza de arriba abajo, pero no me encojo. Todo lo contrario, yo hago lo mismo con ella y eso la descoloca todavía más—. Escoge a dos personas que vayan a jugar contigo, entonces.

—Muy bien —Mi sonrisa es hipócrita—. Escojo a Elliot.

Miro al susodicho y este no parece en desacuerdo con mi decisión, pero tampoco emocionado. Su rostro se encuentra en un estado permanente de indiferencia.

Lo entiendo.

—Yo me quedo con Dylan —añade enseguida Makeila.

¿Cómo no?

Ya me esperaba que dijera eso. De hecho, quería que se quedará con él. Por mí pueden irse al infierno de la manita.

—Vale… —Analizo la sala en busca de mi último jugador. En circunstancias normales escogería a Tabatha o incluso a Mateo, pero ni siquiera me hace falta mirarlos para saber que ambos están más para allá que para acá.

Quiero a alguien que pueda hacerme ganar.

Necesito ganar.

Doy una vuelta sobre mí misma mientras lo pienso, con la mala pata de que tropiezo con alguien y casi me caigo. Por suerte, unas manos me sujetan por la cintura justo a tiempo.

—Perdona, yo…

Unos ojos negros como la noche me reciben.

Son tan grandes y profundos que no puedo evitar quedarme anonada al instante.

Joder.

Delante de mí tengo a un chico que podría haber salido de una versión oscura y sexy de un cuento Disney. Es alto y prácticamente me triplica el tamaño con sus hombros anchos y sus bíceps, pero aún así sigue pareciendo delicado como una pluma. Quizás eso se deba a las facciones marcadas de su rostro —nariz recta, cejas gruesas y negras, pestañas largas y labios finos—, a su pelo liso y oscuro o al hecho de que vaya vestido con un traje azul de marca que grita dinero y poder por todas partes.

Es la primera vez que lo veo en toda la noche.

Y eso es raro.

Porque el aura que desprende es imposible de ignorar.

Debe ser uno de los invitados de mi padre. Eso o efectivamente me he tropezado y estoy imaginado cosas.

—¿Te encuentras bien? —pronuncia con un acento inglés que acaba de dejarme cao. Asiento, porque ya no puedo hablar—. ¿Estás segura?

Vuelvo a asentir.

¿Por qué no puedo dejar de mirarlo?

Es perfecto, joder.

—Te está diciendo que está bien —La voz de Dylan rompe mi burbuja al instante—. Ya puedes soltarla.

El desconocido mira por encima de mi hombro con una sonrisa que a primera vista parece cordial. Yo hago lo mismo solo para ver la reacción de Dylan.

Ni siquiera me sorprende encontrarme sus malditos ojos grises clavados en mí. Su expresión es fría y mortífera. Exactamente igual que cuando aquel grandullón me cogió del brazo en el Galimateo.

Está cabreado.

Cabreado porque un desconocido tiene sus manos sobre mí, otra vez.

—Me gustaría que me lo dijera ella, si no te importa —responde el príncipe oscuro y yo no puedo evitar sonreír.

No sé si a Dylan le importa de verdad que alguien más se me acerque, pero definitivamente ahora le está sacando de sus casillas y eso es más que suficiente para mí.

—Oye —le hablo directamente al desconocido. De repente, la confianza vuelve a mí—. ¿Te gustaría echar una partida de billar con nosotros?

El pelinegro se queda mirándome sin comprender a qué viene lo que le digo, pero por suerte, aparte de guapo también parece listo, porque me muestra una sonrisa de dientes blancos y veo la misma malicia que necesito en sus ojos.

—Claro, preciosa.

Ya he encontrado la competencia de Dylan Blake para esta noche. Y joder si pienso usarla.

16

DYLAN

Le pego un trago al wiski que tengo en la mano y al instante me limpio la boca.

Sabe a mierda.

Pero entretenerme con eso es mejor que partirle la cara a alguien. Y joder sí tengo ganas ahora mismo.

Estoy sentado en un taburete cerca de la mesa de billar.

Makeila y el pringado que ha escogido para que se una a nuestro equipo, están comentando algo de la partida, pero no les estoy haciendo ni puto caso.

No puedo. No cuando tengo al caramelito a tan solo un metro de mí, tonteando con el británico de los cojones.

O más bien él tontea con ella: la ayuda a agarrar el palo —como si fuera imbécil— y aprovecha para tocarle el brazo, inclina su cuerpo en su dirección y apenas corre el puto aire entre los dos.

Sonríen, se ríen y se rozan.

Es una puta tortura solo mirarlos y no lo entiendo muy bien. Lo único que sé es que alguien va a salir de aquí con la cara echa un puto cuadro.

Le pego otro trago al vaso de wiski.

Voy a necesitar la botella.

—Esos dos están a una bola más de montárselo encima de la mesa —Escucho que dice el imbécil que hay a mi lado mirando en la misma dirección que yo.

Ha estado observando nuestra partida desde que comenzó.

Es amigo del otro imbécil que juega con nosotros.

No los aguanto.

—Desaparece —farfullo sin mirarlo y no necesito decir más para que al menos se aleje un par de metros de mí.

Es lo mejor que ha podido hacer, porque tengo tanta puta rabia acumulada que al final la voy a soltar contra el primer gilipollas que me toque los huevos.

—Dylan, te toca —dice la rubia acercándose a mí con una sonrisa.

Normalmente se la devolvería.

Así que cuando la ignoro y me levanto, no me extraña que se quede un poco descolocada.

Quiero acabar con esto de una puta vez y pirarme.

Dejo el vaso de wiski a un lado y le quito el taco al tonto que juega con nosotros. Este también se aparta de mi camino. No me sorprendería que hasta las putas bolas de billar se alejaran de mí. Me tiembla la mandíbula cuando me inclino sobre la mesa, solo tengo ganas de verlas impactar contra cada uno de los rincones sin piedad.

Y eso hago.

No es el mejor tiro de mi vida.

Pero satisface un poco mi repentina sed de sangre.

—¿Te encuentras bien? —Makeila se acerca a mí con cuidado. Como un animalito indefenso ante un león.

Dirijo mis ojos de nuevo hacia Brooklyn.

Ni siquiera me ha visto jugar. Está demasiado ocupada riéndose de las estupideces que suelta el británico por la boca.

Aprieto los puños.

Joder, ¿qué me pasa?

—No —contesto seco y vuelvo la vista a Makeila. Tengo que reconocer que está buenísima y eso a veces me deja tonto, pero por alguna razón nunca consigo centrar mi atención en ella demasiado tiempo—. ¿Te apetece fumarte algo conmigo?

No fumo.

Y no me apetece hacerlo con Makeila.

Pero tal vez es lo que necesito para que mi cabeza vuelva a funcionar de una puta vez.

A la rubia se le iluminan los ojos y, aunque sabe bien como ocultar su entusiasmo tras una fachada fría e inalcanzable, mis ganas de estar con ella no aumentan una mierda.

—Claro, ¿por qué no?

Paso mi brazo por sus hombros y nos dirijo al sofá más grande. Ya no hay rastro de Tabatha y Mateo y casi lo prefiero. Pienso hacerles pagar a todos por su pequeño arrebato de rebeldía, pero no hoy. Hoy quiero apagar toda la mierda de mi alrededor y relajarme.

Justo como hice en aquella fiesta de campamento cuando tenía trece y me enteré de que mis padres habían muerto.

Me dejo caer en el sofá y veo a Makeila con la intención de hacer lo mismo a mi lado, pero tiro de su brazo para que caiga en mi regazo. La acción la sorprende tanto como a mí.

—¿Tienes algo para mí? —le pregunto sin darle importancia a la sutil desnudez de sus muslos sobre mis piernas o a como se le tiñen las mejillas de rojo a juego con su vestido.

Es una pena, porque si no fuera un completo imbécil probablemente me parecería adorable. Joder, probablemente tendría ganas de follármela ahora mismo si no hubiera algo mal conmigo.

O si cierta persona insufrible no llevara ocupando mis putos pensamientos desde que la bese. O incluso desde antes.

—¿Te vale con esto? —Makeila se saca un porro del sujetador y en lo único que puedo pensar es en cómo cojones se ha enganchado eso ahí.

—Esto me va perfecto.

Le quito el cigarro de la mano y dejo que me lo encienda con un mechero que le roba al primero que pasa por delante nuestro.

Hacía un siglo que no me fumaba un porro, pero el humo colándose en mis pulmones y destrozándolos lentamente apacigua la tortura de noche que llevo, casi al instante. Le pego un par de caladas largas antes de pasárselo a Makeila.

Se nota a leguas que ella tampoco fuma mucho, porque lo sujeta insegura y cuando se lo lleva a la boca apenas le da una caladita y me lo vuelve a pasar.

No sé si es por el humo, porque estoy de un humor de mierda y necesito relajarme o porque simplemente me hace gracia, pero sonrío cuando la veo hacer una mueca de asco.

Tiene los labios finos y rectos a juego con las delicadas facciones de su rostro. Es como una

muñeca en tamaño real, así que estoy casi seguro de que no le faltan pretendientes.

Y, aún así, está aquí, esperando que le preste aunque sea un cuarto de la atención que me presta ella a mí. Nunca entenderé la obsesión de las mujeres por ir detrás de cabrones que en el fondo no les hacen ni puto caso.

A veces siento que lo hacen a posta.

Que quieren sufrir.

Como Brooklyn, que está empeñada en joderme solo por un beso. Normalmente, que alguien insista en que le haga caso, me tira para atrás, pero con ella es diferente. No sé qué mierda me pasa, pero mientras más exterioriza sus ganas de repetir lo que hicimos aquella noche, más ganas tengo yo de darle lo que quiere.

Ni siquiera se esfuerza en ocultarlo.

Quiere algo de mí y piensa conseguirlo.

Y odio como el infierno que eso me ponga.

No hago más que pensar en ella. En su melena larga y negra, en esos ojitos miel que guardan tanta malicia, en esos labios carnosos tan malditamente suaves…

Joder.

Es que la veo en todas partes. Incluso en Makeila, que acaricia mi mejilla con delicadeza mientras me mira con ojos dulces. Sé que no es mi caramelito, pero eso mi cerebro no lo procesa.

Tan solo quiero volver a sentir la dulzura de Brooklyn en mi boca. Quiero olvidarme de todos mis malditos problemas.

Makeila inclina su rostro hacia el mío con lentitud. Observo sus ojos cerrarse y el movimiento de su boca al abrirse ligeramente, pero no reacciono. Ni siquiera cuando siento el roce de sus labios contra los míos. Tengo los ojos completamente abiertos y la sensación punzante de que algo va mal.

Pero no sé qué es.

Solo quiero que pare.

Antes de que pueda apartarla yo mismo, lo hace ella. Aunque no por voluntad propia. Una mano la sujeta con fuerza del brazo derecho y la levanta de mi regazo.

—¿Qué cojones…? —Escucho que dice, pero Brooklyn no le hace ni puto caso.

Se gira hacia mí.

Tiene los ojos rojos y su cuerpo desprende una tensión y una rigidez que me ponen incómodo al instante.

—Eres un pedazo de gilipollas —escupe con rabia. Si no fuera por la luz tenue que baña el sótano de Makeila, podría vislumbrar a la perfección el tono rojo de sus mejillas.

Apago el cigarrillo en la mesita que hay al lado del sofá y lo dejo ahí tirado antes de levantarme. En cuanto lo hago, la diferencia de altura con Brooklyn hace que parezca una muñequita enfadada con el ceño fruncido y las manos sobre su cintura.

—¿Se puede saber por qué soy gilipollas ahora?

—¿Me estás vacilando?

—¿Va todo bien? —El británico imbécil aparece en el peor momento posible. Ni siquiera me mira, dirige su compungida cara de estreñido hacia Brooklyn.

Ella le dedica una mirada dulce y tranquilizadora muy diferente a la que ha usado conmigo.

—Sí, claro, no te preocupes.

Aprieto la mandíbula cuando lo veo acariciarle el brazo.

—¿Segura? Porque podemos irnos si quieres…

No sé qué me pasa, pero en cuanto esas palabras salen de su boca lo empujo contra la mesita de café que hay en el centro.

No calculo mi fuerza.

Ni siquiera pienso, joder.

Solo lo quiero lejos de ella.

El británico cae como un puto muñeco hecho de cartón y piedra que arrasa con todos los jarrones y las carísimas piezas de cristal que se encuentra.

Su cara es un poema. Igual que la de Brooklyn, Makeila y todos los imbéciles que se nos han quedado mirando.

Que les den.

La voz chillona de Brook me devuelve a la realidad. La veo agacharse junto a su nuevo ligue.

—Oh, Dios mío, Frederick, ¿te encuentras bien?

Frederick.

Hasta tiene nombre de puto pringado inglés.

Brooklyn se gira hacia mí con las orejas echando humo.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?

Ni me inmuto.

—Por la misma razón por la que tú has levantado a Makeila de mi regazo.

—No me vengas con esas ahora, no es lo mismo.

Esto tiene que ser una puta broma.

—Oh, ¿no lo es?

—¡No!

Vuelve a prestarle atención a su querido Frederick cuando suelta un pequeño gemido de dolor y yo resisto la tentación de poner los ojos en blanco.

¿Por qué mierda está tan preocupada por él? Es un exagerado de mierda que solo finge para que Brooklyn le haga de enfermera.

Me enerva la sangre.

Estamos en mitad de una puta discusión, pero ella solo se centra en comprobar si alguna parte del paliducho cuerpo de su inglés se ha roto.

Ojalá.

Porque si no es así pienso romperle todas y cada una de ellas yo mismo.

—Deja de ayudarlo de una vez —escupo cuando empieza a tocarle el rostro en busca de heridas—. Está bien.

—No me digas lo que tengo que hacer —Le inclina la cabeza—. Le sangra la nariz, ¿no lo ves?

En ese instante, el británico centra su mirada rabiosa en mí.

—Pienso denunciarte, gilipollas.

Tengo que contar hasta diez en mi mente para no reírme. Con ese acento no puedo tomarme su amenaza en serio.

—Puedes intentarlo.

—¿Te crees inmune a la justicia por ser del FBI o qué mierda? —Al británico empiezan a subirle los colores—. ¿Te haces una idea de quién soy yo?

Ya estamos con el discursito de poder.

Esta vez sí que pongo los ojos en blanco.

—No te alteres, Federico. No ha sido para tanto.

—Es Frederick —me corrige entre dientes.

—¿No he dicho eso?

En ese momento parece que le toco una fibra sensible, porque se levanta casi demasiado rápido para encontrarse herido y busca arremeter contra mí.

Brooklyn se mete en medio antes de que pueda acercarse, pero de poco le sirve porque el inglés está tan cabreado que le da igual estirarse por encima de ella con tal de siquiera rozarme.

El sótano se ve envuelto en un barullo de gente gritando «pelea», riéndose y formando un círculo como si estuviéramos en el patio del colegio.

El inglés sigue tratando de pegarme una paliza, pero Brooklyn lo tiene medio sujeto por el pecho.

Sé nota que está haciendo un esfuerzo porque no comience una pelea conmigo.

A mí me da igual. Ese imbécil puede probar suerte a ver si no le destrozo la mandíbula en dos segundos, pero sé que Brooklyn no va a apartarse.

Incluso cuando veo en su carita que le está haciendo daño contener al inglés en su sitio.

Y una mierda.

Empujo de nuevo al británico con una mano. Esta vez no cae al suelo, pero tampoco es mi intención.

Lo alejo lo suficiente de Brooklyn como para que me deje espacio para cogerla y subirla sobre mi hombro sin su permiso.

Ella suelta un grito ahogado.

—¡¿Qué haces?!

La ignoro y empiezo a caminar entre la multitud.

—¡Dylan! —Sigue gritando y aprovecha su posición para darme golpes de reclamo en la espalda.

—Nos piramos —Le digo sin dejar de caminar hacia la entrada del jardín—. No tendríamos que haber venido a esta puta mierda de sitio desde un principio.

—Pero ¿qué dices ahora? ¡Bájame!

Salgo del sótano de Makeila y agradezco la brisa de aire fresco que me empuja el cuerpo al instante.

Apacigua el olor a humo y alcohol.

En cuanto me aseguro de estar lo suficientemente lejos de la puerta del sótano, dejo a la morena en el suelo.

—¿Eres imbécil o cómo va esto? —Me pega golpecitos en el pecho con su dedo indice mientras el fuego brilla en sus ojos color miel—. ¡No vuelvas a levantarme así!

Respiro hondo.

Respiro hondo porque es lo único que puedo hacer para no perder los putos nervios con ella.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así? —Sigue dándome golpecitos—. ¿Por qué has empujado a Frederick? ¿Se te ha ido la pinza?

Suelto una risa seca.

—¿A mí se me ha ido la pinza? ¿A mí? —Doy un paso hacia ella, pero no retrocede. Todo lo contrario, se acerca más y me encara—. Yo no soy el que lleva toda la noche dejándose comer la oreja por un puto inglés.

—¿Perdona?

—Llevas toda la noche tonteando con el gilipollas ese, ¿acaso te crees que me chupo el dedo?

Inclina la cabeza hacia arriba con total incredulidad.

—¿Me estás vacilando? —jadea— Eso no es verdad, pero, aunque lo fuera, no es tu problema.

—¡Claro que es mi problema, joder! —No sé qué me pasa. El ritmo de mis pulsaciones está completamente fuera de control, yo estoy completamente fuera de control—. Tú eres mi puto problema. Un día me acosas hasta el cansancio y al siguiente, pasas de mí como de la mierda. ¿Se puede saber a qué coño juegas?

Brooklyn se queda mirándome en silencio durante un par de segundos y después se ríe.

Se ríe, joder.

—Oh, no me digas que estás celoso.

Aprieto los dientes.

—No estoy celoso.

Esta vez soy yo el que se aleja de ella, porque como siga mirando esos malditos ojitos miel y esos labios torcidos y burlones, voy a acabar cediendo.

Justo lo que ella quiere.

—Estás celoso, admítelo, cariño —Da un par de pasos en mi dirección e invade mi burbuja personal. No me deja escapar de su adictivo olor a canela. No sabe lo que está haciendo—. Admite que ese maldito beso significo tanto para ti como para mí… admítelo y tal vez sea toda tuya.

Esta vez no me muevo.

Dejo que se acerque. Dejo que acorte la distancia entre nosotros… que pegue tanto su rostro al mío que pueda sentir la tensión cortante en cada parte de su diminuto cuerpo.

Dejo que se confíe.

Que confíe en que no voy a absorber toda su luz en mi inquietante oscuridad.

Y después sonrío.

Es una sonrisa lenta que debe ponerle los pelos de punta, porque su expresión se oscurece.

Aprovecho el momento para pasar mi mano por la curva de su cintura y acercarla a mí. Es un movimiento rápido y posesivo que me permite tenerla pegada a mí.

No soporto que esté tan lejos.

No soporto no poder fundir mi cuerpo con el suyo.

—Oh, caramelito —Le acaricio un mechón de pelo detrás de la oreja y su cuello queda expuesto ante mí. Puedo sentir la vibración de su piel caliente incluso sin tocarla—. No me hace falta admitir nada. Ya eres toda mía, te guste o no.

Acerco mi rostro al suyo, pero ella está paralizada.

Joder, como me pone la timidez de sus ojitos.

—Crees que tienes el control, pero la realidad es que no… —continuo y fijo la vista en sus

labios. Sé qué sería tan fácil acabar con esta maldita distancia y besarla, consumirme en su inocencia otra vez—. Puedo tenerte a mi merced cuando quiera. No lo olvides.

El traspaso de saliva provoca que su cuello se mueva y su boca se apriete por un segundo en el que no soy yo mismo.

La pego más a mí si es posible.

Quiero que note lo que hace conmigo, igual que yo noto a la perfección la dureza de sus pezones contra mi pecho.

A la mierda…

Le aprieto las mejillas con una mano y junto nuestros labios en un beso seco y rápido. Ni siquiera le doy tiempo a pensarlo. Joder, ni siquiera me doy a mí mismo tiempo a pensarlo.

Tan solo la obligo a abrir la boca para mí y darme el placer de probarla una vez más. Se siente como si el cielo y el puto infierno se mezclaran en la tierra. Es adictivo, peligro y me pone más de lo que jamás voy a admitir.

No puedo parar.

Quiero quitarle ese estúpido vestidito azul.

Quiero ponerla contra la pared.

Quiero que vea lo mucho que significo para mí ese maldito beso que no para de recordarme y que nunca debí darle.

Pero no puedo.

Porque en cuanto la idea de hacerla mía se me viene a la cabeza, también se me vienen otras. Como el hecho de que es la hija del cabrón de Nil Davis o de que yo trabajo para ese mismo cabrón.

Sé que podría arruinar mi existencia si supiera que su hija me gusta.

Sé que podría acabar con todo por lo que he trabajado.

Y todo porque no puedo controlarme alrededor de su niñita mimada.

No puedo permitirme eso ahora mismo. No puedo permitirme perderlo todo por ser el capricho de la niñita de papá. Porque en el fondo sé que eso es lo que soy para ella, nada serio, nada estable.

Detengo el beso en el instante en el que Brooklyn empieza a seguirme el ritmo.

Sigo sujetándola de las mejillas y no dejo que vea ninguna puta emoción reflejada en mi rostro. No puedo.

—Por tu bien, caramelito, no vuelvas a provocarme.

Con eso la suelto.

Y esta vez espero que definitivamente.

17

BROOKLYN

Me va a explotar la cabeza.

Anoche no bebí casi nada, pero tampoco dormí casi nada, así que supongo que eso equilibra la balanza.

Me siento como una muerta viviente.

Y estoy segura de que también parezco una a pesar de que haya hecho el esfuerzo de lavarme el pelo y ponerme un vestido y unos botines monísimos. Sigo dando asco.

Lo sé por cómo me miraban hoy los del comité en nuestra reunión mañanera. Prácticamente acababa de levantarme cuando he llegado a casa de Makeila y han comenzado a bombardearme a preguntas sobre Oliver Wolf.

Estaba tan dormida que no he podido dar batalla cuando la concejala Miller se ha puesto a decir que tenía una entrevista con el hermano de Oliver y que Makeila y yo trabajaríamos juntas en conseguirlo como invitado para las fiestas.

Makeila y yo juntas… Por Dios, pensaba que anoche estaba de broma.

Pero no.

Media hora después, justo cuando Briana me ha enviado un mensaje diciéndome que ella y su jefe habían tenido que volver antes a la ciudad por asuntos legales, la concejala nos ha empujado a rastras para que nos fuéramos a verla.

Ahora estoy en mi coche, muerta del sueño y esperando a que Makeila coja algunas cosas de su casa para que podamos irnos.

Tenemos por lo menos cuarenta minutos hasta las oficinas del circuito en construcción, así que estoy segura de que estar encerrada con mi enemiga del instituto en un coche va a acabar siendo incómodo como la mierda.

Y más después de como la sujeté anoche solo por estar cerca de Dylan.

Joder, me doy vergüenza a mí misma.

Por lo menos, no tengo que aguantar también al propio Dylan.

Hoy mi padre lo ha secuestrado para que lo acompañara a resolver unos asuntos del caso en el que están trabajando, así que, por primera vez en semanas, tengo un día libre.

Un día para pensar y organizar el caos que hay en mi cabeza ahora mismo sin que Dylan revolucione todas mis putas hormonas.

Sigo empeñada en hacerlo sufrir, pero necesito una pausa.

Me está haciendo perder el control.

Ya no me siento yo misma cuando él está cerca y sé que eso debería preocuparme. Mucho.

—Ya estoy —Makeila entra al coche con un bolso el doble de grande que ella, un vestido que no llevaba antes y el pelo trenzado.

—¿Qué has ido a buscar? ¿Vida extraterrestre?

Me mira sin pestañear.

—¿Para qué voy a buscar seres raros en mi casa, si tengo uno justo al lado?

Auch.

—Muy graciosa.

—Ya, ya, vámonos de una vez, anda —Me insta mientras se acomoda en el asiento del copiloto y se coloca el cinturón—. Cuanto antes lleguemos, antes podré perderte de vista.

—No sabes la ilusión que me hace —farfullo y ella me dedica una sonrisa más falsa que sus uñas de gel.

Normalmente no dejaría que me mangoneara.

Pero tiene razón.

Cuánto antes lleguemos, antes nos iremos y antes podré disfrutar de mi día durmiendo. O yendo a buscar un puente para tirarme, ya veremos.

Giro la cabeza hacia el frente y arranco el coche.

Durante los primeros diez minutos se instaura un silencio bastante placentero. Makeila se entretiene con algo en su móvil y yo me concentro en la carretera.

Todo va bien.

Al menos hasta que llegamos a un semáforo y me da por mirar a Makeila de reojo.

No sé cómo puede estar sentada a mi lado tan tranquila. Si ella me hubiera tratado como yo la trate anoche, ahora estaríamos matándonos sobre un ring de boxeo o algo por el estilo.

Por Dios, si todavía le guardo rencor por haberme tratado mal en el instituto.

Y han pasado más de cuatro años.

¿Seré yo que tengo un problema?

Da igual, el caso es que me siento como la mierda y debería hacer algo para remediarlo. De ahí mi brillante idea de abrir la boca y cargarme nuestro perfecto silencio.

—Oye, Brown… —Mi voz suena baja y débil. Me siento como cuando mi padre me regañaba por salir sin su permiso—. Yo… Yo quería pedirte perdón por lo que paso anoche.

—¿Anoche?

Echo un vistazo rápido en su dirección y veo que sigue enfrascada en su móvil.

—Sí, ya sabes, por la forma en la que te sujeté cuando estabas con Dylan —El semáforo se pone en verde y yo cambio de marcha—. No debí comportarme así, lo siento.

No dice nada, así que por un segundo creo que no me ha escuchado. O peor: que está enfadada y yo acabo de recordarle el por qué. Sin embargo, salta con una pregunta que me pilla completamente por sorpresa.

—¿Qué está ocurriendo entre Dylan y tú?

Arrugo las cejas mientras me cambio de carril.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—¿Estáis liados?

Vuelvo la vista hacia ella un segundo.

—¿Qué? ¡No! ¿De qué estás hablando?

En teoría no es mentira.

Nos hemos liado, sí, pero no *estamos liados*; son dos cosas muy diferentes. Además, el repentino interés de Makeila por mi relación con Dylan es de todo menos algo bueno. ¿De qué se supone que va ahora? ¿De amiga?

—Pero te gusta —afirma sin darle importancia a lo que le digo—. Una chica solo reacciona

como tú lo hiciste, cuando le gusta un chico.

Aprieto las manos alrededor del volante.

Lo que me faltaba ya.

—Mira, lo que pase entre Dylan y yo no es asunto tuyo, ¿vale? Simplemente te estaba pidiendo perdón por algo que no debí hacer, eso es todo. Dejemos a Dylan fuera de esto.

—Está bien… —De reojo veo como asiente lentamente con la cabeza—. Supongo que acepto tus disculpas.

—Gracias.

Y lo digo en serio.

Realmente necesitaba quitarme esa carga de encima.

Después de esa breve, pero intensa conversación, volvemos al silencio que teníamos antes. Por suerte, el camino no se hace demasiado pesado y antes de que pueda darme cuenta veo un cartel que pone «circuito en construcción» y un kilómetro más allá un edificio pequeño que debe ser propiedad de los Wolf.

Entro al aparcamiento descubierto y dejo el coche en el primer hueco libre que veo. Espero a que Makeila baje con toda su gracia antes de cerrar y seguirla hasta unas puertas de cristal giratorias.

Al entrar noto enseguida que es un edificio que se ha construido hace poco. Toda la recepción es una cúpula de cristal prácticamente vacía: tan solo hay un mostrador improvisado con un ordenador y una chica detrás que mira algo en su móvil, distraída.

También he visto un guardia justo en la entrada, pero ni siquiera nos ha mirado. Es como si todo aquí fuera de mentira.

Me acerco a la «recepción» un poco dudosa.

—Perdona… —Me dirijo a la chica sin dejar de analizar el espacio a mi alrededor.

Lo único que parece haber para llegar arriba es un ascensor. No veo escaleras por ninguna parte, lo que es otro indicador más de que estamos en un edificio en construcción.

La chica levanta la vista de lo que está haciendo para prestarme atención. Tiene una sonrisa radiante de Barbie Malibú; toda ella parece una Barbie Malibú.

—¿Sí? ¿Puedo ayudaros en algo?

—Queríamos ver al señor Wolf —Se adelanta Makeila, con esa seguridad pretenciosa que la caracteriza.

Desde que la conozco, esa siempre ha sido su estrategia para obtener todo lo que quería. Normalmente la gente no se espera que le eche tanto morro, así que se achantan ante su imponente forma de ser.

Pero esta vez no necesitamos de sus métodos octogenarios, yo ya tengo una cita concertada y no quiero perderla.

Así que, mientras más calladita se esté, mejor.

La chica arruga sus perfiladas cejas rubias:

—¿Perdona?

Aparto a Makeila del mostrador y vuelvo a captar la atención de la recepcionista, que esta vez no se molesta en sonreírme.

—Hola, sí, perdona, me llamo Brooklyn Davis y ella es Makeila Brown —Señalo a la rubia sin muchas ganas—. Estamos aquí por una reunión con el señor Asher Wolf. Hablé con su

asistente hace una hora o así y me dijo que podíamos pasarnos.

—¿Con la señorita Bush?

—La misma.

—Si no os importa que lo compruebe antes de dejaros pasar… —dice mientras mira de reojo a Makeila con cara de pocos amigos. No la culpo, Makeila tiene la misma facilidad para cabrear a la gente, que para salirse con la suya.

—Claro —la insto.

Y a continuación veo como descuelga un teléfono de oficina que tiene escondido en el mostrador. Después de teclear un par de números al azar y pronunciar algo inteligible, vuelve a colocar el auricular en su sitio.

—La señorita Bush bajará en dos minutos. Si no os importa esperar…

—Por supuesto, la esperaremos por aquí. Muchas gracias.

Empujo a Makeila lejos del mostrador sin dejar de sonreírle a la chica, que ya ha vuelto enfrascarse en su móvil.

—¿La señorita Bush? —Suelta Makeila en una mueca.

—Briana Bush —aclaro sin dejar de arrastrarla.

—¿Briana Bush? —El cerebro de Makeila parece procesar la información muy lentamente—. ¿La que iba con nosotras al instituto? ¿La misma Briana?

—¿Te acuerdas de ella?

Eso sí que no me lo esperaba.

—Claro, la vi la noche del Galimateo y su madre forma parte del comité de Seguridad y Salud del ayuntamiento —comenta y enseguida se me viene a la cabeza la agradable imagen de la señora Bush—. ¿Es la secretaría de los Wolf?

—Solo de Asher Wolf, el hermano de Oliver.

—¿En serio?

Asiento.

—¿Por qué no me dijo nada la noche del Galimateo?

—¿Te sorprende?

Mi tono sarcástico provoca que Makeila arrugue las cejas al mirarme.

—¿A qué te refieres?

El sonido de las puertas del ascensor abriéndose, nos interrumpe antes de que pueda responderle una barbaridad.

Briana aparece delante de nosotras con un impecable traje negro de dos piezas que debe costar más que mi móvil, y una sonrisa radiante.

—¡Brooklyn! —Me saluda con un abrazo—. Me alegro de verte de nuevo.

Sonrío.

—Lo mismo digo. ¿Qué tal el viaje?

—Agotador —confiesa, pero sin borrar en ningún momento su expresión alegre—, siempre lo es cuando viajo con mi jefe.

—¿Ah sí?

—Sí, aunque tampoco quiero hacerte espóiler, ahora mismo lo conocerás —Me coge del hombro—. Acompáñame, anda.

Tengo la intención de seguirla, pero un carraspeo a mis espaldas me recuerda que no estoy

sola.

—Ah sí, Briana, ¿te acuerdas de Makeila Brown? —Briana me mira confusa—. El comité de fiestas ha insistido en que gestionemos juntas el tema de Oliver Wolf.

La pelirroja asiente muy lento. Por la forma en la que le cambia la expresión, está claro que tener aquí a Makeila le hace tan poca gracia como a mí.

—Bush —Makeila la saluda con un gesto de cabeza—. Encantada de verte de nuevo.

Briana la mira de arriba abajo durante un par de segundos. Casi parece que se debata entre responderle o ignorarla. Al final suelta un «ya» y vuelve a girarse hacia el ascensor mientras nos insta a seguirla.

Una vez arriba, nos encontramos con un pasillo amplio con grandes puertas de oficina negras a ambos lados. Briana se detiene en la penúltima a la derecha.

—El señor Wolf ha salido un momento, pero enseguida vendrá —nos informa—. Podéis esperarle dentro, sabe que tiene una reunión con vosotras.

—Muchas gracias —le digo para que sepa que nos está haciendo el favor de nuestras vidas.

Makeila en cambio no puede resistirse a preguntar:

—¿Tú no te quedas?

—No, tengo trabajo que gestionar todavía —Briana responde seca mientras abre la puerta de la oficina para nosotras—. Si necesitáis cualquier cosa, estaré en la primera oficina a la izquierda.

Nos deja solas y aprovechamos para entrar y cerrar la puerta a nuestras espaldas. No es una oficina muy grande, más bien un cubículo con un ventanal de cristal y paredes de granito, pero tengo que reconocer que es bastante elegante.

Cuenta con un escritorio negro rectangular y una silla giratoria del mismo color que sé que cuesta más de mil dólares. Hay un par de mini sofás blancos que sirven como asiento para los que están delante del escritorio y contra la pared uno más grande para relajarse. También tiene la típica estantería llena de libros.

Tomo asiento en uno de los sofás blancos justo cuando escucho un móvil vibrar.

Makeila saca su iPhone de su enorme bolso y veo como se le descompone un poco la cara antes de mirarme.

—Tengo que cogerlo —me dice—. Si viene el señor Wolf, no me esperes.

Y con eso, sale disparada fuera de la oficina.

Qué raro…

Un par de minutos después o más, la puerta vuelve abrirse. Pero no es Makeila la que entra, sino un hombre alto, fuerte y atractivo que me deja sin respiración.

Me levanto del sofá como en un acto reflejo y los ojos del desconocido se posan sobre mí. Son del azul del cielo y combinan a la perfección con sus largas pestañas negras y el rubio oscuro de su pelo. Si no fuera por lo blanca que es su piel, diría que es un surfero perdido por Carolina del Sur.

—Woo —Se me escapa sin querer y enseguida me llevo las manos a la boca.

Por Dios, ¿qué ha sido eso?

El desconocido suelta una risa por lo bajo que le marca la mandíbula perfecta que tiene. Cuando sonríe es todavía más guapo.

—Ya, suelo tener ese efecto en la gente. *Mea culpa* —Suelta con un acento neoyorkino

mientras se acerca a mí y estira su mano en mi dirección —. Soy Asher Wolf, ¿tú eres…?

Me quedo mirando su mano un segundo y después reacciono. Su apretón es fuerte y seguro, como él.

—Me llamo Brooklyn Davis —digo y me sorprende que no me tiemble la voz—. Creo que su secretaria Briana nos concertó una cita para hoy.

—Ah sí, la chica del comité de fiestas de Beaufort, ¿no? —Sus ojos azules no sienten vergüenza al analizarme de arriba abajo. Asiento. Me arden las mejillas—. Dime, ¿qué puede hacer alguien como yo por ti?

Me rodea y toma asiento en su cómoda silla tras el escritorio. Es increíble, pero sentado parece incluso más imponente que de pie. Está claro que es un empresario acostumbrado a transmitir esa sensación asfixiante de dinero y poder.

—Esto, yo… —Tengo que respirar hondo cuando inclina la cabeza y me muestra una media sonrisa—. No sé si sabrá que…

Me detiene con un movimiento de su mano.

—Por favor, no me trates de usted. ¿Cuántos años te crees que tengo?

Me encojo en el sitio.

No debe ser mucho mayor que Dylan, pero ese aire que transmite me hace querer ser formal con él.

—Perdona…

—No te preocupes —Amplía su sonrisa y se acomoda—. Perdóname tú por interrumpirte, continúa, por favor.

Me lo quedo mirando un segundo en silencio. Hay algo en su rostro que me resulta familiar, pero no sabría decir el qué. Tal vez sea porque tiene los mismos ojos que su hermano Oliver o porque es igual a todos los empresarios sexys que salen en las revistas de moda que Lisi devoraba en vez de estudiar para los finales.

Vuelvo a tomar una bocanada de aire.

—El caso es que no sé si sabrás que cada año, durante las fiestas de verano de Beaufort, el comité invita a una celebridad para que forme parte de la zona vip —explico mientras vuelvo a tomar asiento en uno de los sofás blancos. Ni siquiera lo miro cuando hablo, soy incapaz—. Su función suele ser simplemente hacerse fotos con la gente, participar en un par de juegos específicos y dar un discurso al final del festival. Nada que requiera demasiado trabajo.

—¿Y queréis invitarme a mí?

Esta vez la cara me empieza a arder por una razón diferente.

Qué vergüenza…

—En realidad estábamos pensando más en tu hermano Oliver…

—*Auch* —Se lleva una mano al pecho y yo quiero que me trague la tierra—. ¿El narcisista de Oliver? Me ofendes.

—Yo…

Suelta una risa que me desconcierta.

—Es broma, mujer, tranquila. Briana ya me había dicho algo —Suspiro internamente—. ¿Y qué me llevo yo a cambio de conseguir que mi hermano partícipe en eso?

—¿Quieres algo a cambio?

—Por supuesto, no he conseguido mi imperio haciéndole favores gratis a la gente,

precisamente.

—Bueno, el comité no tiene muchos fondos, pero puedo ver que…

—¿Quién ha dicho nada de dinero?

Vuelve a sonreír y tengo ganas de decirle que pare. El ambiente se vuelve más sofocante cuando sonríe.

—¿No quieres dinero?

—No me interesa, la verdad. Al menos no el que puede ofrecerme un pequeño comité del ayuntamiento de un pueblo perdido —Se ajusta la chaqueta azul marino del carísimo traje que lleva puesto y me mira—. Sin ofender.

—No me ofendo —Pero la verdad es que sí lo hago—. Entonces, ¿qué quieres a cambio?

—Una cita.

Alzo las cejas.

—¿Una cita?

—Sí, una cita contigo —Suelta sin más y yo creo que mi corazón se detiene al instante.

—¿Conmigo?

—¿Acaso estás sorda? —Se inclina sobre su escritorio y no puedo evitar quedarme paralizada. Tiene un pequeño lunar justo en el parpado derecho, que no había visto antes—. Deléitame con el placer de tu compañía una noche y Oliver es todo vuestro.

No digo nada.

No puedo.

Simplemente lo miro como si Satán acabara de subir del infierno para decirme que soy la siguiente.

No os confundáis. Asher Wolf es probablemente uno de los hombres más guapos y poderosos que hay ahora mismo en esta ciudad, pero por eso mismo es peligroso como la mierda.

No me conoce ni yo a él, ¿y quiere salir conmigo?

No me sorprendería si le hubiera hecho la oferta a Makeila, pero ¿a mí?

—Mira, no sé que te habrás pensado, pero no voy a acostarme con nadie por…

—¿Quieres acostarte conmigo? —Parece más sorprendido que yo—. Yo había pensado más bien en una cena y una buena charla, pero puedo adaptarme.

Mierda.

Ahora sí me gustaría que Satán subiera del infierno y me absorbiera.

—¿Solo eso? —digo en un hilo de voz.

—Solo eso.

Arrugo las cejas.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? —Se encoge de hombros—. Me pareces guapa, ¿hay algún problema con eso?

—No es que…

—Mira, Brook, ¿puedo llamarte Brook?

—Preferiría que no…

Vuelve a reírse y yo me pregunto si para él soy solo una niña de la que puede burlarse.

—Brooklyn, entonces, está bien —Alza las manos en son de paz—. Olvida lo que te he dicho, ¿vale? No voy a obligarte a tener una cita conmigo si no quieres.

—Pero Oliver…

—Haré que mi hermano partícipe en vuestras fiestas, no te preocupes.

—¿En serio? —Asiente y yo no puedo evitar estirar mis labios en una sonrisa—. Pues gracias, supongo.

Podría fingir que no estoy aliviada, pero, ¿a quién quiero engañar? No quiero tener una cita con este hombre, o sea, sí, pero no.

Está buenísimo.

Pero no estoy interesada.

Otro problema romántico es lo último que necesito.

Asher también sonríe, aunque su sonrisa es siniestra y perfilada. Me provoca un escalofrío al instante.

—Woo, de verdad no quieres tener esa cita conmigo, eh.

Aparto la mirada.

—Digamos que ahora no es un buen momento.

—¿Acaso tienes novio?

La imagen de Dylan cruza mi cabeza y me suben todos los colores de golpe.

—No es eso, es que…

—Te gusta alguien, ¿no?

Bufo.

Me siento como cuando Makeila trataba de sacarme información de Dylan en el coche.

—Sin ofender, pero no es asunto tuyo —digo y sueno más borde de lo que pretendo.

Quiero disculparme enseguida —después de todo no puedo cabrear al hombre que va a conseguirme a Oliver Wolf para el festival de verano de este año—, pero no me da tiempo.

—No pasa nada, lo averiguaré —Vuelve a tirarse para atrás en la silla—. Después de todo, seguro que acabo consiguiendo esa cita.

—¿Perdona?

Antes de que pueda añadir algo más, tocan a la puerta y la cabeza de Briana se asoma por la rendija. Le está sudando un poco la frente y ni siquiera su expresión sombría y abrumadora consigue ocultar la repentina palidez de su rostro.

—Disculpa que te interrumpa, Asher, pero la policía está aquí para hacerte un par de preguntas acerca de la muerte de Harrison Lennox, ya sabes por el asunto de…

Dejo de escucharla.

Justo detrás de ella, veo a las dos últimas personas en la faz de la tierra que esperaba encontrarme aquí hoy: Dylan y mi padre.

18

BROOKLYN

Mi padre está hablando con alguien por teléfono mientras se pasea de un lado a otro del pasillo, pero Dylan tiene sus ojos grises clavados en mí.

Mierda.

No se mueve.

Ni siquiera pestañea.

Parece tan en shock como yo. Tal vez incluso más.

¿Qué hace aquí?

¿Qué *hacen* aquí?

Trago saliva cuando veo a Dylan apretar la mandíbula con fuerza. De repente, siento que no debería estar en este despacho, pero no sé muy bien por qué. Solo puedo quedarme mirando como cae una sombra sobre los ojos del castaño, que hace sus facciones más aterradoras de lo normal.

¿Qué le pasa? ¿Qué está pasando?

Dylan mueve los labios para decirme algo en voz baja. Al principio no lo pillo, pero el movimiento desesperado de sus ojos me lanza señales de peligro como balazos. Si no habla, es porque no quiere que nadie sepa que estoy aquí, que me está hablando a mí.

Así que no me doy tiempo a pensarlo, en cuanto mi padre cuelga la llamada, mi primer impulso es correr hacia el escritorio de Asher y esconderme debajo.

Estoy segura de que la cara del millonario es un poema, igual que la de Briana, pero no me importa. La sensación que se me está formando en la boca del estómago no puede augurar nada bueno.

—¿Se puede saber qué haces? —Asher tira su silla para atrás para mirarme por debajo de la mesa. Al principio deforma sus labios en una mueca, pero enseguida la sustituye por una media sonrisa que mataría a cualquiera—. Pensaba invitarte primero a cenar, pero si quieres empezar por ahí…

Ahora soy yo la que hace una mueca.

—Puaj, ni de coña —murmuro mientras me acomodo cerca de sus pies—. Tú finge que no estoy aquí.

—¿Qué hago? —Escucho decir a Briana, seguramente desconcertada por lo que sea que esté pasando ahora mismo—. ¿Los dejo pasar?

Asher aparta sus ojos azules de mí un momento.

—Sí, que pasen.

Se coloca bien en la silla y yo hago un esfuerzo por no rozar sus piernas con las mías. Estoy temblando como una gelatina y probablemente se daría cuenta al instante.

Ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto.

—Agente Davis, agente Blake —Asher suena muy amable y abierto, pero aún así lo único

que recibe por parte de Dylan y mi padre es silencio—. ¿En qué puedo servirles hoy?

—Dejémonos de tonterías, Wolf, sabe por qué estamos aquí —Esa es la voz de mi padre.

Desde mi posición no consigo ver nada más que sus zapatos y parte de sus piernas, pero me es suficiente para localizarlo tanto a él como a Dylan, que se mantiene un par de pasos por detrás, quieto como una estatua.

—En realidad no tengo ni idea, pensaba que ya había respondido a todas sus preguntas.

—No a todas, será solo un momento.

Mi padre comienza a acercarse al escrito de Asher y el latido de mi corazón se detiene por un instante.

Por suerte Asher debe sentir la tensión de mi cuerpo en sus piernas, porque suelta:

—¿Le importaría quedarse ahí?

—¿Perdón?

—No me siento muy cómodo teniéndolo tan cerca de mí —reitera el millonario sin cortarse un pelo—, y creo que el sentimiento es mutuo, ¿no es así?

A mi padre tiene que estar a punto de salirle humo por las orejas. Ya puedo imaginármelo con las manos en dos puños y las cejas arrugadas. Odia a la gente maleducada e insolente, y Asher Wolf le está demostrando ser al menos una de esas dos cosas.

—Dígame, señor Wolf, ¿qué ocurrió durante la gala de Lennox? Esa fatídica noche del veinte de mayo.

—¿Otra vez lo mismo? Ya les he contado todo lo que sé sobre eso.

—Cómo sabe, señor Wolf, está siendo investigado como principal sospechoso del asesinato de Harrison J. Lennox y de tres de sus socios —Las palabras de mi padre me hacen parar la oreja —. También es usted sospechoso del robo de los trescientos mil dólares que iban a donarse a causas benéficas esa misma noche. Así que, si es necesario que repita sus respuestas a mis preguntas, lo hará, ¿está claro?

Contraigo la cara.

¿Investigado como sospechoso?

¿Asesinato?

¿Qué mierda significa eso?

¿Acaso…? No puede ser.

Asher mueve un poco la silla hacia atrás en movimiento brusco. Tiene las uñas clavadas en el apoyabrazos.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—¿Dónde estaba segundos antes de que ocurriera el apagón que acabo con cuatro personas muertas?

Me quedo muy quieta.

Vale, ha dicho personas muertas. Lo he escuchado bien. O sea que definitivamente ha habido un asesinato, pero ¿dónde? ¿Es Asher el responsable?

Quizás eso explicaría la reacción de Dylan cuando me ha visto.

Parecía a punto de sufrir un paro cardíaco.

Poso los ojos en sus piernas. Sigue en la misma posición que antes, pero su pie derecho no para de pegar golpecitos contra el suelo a un ritmo desesperante.

Me lo imagino escaneando la habitación con esos profundos ojos grises que me ponen de los

nervios, preguntándose dónde mierda he podido meterme.

Ahora mismo yo también me lo pregunto…

—Sentado en la barra junto a Elton Carrie, el director de la mitad de los hoteles de Francia.

—¿Cómo pasó de estar sentado en la barra a encontrarse prácticamente en mitad de la escena del crimen, manchado de sangre, una vez volvieron a encenderse las luces?

—Ya le dije que no lo recuerdo —La calma con la que Asher habla me resulta fascinante y perturbadora a la vez—. Iba borracho. Cuando se apagaron las luces y se escucharon los cuatro disparos, la gente comenzó a alterarse y a correr, así que seguramente me vi arrastrado por las masas y acabé en mitad del embrollo.

—Y casualmente se manchó con la sangre de las víctimas… —Asher se encoge de hombros como si la cosa no fuera con él.

Creo que yo escondida aquí debajo siento más presión que él ahora mismo.

Dios.

¿Qué está pasando?

— ¿Por qué se emborrachó de esa forma? —El tono de voz de mi padre es bajo y tranquilo, pero sé nota la dureza a distancia.

Ya sabía que se le daba bien presionar a la gente para que hable. Después de todo, así es como se enteraba de la mayoría de locuras que hacía en el instituto.

Pero nunca lo había visto interrogar a alguien en directo.

Ha instalado un aire de tensión en la habitación que nadie se atreve a romper. Al menos nadie con dos dedos de frente, porque Asher Wolf no parece tenerlos cuando vuelve a encogerse de hombros y suelta sin más:

—La verdad es que tampoco sé cómo llegué a eso.

—No se acuerda usted de muchas cosas, señor Wolf.

—Lo único que sé es que emborracharme definitivamente no era mi intención esa noche. No sé qué pasó.

—No, sus intenciones eran otras, eso está claro —La pullita no nos pasa desapercibida a ninguno—. Dígame, ¿de qué discutió con Lennox momentos antes de la gala?

—¿Con Lennox?

—No me diga que no lo recuerda. Tenemos testigos que confirman haberlo visto discutiendo con Lennox antes de que el evento empezará.

—Bueno, discutir es un término muy fuerte…

—Discutir, señor Wolf —Mi padre no deja que le quite importancia al asunto—. ¿Qué pasa? ¿Por eso mató a Lennox?

Mi corazón vuelve a saltarse un latido o dos.

—¿Qué?

—¿Discutió con Lennox y por eso lo mató verdad? —Mi padre golpea las palabras al hablar —. Vio que esté le estaba ganando terreno en la compraventa de empresas y entonces decidió cargárselo y quitarse un problema de encima.

Puedo ver como Asher arruga la cara.

—¿De qué mierda me está hablando? Eso no es…

—¿Cuándo va a dejar de fingir, señor Wolf? —ladra tan fuerte que tengo la tentación de hacerme bolita aquí debajo y desaparecer—. Lennox le ganaba en todo, negocios, fortuna,

familia y hasta le caía mejor a la opinión pública que usted. Era una presión insoportable, yo lo entiendo.

Asher hace una mueca.

—Lennox no caía mejor que yo.

Mi padre lo ignora.

—Yo creo que sí. Igual que también creo que lo mató a él y a sus socios durante la gala beneficia de mayo —Hay veneno en cada una de esas palabras—. Y no contento con eso, también robo el dinero que iba a donarse a causas benéficas.

Asher pega un golpe con la mano sobre su escritorio y tengo que taparme la boca para no soltar un jadeo involuntario.

—No voy a tolerar que me difame de esa forma. Yo no he matado a nadie, por el amor de Dios —Esta vez Asher se ha alterado de verdad. No hay una pizca de indiferencia en su tono, que lo acusen directamente parece haberle tocado la fibra sensible—. Lennox y yo trabajábamos en el mismo campo y, aunque reconozco que nunca habíamos sido precisamente amigos, lo respetaba como rival de negocios y como persona.

—Entonces, ¿por qué discutió con él?

—Porque el cabrón me robó un cliente que era muy importante para la estabilidad de mis negocios. Él lo sabía y aun así no respeto el código de este mundillo.

—Y eso a usted lo cabreó mucho —confirma mi padre.

—Claro que me cabreó, no necesitaba ese cliente, al menos no tanto como yo. Fue un golpe bajo hasta para él —Asher se pasa las manos por su sedoso pelo rubio—, pero eso no significa que lo quisiera muerto.

—Bueno, queriendo o no, lo mato.

Desde mi perspectiva solo puedo verle la mandíbula a Asher, pero la tiene tan apretada que no me extrañaría que le crujiera al hablar.

—Sé que puedo parecer muchas cosas, Davis, pero no soy un asesino. Eso puedo asegurárselo.

—La verdad es que no me creo nada.

Pero por alguna razón yo sí.

No sé por qué, ni siquiera conozco a Asher, no sé lo que ha llevado a la policía a acusarlo de asesinato, no sé nada del caso, pero sé reconocer la genuinidad en las palabras de alguien.

Así que, o Asher es el mejor actor de todos los tiempos, o está diciendo la verdad.

Tal vez me equivoque —y espero que no, porque entonces toda esta situación sería el doble de incómoda y peligrosa para mí—, pero hay algo que me dice que no miente, que no mato a ese tal Lennox.

Sin embargo, mi padre no quiere darle el voto de la duda.

Quizás porque no le cae bien Asher. Más allá de que sea un asesino o no, hay algo que hace que sienta una hostilidad enorme hacia él. Lo noto en como le habla y seguro que también lo notaría en como lo mira si pudiera verle la cara.

—Una pena que lo que usted crea no sea suficiente para encerrarme —escupe Asher y desde aquí puedo sentir la bofetada ficticia que le ha pegado a mi padre.

Dylan y Briana deben sentirse super incómodos.

—No, no lo es, pero quizás pueda conseguir lo que busco metiéndome en el mundo de Asher

Wolf. Interrogando a su padre, a su madre, a sus hermanos —Mi padre sabe lo que hace—. ¿Por qué Oliver Wolf ha saldado sus deudas por usted? ¿Cómo se siente su familia con el hecho de que usted sea un asesino? ¿Acaso lo ayudaron?

—No meta a mi familia en esto —sisea Wolf.

—Voy a meter a quien haga falta hasta que la verdad que quiero salga a la luz.

—¿Por qué no mejor soluciona ese asco irracional que me ha cogido?

—Esto no es personal, Wolf. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Asher se desabrocha un botón de la chaqueta del traje y se tumba contra el respaldo de su silla. Ahora puedo ver a la perfección la burla que brilla en esos ojos azules.

—Por lo que parece su trabajo incluye joder a todo el mundo, ¿no, Davis?

Silencio.

Por alguna razón siento que sus palabras ocultan alguna especie de doble sentido que no comprendo bien, pero que calla a mi padre por un par de segundos.

—No se vaya muy lejos —dice él al fin—. Tal vez tenga que volver a declarar.

—Muy bien, aunque la próxima vez asegúrese de enviarme una citación oficial, porque no pienso someterme a otra una encerrona como esta sin mi abogado presente.

Ya no hay burla en su tono.

Lo está diciendo completamente en serio.

Un móvil comienza a sonar antes de que mi padre pueda responderle. Es el suyo. Reconocería ese tono estridente en cualquier parte.

—¿Hay algún lugar íntimo en el que pueda hablar? —Escucho que pregunta tras uno o dos segundos en silencio.

La voz de Briana se alza en el despacho como la calma después de la tormenta. Es serena, melódica y amable. Nada que ver con lo que he estado escuchando durante los últimos diez minutos.

—Sí, claro. Acompáñeme, por favor.

Los pasos de mi padre impactan con fuerza contra el suelo mientras sigue a Briana fuera.

No se molesta en despedirse.

¿Para qué?

Una vez la puerta se cierra y dejo de escuchar rumor en el pasillo, suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Dios.

Tengo el pulso tan alterado que, si me quedo quieta, puedo sentir mi cuerpo vibrar. No había estado tan en tensión en mi vida y lo peor es que todavía no ha terminado.

—¿Puedo hacer algo más por usted, agente Blake? —Asher suena mucho más relajado ahora, pero aun así detecto rigidez en su voz.

Mierda.

Dylan.

Ya no me acordaba de él.

—Tienes tres segundos para salir —Escuchar su voz ronca y profunda me pone los pelos de punta.

—¿Qué?

Asher no entiende nada.

—Dos segundos, caramelito —Dylan lo ignora—. Y créeme, no quieres que llegue a uno.

Tomo una larga respiración.

No quiero salir, pero sé que, si no lo hago, Dylan me buscará y acabará encontrándome. Y solo Dios sabe lo que hará cuando dé conmigo.

Tengo que salir y enfrentarlo. Con un poco de suerte, todavía no habrá firmado mi sentencia de muerte.

Cuando el castaño me ve emerger de debajo de la mesa de Asher, sus ojos grises pierden la órbita.

Puedo ver la expresión sombría que se instala inmediatamente en su rostro.

—¿Qué mierda hacías ahí debajo?

—¿A ti qué te parece? —Trato de no hacer una mueca cuando escucho mi espalda crujir.

Asher se hace a un lado para darme espacio mientras lleva su mirada de Dylan a mí simultáneamente. Parece tan confundido que es casi adorable.

Casi.

—¿Lo conoces, Brook?

Trato de no poner los ojos en blanco cuando escucho ese nombre, pero no puedo contener mi lengua.

—Ya te he dicho que no me llames así —farfullo.

—Es que Brooklyn es muy frío, ¿no crees? —Estira los labios en una media sonrisa irritante —. Brook es más adecuado para la chica con la que voy a tener una cita.

Giro la cabeza hacia Dylan por inercia. No sé por qué no me sorprende encontrarme de lleno con el agujero negro de sus pupilas. Escucho su tono frío y bajo:

—¿Cita?

—No ha dicho eso —suelto más rápido de lo que me gustaría—. No vamos a tener una cita.

Asher arruga las cejas.

—Sí he dicho eso.

—¿Quieres callarte? —Aprieto los dientes.

La mirada de Dylan no abandona mi rostro. Su pose parece serena y tranquila, pero ha desplazado la mano hacia la cinturilla del pantalón, justo donde se encuentra su pistola.

Desde aquí percibo el cambio en su aura. Le está temblando la puta mandíbula.

—Esto no es lo que parece —Alzo las manos y rodeo la mesa para poner distancia entre Asher y yo. Ni siquiera sé por qué siento la necesidad de darle explicaciones a Dylan, pero lo hago—: Solo está de broma. No voy a tener una cita con él —Entrecierro los ojos en dirección a Asher—. Nunca.

Asher se queda mirándome un segundo desde su asiento, antes de ponerse de pie muy lentamente y volver a abotonarse la chaqueta del traje.

—¿Tanto miedo le tienes al éxito, Brooky? —No aparta sus ojos azules de mí mientras rodea su escritorio y se apoya contra él. El aire juguetón que transmite ahora mismo hace un contraste perfecto con su pulida imagen de empresario multimillonario.

No tiene un solo pelo fuera de lugar, pero por alguna razón cuando te quedas mirándolo el tiempo suficiente, Asher Wolf te da la sensación de bridar caos y diversión a tu vida.

Casi como una droga.

No me había dado cuenta de eso antes.

Debo tener cuidado.

—¿O es que las mentiras que has escuchado estos últimos minutos te han hecho cambiar de opinión? —añade con cierto retintín.

Dylan suelta una risa seca. No era consciente de lo cerca que estaba de él hasta que siento su respiración en la nuca. De repente el aire se vuelve más pesado y parece normal estarse asfixiando en la nada.

—¿Mentiras? —chista— Estás de coña, ¿verdad?

—¿Acaso hay otra forma de llamar al marrón que me estáis intentando encasquetar? Ni siquiera tenéis pruebas sólidas.

Dylan se queda un segundo en silencio, lo que me da a entender que Asher ha acertado. No tienen pruebas contra él.

Tal vez por eso el rubio se ha permitido vacilar a mi padre antes.

Porque sabe que, por más que quieran, la policía no puede encerrarlo si no tienen nada sólido.

Sin embargo, Dylan no se deja achantar.

—Tenemos lo suficiente como para que seas nuestro principal sospechoso.

Asher vuelve a posar sus ojos sobre mí un segundo, ignorándolo.

—¿Tú qué crees, Brooky? ¿Crees que soy un asesino?

Mierda.

—¿Yo? Bueno…

—Puedes ser sincera, no pasa nada.

Hace el amago de acercarse a mí y yo tengo intención de hacer lo mismo, pero el brazo de Dylan me rodea la cintura e impide que me mueva.

Es un acto automático y sin aparente importancia, pero el tacto suave y duro de su mano contra mi cuerpo, hace que me arda la piel al instante.

Tengo que apartar la cara cuando veo la sonrisa socarrona de Asher.

—¿Se puede saber por qué mierda hablas con ella? —Dylan gruñe.

Noto el latido incesante de su corazón contra mi espalda.

Le van las pulsaciones a mil.

Asher no le da tanta importancia, porque responde con un simple:

—Ahora ella y yo somos amigos.

Abro los ojos de golpe.

Lo voy a matar.

Noto la mirada gris de Dylan perforar un agujero en mi nuca, pero no me giro. No puedo. Y eso solo hace que se vea obligado a pegar sus labios contra mi pelo y susurrar:

—¿Es una maldita broma?

Trago saliva.

Tengo ganas de salir corriendo, pero sé que no va a servirme de nada con Dylan. Su agarre es cada vez más firme en mi cintura, casi como si se oliera mis intenciones de huida.

—Resulta que Asher es hermano de Oliver Wolf, el famoso corredor de MotoGP —comienzo a decir y hago lo posible para que Dylan no note como mi cuerpo tiembla contra el suyo—. Va a convencer a su hermano para que participe en el festival de verano que organiza nuestro comité —Tomo una larga respiración antes de decir—: Vamos a trabajar juntos.

Asher asiente.

—Exacto —Posa la vista en Dylan y con esos ojitos azules parece decirle algo más allá de un simple—: Vamos a pasar muchas horas juntos.

Dylan tensa el cuerpo a mi lado.

—Ni de coña.

—Qué gruñón es tu novio, Brooky.

¿Novio?

El solo pensamiento hace que me suban los colores. Dylan a penas me soporta, así que la idea tiene que resultarle a él incluso más descabellada que a mí.

—Él… yo… No somos novios.

Asher no puede ocultar esa sonrisita traviesa que lo hace aún más atractivo al público.

—¿Entonces sigue en pie esa posible cita?

—Y una mierda —Dylan habla antes de que yo pueda abrir la boca —. Se acabó, nos largamos.

—¿Qué?

Comienza a tirar de mí en dirección a la puerta. Ni siquiera me da tiempo a pensarlo o a opinar al respecto, simplemente me arrastra como si fuera su saco de patatas.

—¿Ya os váis? ¿Sin despediros? —escucho decir a Asher, pero Dylan no se detiene.

—No abandones la ciudad, Wolf —Es todo lo que se digna a responderle—. Todavía no hemos acabado contigo.

Asher se ríe.

Y yo no puedo hacer más que alucinar con su capacidad para ignorar el peligro de esa simple acción.

—Créeme, ahora menos que nunca quiero irme —Sus palabras hacen que me recorra un escalofrío de la cabeza a los pies—. Ya nos veremos, entonces… Brooklyn.

Solo me giro un segundo hacía él, pero es más que suficiente para conseguir poner a Dylan de peor humor todavía.

Ni siquiera se molesta en volver a insultar al rubio, abre la puerta y nos saca fuera como una maldita tormenta.

Solo cuando estamos solos me atrevo a intentar deshacerme de su agarre.

—Suéltame de una vez —me quejo y aunque no opone resistencia, está claro que le molesta la simple sugerencia.

Es evidente que está nervioso.

Se pasa las manos por el pelo y tira de un par de mechones con fuerza. Cuando posa sus ojos grises sobre mí, me quedo sin aire.

—¿Cómo lo haces?

Arrugo las cejas.

—¿Cómo hago el qué?

—Estar siempre metida en algún puto lío —Da un paso en mi dirección y yo retrocedo por instinto. Hay algo en su forma de moverse que grita peligro por todas partes—. Cuando pienso ya no puedes sorprenderme más, de alguna forma consigues superarte.

Pego la espalda contra la pared que está justo al lado del despacho de Asher.

De repente, no puedo pensar.

Mi cuerpo solo quiere escapar de la energía asfixiante que está transmitiendo Dylan ahora mismo.

Que él no haga más que acercarse a mí, tampoco ayuda.

De un segundo para otro, estoy acorralada entre su cuerpo y un maldito muro. El *déjà vu* que me provoca la situación es casi descojonante.

—De nada por entretenerte —Intento hacerme la graciosa y, aunque Dylan suelta una risa seca, sé que no le ha hecho ni puta gracia.

—¿Acaso te has propuesto volverme loco?

Trago saliva.

Tú eres el que me está volviendo loca a mí, pienso, pero no se lo digo. En lugar de eso, prefiero estirar mis labios en una media sonrisa y soltar:

—¿Por qué? ¿Lo estoy consiguiendo?

Vacilarlo ayuda a calmar mi sistema nervioso, pero solo durante un par de segundos. Después, todo mi cuerpo se vuelve demasiado consciente de su imponente presencia y me quedo paralizada.

No sé si es la oscuridad absorbente de sus ojos o ese maldito olor natural a riesgo y malas decisiones.

Pero tiene hipnotizado cada uno de mis sentidos.

Bajo su merced.

Sin escapatoria.

Joder.

—No puedes volver a ver a ese imbécil —Escupe, de repente, en un tono que no admite discusiones.

Tengo que pestañear varias veces para traer a mi cerebro de vuelta a la realidad.

¿Me está vacilando?

—¿Y quién lo dice?

—Yo, que para algo eres mi responsabilidad.

Aprieto los puños.

En este momento, maldigo el día en el que mi padre le dio a entender a este imbécil que era mi niñero.

—Lamento decirte que sigo pudiendo hacer lo que me dé la gana —farfullo entre dientes.

Trato de no apartar mi mirada de la suya, a pesar de que tenga su cara a centímetros de la mía.

Trato de mantenerme recta.

De no temblar.

De no darle el poder por una vez.

—Lo digo en serio, caramelito —Su tono suena más bajo, más dócil y eso me desestabiliza por un segundo—. Esto no es un puto juego. Si te acercas a ese imbécil, no voy a poder protegerte.

No apartes la mirada, Brooklyn.

No apartes la puta mirada.

—No te he pedido que me protejas —mi voz sale en un susurro patético.

—Creo que ya hemos hablado de esto, ¿no?

Dylan alza su mano con una lentitud mortificante. Sus dedos acarician momentáneamente mi mejilla derecha, antes de apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Es un movimiento tan sutil y delicado que cualquiera pensaría que le ha salido natural.

Joder, hasta sus ojos brillan con algo que no consigo identificar, pero que me revuelve el estómago.

Él es el que quiere sacarme de quicio.

Él es el que quiere volverme malditamente loca y yo se lo estoy permitiendo.

Giro la cara y Dylan deja caer su mano.

—No hagas eso.

—¿El qué?

El corazón me va a mil por hora.

—No intentes jugar conmigo, no así.

Sé que me entiende.

Sé que sabe perfectamente a lo que me refiero, porque ni siquiera esa fachada fría e inaccesible que proyecta puede ocultar la maldita tormenta que hay detrás.

—No juego contigo —Es todo lo que dice y quiero reírme. Joder, sí quiero.

—Venga ya, por favor.

—Que yo sepa tú eres la que te has pasado la última semana jugando conmigo.

Noto el reproche y el rencor en su tono, pero aun así no me dejo amedrentar.

No cuando llevo días sintiéndome como un puto caos por su culpa.

No puedo pensar.

No puedo razonar.

Es como si hubiera perdido toda mi serenidad ante la tormenta de emociones que provoca Dylan en mi interior.

Me niego a que también me quite la verdad, y la verdad es que:

—No estaba jugando contigo, porque yo ya sé exactamente lo que quiero de ti —Ni siquiera sé de dónde saco el valor para soltarle eso, pero ya no puedo parar. Dylan me presta toda su atención y a mí me arde el pecho con fuerza—. Y tú también sabes qué es lo que quiero. Tú, en cambio, estás confuso. Ahí está la diferencia.

Por un segundo, creo ver algo en la expresión de Dylan que se descoloca.

Algo que me deja ver a través de su máscara de poli malo.

Pero solo dura eso, un segundo.

Después las únicas brechas de su fachada son ese maldito temblor en la mandíbula y el hecho de que se aparte de mí como si mi cuerpo fuera una puta estufa en un día de verano.

Se pasa las manos por la boca y esta vez no me mira a los ojos cuando dice:

—No estoy jugando contigo, Brooklyn. Es solo que…

—¿Qué?

Niega.

Y yo aprieto con más fuerza los puños.

Ni siquiera me había dado cuenta, pero estoy cabreada.

Cabreada como la mierda por tener delante al hombre menos expresivo del planeta.

Si lo que quiere es meterme en sus jueguecitos mentales, lo lleva claro. Tengo demasiados problemas como para aguantar sus mierdas.

Sé que tarde o temprano conseguiré llevarlo a mi terreno, pero justo en este instante, estoy cansada.

—Muy bien, como quieras.

Y con eso desaparezco por el pasillo.

19

BROOKLYN

—Me encanta esta.

Sonrío al ver la foto que me señala Blue. Soy yo, con unos doce años, sujetando un pez enorme que mi padre había pescado por mí en el lago. Fueron las últimas vacaciones mundanas que tuvimos él, Blue y yo antes de que lo ascendieran y nos mudásemos a Beaufort.

Después de eso, todo fueron vacaciones pomposas: hoteles de lujo, safaris, cruceros y todo tipo de destinos a los que se pudiera llegar a golpe de talonario.

Ni siquiera me acordaba de que esta foto existía.

Mi padre no guarda ningún álbum con fotos de antes de mudarnos. Cree que todo lo que merece ser recordado, comienza después de que se volviera un «hombre influyente». Las únicas fotos antiguas que conserva son las de mi madre y esas no deja que nadie las vea.

Las tiene guardadas en la caja fuerte de su oficina, junto al resto de sus tesoros.

Por suerte, Blue tiene su propio álbum de fotos antiguas y ahora estamos sentadas en el salón del ala trasera, bebiendo café y rememorando viejos tiempos.

—En cuanto papá hizo la foto, me obligo, y cito textualmente, a «dejar esa cosa asquerosa en el suelo» —recuerdo y no puedo evitar soltar una risa.

Blue me sigue.

—Era un estirado incluso antes de tener dinero —dice negando con la cabeza.

Y no le falta razón.

Cualquiera diría que mi padre nació en una cuna de oro, cuando la realidad es que, antes de su ascenso, a penas llegábamos a fin de mes.

Blue pasa a la siguiente página del álbum y yo dejo escapar un jadeo.

—¿Eso no es de cuando…?

—Shh, no lo digas en voz alta—Blue echa un vistazo alrededor para ver si hay alguien, pero estamos solas—. Te hice la foto sin que te dieras cuenta y la guarde aquí. Quería tener un recuerdo de aquellas tardes.

Saco el trozo de papel de su fundita y lo observo con detenimiento. Mi yo de catorce años está apuntando una G-20 frente a una diana en forma de persona, casi igual a la que usa Lewis para sus prácticas de disparo.

Estoy al aire libre, en un campo a las afueras de Beaufort. El único sitio en el que Blue podía enseñarme a disparar sin riesgo a que nos escuchara alguien o a que ocurriera una desgracia.

Recuerdo ese verano con mucho cariño.

Fue uno de los mejores desde que nos mudamos y pase a formar parte de la secta de niñas pijas que había en mi instituto.

Abro la boca para decir algo, pero una voz que reconozco me interrumpe. Escondo la foto tras mi espalda en cuanto veo a mi padre aparecer por el pasillo.

—Blue, ¿tienes ya lista tu bolsa? —Está ajustándose las mangas de la camisa, así que no es hasta que levanta la cabeza, que se da cuenta de que yo también estoy aquí— Oh, cariño, no sabía que estabas ahí. Ahora mismo iba a ir a buscarte.

No puedo evitar fijarme en que se ha puesto su mejor traje y en que lleva consigo el maletín con ruedas que solo usa para viajes urgentes o cortos.

Frunzo el entrecejo.

—¿Dónde te vas?

—A Nueva York, y Blue viene conmigo.

Giro la cabeza hacia Blue.

—¿Tú también?

—¿Qué es eso que estáis viendo? —Mi padre señala el álbum de fotos que descansa en las piernas de Blue.

—Nada —responde esta y cierra el álbum casi como en un acto reflejo, antes de ponerse de pie.

—¿Me puede explicar alguien qué está pasando aquí? ¿Cuándo pensabais decirme que os ibais?

—Ha sido una decisión de último momento, cariño. Tengo que reunirme con el director del FBI para hablar de unos asuntos y necesito que Blue me acompañe —Mira un segundo su reloj y después desvía los ojos hacia los ventanales que dan al jardín—. No creo estar más de una semana fuera. Volveré antes del festival de verano con regalos para ti.

Hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

Como siempre, mi padre cree que llenándome de regalos puede compensar sus repentinas ausencias.

Ni siquiera voy a contradecirlo.

—Cuando volvamos te prometo que iremos todos juntos a ver el espectáculo de las marionetas que montan cerca de las carpas —dice Blue mientras me acaricia rápidamente la barbilla.

Sonrío.

—Lo estoy deseando.

Ese es uno de mis espectáculos favoritos del festival de verano de Beaufort. Ni siquiera mi padre puede negarnos eso. Es una tradición familiar ir a verlo todos juntos.

—Blake, justo a tiempo.

Giro la cabeza hacia el ventanal como un resorte.

Mi corazón se salta un latido al ver a Dylan aparecer desde el jardín. Va acompañado del resto de agentes, pero yo solo puedo fijarme en él.

Lleva puestos los mismos malditos shorts deportivos con los que lo vi entrenar por primera vez. La única diferencia es que ahora tiene puesta también una camiseta blanca que se pega a sus abdominales como una segunda piel.

Está sudado.

Es evidente.

Algunos mechones de pelo negro se le pegan a la frente y la piel le brilla. Sobre todo, la que

le rodea el cuello y los bíceps.

Tengo que tomar una larga respiración para no perder la compostura.

Joder.

Está buenísimo.

—¿Sí, señor? —pregunta con la vista fija en mi padre, mientras Tabatha le ofrece una toalla que él rechaza.

—Tengo que volver a Nueva York de urgencia para reunirme con Richards. Me llevo a la agente Jack, así que te quedas al mando.

—¿Ha ocurrido algo, señor?

—Nada importante. Tú asegúrate de mantener el orden aquí, ¿entendido?

Esta vez Dylan solo asiente.

Mi padre vuelve a mirar su reloj y sujeta el asa de su maletín. Tras hacerle una seña a Blue para que se prepare, vuelve a mirar a Dylan.

—Ah y consigue una orden para registrar la habitación de hotel en la que se está quedando Wolf en Beaufort.

Dylan arruga las cejas.

—Pensaba que ya habíamos hecho eso.

—Pues quiero que lo vuelvas a hacer —masculla en un tono que no admite discusión—. Ya es hora de que le apretemos un poco las cuerdas a ese…

Sé que mi padre quiere decir «cabrón», «imbécil», «malnacido» o cualquiera de sus derivados, pero no lo hace.

Él casi nunca dice malas palabras.

Eso es para la gente vulgar y sin clase.

—Usted manda, señor.

Mi padre se queda un segundo analizando la expresión fría de Dylan, intentando averiguar que piensa, pero es imposible. Yo lo sé de primera mano. Ningún Davis puede desmontar su coraza.

Al final desiste y se acerca a mí para darme un beso. Blue hace lo mismo y tras una breve despedida del grupo, ambos abandonan el salón.

Me pone un poco triste saber que no voy a verlos por una semana, pero tengo que reconocer que ahora mismo me viene de lujo que mi padre no esté por aquí rondando.

No cuando voy a estar en contacto con Asher Wolf, su principal sospechoso de asesinato, al menos hasta que acabemos los preparativos del festival.

Ayer Briana me pasó su número y tras un par de mensajes inapropiados —por parte de Asher, claro está—, por fin conseguí que accediera a formar un grupo conmigo, su hermano, Makeila y la concejala.

Me ha prohibido incluir a más gente para preservar la intimidad telefónica de Oliver y yo no he tenido el valor de decirle que Makeila Brown es la persona menos privada que se va a encontrar en Beaufort.

Ya lo descubrirá hoy, mientras le enseñamos los preparativos del festival y él nos presenta a su hermano.

Hemos quedado en unas dos horas.

Y todavía tengo muchas cosas que hacer.

Hago el amago de levantarme del sofá, cuando recuerdo que todavía tengo conmigo la foto que le he cogido a Blue del álbum. Me hago una nota mental para devolvérsela cuando vuelva y la guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Lo último que necesito ahora es que alguno de los agentes de mi padre la vea.

O peor, Dylan.

—No me puedo creer que tengamos una semana de vacaciones —La voz de Mateo me hace volver a posar el culo en el sofá como en un acto reflejo.

De un segundo para otro, ha pasado de estar cerca de los ventanales, a dejarse caer a mi lado como si acabará de llegar de un largo y duro día de trabajo.

Él también está todo sudado, aunque evidentemente no parece sacado de un anuncio de gimnasio como Dylan. Mateo está mucho más delgado y el sudor empapa su cuerpo de una forma desagradable.

Y también con un olor desagradable.

Tengo la intención de apartarme, pero Tabatha aparece por mi otro lado y se sienta. De repente estoy rodeada.

—¿De dónde te sacas eso? —pregunta antes de llevarse una bebida energética a la boca.

¿De qué guerra habrán venido para estar así?

—¿Acaso no lo has escuchado? —Tengo que tirar el cuerpo para atrás cuando Mateo se inclina sobre mí— Davis se va, eso significa que podemos descansar.

—Yo que tú no diría eso donde Dylan pueda oírte.

Se me escapa una risilla.

Puedo imaginarme porque Tabatha dice eso.

—¿Tú qué, Brook? —Tabatha me pega un empujoncito en el brazo y yo tengo que fingir que no me duele—. Supongo que estarás destrozada por no poder pasar tiempo con tu padre, ¿no?

—No te creas —Froto mi brazo de espagueti y le dedico una sonrisa de boca cerrada—. Estoy bastante acostumbrada a sus escapadas repentinas.

Tabatha me mira con los mismos ojos tristes con los que me miran todos cuando les digo esto, pero no dice nada.

Y casi lo prefiero.

Me da pereza destapar ahora traumas de mi preadolescencia.

—Oye, Brooky —Giro la cabeza hacia Mateo. Está utilizando como espejo un cuenco de cristal de la mesita de café, para retocarse el pelo. Me pregunto si es por eso que lo tiene siempre de punta—. ¿Qué tal es aquí el festival de verano? ¿Mola? ¿Montáis fiestones?

—Bueno…

—Yo he escuchado que un año la montasteis tan gorda que la gente se pasó tres días seguidos sin pisar su casa —Emma toma asiento en uno de los sofás individuales—. ¿Es eso verdad? Porque voy de una.

—Por favor, si apenas aguantas una noche —Elliot apoya el brazo en el cabezal de Emma y se une a la conversación también.

Hoy no lleva las gafas puestas —probablemente porque también estaba entrenando— y la verdad es que se me hace raro mirarlo, sus ojos azules parecen más pequeños y se le marcan menos las facciones de la cara.

Emma alza la cabeza para mirarlo y le acaricia el brazo con una sonrisa que me da

escalofríos.

Y creo que a Elliot también, porque es evidente como su cuerpo se tensa ante el contacto.

—Yo creo que la última noche que pasamos juntos la aguanté muy bien, ¿no crees? —dice la rubia y no puedo ser la única que se queda en shock.

Es evidente que es una broma, pero por lo rojo que se ha puesto Elliot, cualquiera diría que han pasado la noche juntos de verdad.

La risa de Tabatha a mi lado le quita un poco de peso a la situación.

Aunque no demasiado.

Por inercia, miro a Mateo. No se está riendo como se esperaría de alguien como él tras un comentario así. Todo lo contrario. Mantiene una expresión indescifrable y la vista fija en Emma y en Elliot.

Me recuerda un poco a Dylan cuando se encierra detrás de su maldita fachada.

¿En qué estará pensando?

¿Acaso está celoso? ¿O es algo más?

—Anda, no digas tonterías —Elliot se rasga la cabeza y mira para otro lado. Probablemente para ocultar que sigue estando igual de rojo.

Una parte de mí espera que acabe mirando a Mateo y le diga en silencio que Emma solo está bromeando, pero eso no ocurre. Ni siquiera hace el amago de girar la cabeza en su dirección.

¿Seguirán enfadados?

Es como verse trozos sueltos de una película. Frustrante.

—Es muy raro que un festival se salga de control —Atraigo la atención hacia mí—. Creo que eso solo ha pasado dos veces desde que estoy en el comité.

—Que rollo, ¿no puede…?

—Elliot —La voz de Tommy interrumpe lo que sea que fuese a decir Tabatha.

El rubio gira la cabeza en su dirección, pero Tommy solo señala su reloj y sigue caminando hacia el pasillo.

No entiendo nada, pero parece que Elliot sí, porque vuelve a girarse hacia nosotros y dice:

—Chicos, venga, hora de darse una ducha y volver a vuestros puestos. Todavía tenemos mucho que hacer y no queréis que sea Blake quien os lo recuerde.

Todos bufan en desacuerdo, pero no se oponen. Parece que se toman muy en serio su orden, incluso si Elliot no es su superior. Lo respetan. Lo sé porque se levantan tan rápido que, antes de que pueda darme cuenta, estoy sola.

Mis ojos se desvían por inercia hacia Dylan.

Está apoyado contra la mesa del comedor mientras teclea algo en su móvil. Solo levanta la cabeza un segundo para decirle algo a Lewis, que está a un par de pasos de él, y después vuelve la vista al móvil.

Ni siquiera creo que se dé cuenta de lo malditamente atractivo que se ve cuando está concentrado. El pelo negro —que le cae ahora por la frente en ondas— hace contraste con el blanco de su piel y marca cada una de sus expresiones.

Parece cansado, estresado y decidido a la vez.

Sus manos son demasiado grandes para su móvil y él lo sabe, porque teclea con fuerza, como si estuviera cabreado, y consigue que se le marquen las venas del brazo.

No puedo.

Necesito salir de aquí.

Me levanto yo también del sofá con la intención de irme a preparar a mi habitación. Pretendo salir sin llamar la atención de nadie, pero cuando estoy cerca de la entrada, noto la mirada del diablo sobre mí.

—¿Dónde vas?

Me paro en seco. Su voz autoritaria no deja de provocarme escalofríos.

—¿Te importa? —Giro la cabeza para poder mirar una vez más esos ojos grises.

Dylan ha guardado su móvil en su bolsillo y ahora camina hacia mí con una calma envidiable. En cuanto entra en mi radar mis fosas nasales se deleitan con su increíble olor a limpio.

Aguanto el aire.

¿No sé supone que debería oler a sudor o a perro mojado?

No es justo.

—Bastante. Ahora que tu padre no está, yo estoy al mando.

—No de mí, ya lo hemos hablado.

—Sobre todo de ti. ¿Dónde vas?

Pongo los ojos en blanco y doy la vuelta para dirigirme a las escaleras. Lo mejor para mi salud mental es ignorar a Dylan, aunque él no esté de acuerdo.

Escucho sus pasos seguirme, pero no vuelvo a girarme.

Al menos no hasta que tengo su cuerpo tan cerca del mío que prácticamente subimos las escaleras pegados. Noto sus malditos abdominales en mi espalda y como el movimiento de sus rodillas roza la parte baja de mi trasero.

Tengo que detenerme un momento en mitad del escalón y contar hasta veinte en mi mente antes de soltar un:

—¿Puedes dejar de seguirme?

Dylan sonríe.

Sonríe y se le marca el hoyuelo.

Me va a matar.

—No hasta que me digas a dónde vas.

—Ni de coña. Déjame en paz.

Lo empujo, aunque sé que no voy a moverlo. Lo único que quiero es despistarlo un segundo para salir corriendo escaleras arriba.

Me sigue.

Sé que me sigue.

Pero estoy varios pasos por delante de él y solo tengo que llegar a mi habitación y cerrar la puerta con pestillo. Podré estar tranquila hasta que me arregle y después ya le daré la mala noticia.

O no.

Se me iluminan los ojos cuando voy por el último escalón. Estiro la mano para abrir la puerta, pero unos brazos me alzan del suelo por la cintura antes de que pueda meterme dentro.

Chillo.

—¡¿Qué haces?!

—Esta vez no te me vas a escapar.

20

BROOKLYN

Dylan da dos pasos y nos mete en la habitación. Forcejeo contra su pecho, pero no sirve de nada. Me tiene completamente sujeta.

Al menos hasta que cierra la puerta con el pie y la bloquea con su cuerpo. Solo ahí me deja caer como si fuera un saco de patatas.

Me giro hacia él con las manos apretadas en dos puños.

—¿Se puede saber qué coño quieres de mí?

—Que me digas qué es eso tan importante que tienes que hacer.

—Ya te he dicho que no te importa.

Se queda en silencio un segundo en el que sus ojos me escanean de arriba abajo. Tengo el impulso de ponerme recta, pero no lo hago. No puedo dejar que me intimide solo con una mirada.

—Está bien —Apoya su atlético cuerpo contra la puerta, cubriéndola por completo—. Yo tengo todo el día, caramelito, es a ti a la que deben estar esperando.

Respiro.

Respiro porque si no lo hago probablemente lo mate.

Respiro muy hondo y empujo el interior de mi mejilla derecha con la lengua en un intento pobre de calmar mis nervios.

—No puedes encerrarme aquí —digo entre dientes.

—Pruébame.

Uno…

Dos…

Me cago en su vida.

—Eres un imbécil.

—Prueba otra vez.

No puede ser.

—A la mierda.

Acerco mis manos a la manecilla de la puerta en un penoso intento de abrirla. Evidentemente no consigo mover a Dylan, pero sí molestarlo lo suficiente como para que quiera que me aparte.

Siento mariposas en el estómago cuando pone sus manos sobre las mías.

Forcejeamos y acabamos envueltos en una especie de batalla silenciosa. Trato de empujarlo hacia un lado, pero no se deja. Me atrae hacia él por las muñecas y encierra mis manos.

—Déjame salir, ¿qué te pasa?

—No hasta que me digas a dónde vas.

—No seas pesado.

Muevo las muñecas para escaparme de su agarre, pero él es más rápido que yo. Ni siquiera lo veo venir. Me suelta un segundo y soy incapaz de moverme.

Lo veo buscar algo en el bolsillo de sus shorts y lo siguiente que sé es que hay unas esposas rodeando una de mis muñecas y una de las de Dylan.

¿Qué cojones?

Necesito un momento para procesarlo. Solo uno antes de levantar la cabeza y mirar a Dylan. Los ojos se me van a salir de las cuencas.

—¿Acabas de esposarme?

—De esposarnos —me corrige.

Pestañeo varias veces.

—¿Se te ha ido la pinza? —Esto es increíble—. ¡Quítame esta cosa ahora mismo!

Muevo la mano en un intento desesperado de que me haga caso, pero evidentemente me ignora.

El imbécil acaba de sacar unas esposas y encadenarme a él como si esto fuera una puta película de Hollywood.

Y le da igual.

Le da jodidamente igual.

Voy a perder la cabeza.

Es que no puedo creerlo.

Dylan inclina su cuerpo hacia adelante y yo tengo que tirar la cabeza hacia atrás para poder seguir mirando esos ojos grises que se burlan de mí.

Tengo su rostro a centímetros, invadiendo mi espacio personal, otra vez. Veo el movimiento pausado de sus largas pestañas y como baja la manzana de Adán por su cuello cuando traga.

Veo cada señal de perfecto peligro, pero no me muevo. No puedo. Estoy esposada a su presencia incluso de forma metafórica.

—Primero, dime a dónde vas —susurra en un tono suave y calmado que te incita a pecar. La voz del diablo—. Solo quiero saber eso y después te dejaré en paz.

Trago saliva.

Y muevo un centímetro la cara hacia adelante.

Solo uno.

Lo suficiente como para rozar la cicatriz que tiene cerca de la ceja derecha, si quisiera.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

—Sabes perfectamente qué es lo que me preocupa.

—¿Crees que voy a verme con alguien en particular, Dylan? —Su nombre en mi boca se sigue sintiendo como ir a ciento cincuenta por una carretera llena de coches.

Imprudente.

Peligroso.

—No sé, ¿es eso lo que vas a hacer?

Suspiro.

—Tan solo voy con Makeila a supervisar los puestos del festival de verano. Este año vamos tarde y tenemos que darnos prisa en organizarlo todo.

—¿Solo con Makeila?

Mierda.

—Y con Oliver Wolf y… —Aparto la mirada. Sé que podría omitir la siguiente información, pero algo en la expresión corporal de Dylan me dice que en el fondo ya lo sabe— …. Asher.

Alza la vista al techo.

Aquí viene.

—Joder, me tienes que estar vacilando.

—¿Qué pasa?

A Dylan se le oscurece la mirada. Tengo que reprimir un escalofrío cuando vuelvo a encontrarme una vez más con el vacío de sus ojos.

—¿Me lo estás preguntado en serio? ¿Después de lo de ayer?

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, ayer no pasó nada —Mi voz sale cortada e insegura. Sé que no se refiere a lo que pasó, sino a quién es Asher Wolf.

Pero no me importa.

No me importaba ayer y tampoco me importa ahora.

Mi percepción del peligro ha quedado en segundo plano después de haberlo conocido. No parece un mal hombre, pero, aunque de verdad lo fuera, tengo que correr el riesgo.

El festival depende de su hermano y por lo tanto de él.

Aunque Dylan me monte una pataleta por ello.

—Te das cuenta de que podrías acabar con una bala en el pecho solo por conocer a ese gilipollas, ¿no? —Escupe.

Tiene la cara roja y está apretando tanto la mandíbula que temo que pueda hacerse daño, pero esta vez no pienso darle el gusto.

—No seas exagerado —digo como si nada.

Aunque en el fondo tengo cada maldito nervio de mi cuerpo en tensión.

—Es un puto asesino.

—Es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Qué coño…? —Se lleva las manos a la cabeza un segundo y arrastra también la mano que tengo esposada a la suya. Tengo que ponerme de puntillas para no quedarme sin brazo—. ¿Por qué mierda discuto contigo? No vas a ir.

Lo miro, incrédula.

—Es broma, ¿verdad?

—*Nop.* Ya me lo agradecerás cuando sigas viva para la hora de cenar.

—No pienso quedarme aquí. ¿Acaso no has escuchado lo que te he dicho antes? Tenemos mucho que hacer para el festival.

—Seguro que Makeila puede encargarse de todo por ti.

Me muerdo el interior de las mejillas.

—No eres mi padre.

Dylan suelta una risa sin gracia.

—Y menos mal.

No me pasa desapercibido el tono sarcástico y venenoso detrás de su comentario, pero no le doy importancia. No en este momento al menos.

Necesito salir de aquí.

Pero Dylan es más fuerte y listo que yo. Aunque consiguiera colársela, acabaría pillándome a tiempo.

Solo me queda usar la única cosa que puede molestarlo tanto como para que baje la guardia.

Sonrío y coloco mis manos con suavidad sobre su pecho. Normalmente me intimidaría tener que alzar la cabeza para mirarlo, pero nuestra diferencia de altura solo me ayuda a parecer más adorable.

Al menos eso quiero creer.

—Muy bien —Mi voz sale en un tono bajo y sensual que ni yo misma reconozco—. Pues si no me vas a dejar salir, podríamos aprovechar estas esposas, ¿no?

Dylan tensa los músculos y por primera vez desde que estamos aquí su expresión se descompone.

—¿Qué dic…? No vayas por ahí, caramelito.

—¿Por qué no? —Dejo que mis manos se arrastren libres por su pecho. La tela fina de su camiseta no me impide palpar lo que hay debajo—. Lo mínimo que puedes hacer por mí ahora es entretenerme.

Evidentemente estoy bromeando.

No quiero que me entretenga de ninguna forma. Solo quiero que se despiste lo suficiente como para que me libere de estas esposas y se aparte de la puerta.

Solo quiero joderlo.

Tentar un poco al diablo.

Nada más.

Pero Dylan no se da cuenta. Sus ojos son un puto mar de oscuridad ahora mismo y está demasiado quieto, casi como si esperara el impacto.

¿Por qué no se mueve?

¿Por qué no me aparta?

Es más difícil mantener la compostura cuando ambos buscamos inconscientemente la locura.

Por eso dejo que mis manos sigan dibujando constelaciones en su pecho mientras su corazón palpita a toda velocidad.

Por eso doy un paso hacia él y él da otro hacia mí.

Por eso estiro la cabeza y él la inclina para ponérmelo más fácil.

Por eso acabo rozando mis labios con los suyos.

Que le den.

Junto nuestras bocas en un beso que me enciende hasta la última fibra muerta del cuerpo. Pretendo que sea un beso fugaz, pero una vez que noto en mi boca el sabor a peligro, no puedo pararlo.

Es adictivo.

Me pego más a Dylan y dejo que sea él quien dé el primer paso. El que empuja su lengua contra mis labios hasta que ceden.

Un gemido se queda atascado en mi garganta.

Su boca se mueve rápida, salvaje, casi como si se estuviera aferrando a una botella de agua en el desierto… y yo solo quiero más.

Quiero que me haga arder en su infierno.

Quiero esta sensación intensa, impredecible, absorbente.

Mis piernas se vuelven gelatina y por un segundo creo que voy a caerme, pero eso nunca ocurre. Dylan baja su mano libre por mi culo y lo siguiente que sé es que mis pies dejan de tocar el suelo.

Ahogo un grito.

Ha levantado mi cuerpo con una sola mano y sin apartar su boca de la mía ni un segundo.

No puedo pensar.

El corazón me va demasiado rápido.

Quiero más, mucho más.

Muerdo su labio inferior y tengo que contenerme cuando me devuelve la acción con el doble de fuerza. Noto el dolor punzante y el ligero sabor a sangre que amenaza con salir y tengo ganas de repetirlo.

Estoy hiperventilando para cuando Dylan se sienta en mi cama conmigo encima. Necesito aire, pero no quiero que pare.

Soy adicta al tacto suave de sus mejillas y al movimiento de su lengua en mi boca.

Por suerte, él es más sensato que yo, porque se detiene a regañadientes en cuanto nota que no puedo respirar.

Durante un par de segundos, lo único que se escucha en la habitación son mis jadeos descontrolados.

Dylan no dice nada. Solo toma largas respiraciones sin apartar sus ojos grises de mí. Me mira con tanta intensidad que noto el calor subir por mis mejillas.

Al final suspira y dice:

—¿Por qué siempre tienes que hacerme el lío?

Achino los ojos.

No sé si es por el beso o porque me invade una repentina ola de valentía, pero mis pensamientos escapan de mi boca sin filtro.

—¿Hasta cuándo vas a seguir resistiéndote a esto?

—Hasta que te canses de mí de una vez.

—No creo que ese momento llegue.

—Créeme, llegará.

Tengo ganas de preguntarle de dónde viene esa desconfianza, por qué no cree que lo siento por él sea real.

Porque lo es.

Me gusta.

Incluso si es un imbécil conmigo, me gusta.

Woo, me gusta Dylan Blake.

Pero antes de que pueda abrir la boca, la mano que todavía tiene posada sobre mi culo, saca de mi bolsillo algo de lo que ya no me acordaba.

La foto de Blue.

—¿Qué es esto?

Abro los ojos de golpe.

Mierda.

—Devuélvemela —Estiro mi mano libre para alcanzarla, pero Dylan la aleja de mí.

Se queda mirándola con el ceño fruncido.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Tú disparando?

—Devuélvemela, Dylan. Lo digo en serio.

—Con que a esto se debía que hubieras acertado en la diana a la primera —dice sin apartar sus ojos de la imagen—. ¿Has tomado clases de disparo?

Blue me va a matar.

Si no la mata mi padre a ella antes.

Intento volver a recuperar la foto, pero Dylan no me deja. Inflo los mofletes y aparto los ojos.

—No pienso responderte.

—Ya te he pillado, no hace falta que sigas con el misterio.

No respondo.

Aunque sé que tiene razón.

Me ha pillado.

Por más que quiera darles esquinazo a sus preguntas, ya sabe y tiene pruebas de que sé disparar porque estuve practicando. Ocultarle la verdad solo va a hacer que saque sus propias conclusiones.

Y eso sí que no me interesa.

Suspiro.

—Blue me dio un par de clases el verano que cumplí catorce años. Pero ya está. Nadie lo sabe y nadie tiene que saberlo. Y menos mi padre, ¿entendido?

Dylan sigue mirando la foto y estira sus labios en una sonrisa un tanto traviesa.

—¿Qué te parece? La niñita buena de papá no es tan buena como pensábamos.

—Nadie, Dylan —insisto.

Esta vez sí que me mira.

—¿No me crees capaz de guardar un secreto?

—No uno mío —chisto—. Siempre me tienes en el punto de mira. Sería más fácil fiarse de ti, si me confiaras uno de tus secretos tú también.

Dylan no dice nada durante un par de segundos, pero sé que se lo está pensando.

Reconozco la arruga que se le forma en la frente y la forma que tiene de mover la mandíbula cuando está concentrado. Ni siquiera sé cómo me he dado cuenta de estas cosas.

Quizás fue el día que lo pille intentando anudarse sin éxito una corbata.

Se veía adorable.

Casi como un niño.

—¿Qué quieres saber? —habla al fin.

Y yo no puedo creer que haya colado, pero aún así no pierdo el tiempo.

Tengo la pregunta preparada desde que Lewis disparó contra la diana aquel día.

—¿Por qué tu arma tiene un silenciador?

—Es un silenciador autorizado por el gobierno excepcionalmente —responde y no parece que vaya a añadir nada más.

—¿Y?

—Y ya está. Tengo mis contactos y esto era necesario. No puedo contarte más.

Pongo los ojos en blanco.

No estoy del todo satisfecha con su respuesta, de hecho, me ha creado más preguntas.

¿Por qué el gobierno iba a autorizarle colocar un silenciador en su arma?

¿A qué se refiere con que era necesario?

No obstante, sé que esto es todo lo que voy a obtener de él por ahora.

—Pues vale. ¿Me quitas esto para que pueda levantarme? —Alzo la mano para recordarle que seguimos esposados.

—Depende, ¿vas a ir a ver a Wolf?

—¿No?

Trato de disimular mi mentira con una sonrisa inocente.

Dylan no puede evitar sonreír también. Aunque su sonrisa es más disimulada y definitivamente más oscura.

Acerca su cara a la mía.

—Que mala mentirosa eres —Mis ojos se quedan fijos en el movimiento de su boca—, pero voy a soltarte antes de que vuelvas a saltarme con uno de tus trucos.

Saca un pequeño objeto negro que ni siquiera tiene forma de llave y lo inserta en un agujerito. En menos de tres segundos vuelvo a ser libre.

Mientras muevo mi muñeca para darle movilidad, no puedo evitar sonreír y soltar:

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado mi forma de entretenerte?

No dejo que conteste.

No necesito que lo haga.

Me levanto de su regazo antes de que sea demasiado tarde para mí. Estiro mi cuerpo en cuanto estoy de pie y miro la hora en el reloj de la mesita.

Son casi las cuatro.

Ya debería estar por lo menos vestida, pero con Dylan aquí es imposible que comience a arreglarme y mucho menos que salga por la puerta.

Me acerco a la ventana en un intento de despejar mi mente y pensar, pero cuando echo un vistazo a la zona de la piscina, la imagen de Elliot y Mateo abrazándose en un rincón apartado, me distrae.

Sonrío.

Ni siquiera entiendo muy bien por qué, pero me alegro por ellos.

—¿Por qué estás sonriendo? —La voz de Dylan a mis espaldas me hace saltar en el sitio.

Me doy la vuelta como un rayo, tapando con mi cuerpo lo máximo de su campo visual que puedo.

—¿Qué? —Creo que he perdido todo el color de la cara—. De nada. Solo… Yo…. He visto un pájaro intentando llevarse una rama enorme.

¿Qué?

Joder, ahora entiendo por qué dice que miento como el culo.

¿Qué mierda ha sido eso?

Dylan frunce el ceño.

—¿Qué?

Lo sé, yo también diría lo mismo.

—¿Qué pasa? Los pájaros también tienen derecho a ponerse retos.

—¿Te has dado un golpe contra la ventana?

—Seguramente —Me giro muy rápido y cierro las cortinas para que no pueda ver lo que hay fuera—. Voy a ducharme a ver si se me pasa el mareo.

Me meto al baño y cierro la puerta de golpe.

Rezo para que a Dylan no se le ocurra descorrer la cortina y que si lo hace… No sé. Lo único en lo que pienso ahora es en meterme en la ducha y relajarme por lo menos cinco minutos antes de solucionar mis propios problemas.

Por suerte, mis problemas se solucionan solos cuando salgo y Dylan ya no está.

Me visto rápido y salgo de casa para hacer lo que tenía planeado desde un principio: reunirme con Asher y el resto.

21

BROOKLYN

Siento que el tiempo no avanza.

O que, si lo hace, lo hace con una lentitud mortificante.

Llevo aquí diez minutos esperando con Makeila, pero bien podrían ser horas. Cada segundo que pasa se me hace más eterno que el anterior. Lo juro. Y ni siquiera puedo echarle la culpa a la estirada de Makeila.

Desde que la recogí delante de su casa hasta que llegamos a la zona donde comenzarán a montarse los puestecitos para el festival de verano, se ha mantenido en silencio. No ha dicho nada que me pudiera hacer desear que se la trague la tierra y la escupa en la otra punta del planeta. Silencio total.

Quizás soy yo. Quizás estoy demasiado nerviosa por reunirme con Oliver y Asher. Después de todo el primero es famoso y el segundo me tiene amenazada con una cita.

Cualquiera en su sano juicio estaría tirándose de los pelos.

Y encima he huido como una perra de casa. Para este momento Dylan ya debe haberse dado cuenta de que no estoy y estará que echa humo por las orejas. Seguramente me hará arrepentirme de haberme escapado en cuanto vuelva.

Es que no quiero ni pensarlo.

Vuelvo a mirar el reloj de mi móvil.

Ya son las cinco y media.

—¿Puedes parar de mover la pierna así? —Makeila me echa una mirada de reojo que le daría escalofríos hasta al mismísimo diablo—. Es insoportable.

Hago lo que me pide.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba moviendo la pierna. Normalmente empieza a temblarme sola cuando me siento intranquila.

—Perdón, es que estoy algo nerviosa. ¿Tú no?

—¿Por qué iba a estarlo?

Arrugo las cejas.

—No sé, ¿por qué vamos a conocer a un famoso?

—¿Quién? ¿Oliver? —Asiento y ella se echa la melena rubia hacia atrás en un movimiento de diva total—. No es el primer famoso que conozco.

Cómo no.

—¿Ah no?

—No, también conocí a Katly Mass en un viaje que hice a Londres con mi madre y a Adaly Buss un año que vino de concierto a Carolina del Sur. Mis amigas y yo conseguimos pases para el *backstage*.

—¿En serio? No lo sabía.

Makeila me mira de arriba abajo con esos enormes ojos castaños que transmiten de todo menos calor y buenas vibras.

—No sabes muchas cosas, Davis —suelta con su pedantería habitual—. Y haz el favor de

comportarte. No quiero que me dejes en ridículo delante de los Wolf con algún numerito de *fangirl*.

Ahora sí que pongo los ojos en blanco.

—No, por Dios, lo último que querría es que tú quedaras mal.

Makeila achina los ojos.

Sabe perfectamente que la estoy vacilando, pero en su diminuta cabeza se debate si es buena idea seguirme el rollo o si es mejor dejarlo pasar.

Por suerte, se decide por lo segundo, porque vuelve a girar la cabeza hacia el frente y dice:

—Mira, por ahí vienen.

Sigo su mirada y mi corazón se salta un latido al ver a nuestros invitados descender de un BMW nuevo.

Vienen acompañados de Briana y dos de los guardaespaldas que estaban en la zona vip del Galimateo hace un par de noches. Sin embargo, yo solo me fijo en los Wolf.

Joder.

Me he pasado la noche husmeando las redes sociales de Oliver, pero ninguna foto o vídeo hace verdadera justicia a lo guapo que es. Es igual de alto y atractivo que su hermano —tal vez incluso más—, sin embargo, hay algo en él que hace que no puedas dejar de mirarlo.

Está bueno, sí, pero es algo más.

Quizás sea su sedoso pelo castaño, su piel fina y brillante o esa mirada azulada tan parecida y diferente a la de Asher.

A primera vista no se parecen mucho, pero la sensación que me transmiten esos ojos es inconfundible. Están labrados por el mismísimo demonio.

Los ojos y esa maldita seguridad asfixiante al moverse, que empiezo a asociar con el apellido Wolf.

A medida que se van acercando me voy quedando sin aire.

Odio decirlo, pero al final Makeila va a tener razón: voy a tener un ataque de *fangirl*, casi seguro.

—Señores Wolf —Como siempre Makeila es la primera en hablar—, es un placer para mí conocerlos por fin.

La rubia estira su boca con su habitual sonrisa de dientes perfecto, mientras le ofrece su mano primero a Oliver y luego a Asher.

Este último la observa de arriba abajo, tal y como hizo conmigo en su despacho, solo que esta vez el brillo en su mirada es evidente.

Tengo ganas de poner los ojos en blanco, pero me contengo.

—Por favor, llámame Asher —dice sin soltarle la mano todavía.

A Makeila no parece molestarle, porque lo único que hace es asentir embobada y agrandar aún más su sonrisa.

Yo aprovecho el momento para dirigirme directamente a Oliver.

—Brooklyn Davis —Le doy la mano sin perder el tiempo. Su agarre firme y seguro me pone el doble de nerviosa—. Es un honor conocerlo.

—El honor es mío, Brooklyn —Clava sus ojos en mí dedicándome toda su atención. Tengo que respirar hondo para no ponerme a gritar al escucharlo y eso que ni siquiera soy una de sus fans—. Gracias por invitarme a formar parte de vuestro festival.

Sonrío por lo bajo.

Me siento como una niña pequeña.

—Gracias a usted por hacernos el enorme favor.

Giro la cabeza hacia Briana —que se encuentra a un lado de Asher— y le doy también las gracias en silencio. Si no fuera por ella probablemente nunca hubiéramos llegado tan lejos.

Ella me devuelve la sonrisa.

—A mi hermano le ha parecido una idea estupenda para dar a conocer las pistas de MotoGP que estamos montando en Beaufort —Asher rodeada los hombros de Oliver a la vez que posa sus ojos sobre mí. Bajo la luz del sol se ven incluso más azules que en su oficina—. Habéis tenido suerte.

Makeila da un paso por delante de mí, ocultándome detrás de su despampanante figura y la increíble altura que le proporcionan sus tacones de aguja.

—Oh, aquí en Beaufort tiene usted muchos fans, señor Wolf. Estoy segura de que no tendrá problema en llenar sus pistas y más si participa en nuestro festival.

—Tengo que reconocer que al principio no lo veía, pero esto tiene buena pinta…

—Y eso que todavía no ha visto nada —La rubia se toma la libertad de colocarse a un lado del hermano de Asher. Veo a uno de sus guardaespaldas hacer el amago de acercarse a ellos, pero Oliver lo detiene con un movimiento de su mano—. Si nos acompaña le enseñaremos cómo funciona el festival, su puesto y lo que tendrá que hacer dentro de una semana. ¿Le parece?

Oliver estira sus labios en una media sonrisa que me hace pensar que ya lo he perdido ante Makeila. Es evidente que, como a su hermano, la absorbente energía de la rubia no le ha pasado desapercibida.

Ella solo ha tenido que mirarlo con esos enormes ojos castaños y dejar que su hipnotizante y pulcra voz, junto con su sonrisa, hagan el resto.

—Por favor —Oliver le ofrece su brazo y la invita a guiarlo a través de los puestos a medio montar.

No puedo evitar fijarme en como Briana pone los ojos en blanco y susurra algo que hace reír a Asher, el cual se aparta de su hermano para dejar que él y Makeila caminen primero.

Yo los sigo por detrás junto al resto y observo en silencio como Makeila promociona nuestro festival delante de Oliver.

Pasamos por todos y cada uno de los huecos en los que va a haber puestos dentro de una semana. Ya hay alguno que otro montado, pero no parecen más que carpas blancas sin el acompañamiento de luces y los carteles que todavía estamos preparando.

Makeila se ha asegurado de despejar la zona horas antes para que nuestro invitado especial vea todo sin sentirse observado u acosado.

Uno de los primeros sitios que se detiene de verdad a enseñarle es el anfiteatro abierto donde solemos montar conciertos gratis. En mi opinión, el lugar más impresionante del festival.

Nadie puede acceder a él sin una autorización del ayuntamiento antes, pero ahora mismo nosotras somos el ayuntamiento.

—¿No se cansa de ser una presumida? —La voz de Briana a mi lado me hace girar la cabeza de golpe.

Tiene la vista clavada en las nucas de Oliver y Makeila. Esta última sigue enganchada del brazo de Oliver. Estoy segura de que, si un paparazzi los viera ahora mismo, podrían confundirla

con su nueva novia.

Después de todo, es lo suficientemente perfecta para salir con un famoso.

—Ya la conoces —digo sin más y trato de no pensar en que la misma chica que ha conseguido hipnotizar a Oliver Wolf, es la que va detrás de Dylan.

Briana gira un segundo la cabeza en mi dirección.

—¿Ahora os lleváis bien o algo así?

—¿Makeila y yo? —Arrugo las cejas—. Ni hablar. No la soporto, pero la concejala nos obliga a trabajar en esto juntas.

—Ya veo.

Vuelve la vista al frente y no puedo evitar fijarme en como aprieta las uñas contra la palma de su mano derecha cuando Oliver se ríe de algo que le dice Makeila.

Cualquiera diría que está celosa de la atención que el piloto le presta a la rubia.

Aunque eso es imposible.

¿No?

Uno de los guardaespaldas que nos acompañan se acerca a Briana.

—Señorita Bush… —comienza a decir, pero no logro escuchar el resto, porque se lo susurra a Briana al oído.

La cara de la pelirroja se deforma a medida que lo escucha.

—¿Estás seguro?

El grandullón asiente.

—¿Está todo bien? —pregunto.

Briana me dedica una sonrisa calmada, pero no hay calma en su mirada.

—Enseguida vuelvo.

Le hace una señal con la mano al guardaespaldas y ambos comienzan a alejarse del grupo. Cuando le pasan por delante a Oliver, este clava los ojos en Briana casi como en un acto reflejo.

La mira hasta que su figura y la del grandullón se desvanecen entre los puestecitos y los decorados sin colocar.

¿Qué estará pasando?

Me quedo un segundo quieta, sin entender bien lo que ocurre a mi alrededor y con el cerebro apagado.

No es hasta que siento una presencia a mis espaldas, que vuelvo a poner todos mis sentidos en alerta. Mi cuerpo se tensa al instante ante ese olor a colonia de hombre y esa sensación de estarme ahogando antes de lanzarme al agua.

—¿Qué pasa, Brook? ¿Tu perrito guardián no ha podido acompañarte hoy?

Pego un salto en el sitio y me doy la vuelta casi al instante.

Asher me recibe con una media sonrisa que podría hacer pecar a un ángel. A pesar de vestir con un traje impecable y muy caro, las manos en los bolsillos y esa forma inocente con la que inclina la cabeza solo refuerzan la imagen de chico surfero y calmado que tengo de él.

¿Cuándo ha empezado a ir detrás de mí?

Procuro calmar mi respiración.

—No sé de qué estás hablando —miento.

—Te le has escapado, ¿verdad? —Da un paso hacia mí y yo doy un paso hacia atrás. Nuestra diferencia de altura no me intimida, pero su cercanía sí—. Muy mal, Brook, no me esperaba eso

de ti.

Me quedo mirando sus ojos azules.

Joder.

¿Por qué últimamente solo me rodeo de hombres que podrían sacarme un pulmón por la boca solo con respirar cerca de mí?

Desde que lo vi en su despacho su nivel de belleza no se ha reducido ni un ápice.

Es increíble.

—¿Te has pensado lo de nuestra cita?

Arrugo las cejas.

—No hay nada que pensar.

—¿Acaso todavía no has conseguido convencer a tu novio?

—No es mi novio —chisto.

—¿Cómo sabes de quién estoy hablando?

Asher amplía su sonrisa. Hay malicia brillando en sus ojos.

A mí se me suben todos los colores de golpe y siento la necesidad de asegurarme de que nadie nos está escuchando.

Por suerte, Makeila está entretenida molestando a Oliver y el único guardaespaldas que queda no podría parecer menos interesado en nosotros o en nuestra conversación.

Vuelvo la vista a Asher con los puños apretados.

Comienzo a tener ganas de manchar su perfecta piel con un morado del tamaño de Hawái.

Y más cuando comienza a reírse como si nada.

—No te enfades, no te enfades —Alza las manos en son de paz—. Era una broma, mujer.

Quiero decirle que puede meterse sus bromas por el culo, pero no lo hago. Hasta que acabe el festival quiero que mi relación con Asher Wolf parezca lo más profesional posible.

Al menos delante de la concejala y de la chivata de Makeila, que arruga la cara cuando se gira y nos ve juntos. Me hace una seña para indicarme que vamos a seguir, pero tarda más de la cuenta en volver la vista al frente.

Yo camino detrás de ellos y procuro hacer el mínimo ruido posible.

Asher me sigue sin respetar demasiado mi espacio personal.

—¿De qué conoces al agente Blake? —Su pregunta me sorprende menos de lo que me esperaba, pero aun así la posibilidad de decírselo me provoca escalofríos.

Ni siquiera lo miro cuando digo:

—No creo que la respuesta te guste.

—Prueba.

¿Debería…?

Está claro que va a acabar enterándose, pero no sé si quiero que sea en este preciso momento. La idea de que me odie tan pronto no entra precisamente dentro de mis planes.

Aunque mirándolo desde otro punto de vista, quizás es mejor que se entere por mí y no por terceros.

Trago saliva.

—Trabaja para mi padre.

—¿Para tu padre? —Asiento. Sigo sin ser capaz de mirarlo, a pesar de que camina justo a mi lado—. ¿Pero como…? —No le hace falta acabar la frase. Lo sabe—. No puede ser. Por eso te

escondiste en mi despacho. ¿Eres la hija del desgraciado de Davis?

Esta vez sí que lo miro.

—Un respeto, que es mi padre.

La sorpresa y la incredulidad tiñen la expresión de Asher.

—Pero si no os parecéis en nada… Aunque bueno, ahora que me fijo, puedo percibir la misma energía destructiva detrás de esos ojos color miel —Se queda un segundo mirándome fijamente. El azul claro de sus ojos lucha contra el iris marrón-anaranjado de los míos. Es solo un segundo, pero revuelve hasta el último centímetro de mis entrañas—. ¿Sabe él que estás aquí conmigo?

—No y tampoco quiero que se entere.

No quiero ni imaginarme cómo reaccionaría mi padre si se enterara de que, no solo conozco a Asher Wolf, sino que encima me relaciono con él.

Le daría igual saber que ya soy una adulta que puede tomar sus propias decisiones, acabaría encerrada en la torre más alta como en una segunda versión más realista y aterradora de Rapunzel.

Cuando se trata de protegerme, mi padre no tiene límites.

—Umm… Una niña rebelde —Asher muerde su labio inferior con cierta picardía—. La verdad es que cada vez me caes mejor, Brooklyn Davis.

No soy una niña rebelde, pienso, pero ¿cuánto de eso es verdad? Después de todo, lo más emocionante que he hecho en mi vida, lo he hecho siempre a costa de mi padre.

No digo nada y, por suerte, Asher tampoco.

Seguimos andando en silencio hasta que llegamos a mi zona favorita del festival: los puestecitos de disparar al blanco.

Ahí es cuando una pregunta un tanto intrusiva se abre paso en mi mente. Me digo que no es una buena idea soltarla en voz alta, pero cuando veo la expresión relajada de Asher, sé que es ahora o nunca.

—¿Puedo hacerte yo también una pregunta?

Asher se detiene un segundo y yo hago lo mismo.

—¿Quieres saber dónde planeo llevarte en nuestra primera cita?

—¿Qué? ¡No!

Dios, ¿cómo es posible que mi padre tenga a alguien así, como principal sospechoso de un asesinato?

Niego con la cabeza.

—No es eso…

—Una pena —Sonríe—. Tenía la respuesta perfecta.

—No me cabe duda… —Hago una mueca, pero no dejo que sus chorradas me aparten del tema—. En realidad, lo que quería preguntarte tenía más que ver con el interrogatorio que te hizo mi padre en tu despacho.

Asher desvía su atención a un cartel que pone «cinco disparos por dos dólares», pero sé que me ha escuchado. Simplemente sé queda en silencio un rato, como perdido entre el cartel y sus pensamientos.

—¿Qué quieres saber? —dice al fin. Trata de sonar relajado, pero es evidente que mi pregunta lo ha puesto en alerta. Noto su voz más rígida y seca que hace un segundo.

—¿Sinceramente? —De repente estoy nerviosa—. Me gustaría saber si estoy hablando con un asesino o no.

Me mira.

—¿Tú qué crees?

—Yo no creo nada.

Suelta una risa que detiene un segundo mi respiración.

—En el fondo sabes lo que crees, si no, no estarías hablando conmigo.

Touché.

Ahora mismo pondría la mano en el fuego en que algo se les está escapando a Dylan y a mi padre, pero no pienso decirle eso.

—Mira —continúa antes de que me dé tiempo a pensarlo—, estaba en un mal lugar, en una mala hora, eso no me convierte en un asesino.

—Lo sé, lo sé —Aparto la mirada—. Perdona por la pregunta. Lo último que quería era incomodarte.

—No me incomodas, pero ¿de verdad crees que un asesino tendría una cara como esta?

Mueve las cejas de arriba abajo y yo pongo los ojos en blanco.

—Que seas guapo no te hace inocente.

—O sea que crees que soy guapo.

Mierda.

Ya lo ha hecho otra vez.

Noto el calor en mis mejillas.

—No empieces, por favor.

Sé que quiere burlarse de mi pequeño error, pero por suerte Makeila y Oliver se acercan a nosotros antes de que pueda abrir la boca.

Trato de ocultar mi alivio.

—Bueno, Asher —La voz de Makeila suena más dulce y amable de lo habitual cuando pronuncia el nombre del empresario— ¿Qué te ha parecido todo? Oliver dice que le ha encantado.

No me pasa desapercibido como ya no se molesta en llamar al hermano de Asher por su apellido. Está claro que acapararlo durante todo este rato le ha servido para por lo menos ganarse su confianza.

Miro un segundo a Oliver.

Ni siquiera parece percatarse de lo que ocurre, sus ojos se mantienen fijos en el único guardaespaldas que le queda ahora.

—La verdad es que estáis haciendo un trabajo estupendo con todo esto —Escucho que responde Asher con educación. Lo que dice a continuación es lo que me descoloca—. Hasta me han entrado ganas de participar si es que todavía estoy a tiempo.

—¿Qué? —Makeila y yo reaccionamos a la vez.

Hasta Oliver alza una ceja ante la sugerencia de su hermano.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que esto no solo podría ser bueno para las pistas, sino también para mi imagen —explica y enseguida sé a qué se refiere con eso—. Me encargaría de que la prensa cubriera el evento los días que dure y así atraer más público. A cambio, solo quiero formar parte, eso es

todo.

—No creo que sea… —Comienzo a decir, a la vez que Makeila suelta un—: Es una idea estupenda.

¿Se le ha ido la pinza?

—Brown…

—Davis, por favor —Alza la mano en mi dirección para que me calle, pero no aparta sus ojos coquetos de Asher cuando habla—. Que el festival estuviera cubierto por los medios sería increíble. El ayuntamiento recaudaría más fondos para el del año que viene y seguro que para otras actividades también. Así que por mí estás dentro, Asher.

—Genial.

Asher estira la mano seguramente como un defecto de fábrica de los empresarios para cerrar tratos. Makeila no duda en tomarla.

—Ahora mismo el comité está principalmente montando y pintando puestos, carteles, pancartas, preparando pedidos, etcétera —explica Makeila—. Como esta es la última semana antes del festival, estaremos reunidos casi todos los días. Puedes unirte a nosotros cuando mejor te vaya. Te mandaré mi dirección y la de Davis que serán los puntos principales de reunión.

Estupendo.

Ahora el mayor enemigo del FBI en este momento va a tener la dirección de mi casa.

Dylan va a matarme con sus propias manos.

—Perfecto —Asher no pierde la oportunidad de mirarme cuando dice—: Estoy deseándolo.

Después de eso, Oliver insiste en que tienen que irse y yo me quedo sola con Makeila y el pensamiento de que Asher Wolf va a convertirse en un problema más para mi lista.

22

BROOKLYN

—¿De verdad crees que ha sido buena idea meter a Asher en el festival? —Le pregunto a Makeila mientras aparco delante de mi casa—. ¿No tendrías que haberlo consultado primero con la concejala?

Ya es medianoche.

Con la tontería de que Oliver Wolf sea nuestro invitado en el festival, me he tenido que pasar el día con Makeila para preparar el puestecito en el que estará. La concejala quería que lo montáramos nosotras personalmente, así que no me ha quedado más remedio que tragarme a la rubia toda la tarde.

Estoy segura de que ambas hemos tenido más que suficiente de la otra por un día.

—La concejala estará de acuerdo —suelta sin más—. Tengo poder para tomar este tipo de decisiones, si nos benefician. Después de todo soy su nueva segunda al mando, por si se te ha olvidado.

No se me ha olvidado.

Imposible que se me olvide cuando no pierde la oportunidad de recordármelo.

En el fondo sé que lo hace para reafirmar que yo ya no lo soy y que ahora hay algo más en lo que ella está por encima de mí.

—Ya lo sé, pero hay cosas que quizás deberías saber antes de…

Makeila pega un grito repentino y me pone en alerta. Cuando sigo su mirada, no puedo evitar tener la misma reacción.

Hay una figura parada delante de mi coche, pero los faros no nos dejan visualizar quién es. Lo único que sé es que da un miedo terrible.

Apago el coche y casi saco la bilis por la boca cuando veo a Lewis. Está quieto, con una libreta en la mano y mirándonos como si no supiera dónde mierda está parado.

Dios.

Me llevo las manos al pecho.

Casi me da un infarto.

—Joder, ¿quién es ese personaje? —Makeila todavía está visiblemente alterada.

—Tranquila, es uno de los agentes de mi padre.

—¿Tranquila? —Makeila señala en dirección a Lewis como si quisiera asegurarse de que lo he visto bien. La verdad es que entiendo su reacción: su imagen de chico delgaducho, con el pelo color zanahoria y unas visibles ojeras debajo de sus ojos marrones, da miedo—. ¿Qué mierda hace ahí de pie?

—No tengo ni idea —murmuro más para mí misma que para ella.

Quito la llave del contacto y salgo del coche. Makeila se toma un par de segundos más, como si quisiera comprobar si el pelirrojo me ataca antes de exponerse. Al final sale también.

—Me has dado un susto de muerte, Lewis. ¿Se puede saber qué haces en la calle a esta hora?

—Perdona —Se rasca la cabeza, avergonzado—. Estaba tan concentrado trabajando en unas cosas, que no miraba por donde iba.

Niego con la cabeza.

—Podría haberte dado con el coche sin querer.

—O peor, podrías habernos matado del susto —le increpa Makeila por el otro lado. No me pasa desapercibido como lo recorre de arriba abajo con una mueca de asco—. Debería ser ilegal salir a la calle con esos pantalones.

Lewis echa un vistazo rápido a sus pantalones beige, pero la expresión de su rostro me dice que no entiende la pulla de Makeila.

—Perdonad, en serio. Es que ahí dentro no puedo concentrarme.

Giro la cabeza hacia mi casa.

—¿Qué pasa ahí dentro?

Por fuera no parece que ocurra nada.

Hay un par de luces encendidas y alguna que otra ventana abierta, pero reina el silencio de la noche y una calma hasta tétrica.

—El agente Blake está un tanto de mal humor —explica Lewis, aunque apostaría lo que sea a que quiere decir «insoportable»—. Ha estado dándonos órdenes sin parar durante todo el día y ahora tiene a algunos reunidos en el jardín, practicando su puntería. Yo me he librado porque soy un novato, pero tienen ahí un percal... Mis compañeros lo están pasando bastante mal.

Ese cabrón de Dylan.

Ya puedo imaginarme la razón por la que ha estado ladrándole a sus agentes toda la tarde.

No tiene ningún tipo de piedad.

Se enfada y todo el puto mundo tiene que tragarse su infierno.

Aprieto los puños.

—Será imbécil… —murmuro y hago el amago de dirigirme hacia casa, cuando escucho la voz de Makeila decir:

—Voy contigo.

La miro mientras rodea mi coche para subir a la acera. Sus tacones de aguja la hacen ir más lenta de lo normal.

—¿No tienes que regresar a tu casa? —le pregunto con la esperanza de hacerla cambiar de opinión. ¿Por qué mierda quiere venir conmigo? — Es tarde.

—Mi madre ha vuelto hoy de uno de sus viajes, así que no, no tengo ninguna prisa por volver —Se alisa la falda antes de colocarse a mi lado—. ¿Vamos?

Hago una mueca, pero no le digo nada. Le echo un vistazo a Lewis, que sigue parado delante de mi coche como un ciervo ante unos faros.

—¿Tú no vienes, Lewis?

—No, gracias, prefiero quedarme aquí —responde y comienza a ojear su libreta—. Hay algo del caso en el que estamos trabajando que todavía no me cuadra. Llevo días pensándolo y no sé… Quiero trabajar en eso un rato más.

—Muy bien… Cómo desees.

Me lo quedo mirando un segundo de más.

Parece tener muchas anotaciones en esa libreta y por un momento se me viene a la cabeza la posibilidad de que Lewis haya escrito sus propias teorías de quién puede ser el culpable del asesinato que investigan.

¿Creerá él también que el único culpable es Asher o tendrá otros sospechosos?

Tengo ganas de quedarme y hacerle cientos de preguntas, pero sé que no es ni el momento ni el lugar.

Aunque pienso volver a él más tarde.

Esquivo el camino de piedra y me dirijo a la puerta trasera que da a la piscina. El olor a colonia de marca de Makeila, me sigue de cerca.

Cuando llego al jardín no me sorprende lo que encuentro.

Todos los agentes están acumulados cerca de la zona de disparo. No hay muchos, tal vez dos o tres más, aparte de los que ya conozco. Está claro que esta es una sesión de entrenamiento privado.

La mayoría están sentados en el suelo o en una silla mientras observan en silencio a Emma delante de la diana. Tiene una navaja táctica en la mano y está apuntándola contra la diana en forma de persona.

Está claro que se está preparando para lanzarla.

Tiene todo el cuerpo rígido y desde aquí puedo percibir la tensión que flota en el aire.

Mis ojos recorren la zona en busca de una persona en específico.

Dylan.

Está apoyado contra el fresno que hay un metro más allá de la zona de disparo e incluso desde mi posición puedo sentir la oscuridad que lo rodea ahora mismo.

Tiene su propia navaja en la mano y juega con ella mientras observa la escena que se desarrolla ante sus ojos. Parece tranquilo, aburrido, como la brisa antes de la tormenta. Se está alimentando de la confusión y el desasosiego que él mismo ha creado.

Vuelvo la vista a Emma.

Todos parecen estar aguantando la respiración a la espera de que lance. Hasta yo.

—¿Qué están haciendo? —Makeila está tan quieta detrás de mí, que por un segundo había olvidado que estaba ahí.

—Practicar su puntería…

—¿Y por qué siento esta presión en el pecho?

No contesto porque en ese instante Emma lanza la navaja directa a la diana. Es un lanzamiento limpio, prácticamente perfecto, pero que acaba a un lado de la cabeza del muñeco.

No en el centro.

Como estoy segura de que esperaba Dylan, porque ladra:

—Otra vez.

—Pero si ya lo he intentado tres veces —Puedo ver la frustración reflejada en los ojos de Emma cuando lo mira.

Pero él ni siquiera se inmuta.

Su expresión se mantiene fría e impasible.

—Eres una agente de campo. Deberías haberlo hecho a la primera. Otra vez.

Emma gruñe y se acerca a coger la navaja de la diana.

Nadie dice nada, pero noto el abatimiento colectivo. Me pregunto cuántas horas llevarán aquí. Y aunque no es culpa mía, indirectamente siento que sí.

Quizás si no me hubiera escapado, Dylan no estaría soltando toda su mierda encima de los demás.

Tengo que arreglarlo.

O por lo menos cantarle las cuarenta a ese imbécil.

Me acerco hacia dónde están todos y Makeila me sigue. El primero en vernos es Tommy, que me sonríe ligeramente antes de hacerle una señal a Dylan.

Este alza la cabeza para mirarme, pero casi preferiría que no lo hiciera. No me había fijado antes, pero a tan poca luz sus ojos grises se ven incluso más aterradores y oscuros de lo normal.

No me dicen nada.

Están vacíos de emoción.

Esa es mi señal de que está cabreado como la mierda.

Y conmigo.

—Ahora vuelvo —Le digo a Makeila, pero ella ya se ha acercado al resto y no me está prestando atención.

Por un segundo considero la posibilidad de quedarme con ellos, pero me siento atraída por la tormenta de forma inevitable. Doy un paso tras otro y cuando quiero darme cuenta, me veo envuelta en ese familiar olor a jabón que no me deja pensar con claridad.

—¿Acaso se te ha ido la pinza? —Me tiembla la voz y automáticamente tengo ganas de pegarme en la cabeza.

Dylan sigue con la mirada clavada en mí.

Estamos a un par de centímetros y aunque no quiero pegarme más, mi cuerpo arde por estar más cerca de él.

—Me he enterado de qué te has pasado la tarde ladrándole mierda a los demás. ¿Se puede saber por qué estás haciéndole la vida miserable a todo el mundo?

No dice nada.

Juega con su maldita navaja sin quitarme el ojo de encima. Su cuerpo sigue en una posición relajada, pero noto la tensión que se acumula en sus hombros incluso a través de su camiseta blanca.

Ni siquiera soy capaz de quedármelo mirando más de dos segundos. Hoy hay un puto agujero negro sustituyendo cualquier rastro de humanidad que hubiera tras esos ojos grises.

Me remuevo incómoda.

¿Por qué mierda no me habla?

—¿Qué pasa? ¿Ahora me vas a ignorar?

En lugar de dignarse a decirme cualquier mierda, lo que hace es estirar su mano libre y tirar de mí por el brazo hasta que estoy pegada a él. Se me descontrola el pulso al instante. Me aprieta por la cintura y esconde su cara en el hueco que hay entre mi hombro y mi cuello.

Aguanto la respiración.

Noto el tacto suave de sus labios contra mi piel y como trata de quedarse con mi olor, pero no puedo concentrarme en las mariposas que se acumulan en jauría en mi estómago.

Me está abrazando. Me está abrazando con sus agentes a menos de dos metros de nosotros.

Solo haría falta que uno de ellos se gire ahora para que sacara las cosas de quicio, para que lo que él tanto teme, ocurra.

Pero parece darle igual.

Su agarre se hace cada más fuerte en mi cintura, como si quisiera fundir nuestros cuerpos en uno.

Está claro que aquí pasa algo.

Aunque no estoy muy segura de qué puede ser. Por eso y porque me preocupa lo fuerte que late mi corazón, le pregunto en un tono suave:

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Niega con la cabeza y me hace cosquillas con el desorden de su pelo negro. Al principio creo que no va a decirme nada otra vez, pero me equivoco.

—Estoy cabreadísimo contigo.

Trago saliva.

—¿Y por eso tienes que explotar a tus agentes?

Dylan suelta una risa seca que me da escalofríos y después alza la cabeza para mirarme.

—¿Crees que esta mierda es por ti? —Me encojo de hombros y él se muerde el labio inferior como si intentará no decir una estupidez. De repente me siento ridícula—. No tienes ni puta idea.

La forma en la que lo dice me toca la fibra sensible, pero no dejo que lo note. Si quiere comportarse como un imbécil, ni de coña voy a darle el gusto de saber que me afecta.

—Si los tengo así es porque son unos vagos de mierda que se creen que estamos de vacaciones —escupe y echa un vistazo rápido por encima de mi hombro antes de volver a mí—. Tú no tienes nada que ver.

Auch.

Creo que, si me hubiera apuñalado con su navaja, me hubiera hecho menos daño.

—Pues vale.

Trato de zafarme de él, pero Dylan reafirma su agarre en mi cintura y no deja que me mueva.

Le lanzo una mirada de pocos amigos.

—¿Te has enfadado? —Ni siquiera parece darse cuenta.

—No —chisto y vuelvo a tratar de que me suelte, pero cuanto más me retuerzo más fuerte se vuelve su agarre. Mi camiseta se alza con el movimiento y en nada siento el tacto de sus dedos directamente sobre mi piel. Fríos y firmes.

—Te has enfadado —afirma él solito.

—Déjame en paz.

Sus labios se estiran en una media sonrisa letal y sin pedir permiso, acerca su cara a la mía y me planta un beso.

Abro los ojos de golpe.

No dura más que un par de segundos, pero es suficiente para mi mente se descoloque y no pueda pensar.

Después me suelta y se aparta del árbol para hacerle una señal a Elliot.

—No te lo tomes como algo personal, caramelito, pero son agentes de campo del FBI y lanzan como putos novatos. Necesitan esto.

Imbécil.

Me tomo un segundo para recuperarme antes de colocarme a su lado y observar al resto de agentes.

Veo a Makeila acaparar la atención de la mayoría con alguna gilipollez de las suyas. Los tiene a todos enganchados con su increíble labia. A todos menos a Tommy y a Elliot, que parecen haberse apartado del grupo.

Por la seriedad de sus rostros, diría que están hablando de un tema importante, pero desde aquí apenas se les escucha.

—Por favor, están lanzando así porque están cansados —digo y veo como Emma sigue intentando que sus lanzamientos acaben en el centro—. Cualquiera podría darle al blanco.

—¿Eso crees? —Dylan a penas me presta atención. Tiene la vista fija en Elliot y Tommy que no parecen reaccionar cuando los llama.

—Totalmente.

—Muy bien, pues si te parece tan fácil, vas a hacerlo tú.

—¿Qué?

Eso sí que no me lo esperaba.

Dylan gira un segundo la cabeza en mi dirección. Su sonrisa pícara me pone nerviosa.

—Si aciertas al blanco con mi navaja como acertaste con mi pistola, te prometo que los dejo en paz por hoy —Estira su navaja para que la coja. Por un segundo me planteo rechazarla, pero al final la cojo.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Por qué? ¿No te ves capaz?

Vuelve a mirar a Tommy y a Elliot.

—¡Elliot! —Llama al rubio y este lo mira con cara de preocupación, antes de desviar la mirada hacia algún punto en el techo de la casa—. ¿Qué coño pasa?

Dylan sigue la mirada de su compañero, pero yo estoy demasiado atenta a la navaja que tengo en mis manos como para fijarme también.

¿En serio espera que pase una prueba de agente de campo?

Aunque supongo que, si puedo pasar la prueba de disparo, puedo pasar esta.

Alzo la cabeza para decirle a Dylan que voy a hacerlo y todo pasa en un abrir y cerrar de ojos: Tommy le grita algo que no consigo escuchar y un segundo después Dylan me coge de la cintura para cubrir mi cuerpo con el suyo y apartarnos hacia un lado.

El sonido de una bala impactando en el aire, me hace soltar un chillido involuntario. A mí, a Makeila y al resto, pero no puedo concentrarme en ellos.

Tengo la cara oculta en el pecho de Dylan y noto como se mueve contra mí para sacar su arma y apuntar a algún lugar desconocido que no quiero ver. En este momento lo único que deseo es fundirme con él.

¿Qué mierda ha sido eso?

—Dylan —Mi voz sale desesperada.

Soy incapaz de mirar qué ha pasado.

Me está temblando todo el cuerpo como una maldita hoja.

—¿Estás bien?

Su voz cerca de mi oreja relaja mis pulsaciones, incluso si suena tan ansiosa como la mía. Asiento con la cabeza, pero ambos sabemos que es mentira. No estoy bien. Ni de coña.

—Joder… ¡Elliot!

De reojo veo a Elliot y al resto de agentes acercarse a toda ostia hacia donde estamos nosotros. Makeila va acompañada de un agente que no reconozco y que la sujeta por los hombros como si fuera a caerse.

—¿Estáis bien? —Escucho que pregunta Elliot.

Esta vez hago un esfuerzo por alzar un poco la cabeza y enfrentarme a lo que tengo a mi alrededor. Nada ha cambiado, el aire fresco sigue peinándome la cara y las estrellas y las farolas de la calle iluminan el sigilo de la noche igual que hace medio minuto.

Si no fuera porque ahora mismo estoy rodeada de miradas de preocupación e impotencia, probablemente pensaría que lo he imaginado todo.

Pero no.

—¿Alguien ha intentado dispararnos? —pregunto en un hilo de voz.

Tommy mantiene una expresión fría mientras alza la vista al tejado y responde sin querer:

—Más bien diría que alguien ha intentado dispararte.

Noto como el color abandona mi cara.

¿A mí?

Creo que voy a vomitar.

Dylan me aprieta con fuerza contra él como si notara que me está bajando la presión.

—Emma, ve a despertar a los novatos —El tono de Dylan es más firme y determinado que antes. Su mirada se alterna entre sus agentes y el tejado. ¿Es de ahí desde dónde han disparado? —. Tommy necesito que tú y dos más peinéis el techo. El resto registrad toda la maldita casa y los alrededores. Quién sea que haya disparado no puede haber ido muy lejos.

No necesitan que se los repita.

Dylan da una orden y ellos se ponen en marcha a la cuenta de cero.

Los únicos que se quedan con nosotros son el agente que le está prestando confort a Makeila y Tabatha.

—Dylan estás sangrando —Es lo primero que dice Tabatha antes de señalar a la parte baja de la camiseta de Dylan.

Mis ojos van hacia esa zona como poseídos.

Tiene razón.

Hay una mancha de sangre que se extiende por su camiseta blanca. Y cada vez va a más.

—¡Dios! ¿Te han dado? —Makeila se lleva las manos a la boca, en shock.

—No me han dado —Dylan se levanta un poco el bajo para que podamos ver la herida. No le han dado, pero la bala definitivamente lo ha rozado muy de cerca. Tanto como para hacerle una herida—. Solo es un roce.

¿Cómo puede estar tan tranquilo?

He hecho prácticas en hospitales en los que la gente se desmayaba por menos.

Está claro que tiene un buen aguante al dolor, pero aun así no es inmortal. Si esa mierda se le infecta, podría ser peor que una herida de bala.

—Vamos —Me deshago de su agarre a regañadientes y lo cojo del brazo—. Tenemos que curarte eso antes de que se infecte y sea mucho peor.

No dejo que me cuestione y tiro de él a pesar de que mi cuerpo me grite que no me mueva de donde estoy. Siento pánico con solo pensar en que puede haber un asesino vigilándome ahora

mismo, pero necesito curarle eso.

Necesito distraerme con algo que no sea el pensamiento de que alguien ha intentado meterme una bala entre ceja y ceja y ha fallado.

Ha fallado.

Lo que significa que volverá a intentarlo.

23

DYLAN

—No te muevas —La voz del caramelito suena más suave y baja de lo normal cuando me habla; como si creyera que puede hacerme daño solo por abrir su boquita.

Es casi demasiado adorable.

Y tengo ganas de picarla, pero no lo hago. No esta vez. Simplemente me quedo quieto mientras la observo rebuscar en el estante en busca de su botiquín.

Me ha traído al baño de su habitación y me ha hecho sentarme sobre el váter, a pesar de que le he dicho mil veces que estoy bien. Pero joder, es cabezota de cojones y tampoco tengo ganas de discutir con ella.

No puedo perder el tiempo con esa mierda ahora.

Mi cerebro no para de bombardearme con pensamientos intrusivos que me están volviendo loco. Me duele la puta cabeza y no consigo ordenar mis ideas. Joder.

Encima hace un calor de la hostia. El sudor me pega el pelo a la cara y quiero apartarlo con una mano, pero el simple movimiento hace que la herida que tengo cerca de la cadera se resienta.

Aprieto los labios para no dejar escapar una maldición y justo en ese instante Brooklyn se gira hacia mí con su botiquín en mano.

Se agacha a mi lado y lo deja un segundo en el suelo. Su mirada se queda fija en la zona manchada de sangre de mi camiseta.

—Vale, a ver —Alza mi camiseta con cuidado de no hacerme daño. Le están temblando un poco las manos y puedo ver la angustia reflejada en sus ojos miel—. Necesito que te sujetes el dobladillo, ¿crees que puedes hacer eso?

Ni siquiera lo pienso.

Me cojo del cuello de la camiseta para quitármela y la tiro al suelo en un solo movimiento. Está arruinada de todas formas. Sé de buena mano que es una mierda tratar de sacar manchas de sangre de la ropa.

Brooklyn traga saliva sin apartar los ojos de mí.

—Muy bien. Supongo que eso también me vale —murmura y comienza a rebuscar lo que necesita en su botiquín.

Yo no digo nada, solo la miro.

Saca un bote con agua y una toallita y después vuelve la vista a mí.

No puedo apartar mis ojos de su rostro mientras empapa la toallita de agua y me la coloca sobre la herida. Escuece un poco, pero no lo suficiente como para que me importe. Estoy muy concentrado en Brooklyn y en como se muerde el labio inferior y mueve la nariz cuando acaba

de limpiarme la sangre.

Se ve tan malditamente vulnerable…

Cualquiera podría aprovecharse de ese aspecto de niñita mimada. Cualquiera *querría*. El brillo inocente de sus ojos es casi una provocación. Joder. Sería tan fácil hacerle daño que me hierve la puta sangre.

¿Por qué mierda tiene que verse tan accesible?

Como si pudiera leerme la mente, murmura:

—Dylan, ¿por qué crees que alguien intentaría dispararme?

Tenso la mandíbula.

Mierda.

¿Ahora qué?

No me está mirando, pero sé que está esperando una respuesta, algo que tranquilice el temblor de su cuerpo.

Podría decirle que es hija del maldito Nil Davis y que estoy seguro como la mierda de que esto es culpa de los cientos de enemigos que se ha ganado su padre por ser un cabronazo, pero sé que eso tal vez venga del odio que siento por Davis.

No va a ayudarla en nada.

De hecho, seguramente la asuste más.

Y eso es lo último que quiero.

Yo lo que quiero es meterle una bala entre ceja y ceja al imbécil que ha intentado acercarse a ella.

Me importa una mierda de quién sea hija, nadie va a tocarle un pelo si yo puedo evitarlo. Me van las pulsaciones a mil. Tengo ganas de estampar algo contra la puta pared, pero cuando Brooklyn alza un segundo la cabeza para mirarme, toda la adrenalina se me baja de golpe.

Nadie va a hacerle daño porque tengo un equipo de agentes peinando toda la casa y porque ella está aquí conmigo ahora, donde puedo verla.

Pienso cargarme a quien haya intentado dispararle, pero no tengo por qué decírselo. Por eso, en lugar de responder su pregunta, le devuelvo otra.

—¿Siempre has querido ser enfermera?

El caramelito arruga las cejas como si no comprendiera a qué mierda viene esa pregunta ahora.

Yo tampoco lo sé.

Solo quiero distraerla y la habilidad con la que sus dedos recorren mi piel mientras trata mi herida, me recuerda que hay muchas cosas de esta morena insoportable que todavía no sé.

A pesar de qué no entiende por qué no quiero responderle, al final suspira y suelta:

—Bueno, siempre ha sido mi idea, pero nunca me pareció real hasta que entre en la carrera —Se queda un segundo mirando la zona de piel que tengo marcada y después vuelve a girarse hacia el botiquín—. Aunque ahora que la he acabado, ya no estoy tan segura de querer dedicarme a esto para el resto de mi vida.

—¿Por qué no?

—Me encanta ayudar a la gente, sobre todo a los niños —La imagen del pequeño insolente al que curó en la fiesta de su padre, acude a mi mente y no puedo evitar hacer una mueca—, pero tienes que estar mentalmente preparado para ver muchas desgracias al día y no sé si estoy

dispuesta a eso.

Asiento.

Creo que puedo entender a lo que se refiere.

—Si lo planteas así, tu trabajo y el mío no son tan diferentes.

Vuelve a girarse hacia mí con una especie de pomada en la mano. Tiene plantada una media sonrisa en la cara que despista a mis sentidos por un segundo.

—¿Cuál es la mayor desgracia que has tenido que enfrentar? —pregunta en un tono inocente.

Sé que se refiere al trabajo, pero no puedo evitar disociarme y empezar a vagar entre los recuerdos más oscuros de mi mente. Exactamente a un día como hoy hace catorce años, el día en que mis padres murieron y la maldita razón por la que he estado de un humor de perros toda la tarde.

Ni siquiera me acordaba.

No ha sido hasta que Richards, el director del FBI, me ha llamado para preguntarme cómo estaba, que lo he recordado.

Joder, a media tarde he recordado que mis padres murieron en un puto incendio en nuestra propia casa, el mismo verano que me enviaron a ese campamento de mierda en Canadá.

Es como si su recuerdo se estuviera disipando en mi mente sin que yo pueda evitarlo. Eso me cabrea como el infierno.

Y ahora ha vuelto a pasarme lo mismo.

En lo único en lo que puedo centrarme es en el maldito hecho de que hay un intruso en la casa que ha intentado pegarle un tiro a la niñita de papá.

¿Qué me pasa? Es como si ya no recordara la mierda que de verdad es importante para mí. Lo que hizo que quisiera seguir los pasos de mi padre como agente del FBI.

Y todo es culpa de esos ojitos color miel que me están volviendo loco.

Todo mi cuerpo se pone en tensión y sé que Brooklyn lo nota.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo que no debía?

—No —Sueno más cortante de lo que pretendo, pero supongo que es lo mejor para evitar que curiosee.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Joder, *sí*.

Y ni siquiera lo entiendo. Tal vez es esa estúpida carita que tiene que la hace parecer inocente de cualquier crimen, cuando la realidad es que me está matando.

Últimamente va por ahí ocupando cada uno de mis malditos pensamientos y lo que peor es que no se da cuenta. No sabe la mierda que provoca en mí. Eso solo hace que esté más enfadado con ella.

—No estoy enfadado —miento.

—Mientes —dice resuelta y abre la pomada para para aplicarme un poco sobre la herida.

Casi tengo ganas de reírme.

A veces se me olvida que el caramelito es también una Davis. Analítica de cojones como su padre, y más cuando se trata de gente. ¿Cómo sino podrían manipularlos a su antojo? Tienen que conocer sus debilidades para después aplastarlos.

Eso es lo que he visto con Nil y lo que estoy seguro de que Brooklyn ha heredado de él.

Un poquito de oscuridad para el angelito.

He aprendido a levantar mis barreras alrededor de Nil, pero cada vez me resulta más complicado mantenerlas con Brooklyn. Ella quiere saber más y yo quiero que lo sepa todo.

Aunque eso me condene.

Y joder si va a condenarme que me guste la hija del diablo.

Le alzo la carita por la barbilla. Necesito que me mire, incluso si me quema el roce de su piel contra mis dedos.

—¿Quieres que te diga la verdad? —le pregunto y mis ojos están fijos en los suyos. En como vibran intentando mantenerse fijos ahí.

—Por favor —Cuando habla su labio inferior hace contacto momentáneo con mi pulgar y tengo que apartar la mano para mantener el control sobre mí mismo.

—Sí, sigo enfadado contigo, porque me saca de quicio que seas tan malditamente incontrolable —Mi tono suena serio y fuerte, pero no la estoy regañando, más bien me siento como si estuviera suplicándole. Suplicándole que salga de mi puta cabeza—. Eres incapaz de hacerme caso, prefieres volver mi existencia un puto caos.

—¿Por eso intentas controlar todo lo de tu alrededor? ¿Por qué no dejo que me controles a mí?

Pongo los ojos en blanco.

—Ya te he dicho que lo de antes no tiene nada que ver contigo.

—Entonces dime por qué has estado tan cabreado hoy —Sigue dándome esa mirada de corderito perdido. Aprieto los labios—. Sé que no lo parece, pero no te odio, puedes confiar en mí.

Quiero preguntar a qué se refiere con eso de que no me odia, pero vuelve la vista a mi herida para seguir aplicando pomada y creo que he perdido la oportunidad.

No va a aceptar que vuelva a esquivar su pregunta y yo tampoco sé si tengo ganas de hacerlo.

Quizás lo que necesito sea decírselo a alguien. Quizás lo que necesito es soltarlo para que alguien alivie mi culpa.

O quizás solo quiero que ella lo sepa.

No lo sé, pero suspiro y al final digo:

—Hoy es el aniversario de la muerte de mis padres y no me he acordado hasta muy tarde.

Ya está.

No digo nada más, porque tampoco siento que deba hacerlo.

Con eso es suficiente para que Brooklyn lo entienda. Al menos eso creo, porque no dice nada durante un par de segundos que se me hacen eternos. Solo aplica pomada en mi herida en silencio hasta que se siente lista para hablar.

—Lo siento —Es lo primero que dice. Esta vez no me mira, prefiere seguir centrada en su tarea y yo también lo prefiero. Si me mira ahora, no sé si sería capaz de ocultar el vacío que noto en el pecho—. No puedo ni imaginarme lo que debe de ser perder a tus dos padres a la vez, pero creo que puedo entender lo que sientes ahora. Esa sensación frustrante de que estás olvidando una parte importante de tu vida.

Cierra la pomada y la vuelve a guardar en el botiquín. Esta vez lo que saca es una gasa blanca y algo de cinta médica.

—Me pasa cuando mi padre o Blue me hablan de mi madre. Yo nunca la conocí, pero aún así

siento que es una parte importante de mi vida de la que debería tener recuerdos y no tengo. Y eso a veces me frustra —Esta vez conecta sus ojos con los míos—, pero sé que, aunque mi mente no la recuerde, yo siempre seré parte de ella y ella siempre será parte de mí. Después de todo, era mi madre.

Nunca me había parado a pensar en qué había sido de la madre de Brooklyn.

Suponía que habría muerto, pero nunca me he tomado un segundo para confirmarlo, para saber su historia con Brooklyn y cómo puede afectarle a ella el hecho de no tener una figura materna.

Aunque supongo que la agente Jack cubre bien ese puesto.

Lo que es un alivio conociendo al imbécil de su padre.

—En tu caso los recuerdos se disipan, pero el amor no y eso es lo importante —continúa mientras asegura la gasa sobre mi piel con la cinta médica—. Listo —Sonríe—. Por suerte no vas a necesitar puntos.

Hace el amago de levantarse del suelo, pero la sujeto por el cuello deteniéndola a medio camino.

No sé por qué lo hago.

Simplemente enrollo su pelo entre mis manos y la atraigo hacia mí en un movimiento rápido y posesivo.

Su olor dulce invade mis fosas nasales al instante.

Necesito sentir que es mía una vez más antes de volver a la puta realidad.

A la realidad de no poder tenerla cuando yo quiera.

A la realidad de que en verdad no me pertenece y nunca va a pertenecerme del todo porque es una Davis.

Dejo toda esa frustración momentánea contra sus labios. Es un beso tosco que la obliga a apoyar la rodilla entre mis piernas y a colocar sus manos sobre mi pecho.

Mi lengua invade su boca y no puedo resistirme a la tentación de dejar que mi mano libre la sujete por el culo y la pegue más a mí.

Noto el bulto que crece en mis pantalones y tengo que luchar contra la urgencia primitiva de ponerla de rodillas y pedirle que lo solucione.

No puedo hacer esto con ella.

Ese es el castigo de trabajar para su padre.

Me alejo de Brooklyn en el instante perfecto para ver su carita anonada. Todavía está procesándolo.

Sonrío.

—Será mejor que vayamos a ver qué ha pasado.

No dice nada.

No puede.

Solo asiente.

Así que me levanto arrastrándola conmigo. Ella se queda a un lado recogiendo el botiquín y yo mientras me agacho a recoger mi camiseta del suelo para ponérmela.

Después le abro la puerta del baño para que salga primero.

—Dylan —La voz de Brooklyn sale prácticamente en un murmullo. Tengo que pegarme a ella para escucharla—, ¿puedes no comentarle nada a mi padre de esto por ahora?

Por un segundo creo que se refiere a nuestro beso y no entiendo nada, pero no tarda en añadir:

—No quiero que se vuelva loco pensando que alguien intenta matarme. Ya tiene suficiente con lo suyo —Me mira y veo la súplica en sus ojos—. Por favor.

Al principio no digo nada.

Sí que pensaba informar a su padre de lo que ha ocurrido esta noche. Después de todo, es mi jefe y su padre. Si no se entera por mí, va a acabar enterándose por otro y si no, se enterará porque Brooklyn lo dejará entrever a través de un miedo insensato por todo.

Una posibilidad que no me gusta una mierda.

Pero entiendo por qué el caramelito quiere que mantenga la boca cerrada por el momento.

Nil Davis es un padre controlador y muy sobreprotector.

Si se entera de que alguien ha intentado hacerle daño a su niñita en una casa llena de agentes del FBI, probablemente la encierre en una torre y después nos despista a todos. En ese orden.

—Está bien —digo—. No le diré nada por ahora, pero sabes que tarde o temprano va a enterarse, ¿no?

—Lo sé, gracias.

Nos dirigimos hacia la puerta de su habitación en silencio. Cuando la abro no espero encontrarme a Tommy al otro lado.

Está respirando con dificultad, como si hubiera corrido hasta aquí.

—¿Qué pasa, Tommy?

Su mirada no me transmite ningún tipo de tranquilidad.

—No hemos conseguido dar con el intruso. Ha debido de salir pitando en cuanto ha tenido la oportunidad.

Brooklyn pierde el color de la cara en un segundo.

—¿Qué?

—Lo siento, Brook. No sé cómo ha podido pasar —Tommy se ve realmente consternado—. Tiene que ser un profesional. Nadie se cuela en una casa llena de agentes y se esfuma como si nada.

No.

Eso es imposible a no ser que conozca bien la casa por dentro y por fuera o que tenga la ayuda de alguien más.

Aprieto los dientes y escupo:

—¿Un profesional o uno de los nuestros?

24

DYLAN

Tengo la orden de registro

-Elliot

Respondo el mensaje de Elliot con un simple «vale» y le digo que me la deje en el despacho de Davis cuando vuelva del juzgado. He tenido que mandarlo a él a por ella, porque aquí no me dan ni un puto segundo de paz.

Alzo la vista de mi móvil en el instante en el que Brooklyn está bajando las escaleras.

Hablando del rey de roma.

Lleva otro de esos malditos vestidos veraniegos que tanto le gustan y que a mí me ponen de los putos nervios.

Es exactamente igual al que llevaba cuando ha dicho que iba a subir a cambiarse: blanco, escotado y ridículamente corto. Los componentes perfectos para hacer que cualquier imbécil pierda la cabeza.

Me tiene que estar vacilando.

Llevo veinte minutos apoyado en el marco de la puerta principal, esperando que la princesita se digne a salir de casa, pero ella parece tener de todo menos prisa.

Estoy seguro de que lo hace para tocarme los huevos.

Cuando se pone a retocarse el pelo delante del espejo de la entrada, pierdo la poca paciencia que me queda.

—¿Lo estás haciendo aposta?

—¿El qué?

Aprieto los dientes.

—Tardar una eternidad. Cuanto antes nos vayamos, antes volveremos.

Sonríe, pero no me mira.

Lo está haciendo aposta.

—Esto no va así —Ondea su melena negra para darle un volumen que no tiene—. Además, ¿no puede una chica ponerse guapa?

Gruño.

Y Brooklyn parece sentir cierta comprensión, porque al final suspira y dice:

—Está bien. Está bien. Vámonos —Coge sus llaves y su monedero de un cuenco y sale primero que yo—. Aunque sigo sin entender por qué tienes que venir conmigo.

Cierro la puerta y en dos pasos coloco mi cuerpo a centímetros de su espalda.

—Mientras sigas insistiendo en reunirte con un puto criminal, me tendrás pegado a tu culo las

veinticuatro horas del día —Estiro los labios en una sonrisa falsa—. ¿No era eso lo que querías, caramelito?

Murmura algo entre dientes que no consigo entender y después acelera el paso.

Solo vamos al otro lado de la calle, a casa de Makeila, pero aún así no aparto mis ojos de ella mientras camina por delante de mí.

Estamos a plena luz del día.

No van a tocarla.

Nadie es tan imbécil.

Pero no puedo evitar querer seguir cada uno de sus putos movimientos como un sabueso.

Todavía no sabemos quién cojones intentó dispararle y cuantas más horas pasan, más frustrante se vuelve la incógnita. Joder. Me siento un puto inútil.

Emma y Tabatha han revisado las cámaras del barrio en busca del sospechoso; Tommy se ha puesto a interrogar a los vecinos para ver si han visto o saben algo y Elliot ya ha recogido la bala perdida para analizarla.

Pero no han habido avances.

No tenemos nada.

Movilizaría a más agentes, pero los quiero centrados en el caso y no en esto. Y más ahora que existe la posibilidad de que tenga a un puto traidor entre los míos.

No me gusta sospechar de mi equipo, pero tampoco puedo descartarlos como culpables.

Davis no es un tipo muy querido.

Y todos sabemos que su hija es su maldito punto débil.

Si alguien quisiera ir a por él, no tendría más que apuntar a la cabeza de su princesita para hacerle daño.

Tampoco ayuda una mierda que Brooklyn tenga miedo y no lo diga. Sé que trata de fingir que está más tranquila y que confía en que daremos con el intruso, pero noto las ojeras debajo de sus ojos. No consigue conciliar el sueño y todo porque se siente insegura.

No quiero que se sienta insegura en su propia casa.

No quiero que se sienta insegura a mi alrededor, joder.

Brooklyn llega a la puerta de Makeila dos segundos antes que yo, pero no me espera antes de tocar el timbre.

Un minuto después aparece una chica bajita y rubia. La reconozco de cuando acompañe al caramelito a casa de la concejala Miller.

—Brook, ya pensábamos que no venías.

—Perdona, Tina, he tenido algún contratiempo —Me lanza una mirada de reojo y la rubia la imita— ¿Habéis avanzado mucho?

—Las señoras se han ido hace poco a la zona de puestecitos y Lynn está reunido con la banda, ensayando. El resto seguimos aquí todavía, pintando carteles y ¿a qué no sabes quién nos está ayudando? —Se lleva las manos a la boca intentando contener la emoción—. ¡El hermano de Oliver Wolf! Casi me da un infarto.

Brooklyn le dedica una sonrisa de boca cerrada.

—Lo sé, Makeila lo invitó a unirse a nosotros.

Me paso la lengua por el labio inferior.

No entiendo por qué ese imbécil no puede mantenerse al margen. Me enerva la sangre que se

crea que es inmune a la puta ley.

Está jugando con su suerte involucrándose con el comité y en cuanto Elliot me entregue esa orden de registro, pienso borrársela de un plumazo.

—Vamos, pasad.

La rubia se hace a un lado para dejarnos entrar. Cuando paso por su lado noto su mirada inquisitiva, pero la ignoro y sigo a Brooklyn por el pasillo.

No puedo evitar estirar mis labios en una media sonrisa al ver que su dichoso vestidito no solo le marca las curvas, sino que también le realza el culo.

—Tenías razón —digo sin pensar.

Brooklyn se gira hacia mí y alza una ceja.

—¿Sobre qué?

—El vestidito de los cojones te sienta bien.

Abre los ojos de golpe y sus mejillas adquieren un tono rojo que solo consigue que me entren ganas de cogerla y hacerla mía en el primer rincón que encontremos. Últimamente controlarme a su alrededor se está volviendo una puta tortura.

Por suerte la rubita vuelve a aparecer antes de que pueda soltar alguna burrada.

—Por aquí —Se dirige a la puerta que hay al final del pasillo y nosotros la seguimos.

Brooklyn mantiene la cabeza gacha para ocultar su repentina vergüenza. A mí me da igual, lo que probablemente me convierte en un imbécil.

Cuando entramos a lo que parece el salón, mi diversión se esfuma de golpe.

Asher Wolf está sentado en una de las sillas del comedor mientras ayuda a pintar una *A* gigante en una pancarta blanca.

Está sonriendo y tiene su habitual aspecto de niñito perfecto.

Quizás por eso a Brooklyn le cae bien.

Los dos se resguardan bajo esa maldita fachada que no se cree nadie.

El problema es que Wolf no es ningún santo, es un asesino. Un puto asesino con demasiadas libertades.

Muevo la mandíbula cuando hace contacto visual con Brooklyn.

—Brook —La saluda sin alzar la voz. No le hace falta. Llama su atención con el simple hecho de mirarla.

Ella le sonríe —cómo no, porque no puede evitar ser como una maldita nube de azúcar— y después se acerca a él. Yo no me aparto de su espalda, a pesar de que mi presencia haga que más de uno en el salón deje su tarea para mirarme.

Aquí hay más gente de la que pensaba: en el sofá tejiendo, en la mesa pintando o simplemente haciendo fotos o escribiendo como locos en un ordenador.

Pero me la sudan.

Toda mi atención se centra en la interacción entre Brooklyn y Wolf. Este último me mira y estira sus labios en una sonrisa burlona que me da ganas de reventarle la cara contra la mesa.

—Veo que hoy sí te has traído a tu perrito guardián.

Aprieto los puños.

—¿Qué mierda significa eso? —gruño en su dirección y doy un paso adelante que deja a Brooklyn entre la mesa y yo.

—Ey, tranquilo —El caramelito da media vuelta para sujetarme por el pecho y luego vuelve a

mirar a Wolf—. ¿Has visto a Makeila?

—Estoy aquí —Ambos giramos la cabeza justo a tiempo para ver a la rubia entrar por la puerta—. Davis, Dylan… —Nos saluda y no puedo evitar fijarme en el tono grisáceo y apagado que tiñe su rostro—. ¿Qué tal… estáis?

Sé qué lo pregunta por el incidente del tejado y Brooklyn también, porque se encoge en su sitio.

Está claro que el tema todavía la afecta, pero aún así responde:

—Bien… ¿En qué puedo ayudar hoy?

Makeila se la queda mirando un par de segundos de más.

Por primera vez no veo en su mirada ese veneno con el que suele fulminar a Brooklyn. No hay nada. Solo una capa contrita que me pone los pelos de punta.

—¿Podrías ponerte con Asher a pintar y a hacer las letras de esa pancarta?

—Claro.

—Gracias. Yo voy a hacer unas llamadas para encargar un par de cosas que nos faltan, ahora vuelvo.

Mantengo mis ojos fijos en ella mientras le dice algo a los chicos que hay en el sofá. Después, se dirige a la zona más apartada del salón y coge su móvil de una mesita.

Hay algo raro en su expresión.

Algo raro en su maldita forma de comportarse.

Lo noto, pero no sabría decir qué mierda es. Lo único que espero es que no suponga un puto problema para mi trabajo. Tengo suficiente con sospechar de mi propio equipo.

Vuelvo mi atención al caramelito justo en el instante en el que Wolf le señala la silla que está a su lado.

—Puedes sentarte aquí, si quieres, Brook.

Brooklyn hace el amago de rodear la mesa para sentarse a su lado, pero la agarro de la cintura antes de que vaya muy lejos.

—No va a sentarse ahí —gruño en dirección a Wolf.

Este simplemente mantiene la calma tras esa expresión socarrona con la que lleva meses burlándose de la autoridad.

Brooklyn gira la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no? —Frunce el ceño e intenta liberarse de mi agarre, pero no la dejo.

Joder, claro que no la dejo.

—No me provoques, caramelito —Pego sus caderas a las mías en un intento de mantenerla más cerca—. Estoy haciendo un esfuerzo muy grande porque tu nuevo amigo no se trague la mesa, así que colabora conmigo, ¿quieres?

Brooklyn hace una mueca.

Por suerte para ella decide hacer uso de su buen juicio y me aparta de un empujón para sentarse delante de Wolf en vez de su lado.

Bien, porque no me cuesta una mierda mandar a tomar por culo la poca paciencia que me queda.

Rodeo la mesa para colocarme junto a la pared, detrás de Wolf. Tengo una mejor vista de Brooklyn y puedo clavarle mi navaja a Wolf con más facilidad, si es que tengo que hacerlo.

Y espero tener que hacerlo.

—Asher —Mi cuerpo se tensa al escuchar su maldito nombre salir de los labios del caramelito.

No entiendo por qué mierda tiene que llamarlo por su nombre. Solo escucharla hace que mi pecho arda como el puto infierno.

Procuro tomar una larga respiración y mantener la calma. Es eso o pegarle una paliza a Wolf. Y no creo que a Brooklyn le haga mucha gracia.

Me mantengo en esta puta posición, impotente, durante cuarenta minutos en los que los veo reírse mientras pintan y dibujan. Ni siquiera entiendo de qué mierda hablan, pero interactúan como si llevaran años conociéndose.

Intento imaginarme a Wolf encerrado en una puta celda donde ya no pueda recibir la atención de esos ojitos miel que no le pertenecen.

Pero no me relaja.

Necesito meterle una bala en la cabeza que le borre esa sonrisa de una vez.

Necesito demostrar que él es el responsable de las muertes de Lennox y sus socios, que él robó los trescientos mil dólares de la gala benéfica, pero por más que le doy vueltas en mi cabeza, no consigo entender cómo lo hizo.

Wolf no tiene muchos amigos.

Estaba solo en la escena del crimen. Nadie para respaldarlo. No obstante, había mucha seguridad en la gala, sobre todo alrededor del dinero.

Es imposible que lo haya hecho solo.

Pero, ¿quién podría haberlo ayudado?

Es cierto que un poco de dinero puede mover hasta al más inocente, pero se necesitan profesionales para hacer lo que se hizo en la gala. Gente que sepa usar un arma y salir airosos de la escena del crimen. Gente que lleve en contacto con la ley toda su puta vida.

Wolf es demasiado estirado para levantar un arma.

Y demasiado imbécil para tener amigos que lo hagan por él.

¿Con quién estaba en contacto ese idiota, entonces? ¿Quién trabajó para él esa noche y luego le dejó tirado?

Mi cabeza le da vueltas a la información sin llegar a una conclusión. Como siempre.

Creo que para cuando veo a Brooklyn volver a levantarse de la silla, tengo las manos destrozadas de tanto apretarlas.

La morena rodea la mesa con un brillo en la cara que hace que no pueda apartar mis ojos de ella.

—Dylan, mira lo que he hecho —Alza lo que sea que ha hecho ante mis ojos—. ¿Te parece realista esta placa policial? He pensado en ponerla como decoración en el puestecito de disparos.

Observo el trozo de cartón que tiene en las manos. No se parece ni de lejos a una placa de verdad. De hecho, si no me hubiera dicho que era una, probablemente no lo hubiera adivinado.

Miro a Wolf un segundo. Sus ojos me están retando a decirle al caramelito que su diseño deja mucho que desear, pero no pienso hacer eso.

No cuando veo la ilusión pintada en su carita.

Joder.

—Está muy bien —miento y juro que puedo escuchar a Wolf intentando aguantarse la risa.

Aprieto la mandíbula.

Más le vale que no me provoque mucho, porque ya vuelvo a tener ganas de clavarle mi navaja en la mano.

Brooklyn estira sus labios en una sonrisa radiante.

—Voy a enseñársela a Anna —dice y sale corriendo en dirección a la morena que está hablando con un chico emo junto a los sofás.

Me quedo mirando su pequeña figura mientras explica ilusionada lo que ha hecho. Por desgracia, no soy el único que siente la necesidad de observarla.

Wolf también mantiene sus ojos en ella. La mira con una fascinación que me cabrea más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Si sigues mirándola así pienso arrancarte los ojos —le ladro.

Él se ríe, porque es lo único que ese cabrón puede hacer.

—¿Es un delito mirarla?

—A ella sí.

Se gira hacia mí en su silla. Reboza pedantería por cada uno de sus poros.

—¿Qué pasa, Blake, acaso te gusta?

Gruño.

Este cabrón se cree que puede jugar con mi puta mente como si el imbécil aquí no fuera él.

—Ese no es tu puto problema.

Niega con una sonrisa mientras se abotona la chaqueta del traje.

—Pues a mí sí me gusta y pienso hacer lo que sea para que al menos tengamos una cita.

Suelto una risa seca.

—¿Crees que la hija de Nil Davis va a salir con un asesino?

Sus ojos azules se oscurecen y sé que he tocado una fibra.

—Menos mal que yo no soy uno, entonces.

Es increíble.

—A veces no hace falta empuñar un arma para ser un asesino —Ya ni siquiera lo miro—. Espero que te estés divirtiendo jugando a las casitas con los niños ricos, porque no vas a poder correr de la ley durante mucho tiempo.

Wolf no dice nada durante un par de segundos.

Y deseo que se mantenga así, pero se levanta de la silla con ganas de tocarme los huevos.

—¿Sabes cuál es tu problema, Blake? Que te crees que la ley lo es todo. Que sois los únicos que tenéis razón siempre, que sois los tipos buenos de la historia —Resisto la tentación de poner los ojos en blanco—, pero la ley tiene dos caras, amigo y cuando te encuentras a un roce de lo prohibido, es muy fácil ceder ante la tentación.

Sus palabras hacen que pare un segundo las orejas.

¿A qué mierda se refiere con eso?

—Yo he visto a la ley ceder con mis propios ojos —continúa y no puedo evitar sentir algo de curiosidad—. Y me pregunto en qué más ámbitos habrá sido corrupta.

Antes de que pueda preguntar por qué cojones está difamando a la ley, una señora muy elegante entra al salón y capta la atención de los que estamos más cerca.

Es alta y esbelta y, aunque tiene la piel más blanca y lisa que he visto en mi vida, va vestida con un traje gris de dos piezas que la hace parecer mayor. Sé que es la primera vez que la veo,

pero por alguna razón esa melena corta y rubia y esos ojos marrones, me resultan familiares.

No es hasta que Makeila se acerca a ella que me doy cuenta de que es su madre.

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿No te ibas al bufete?

La mujer le dedica una mirada tan fría que cualquiera pensaría que no se conocen.

—Estoy a punto de salir, ¿puedo hablar contigo?

Makeila asiente y deja que su madre barra el salón con los ojos antes de moverse. Cuando la mujer da con Brooklyn, estira sus labios finos y pintados de rojo en una sonrisa antinatural.

—Brooklyn, no sabía que estabas aquí —Suena más amable que cuando se ha dirigido a su propia hija, pero no mucho más.

La morena sonríe algo incómoda.

—¿Cómo ha estado, señora Brown?

—Muy bien, gracias por preguntar. ¿Cómo está tu padre? He escuchado que también está por aquí este verano.

—Sí… —Brooklyn se rasca la cabeza. La posición de su cuerpo me indica que quiere salir corriendo y puedo entender por qué. La madre de Makeila desprende un aire sofocante que me perturba hasta a mí—. Aunque esta semana está en Nueva York resolviendo unos asuntos, pero volverá.

—Pues ya le dirás que se pase por aquí.

—Claro.

La mujer hace un gesto con la cabeza antes de salir del salón como si nada. Makeila se queda un segundo mirándola antes de seguirla como un perrito perdido.

Arrugo los ojos.

Está claro que donde hay un cachorro siempre tiene que haber un lobo más grande.

Mi móvil suena en mi bolsillo y devuelvo mi mente a la realidad. Cuando lo saco, el nombre de Tommy brilla en la pantalla.

—Dime —contesto antes de que cuelgue y aprovecho el momento para salir también del salón y alejarme del imbécil de Wolf.

—Hey, ¿estás ocupado?

—No —digo echándole un último vistazo a Brooklyn antes de ocultarme en el pasillo—. Dime.

—No te lo vas a creer, pero ¿te acuerdas del grandullón que intento salir corriendo en el Galimateo y que me mandaste a investigar?

Se me tensan los músculos cuando se me viene a la mente la cara del punto imbécil que le dejo una marca en el brazo a Brooklyn.

Ese día tuve ganas de cargármelo.

Todavía no puedo creerme que no lo hiciera.

—Claro que me acuerdo —gruño—. ¿Qué pasa con él?

—Hoy por fin han conseguido sus datos. Resulta que el cabrón no tiene ningún documento de identidad, han tenido que coger sus putas huellas para saber quién era —Tommy deja de hablar un segundo para decirle algo a alguien al otro lado y después regresa a mí—. Bueno, pues resulta que se llama Nelson Hall y es un miembro menor de una banda criminal que no lleva muchos años en activo.

—¿Qué banda?

—Esa que intenta ser como una copia de la mafia y que trabaja en «familia». ¿Sabes de la que te hablo?

Me acuerdo de ellos.

Un par de agentes del departamento del FBI en Alabama estuvieron investigándolos un tiempo.

Creen que dieron sus primeros golpes en Las Vegas. Nada demasiado llamativo, estafas sin importancia a un par de casinos. Luego intentaron establecer algunos contactos con mafias pequeñas mientras realizaban trabajos independientes para peces gordos.

El FBI sabía de su existencia, pero no consiguió pruebas sólidas en su contra.

Lo único que obtuvieron de algunos de ellos fueron sus huellas y eso de los miembros menores. Nunca una foto. Al menos no de los que dirigían el cotarro.

—Me acuerdo de ellos —le digo a Tommy.

—Pues eso no es lo mejor. Lo mejor es que he estado revisando las fotos de la gala benéfica en la que se mató a Lennox. ¿Y a qué no adivinas quién estaba entre su equipo de seguridad?

De repente mi cerebro se ilumina como un maldito árbol de navidad.

—Nelson Hall.

—El mismo.

—Tommy…

—Por desgracia, en comisaria lo soltaron antes de que yo pudiera atar cabos, pero ya tengo a los novatos peinando la ciudad en su búsqueda. También he emitido un aviso para la policía local. Ese cabrón no se me va a escapar.

Quiero decirle que ya se le ha escapado, pero me contengo porque Tommy no tiene la culpa.

Ese tipo parece ser la clave de todos nuestros problemas y ya debe saberlo para este momento. No va a dejar que lo encuentren tan fácil. Y eso si sigue en la maldita ciudad.

Bufo.

—Está bien. Manténme informado de cualquier novedad.

—Lo haré.

Y con eso cuelga y me deja con un maldito lío en la cabeza.

Mierda.

¿Qué cojones haría en Beaufort alguien que estuvo involucrado en la gala benéfica de Lennox?

¿Qué relación tiene con todo el caso?

No puede ser una maldita casualidad.

Tiene que estar aquí en busca de algo o… de alguien.

La imagen de Wolf cruza mi mente y tengo ganas de pegarle un puñetazo a la pared.

Ese gilipollas nos la está colando, pero bien.

Y lo peor es que seguimos sin poder encerrarlo.

Joder.

Estoy a punto de volver a entrar al salón cuando escucho unas voces cerca de la entrada. Parecen dos personas discutiendo. Me acerco un poco para comprobar de qué se trata y me sorprende encontrarme a Makeila y a su madre.

Están muy inmersas en su conversación, así que ni siquiera se dan cuenta de que estoy ahí.

La madre de Makeila la señala con un dedo mientras le reprocha algo que no entiendo y

Makeila solo agacha la cabeza y trata de pasar la tormenta. No se defiende. Ni siquiera lo intenta. Por un segundo parece otra chica.

Una indefensa e inocente por la que siento pena.

Cuando su madre acaba de amedrentarla, sale escopeteada por la puerta sin molestarse en comprobar los efectos de su regañina.

¿Qué mierda…?

Quiero preguntarle a Makeila si está bien, pero ella hace contacto visual conmigo antes de que pueda abrir la boca.

La imagen acristalada de sus ojos marrones me deja sin aire.

No me dice nada.

No le hace falta.

Simplemente pasa por mi lado de vuelta al salón y ambos fingimos que no ha pasado nada. Al menos ella sí, que mantiene en su rostro una sonrisa egocéntrica y superficial por el resto de la tarde.

Para cuando regreso con Brooklyn a su casa, ya es pasada la medianoche y apenas me queda energía para pensar en ello.

Las luces de la casa están apagadas y no se escucha ni un alma dentro o fuera. Es casi como visitar un lugar abandonado.

Por eso, cuando entramos y vemos una figura parada al pie de las escaleras, no puedo evitar colocar mis manos sobre la pistola que tengo en la cinturilla del pantalón.

—¿Blue? —Escucho que pronuncia Brooklyn.

Y de repente ese rostro compungido y tétrico empieza a tomar forma en la oscuridad.

¿Qué hace la agente Jack de vuelta tan pronto? ¿Y por qué mierda nos mira como si alguien hubiera muerto?

25

DYLAN

Llego a mi toalla justo a tiempo para escuchar el sonido de mi móvil. Lo cojo de la silla y descuelgo sin mirar quién es.

—¿Diga?

—Blake —La voz de Davis al otro lado de la línea manda un escalofrío por mi espalda.

—Señor… —*Mierda*—. No me esperaba su llamada —Apoyo mi cuerpo contra la mesa donde tenemos los ordenadores para calmar mis repentinos nervios. La brisa fresca del jardín ayuda—. ¿Está todo bien?

—¿Has conseguido la orden de registro que te pedí?

No suena enfadado.

Seco como la mierda, pero eso es lo normal.

Lo que permite que mis pulmones recolecten algo de aire antes de hablar.

—Sí, justo hoy iba a pasarme por el hotel de Wolf con la agente Jack.

Se queda en silencio un par de segundos demasiado incómodos y después pregunta en voz baja:

—¿La agente Jack ya ha llegado?

—Sí, señor, anoche.

Y todavía no sé la maldita razón.

Llegó, nos pegó un susto de muerte y después se fue a dormir. Nada de por qué Nil la había mandado de vuelta a casa antes.

Tampoco espero que él me lo diga. De hecho, no espero una mierda de él.

Cojo la toalla de la silla para secarme el sudor de la frente. Por la mañana es el momento perfecto para pegarle un par de puñetazos al saco que tenemos en el jardín y despejarme.

—Muy bien. Ya me informarás —Arrugo el ceño cuando la voz de una mujer se sobrepone por encima de lo que me dice Davis. Él la manda a callar de inmediato y después vuelve a dirigirse a mí—. ¿Está todo bien por ahí? ¿Brooklyn está bien?

Alzo la vista de mis pies cuando veo al caramelito salir de la piscina con ese maldito bikini blanco, que tengo ganas de quemar desde que lo vi por primera vez.

Ha estado metida en el agua durante por lo menos hora y media. Llegó un poco después que yo y, aunque no hemos intercambiado palabra, llevo toda la maldita mañana siendo consciente de su presencia.

Regreso mi atención al móvil cuando Brooklyn hace contacto visual conmigo.

—Por aquí va todo bien, señor —Ni siquiera sé qué mierda estoy diciendo. Tengo mis ojos

fijos en Brooklyn y en como pasea la toalla por cada una de sus curvas antes de dejarla caer en la tumbona y coger su pareo—. No debe preocuparse. Su hija está en buenas manos.

Pero es mentira.

Casi le meten una puta bala en el cráneo en mis narices. Casi la matan. Así que Brooklyn no podría estar en peores manos en este momento, pero no voy a decirle a Davis que ha dejado a su hija a merced de los depredadores.

No vale la pena. Pienso cargármelos a todos. Incluso si acabo condenado al mismísimo infierno.

—Más te vale, Blake —gruñe y murmura algo que no consigo entender—. Te llamaré más tarde.

Cuelga antes de que pueda hacerlo yo.

Dejo el móvil en la mesa y vuelvo la vista a Brooklyn. Ha dejado su puesto en la tumbona y ahora se está acercando a mí a paso lento.

Ni siquiera hago el esfuerzo de fingir que no la estoy esperando. Me cruzo de brazos y no aparto mis ojos de ella mientras avanza hacia mí.

—¿Cómo va esa herida? —Su pregunta me pilla por sorpresa. Automáticamente bajo los ojos a mi torso desnudo.

Me gusta entrenar sin camiseta porque es más cómodo, pero no era consciente de que de esa forma dejo mi herida expuesta.

Ya no me duele. Quizás por eso no recordaba que tengo una gasa enorme en el costado. Una gasa que está empapada en sangre seca.

—Debería cambiar la gasa —digo sin más mientras palpo la zona.

Brooklyn me aparta la mano de golpe y me veo obligado a mirarla.

No me había fijado en que su pelo mojado se ve más negro que de costumbre, resaltando el color de sus ojos. Mirarla es como una puta fantasía. Y lo peor es que estoy seguro de que no lo sabe.

—No hace falta que te pongas otra. Ya no deberías necesitarla —Roza la zona con sus dedos y tengo que hacer un esfuerzo por no apartarle yo la mano—. ¿Me dejas verla?

—Supongo.

Abro los brazos dándole vía libre y ella me dedica una media sonrisa que hace que le brillen los ojos. Mierda.

Comienza a quitar la gasa con cuidado. Quiero decirle que ya no me duele, pero siento que eso no cambiaría la forma tan suave y delicada con la que trata mi piel. Está en su naturaleza.

A pesar de que la rodee la oscuridad, ella sigue siendo luz.

—Todavía tienes la piel abierta, pero creo que con que limpies la zona y vayas con cuidado, no tendrías por qué…

No la estoy escuchando.

Ni siquiera estoy pensando.

Tengo todos mis sentidos puestos en su aroma dulce y en las repentinas ganas que tengo de besarla. Está tan malditamente cerca de mí que es insoportable.

Últimamente todo lo relacionado con ella es insoportable.

Su sonrisa.

Sus labios.

Su pelo.

Esa maldita forma que tiene de mirarme.

Joder.

Hace que sienta que tengo permiso para tocarla, permiso para hacerla mía. Me da paz y seguridad.

Dos cosas que nunca pensé que una Davis podría brindarme.

Me está volviendo loco.

—Dylan, ¿Me estás escuchando? —Pone sus manos sobre sus caderas e infla sus mofletes para mostrarme que está enfadada.

Parece un bufón.

Sonrío.

—La verdad es que no.

—¿Qué…?

No dejo que acabe la frase porque la cojo de las mejillas y acerco su cara a la mía. Solo me permito disfrutar un segundo de su expresión perpleja antes de plantarle un pico rápido.

Ni siquiera me da tiempo a captar el sabor de sus labios, a cerrar los ojos…

Pero aún así me pregunto si la agente Jack lo llega a ver cuando aparece de repente por las puertas de cristal.

Aparto mis manos de Brooklyn como si tocarla me quemara.

—Agente Blake —me llama. Tiene la expresión vacía, carente de emoción—, ya estoy lista para hacerle una visita a Wolf, cuando me digas.

—Eh, sí, claro… —Me rasco la cabeza. No sé dónde mierda mirar—. Me pego una ducha rápida y salimos. Veinte minutos como mucho.

—Muy bien.

No se va.

Se queda en la puerta. Quieta y con la vista fija en nosotros como si estuviera esperando algo.

No estoy mirando a Brooklyn, pero sé que ella piensa lo mismo que yo.

Nos ha visto.

Seguro como la mierda que nos ha visto.

Joder.

Por eso está rígida como un palo y sus ojos negros luchan por agujerar mi piel. Lo ha visto todo y no le ha gustado, pero no dice nada.

Respiro hondo y me dirijo hacia las puertas de cristal sin mirar a Brooklyn o dirigirle la palabra. No puedo. No cuando la agente Jack me escruta como un sargento.

Ya en la ducha reflexiono sobre las consecuencias que puede tener que ella sepa que Brooklyn y yo hemos estado tonteando. En las consecuencias para nosotros, para mí y para mi maldito trabajo.

Si se lo cuenta a su amiguito del alma, soy hombre muerto.

Mierda. ¿A quién quiero engañar?

Soy hombre muerto desde que me fije en Brooklyn Davis. Desde el primer maldito instante en que apunte mi navaja a su cuello y me quede prendado de esos ojitos color miel.

Davis podría acabar con mi carrera si le apetece. No lo tendría nada fácil, pero sé que lo

conseguiría con el puesto que tiene. Además, creo que me hago una idea de lo que sería capaz ese hombre solo por «proteger» a su hija.

Suelto un gruñido al aire y salgo del baño cabreado y confuso.

Cuando me pongo el uniforme y bajo, la agente Jack ya me está esperando en el coche. No dice nada cuando entro, tampoco cuando enciendo el motor y comienzo a conducir.

No dice nada por, por lo menos, diez minutos.

Solo mira por la ventana, se ajusta el uniforme y repite el mismo ciclo. Tiene la mirada perdida.

La verdad es que parece algo ausente, algo ¿triste?

No lleva nada de maquillaje y las ojeras negras debajo de sus ojos se notan el doble. Además, tiene el pelo recogido en un moño apretado y sucio que no ayuda a su aspecto demacrado.

Nunca la había visto así.

No en horario laboral, al menos.

Siempre parece una persona compuesta, alegre, sin grandes preocupaciones. Aunque quizás solo me da esa sensación porque va al lado de Davis y hace contraste con su maldita manía de absorber todo lo bueno como un agujero negro.

Todo menos a ella.

Al menos hasta ahora.

¿Qué mierda le habrá pasado? ¿Tendrá algo que ver con el hecho de que haya vuelto antes?

Tengo ganas de interrogarla —quizás por deformación profesional—, pero ella habla antes de que yo pueda abrir la boca.

—No voy a decirle nada a Nil —suelta y tengo sujetar el volante con las dos manos para que el coche no se vaya hacia un lado.

Me pilla por sorpresa y estoy seguro de que lo nota. Ahora no hay duda de que nos vio. No sé qué decir.

—Gra… ¿Gracias?

Parezco imbécil.

—No por ti —Se apresura a añadir—, sino por Brooklyn. No quiero que lo pase mal cuando su padre te corte la cabeza —Asiento sin apartar mis ojos de la carretera. Lo que dice tiene sentido, por eso no entiendo la urgencia que me entra por contradecirla—. Pero lo que sea que esté pasando, tiene que parar. No puedes volver a acercarte a ella de esa forma, ¿lo entiendes? Brooklyn es territorio prohibido, Blake. *Muy* prohibido. Sobre todo, para ti.

Aprieto los dientes.

—Lo sé, créeme.

Davis me odia.

Bueno, tal vez no me odia, pero sin duda me tiene asco. No importa. Lo que sea que sienta es suficiente para que quiera complicarme la vida.

Recuerdo el día que me ascendió a agente especial al mando. No parecía contento, más bien todo lo contrario, parecía que alguien lo estuviera obligando a darme ese puesto.

Yo no había tratado mucho con él hasta ese momento, porque trabaja en una unidad apartada, resolviendo casos encargados directamente por el director del FBI —que es como el padre que ya no tengo—. Pero Davis era mi jefe directo. El jefe de toda la planta de Nueva York.

Seguía mi proceso como seguía el de todos.

Yo era el mejor para el puesto, pero hasta el día de hoy, nunca me ha hecho sentir que eso fuera así.

No soy más que escoria para él.

Alguien a quien puede mangonear y que no dudaría en cargarse si las circunstancias lo ameritaran.

No puedo provocarlo.

—No habréis… —Vuelvo la atención a la agente Jack. Parece seriamente preocupada ahora.

Arrugo las cejas.

—¿Qué? No, solo nos hemos besado. No pienso tocarla… no de esa forma.

Por más que me muera de ganas.

—Ni de esa ni de ninguna —chista la morena y se lleva las manos a la cabeza—. Es la hija de tu jefe, por Dios. Ten un poquito de decencia, de código. No estás de vacaciones bajo su techo, estás trabajando.

Lo sé.

Mi cabeza es un puto lío.

Igual que mi corazón.

Es todo un maldito lío.

No sé qué hacer. Bueno, sí sé qué hacer, pero no sé si quiero hacerlo. Solo quiero conservar mi puto trabajo y poder estar cerca del caramelito cuando me salga de los cojones.

Sin embargo, todo es mucho más complicado que eso. Todo siempre es más complicado. Esa es la mierda.

Quizás debería hacerle caso a la agente Jack, quizás debería alejarme de *ella,* pero la simple idea me resulta insoportable.

Joder.

Creo que prefiero cargarme a alguien.

Necesito cambiar de tema.

—Jack, ahora que estamos hablando… —empiezo y automáticamente mi acompañante se tensa, como si su cuerpo sintiera lo que estoy a punto de preguntarle, aunque eso sea imposible —, ¿por qué has vuelto antes de tu viaje con Davis? Nunca llegaste a decírnoslo.

—Ya no me necesitaba, así que ambos decidimos que mi presencia sería más útil aquí —dice tras un rato en silencio. Ni siquiera me mira, mantiene la vista fija al frente, su cuerpo y su cara completamente rectos.

No sabría decir si está mintiendo o no. Es parte de la gracia de que ella también sea una agente del FBI entrenada. Pero lo que está claro es que oculta algo.

Su respuesta ha salido automática.

Como si la hubiera estado preparando.

Aunque, ¿por qué iba a mentirme?

Dejo pasar el tema porque estoy seguro de que no va a decirme nada más. Por eso y porque centro mi mente en el hotel cinco estrellas que se alza delante de mis ojos y en el que Wolf se aloja.

Aparco justo delante de la puerta principal, apago el motor y me bajo a la vez que Jack.

—¿Qué es exactamente lo que hemos venido a buscar? —pregunta ella con la cabeza inclinada hacia arriba. Estoy seguro de que debe de estar contando las plantas que tiene el hotel.

—Cualquier cosa que haga que Wolf pase la noche entre rejas. Vamos.

Avanzo por el camino que lleva a las puertas giratorias y Jack me sigue de cerca. En frente hay varios aparcacoches y botones ayudando a la gente, así que nadie nos presta atención cuando entramos.

El interior del hotel es incluso más impresionante que el exterior.

Tiene una recepción enorme con sofás, un piano y una zona de cócteles. Lo justo y necesario para satisfacer a los cientos y miles de empresarios —y seguramente celebridades— que se alojan aquí cada día.

Me pregunto cómo lo habrá pagado Wolf con sus actuales problemas financieros.

Aunque su padre es el dueño de la mayoría de hoteles importantes del continente americano, así que es probable que se esté quedando aquí gratis.

Bueno, pues hoy se le acabó el chollo.

Le pregunto a la mujer de recepción por el número de habitación de Wolf. Me lo sé de memoria, pero, por protocolo, es importante que el hotel sepa que el FBI está trabajando en su recinto.

Obviamente no me pone problemas.

Me indica la habitación y me pide que no molestemos al resto de clientes.

No creo que nos tome mucho registrar la habitación. Wolf tiene la mayoría de sus cosas en Nueva York. Además, ya vinimos aquí hace un par de semanas y no encontramos nada sospechoso.

Pero si Davis quiere que volvamos a registrarlo todo, aprovecharé el momento para escanear hasta la maldita acta de nacimiento de Wolf, si hace falta.

Por mí, a ese cabrón se le acaba hoy la libertad.

Subimos a la planta veinticinco y tenemos que atravesar un largo y amplio pasillo antes de llegar a la puerta cuatrocientos diecinueve. La habitación de Wolf.

Le pego un par de golpes a la madera, antes de alzar la voz para decir:

—FBI. Abre la puerta, Wolf.

Escucho unas voces al otro lado que se callan de golpe. Dos segundos después, vuelvo a escucharlas en forma de murmullos.

Aprieto el puño y pico de nuevo.

—Wolf —repito—. Abre la maldita puerta, ¿quieres? No tengo todo el día.

Esta vez parece hacerme caso. Las voces se callan y solo escucho el sonido de unos pasos apresurados que se dirigen a la puerta.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? —Es lo primero que dice cuando nos ve. Tan solo lleva puesto un pantalón de chándal. Ni calcetines ni camiseta. Puedo ver el sudor que empapa su torso y hace que el pelo se le pegue a la cara. El cabrón está pálido.

Está claro que lo hemos pillado por sorpresa.

Sonrío.

—Espero que no te hayamos molestado —Aunque en realidad me la suda. Extiendo la orden de registro lo suficientemente cerca de su cara como para que pueda verla bien—. Tenemos una orden de registro. ¿Nos vas a dejar pasar o voy a tener que entrar a la fuerza?

Por fa que sea la segunda.

Wolf se queda mirando el papel más tiempo del debido. Seguramente quiera asegurarse de

que la orden es real antes de darnos acceso a su privacidad.

No lo culpo.

Yo también me tomaría mi tiempo si fuera un puto criminal que trata de ocultar algo.

Al final suspira y se hace a un lado para dejarnos pasar.

Yo entro primero.

Sé que la habitación es grande porque ya he estado aquí antes, pero no deja de sorprenderme el hecho de que tenga un recibidor, un mini salón y un dormitorio enorme, separados por puertas corredizas.

Así es mucho más difícil dar con alguna prueba incriminatoria, pero si no es una casa, dos agentes es lo máximo que el departamento de Nueva York manda.

—Jack, encárgate de revisar el recibidor y el salón. Yo revisaré la habitación —Mi rostro se endurece cuando miro a Wolf—. Tú quédate donde podamos verte, porque como tenga la ligera sospecha de que mueves algo de sitio, te arresto por obstrucción a la justicia.

Arruga las cejas.

—¿Eso se puede?

No.

Al menos no por simple sospecha, pero no pienso decirle eso, así que lo ignoro y me acerco a las puertas que separan el recibidor de la habitación. Cuando estoy a punto de abrirlas, Wolf intenta detenerme.

—Espera…

No le hago ni puto caso.

Abro incluso más rápido de lo que lo hubiera hecho antes.

La imagen de una chica semidesnuda cubriéndose el pecho con las sábanas, hace que me detenga en la entrada.

Wolf asoma su cabeza por encima de mi hombro.

—Agente Blake, te presento a Julietta —suelta con sorna—. Me hubiera gustado presentártela vestida, pero eres un impaciente.

Miro a la chica.

No debe tener más de veinticuatro o veinticinco, no lo sé, el pelo castaño y largo a juego con las pecas que le cubren toda la cara, la hacen parecer una niña, una niña asustada.

Aparto los ojos de ella cuando noto que comienza a ponerse roja.

—¿Es en serio, Wolf?

—¿Qué pasa? Estoy en mi habitación privada, disfrutando de mi tiempo libre. ¿Va eso en contra de la ley?

—Depende, ¿de dónde la has sacado?

—No es una prostituta, si eso es lo que te piensas.

La chica abre los ojos de golpe.

—Hay por Dios, que vergüenza —suelta de repente con una voz aguda un tanto desagradable, y enseguida empieza a moverse por la cama en busca de algo. Supongo que su ropa—. Yo me voy.

Esta vez me dirijo a ella directamente.

—Lo siento, señorita, pero voy a tener que pedirle que se quede, al menos hasta que mi compañera y yo acabemos de registrar la habitación —Mis palabras solo consiguen alterar sus

nervios—. No puedo permitir que salga de aquí sin estar seguro de que no se lleva nada o de que no conoce el paradero de cualquier prueba que pueda facilitarnos el caso.

—¿Qué caso? ¿Asher, de qué habla? — Alterna la mirada entre Wolf y yo, su voz cada vez suena más alterada—. No voy a llevarme nada, ni siquiera sé a qué se refiere. ¿Qué pruebas? Yo no he hecho nada, lo juro.

Tengo ganas de poner los ojos en blanco, pero no lo hago.

Me está diciendo lo típico que me sueltan los civiles solo porque he decidido mirar en su dirección con el uniforme puesto.

—No la estoy acusando de nada —Al menos no todavía, pero vale la pena sospechar de cualquiera que se mezcle con Asher Wolf—. Solo le estoy pidiendo que permanezca ahí hasta que acabemos. No nos tomará mucho. Después podrá irse a su casa y no volver a ver al imbécil que tengo detrás.

Ella alza la vista hacia Wolf un segundo y después niega. Ahora está visiblemente enfadada.

—Eso que lo dé por hecho —murmura.

—Gracias eh —Sé que la indignación de Wolf va hacia mí.

—Solo le estoy haciendo un favor a la chica —Lo miro de reojo—. Ahora ponte en la esquina y no molestes.

Por una vez, hace lo que le pido sin rechistar. La castaña se queda sentada sobre la cama y yo empiezo a hacer mi trabajo.

Me toma media hora solo revisar a fondo los cajones y los armarios. No encuentro más que sábanas, almohadas, bolis y papeles de abogados, albaranes de construcción, entre otras mierdas. Ah, y también encuentro condones, muchos condones.

Wolf es un degenerado de mierda, pero por desgracia no es de lo que se le acusa, así que sigo buscando.

Hago a la chica levantarse de la cama. Quito las sábanas, le doy la vuelta al colchón, reviso debajo… nada.

Ya solo me queda revisar el escritorio que está junto a los ventanales. Wolf tiene ahí su portátil y alguna que otra cosa.

—¿Qué es lo que crees que vas a encontrar que no hayas podido encontrar ya? —Wolf está apoyado contra la pared de brazos cruzados. Ha bostezado por lo menos tres veces desde que he empezado a revisar sus cosas, pero esa estratégica de sosiego ya la conozco y no cuela—. Quiero decir, si de verdad tuviera algo que ocultar, no sería tan imbécil de ponerlo aquí.

Creo lo mismo.

Pero también creo que es, de hecho, un imbécil, así que pienso agotar este recurso hasta que finalice la hora del registro o hasta que encuentre alguna maldita cosa contra él.

Echo un vistazo por encima del escritorio y en los cajones. No puedo evitar fijarme en la pantalla abierta del ordenador mientras lo hago: hay una foto de Wolf con sus dos hermanos. Tengo entendido que él es el pequeño, el mediano es el de las carreras y el mayor el que siguió los pasos de su padre. Todos niños ricos y mimados.

También hay varias carpetas con nombres como «fotos familiares», «Pistas, documentos» o ¿«fotos N. Davis»?

¿Qué?

Doy un paso adelante para acercarme más y sin querer tropiezo con un tablón suelto que hay

casi debajo del escritorio.

Bajo la vista.

Efectivamente hay un tablón suelto, pero también parece haber algo más.

Me agacho y quito el trozo de madera con cuidado. No me resulta muy difícil, es como si ni siquiera se hubieran esforzado por colocarla bien. Como si estuviera hecho aposta.

Lo que encuentro debajo me deja sin aire.

Dinero.

Dinero que la policía lleva meses buscando, junto con el cheque decorativo que se utilizó en la gala para anunciar los trescientos mil dólares.

Giro la cabeza hacia Wolf.

—¿Y esto qué es?

26

BROOKLYN

Creo que nunca había pasado tanto tiempo con Makeila sin que mi instinto asesino aflorara.

Llevamos unas dos horas en el salón de mi casa, realizando los últimos preparativos para el festival y no ha habido ni una sola mirada de asco por su parte. Ningún comentario ofensivo o ataque gratuito. Nada.

Está sentada a mi lado en el sofá, pintando unas figuritas de pato para el puesto de disparos y de su boca solo han salido frases decentes como:

—¿Me acercas la pintura azul?

Cojo la tapita en la que hemos echado un poco de esa pintura y se la sujeto cerca mientras ella moja el pincel. Cuando acaba la vuelvo a dejar en su sitio.

—Gracias —dice y extiende sus labios en una sonrisa ligera que me pone los pelos de punta.

—De nada…

Está rarísima.

Es como si su habitual nivel de odio hacia mí se hubiera reducido a cero y eso haya provocado que se transforme en una criatura mitológica.

Está así desde que fui a su casa ayer.

No lo entiendo.

Pero tampoco quiero entenderlo.

Prefiero esto a su constante necesidad de pisotearme, de demostrar que es mejor que yo.

Ahora parece más humana.

Más accesible.

Sigo tejiendo unas telas viejas que me ha pedido la concejala y disfruto de la paz y el silencio que reinan. Mañana es el primer día de festival y creo que estoy más emocionada que cuando tenía quince años y montaba botellones detrás de las carpas con los imbéciles con los que me juntaba.

Blue va a estar ahí, se supone que papá llega mañana por la noche y también estarán Tabatha, Elliot, Mateo, Emma, Tommy… y *Dylan.*

Nunca pensé que podría estar emocionada por enseñarle a Dylan parte de mi mundo.

De lo que me hace feliz.

Últimamente él y yo hemos establecido una especie de tregua que me da un poco de esperanza… Esperanza de que tal vez lo nuestro no es tan imposible como yo me creía.

Que no es que haya un «lo nuestro», pero… no sé, es esperanzador y frustrante a la vez.

Encima estoy segura de que Blue lo vio besarme en el patio hace un par de horas.

Me beso, él a mí y porque sí, es que…

Ahh.

Ya lidiaré con Blue más tarde, lo importante es que Dylan se está abriendo conmigo. Poco a poco, pero se está abriendo.

Algo bueno entre tanta desgracia.

Un ruido sordo hace que mi sistema nervioso se active de golpe. Mi memoria muscular pone todas mis extremidades en tensión y de repente tengo el cerebro de vuelta a hace dos noches, cuando alguien intentó dispararme en el jardín y Dylan me protegió con su propio cuerpo.

Estoy temblando y quiero salir corriendo, y solo porque Lewis ha dejado caer unas pesas mientras pasaba por el jardín.

Nos mira a través del cristal con una sonrisa arrepentida.

—Perdonad —No lo escucho bien, pero eso es lo que creo que dice antes de recoger las pesas y continuar su camino hacia el lugar en el que cuelga el saco de boxeo.

No puedo apartar la mirada del sitio.

Me he quedado paralizada.

—¿Ese chaval no tiene oficio o qué? —chista Makeila y noto como inclina su cuerpo hacia mí—. ¿Estás bien?

Asiento, aunque sea mentira.

—Sí, tranquila.

—No, me refiero a que si estás *realmente* bien.

Esta vez hago un esfuerzo por mirarla.

Ha dejado el pincel y el patito sobre la mesita de café para dedicarme toda su atención. Sus ojos marrones vibran de preocupación y no sé cómo reaccionar.

No me gusta que se preocupen por mí —mi padre ya lo hace demasiado— y mucho menos Makeila Brown.

Se siente como algo antinatural.

¿Es esto real? ¿Qué pretende?

—Estoy… Estoy bien —Apenas me sale la voz.

En realidad, no estoy bien. Tengo los sentidos siempre en alerta y me están consumiendo una energía que no tengo, porque no duermo. Solo puedo salir al jardín si Dylan está ahí, aunque no le he dicho nada para que no se preocupe, y cada vez que mi padre me llama, tengo que mentirle.

Porque no puedo dejar que se entere.

Porque me quitaría una libertad que mentalmente no tengo.

Mi cabeza está llena de pensamientos, de posibilidades. ¿Por qué alguien intentaría dispararme? ¿Será verdad lo que cree Dylan, habrá sido alguien de la casa? La simple idea me da escalofríos. Y más cuando no sospecho de nadie. No cuando nadie me ha dado razones.

Pero ahora mismo no quiero pensar en eso. Me preocupa más que Makeila me esté tratando tan bien —para ser ella—, creo que eso da más miedo que un posible asesino.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo sin pensar.

—¿Puedo impedírtelo?

—La verdad es que no… —Cruza las piernas y se arregla la falda antes de hacerme un gesto con la cabeza para que prosiga—. ¿Qué te pasa?

Arruga sus perfectas cejas.

—¿A qué te refieres?

—No sé, a que estás siendo muy amable y comprensiva conmigo, cuando normalmente preferirías ponerte un par de deportivas viejas, que sonreírme a mí.

—Qué exagerada —chista, pero sabe que no exagero—. ¿No puedo simplemente querer ser amable y comprensiva?

—No cuela, tú me odias, así que escúpelo.

—No te odio —Alzo una ceja y Makeila añade por lo bajito—: No tanto como te piensas al menos.

—Dijo la chica que quiso volver mis años de instituto un infierno —Me tiro contra el sofá y vuelvo a mirarla—. Muy buen trabajo, por cierto.

—Era lo justo… después de todo, tú volviste mi vida un infierno.

Abro mucho los ojos.

Creo que no la he escuchado bien.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Esta tía es una puta broma con piernas largas.

—Por favor dime cómo volví tu vida un infierno. Ilumíname.

Que se explique y que se explique rápido, porque me están entrando muchas ganas de cometer un delito ahora mismo.

No se puede tener tanto morro.

Por Dios.

—Mudándote aquí —responde y por primera vez en dos días vuelvo a identificar ese veneno que caracteriza su mirada. Solo dura un segundo, pero está ahí—. Existiendo.

No entiendo nada.

—¿Cómo?

—Cuando llegasteis aquí hace nueve años, pensaba que tú y yo podríamos llevarnos bien. Ambas teníamos padres solteros y seguro que podíamos entendernos. Pensaba que eras como yo —Lo que veo ahora en sus ojos marrones no me gusta, no me gusta nada—, pero me equivocaba. Tú y yo no éramos iguales, nunca íbamos a serlo. Tú tenías un padre que te quería con locura; que te daba todo lo que quisieras, al momento, sin dudarlo; que te trataba como una princesita, como su hija.

Trago saliva porque creo que sé por dónde va esto.

—Yo en cambio tenía una madre que me odiaba y me odia solo porque le recuerdo al hombre que nos abandonó —continúa—. Una madre que encima no perdía la oportunidad de compararme con la niña nueva que había llegado al barrio y que se había ganado a todos con su sonrisita.

Makeila aparta un segundo sus ojos de mí y toma aire. Creo que ha acabado, pero ni de lejos. Cuando vuelve a mirarme, lo hace con más fuerza, con más asco.

—«¿Has visto lo guapa que es Brooklyn?» «¿Has visto las notas que saca?» «Deberías ser más como ella, en vez de estar dibujando en ese cuaderno tuyo» —Puedo imaginarme a la señora Brown diciéndole esas palabras a una niña entrando en la adolescencia y de repente siento pena por Makeila—. Eras perfecta. Incluso para la arpía de mi madre.

Por un segundo no sé qué decir.

Pero siento que, si no digo algo, lo que sea, solo le estaré dando la razón a Makeila, asentando su odio.

Y no es eso lo que quiero.

Está bien, ella también lo pasó mal por «mi culpa», pero creo que eso no justifica como se comportó conmigo.

—¿Por eso me amargaste la existencia? —pregunto y mis palabras también van cargadas con un poco de veneno— ¿Por envidia?

Makeila se tira la melena rubia hacia atrás.

—No te confundas. Yo era y soy mucho más guapa y competente que tú. No te tengo envidia —Pongo los ojos en blanco. *Claro que no*—, pero tengo que reconocer que me molestó más de la cuenta que tú no supieras eso. Todos te amaban, lo justo es que recibieras un poco de odio para equilibrar la balanza.

Lo justo para ella, quiero decirle, pero me lo reservo.

De todas formas, no tiene razón.

—Créeme, mi vida no era perfecta.

Mi padre me mimaba mucho, no lo voy a negar, pero no todo era bueno.

Vivíamos una vida de mentiras, de apariencias.

Todo eran lujos, fiestas, gente que yo no conocía ni que quería conocer, pero que mi padre insistía en que lo ayudarían a escalar puestos.

Escalar y escalar en la pirámide social sin importar lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

Más y más dinero sin importar que no todo se pudiera comprar con ese trozo de papel.

Me pasaba largas noches sola en casa solo porque papá estaba de viaje, trabajando. Blue se quedaba conmigo a veces, pero no era suficiente.

Quería a mi padre, lo necesitaba.

Quizás por eso en un cierto punto empecé a saltarme las normas para llamar la atención.

Con los años se me fue pasando la tontería.

No le guardo rencor a mi padre y mucho menos a Blue, pero menos mal que ambos se trasladaron a las oficinas de Nueva York cuando yo me fui a la universidad y no antes, porque si no, se me hubiera caído el mundo encima.

—Sé que no tenías la vida perfecta —dice Makeila de repente—. Bueno, ahora lo sé, vaya. Que alguien haya intentado dispararte es bastante buena señal de que quizás tu vida no sea tan… idílica.

La miro.

¿Por eso se está portando bien conmigo, porque me ve más humana ahora que sabe que no vivo en una burbuja de seguridad, paz y amor?

Sonrío.

De repente, todo esto me parece absurdo. Nuestros malentendidos, nuestra rivalidad… Todo parece un juego de niñas.

—No te emociones, eh. Sigues sin caerme bien, pero quizás ahora te tolero un poquito mejor.

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—Oh, gracias, qué honor.

—Lo sé. No lo fuerces mucho que todavía podría volver a odiarte con toda mi alma.

No lo dudo.

Makeila es el tipo de chica que nadie quiere tener como enemiga. Lo sé porque durante muchos años fue la mía.

La cabrona puede ser muy creativa cuando se trata de joderle la vida a alguien.

Nos quedamos en silencio durante un par de minutos y después me atrevo a soltar en voz baja:

—Siento que hayas tenido una adolescencia difícil. Yo también pensaba que tu vida era perfecta, no tenía ni idea de que tu madre te trataba así.

La señora Brown da miedo.

No la conozco mucho, porque, como mi padre, siempre está de viaje, pero es verla y tener ganas de esconderse debajo de una mesa.

—Sigue haciéndolo, sigue intentando tirarme abajo —admite y casi tengo ganas de abrazarla —, pero no planeo quedarme con ella mucho más tiempo, de todas formas.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde te vas?

—Me han admitido en el *London College of Fashion* con una beca completa. Me voy a estudiar diseño de moda. En un par de semanas me voy a Londres, para instalarme y buscar trabajo.

—¿En serio? —asiente y no puedo evitar estirar mis labios en una sonrisa—. Eso es genial, siempre he creído que se te daba muy bien combinar la ropa y montar tus propios conjuntos.

Y no miento.

El sentido de la moda de Makeila es exquisito.

Siempre con los mejores vestidos, faldas, blusas y tacones. Parece que la visten los ángeles.

No me extraña que le hayan dado una beca en una de las mejores universidades de arte en Reino Unido.

Siento envidia.

Y no solo de que haya entrado ahí, sino de que haya entrado porque tiene claro lo que quiere hacer con su vida.

Yo habré empezado la universidad cuando ella parecía quedarse estancada aquí, pero ahora que he acabado, no tengo ni idea de qué sigue. Así que, en esta batalla, Makeila es sin duda la ganadora.

—No hace falta que me hagas la pelota —chista, pero puedo ver la sonrisa que lucha por asomarse en sus labios.

—Lo digo en serio, Makeila, tienes mucho talento. Espero que te vaya genial.

Esta vez sí que sonríe.

—Gracias.

—Creo que te voy a echar de menos y todo —Le devuelvo la sonrisa justo en el instante en el que Mateo entra corriendo al salón.

Tiene la expresión descompuesta y es evidente que le falta el aliento, pero aún así se las apaña para balbucear:

—Enced… enceded la tele, rápido.

Makeila hace una mueca al ver la cara sudorosa de Mateo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Tabatha, Elliot, Emma y Tommy, entran en ese momento también y no puedo evitar ponerme en alerta.

No están tan alterados como Mateo, pero es evidente que ha pasado algo.

No sonríen. La seriedad cubre la mayoría de sus rostros.

—¿Dónde está el mando? —grita Mateo. Sus ojos recorren el lugar, desesperados—. ¿Dónde está?

—Calma, Mateo. Las estás asustando —Tabatha trata de poner una mano sobre su hombro, pero él la esquiva.

—Tienen que ver este momentazo —Sigue buscando el mando con la mirada. Cuando da con él, sus ojos se iluminan—. Ahí está.

Lo coge del estante que está junto a la tele y la enciende.

Yo sigo sin entender nada y Makeila menos.

Observamos como Mateo cambia de canal hasta llegar al ocho, el de las noticias de última hora.

Sube el volumen y el salón se suma en un silencio ensordecedor, solo para escuchar a la mujer que da las noticias desde fuera del plato.

—Última hora, Asher Wolf, el niño bonito del mundo empresarial, hijo del rey de los hoteles, Anthony Wolf, ha sido detenido esta mañana en la habitación de su hotel en Beaufort tras haberse encontrado entre sus posesiones los trescientos mil dólares que fueron robados hace un mes en la gala benéfica que organizó el difunto empresario Harrison Lennox, de cuya muerte, junto con otras, Asher es el principal sospechoso.

Mis ojos no procesan las imágenes que comienza a pasar por la pantalla.

Son Dylan y Blue saliendo del hotel GranB. Dylan lleva a Asher esposado y con la cabeza gacha, mientras un millón de periodistas, civiles curiosos y miembros de la policía local, los rodean.

Intento leer la expresión de Dylan a través de la pantalla, pero es imposible. Se mantiene impasible, acostumbrado, quizás, a las masas. Asher es muy popular y sacándolo así, era evidente que iban a tener espectadores.

Por lo que parece, las imágenes son de la una de la tarde. Ahora son las dos, así que ya deben estar en comisaría.

—La policía habia venido a realizarle un registro autorizado por el Juzgado Mayor de Beaufort y se ha llevado la chocante sorpresa de encontrar trescientos mil dólares escondidos debajo de unos tablones sueltos en el suelo —continúa la periodista—. El acusado está siendo interrogado ahora mismo en la comisaría más cercana. No tenemos detalles todavía, pero todo a punta a que va a pasar un par de noches entre rejas.

Niego con la cabeza de forma automática.

No puede ser.

No puede ser.

Yo juraba que era inocente. Todavía lo juro. Asher Wolf no puede ser un asesino y un ladrón, ¿verdad? No, me niego.

Aunque tal vez mi lógica se vea nublada por el hecho de que el muy tonto al final no me ha caído tan mal como pensaba. No voy a salir con él en la vida, pero es un tipo gracioso, con pocas

luces, pero gracioso.

¿Soy yo que no estoy pensando con claridad?

No. Soy hija de Nil Davis, me he criado rodeada de policías y criminales. Creo que puedo reconocer a un inocente cuando lo tengo delante.

Aunque otra vez, mi padre cree que es culpable y él es el agente, no yo, así que tal vez me equivoque.

Siento una opresión en el pecho.

—Sabía que ese cabrón iba a cometer un error —Tommy está de pie, con los brazos cruzados y la satisfacción brillando en su rostro mientras mira la tele—. Solo hacía falta hacerle otro registro y bum… pillado.

Arrugo las cejas y lo miro.

—¿Es el segundo registro que le hacéis?

Tommy asiente.

Y una rabia repentina me inunda.

¿Cómo es posible?

¿Cómo es posible que en el primer registro no encontrarán nada y ahora sí? Nadie es tan imbécil. Ni siquiera Asher.

Me levanto de golpe.

—Tommy, ¿me dejas tu móvil un momento?

Él frunce el ceño.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con Dylan, será solo un momento, lo juro —No le miento.

No tengo el número de Dylan —todavía— y necesito hablar con él ahora mismo.

Tommy parece dudar durante un par de segundos, pero al final mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saca un iPhone.

—Está bien, pero que sea rápido.

Le dedico una sonrisa de boca cerrada.

—Será rápido, lo prometo. Gracias.

Cojo el móvil de sus manos y me alejo para que nadie pueda escucharme. Están todos concentrados en la tele, pero aun así no quiero correr riesgos.

El número de Dylan está en marcación rápida y me aseguro de memorizar los dígitos antes de llamarlo.

No da ni dos tonos antes de que su voz ronca me llegue por el parlante.

—¿Qué pasa, Tommy? Estoy ocupado.

—Dylan —susurro su nombre tan bajo que no estoy segura de que me escuche.

Pero lo hace, porque no dice nada durante un par de segundos y después suelta en un tono más suave:

—¿Caramelito?

—Dylan.

—¿Qué haces con el móvil de Tommy? ¿Ha pasado algo?

Su tono vuelve a endurecerse, pero esta vez de preocupación.

—No, no, tranquilo —Trago saliva —. Es que estaba viendo las noticias…

—Oh —Lo entiende enseguida—. Entonces, has visto que…

—Sí.

Espero que diga algo, pero no lo hace, así que me atrevo a volver a hablar.

—¿No te parece todo muy oportuno?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué ibais a dar ahora con el dinero robado y no en el primer registro? No tiene sentido.

—Bueno… Tal vez Wolf lo escondió después, pensando que no volveríamos.

Niego, aunque no pueda verme.

—Nadie es tan tonto de…

—Wolf sí —se mofa y ruedo los ojos.

—No, Dylan, es de sentido común. Siendo todavía sospechoso de asesinato y robo, no iba a arriesgarse de esa forma. Poner el dinero ahí era un suicidio. Cualquiera se hubiera dado cuenta, hasta Wolf.

—¿Por qué lo estás defendiendo? —gruñe—. ¿Acaso te gusta?

—¿Qué? —Eso sí que no me lo esperaba—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Responde.

Imbécil.

—No, Dylan, no me gusta, pero me cae bien y no veo justo que lo encierren por un crimen que estoy segura de que no ha cometido.

—Preciosa, no es por ofender, pero no eres policía, así que si quieres jugar a los detectives cómprate el *Cluedo*. Yo tengo mucho que hacer aquí.

Me suben todos los colores de golpe.

De repente estoy sujetando el móvil tan fuerte que podría romperlo.

—Pero…

—Pero nada. Yo soy la autoridad, te guste o no, así que supera ese enamoramiento que pareces tener con Wolf y no molestes —Su tono es frío y severo—. Wolf es culpable hasta que se demuestre lo contrario y no hay nada que puedas hacer al respecto. No vuelvas a llamarme para tonterías. Voy a matar a Tommy.

Y cuelga.

Aprieto los puños.

A la mierda nuestra tregua.

27

BROOKLYN

No he podido dormir.

Aunque esta vez no ha sido por miedo a un intruso, sino porque estoy tan cabreada que tengo los niveles de cortisol por las nubes.

Y todo es culpa de Dylan.

Ayer me pasé toda la tarde esperando a que llegara, solo para que me volviera a decir que no metiera las narices en donde no me llaman y se fuera a hablar con los chicos de más cosas que no me incumben.

Dios.

Es un imbécil.

Ni siquiera sé qué ha pasado con Asher, si está bien o si lo van a condenar de por vida…

Lo único que sé es que lo han tenido retenido en comisaria toda la noche. Se lo he preguntado a Briana antes, cuando ha llamado para decirme que Oliver no va a poder estar en el festival.

Que esa es otra.

Oliver nos ha dejado colgados —lo que no me extraña, estando su hermano en la cárcel— y ahora tenemos a medio comité alterado, incluida la concejala, y por lo menos a media ciudad amenazando con demandar por publicidad engañosa.

Makeila me ha pedido que me reúna con ella en un par de horas, antes de que las carpas estén operativas, para intentar dar con una solución.

Pero por más que me coma la cabeza pensando, no se me ocurre nada mejor que Oliver Wolf.

Bajo las escaleras deprisa y casi choco con Blue.

—Blue —Sonrío al verla, pero ella no me devuelve el gesto—, ayer no te vi llegar con Dylan…

—Me fui a dar un paseo para despejar un poco la mente —responde en un tono plano que no le pega nada.

Alzo una ceja.

Hay algo diferente en ella desde que llegó de Nueva York, pero no estoy muy segura de que puede ser. Solo sé que tiene el rostro apagado y que no parece mi Blue. No sonríe, no habla y a penas se deja ver.

Parece un fantasma que vaga por los pasillos de la casa y transmite un aura fría y tétrica que no invita a acercarse a ella.

Le he preguntado a papá si les ha pasado algo, pero él simplemente esquiva la pregunta y me

cuelga o me deja de contestar.

Tal vez cuando vuelva a casa esta noche, los tres podamos resolver esto.

No soporto esta ansiedad de no saber qué mierda pasa, por qué Blue ya no parece Blue.

—Oye —De repente me siento tímida bajo el escrutinio de sus ojos negros, pero necesito preguntárselo—. ¿Crees que podamos hablar? Te noto un poco…

—Si lo que quieres es hablar de Dylan y tú, no hace falta, cariño.

Arrugo las cejas.

—¿Qué? No, en realidad yo quería…

Alza una mano para detenerme.

—Sé lo que vas a decir y no, no apruebo lo que sea que tengáis, pero porque no quiero que te hagan daño —dice y por primera vez desde que ha vuelto vuelvo a sentir esa angustia por mí en su voz—. Dylan es… No es para ti. No te voy a impedir que te ilusiones con él, pero no me gusta. Tu padre se va a volver loco.

Pongo los ojos en blanco.

—Papá se vuelve loco por todo.

El primer «novio» que le presente era un canadiense monísimo que se había transferido hacía poco a mi instituto. Papá hizo que deportaran a su familia solo porque vino a verme a escondidas pasadas las doce de la noche.

Desde ese día jamás he vuelto a presentarle o mencionarle a nadie que me gustara románticamente. Jamás.

—Ya no es por tu padre, cariño. Creo que no entiendes…

—¿Qué? —Sueno más agresiva de lo que pretendo—. ¿Qué es lo que no entiendo?

Los ojos de Blue son pura frialdad.

—Que Dylan no es para ti —dice al fin y es como si me pegaran un puñetazo en el corazón —. No es el tipo de chico que te ofrece ese final feliz que anhelas.

—¿Por qué no? —Mi voz sale baja.

Vaya pregunta más estúpida.

Yo ya había pensado en eso, pero que me lo diga Blue, no hace que duela menos.

Ya sé que Dylan no es para mí. Pienso en ello constantemente. Dylan es para chicas como Makeila, inaccesibles, como él, pero, aun así, me gusta. Me gusta mucho y no puedo luchar contra eso.

Aunque me queme creer que nunca voy a ser suficiente.

—Porque no, créeme —murmura entre dientes—. Llevo mucho trabajando con él y por suerte o por desgracia he tenido la oportunidad de ver cómo gestiona sus líos amorosos.

¿Sus líos amorosos?

Trago saliva.

—¿A qué te refieres con eso?

—A nada en particular —Blue mueve su mano para quitarle importancia al asunto, pero ya es tarde, ahora es muy importante para mí—. Solo ten cuidado, ¿vale? No quiero que sufras.

Asiento automáticamente, pero ya ni siquiera escucho lo que dice.

De repente siento una creciente necesidad de saber del pasado amoroso de Dylan. ¿Ha tenido líos amorosos que Blue conozca? ¿Por qué si no diría eso? ¿Qué es lo que ha visto?

Quiero hacerle más preguntas, pero acaricia mi brazo con su mano y suelta en un tono

cansado:

—¿Te veo más tarde en el festival?

—¿Qué?

Blue fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Nos vemos más tarde, cariño.

Ni siquiera he tenido la oportunidad de preguntarle qué le pasa. Como siempre, Dylan han monopolizado la conversación y ahora ya es demasiado tarde.

La veo subir las escaleras a paso rápido, casi como si oliera mis ganas de preguntarle qué le pasa.

La dejo escapar, volver a su habitación para encerrarse y sufrir en silencio.

Pero de esta noche no pasa.

Pienso encadenarla si hace falta para que me diga lo que sea que le ocurre.

Agito la cabeza y suspiro antes de dirigirme a la cocina.

Como el universo me odia y la suerte nunca está de mi parte, lo primero que veo es a Dylan apoyado contra la encimera, pelando una maldita manzana con su navaja.

Está solo.

Pero su presencia acaparadora y asfixiante llena toda la cocina.

No sé cómo lo hace. Solo sé que al mirarlo tengo las mismas ganas de acercarme a él que de correr por mi vida. Quizás sea culpa del sedoso pelo negro que le cae por la frente cuando inclina la cabeza o de esos perversos ojos grises, tan profundos que cuando conectan con los míos, lo único que se me ocurre es esquivarlos.

No quiero mirarlo.

No ahora.

Hago el amago de salir de la cocina para volver más tarde, pero él me detiene.

—Quieta —Su tono autoritario hace que me detenga en seco—. Date la vuelta y ven aquí.

No me doy la vuelta.

Al menos no inmediatamente.

No solo porque quiero dejar claro que él no me manda, sino porque sé que, si me giro y lo vuelvo a mirar, estoy perdida.

Al final cedo porque no soy una cobarde, pero hago todo lo posible para no parecer débil ante él. Me están temblando las piernas.

—¿Y si no quiero? —chisto.

Sigo enfadada con él.

De hecho, que me hable como si nada solo me cabrea más todavía.

—¿Vas a hacer que vaya yo? Porque entonces te prometo que será mucho peor.

Trago saliva.

No está de broma.

Al menos no por la forma en la que sus ojos grises se clavan sobre mí. El iris se le oscurece uno o dos tonos y su expresión sombría promete bajarme al maldito infierno si decido contradecirlo ahora.

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies cuando doy un paso al frente.

Mi cuerpo se siente inseguro.

Como si estuviera a punto de reunirse con el diablo.

Me paro justo delante de él. A la distancia justa como para no rozar su torso a través de la camiseta azul marino del FBI que lleva puesta y que se ajusta a la perfección a los músculos de su brazo.

Ni siquiera quiero mirarlo.

Mi mente se vuelve loca solo con absorber su olor a limpio.

—Mírame —Su tono no pierde fuerza.

Hoy parece un puto perro de caza.

Hasta que no muerda algo, no va a parar.

—No voy a mirarte —*imbécil*, quiero añadir, pero me callo—. Deja de darme órdenes.

Noto el tacto rugoso de sus dedos sobre mi barbilla, antes de que gire mi cabeza en su dirección y me haga mirarlo a la fuerza.

Sus ojos me escanean en silencio durante unos segundos.

Gris contra miel.

Aguanto la respiración.

Mi iris se mueve descontrolado de la cicatriz de su ceja hasta su nariz recta, pero inevitablemente siempre vuelve a sus ojos.

Me atrapan como a una idiota.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—¿A ti que te parece?

Me deshago de su tacto con un movimiento brusco de cabeza y pretendo volver a alejarme de él, pero me coge del brazo a tiempo y tira de mí. Mi cuerpo choca de frente contra el suyo.

Mierda.

—No he dicho que puedas irte.

Enrolla su mano libre alrededor de mi cintura y me pega a él. Quiere demostrarme que él tiene el control, el control sobre mí. Y por desgracia no se equivoca. Todas mis extremidades tiemblan ante el repentino contacto de su piel fría contra la fina tela de mi camiseta de tirantes.

Me tiene a su merced.

Mis manos contra su pecho duro y mis piernas rozando las suyas.

Trago saliva varias veces, pero no es suficiente. Se me ha quedado el aire atascado en la garganta.

—¿Estás enfadada porque he encerrado a tu novio? —Su tono es más bajo y amenazante que antes, como si me retara a darle la razón.

—Estoy enfadada porque me tratas como si fuera gilipollas —chisto.

Mis manos forman dos puños sobre su pecho cuando ajusta su agarre en mi cintura. Está prácticamente sujetando mi peso.

—No te trato como si fueras gilipollas. Te trato como a alguien que no trabaja en el FBI y que, por lo tanto, no tiene que entrometerse en un caso como este. No es lo mismo.

—No estoy tratando de entrometerme —farfullo entre dientes.

—¿Ah no? —Sube su mano libre hacia mi cuello y de repente siento el roce frío del metal acariciando la zona. Ha dejado la manzana que estaba pelando, en la encimera, pero la navaja sigue con él—. ¿Y qué haces?

Sus movimientos sobre mi cuello van de arriba a abajo, suaves y delicados. No me hace daño, pero es inevitable que la punta afilada de la navaja torture mi piel en el camino.

La escena me provoca un déjà vu.

—Yo… yo… eso no es lo que hago —balbuceo.

—No eh.

Ahora la atención de Dylan está puesta sobre el pequeño hueco que une mi cuello y mis hombros. Ni siquiera me está escuchando. Su mirada oscura brilla con malicia antes de apartar la navaja con una lentitud que me pone aún más nerviosa.

¿Qué está haciendo?

—No, yo solo quiero ayudar… —respondo, esta vez con la voz un poco más segura. Aunque de poco me sirve, cuando me siento en el núcleo de un puto tornado.

Dylan ya no quiere jugar a dejar marcas rojas en mi piel con su navaja. Prefiere ponerla también sobre la encimera e inclinar su cabeza lo suficiente como para que quede escondida en el hueco que hay entre mi cuello y mi hombro.

La adrenalina que me recorre el cuerpo en ese instante es más peligrosa que una navaja amenazando con rascarme la piel.

Y más cuando noto sus labios hacer presión sobre la zona.

—¿Qué… qué estás haciendo?

Ni siquiera sé qué estoy diciendo ya.

Mi cerebro se ha quedado parado.

Igual que mi cuerpo.

Solo puedo respirar con dificultad y luchar porque no se me salga el corazón por la boca.

Los labios de Dylan a penas se mueven, tan solo dispersan besos delicados alrededor de la zona, no ejerce apenas presión, pero me estoy muriendo por dentro.

El contacto me quema.

Su contacto me quema.

—¿Lo estás… lo estás haciendo aposta? —murmuro contra su pelo negro. La fragancia que desprende es natural y fresca.

—¿Hacer el qué, caramelito?

Me atrae por la cintura y me pega más a él, casi como si quisiera que nuestros cuerpos se fundieran, aunque eso sea imposible.

Después se queda un instante así, absorbiendo el olor de mi colonia y haciéndome cosquillas con la nariz.

—No te hagas el tonto —No sé cuánto voy a poder aguantar teniéndolo tan cerca—. Intentas distraerme, pero no te va a funcionar.

Su risa suena amortiguada contra mi cuello.

—Yo creo que ya me ha funcionado.

Aprieto los puños, pero al instante vuelvo a abrirlos y me aferro a su camiseta para que mi mano descanse.

—Lo digo en serio, Dylan… Sigo muy enfadada.

Bueno.

Tal vez no *tan* enfadada.

No cuando lo tengo tan cerca de mí, robándome el aire y el sentido común.

Pero definitivamente sigo enfadada con él.

Levanta la cabeza y su pelo roza mi mejilla provocando un hormigueo en mi piel. La zona de

mi cuello queda vacía.

—¿Me vas a aplicar la ley de hielo?

Lo fulmino con la mirada y giro la cabeza. Dos segundos después él vuelve a cogerme por la barbilla y planta un beso rápido en mis labios.

Para este momento, las mariposas en mi estómago están descontroladas.

—No te enfades, cuando quiera la ayuda de una sabelotodo, te llamaré.

Me dedica una media sonrisa que le marca el hoyuelo.

Aprieto los dientes.

Se está burlando de mí.

No lo soporto.

Me hierve la sangre.

Por eso escupo sin pensar:

—No necesito que me ayudes. Puedo decirle a mi padre lo que pienso y él me ayudará.

No voy a hacer eso, pero me encanta ver como la sonrisa de Dylan decae al instante.

Fíjate, ya no le hace tanta gracia.

—¿De qué hablas? Tu padre es el primero que quiere a Wolf en la cárcel.

—Pero él es un hombre justo y el mejor policía de Nueva York —Alzo la cabeza como si estuviera orgullosa de haber marcado un punto que ni siquiera sé si es cierto o no. Después de todo, desconozco el trabajo de mi padre en su mayoría, pero, aun así, no puedo detener mi ataque —. Cuando escuche una buena teoría por fin, quizás comience a replantearse con quién trabaja.

Dylan aprieta la mandíbula.

—¿Qué mierda quiere decir eso?

—Que quizás el puesto que tienes te va demasiado grande.

No sé de dónde sale eso.

En serio.

No lo sé.

No sé nada del trabajo de Dylan, pero está claro que ha nacido para él. Sus agentes lo respetan. La gente lo respeta. Y ese tipo de cosas no se ganan siendo un inútil. No tengo ningún derecho a meterme con él así.

Sin embargo, para cuando soy consciente de lo que he dicho, ya es demasiado tarde.

Dylan me suelta la cintura como si lo asqueara tocarme. Pierdo el equilibrio al instante y me voy para atrás. Tengo que sujetarme de la mesa de la cocina para no caer al suelo.

—¿Soy malo en mi trabajo porque no quiero que una civil meta las putas narices en un caso oficial del FBI? —Le tiembla la mandíbula. La está apretando con tanta fuerza que se le marcan los huesos de la cara. Ya no sonríe. Ya no bromea. Su expresión se vuelve oscura y fría. Es evidente que he tocado un punto sensible. Mierda—. Haz lo que quieras —escupe y casi tengo ganas de llorar—. Corre con tu padre como una niña mimada, pero que sepas que… ¿Qué coño? No tengo tiempo para esta mierda.

No dice nada más. Coge su navaja de la encimera y se dirige a la salida tirando humo por las orejas. Se encuentra de frente con Mateo, Tabatha y Emma, que vienen entrando, pero los esquiva como a la mierda.

Ellos se quedan un par de segundos mirando el sitio por el que se ha ido.

—¿Y a ese qué le pasa? —pregunta Emma con el ceño fruncido.

—¿Tendrá un mal día?

—Se le pasará —añade Mateo y se gira hacia mí con una sonrisa que le abarca toda la cara—. Oye, Brook, ¿a qué hora empieza lo bueno en el festival?

Pero no lo estoy escuchando.

Mi mente está perdida en la forma en la que los ojos grises de Dylan se han apagado un segundo al mirarme.

La he cagado, pero bien.

28

BROOKLYN

—Habéis hecho un gran trabajo, chicas —Nos felicita la concejala. Su mirada entusiasmada va de aquí para allá como la de una niña en una tienda de caramelos—. Siento no haber podido ayudaros más. He estado muy liada en el ayuntamiento.

—No se preocupe, señora Miller —Makeila sonríe—, para eso está precisamente el comité.

La concejala se queda tan absorta mirando la noria que hay a lo lejos, que ni siquiera sé da cuenta de que un niño la señala con su piruleta, mientras su madre le insiste para que siga caminando.

—Voy a pasarme por los puestos a felicitar al resto —dice y al fin se gira para dedicarnos un segundo de su atención—. ¿Creéis que podréis encargaros solas de esta zona?

—Está todo controlado —responde Makeila antes que yo.

La concejala nos dedica una sonrisa que muestra su dentadura perfecta y después se aleja en dirección a los puestos. No es hasta que vemos desaparecer su pequeña figura entre el gentío, que dejamos de mirarla.

—Muy bien —Makeila junta las manos y se gira hacia mí—. ¿Te quedas tú más cerca de la entrada y te aseguras de que todo vaya bien? —Asiento—. Yo voy a ver si me paso por el puesto de Oliver a tratar de calmar a la gente y regalarles esos tiques de comida.

—Sí, es mejor que hagas eso…

Cuando llegamos hace una hora, una adolescente nos tiró una lata mientras colgábamos un cártel de «puesto cancelado».

Seguridad la sacó, pero estamos segura de que esa solo será la primera lata de muchas, así que al final hemos decidido regalar a los que nos pregunten por Oliver, tiques de comida canjeables en el puesto de perritos calientes, el puesto de nikuman de las señoras y el de palomitas dulces.

—Tú no te preocupes por mí, vete a solucionar eso —le digo a Makeila y ella coloca momentáneamente su mano sobre mi brazo para darme las gracias en silencio.

El gesto ya no se me hace tan extraño como se me habría hecho hace unos días, pero aun así no puedo evitar removerme incómoda.

Makeila arruga la cara.

—Lo siento, es la costumbre —confieso y ella niega con la cabeza, pero no dice nada.

Echa un vistazo alrededor y para a uno de los de seguridad, que se mueven por el lugar en carritos de golf, y le pregunta si puede llevarla al otro lado de los puestos. Pongo los ojos en blanco cuando el hombre le pega un repaso a la rubia antes de hacerle hueco a su lado.

Makeila se despide de mí con la mano y desaparece con lo que espero que no sea un degenerado.

Suspiro.

Muy bien.

La zona de la entrada no suele ser en la que más gente se acumula, así que no debería tener problemas para mantenerla bajo control. Después de todo, los puestos de comida, de música y la noria, están al final de la feria. Incluso el que iba a ser el puesto de Oliver está al final.

Todos los puestos en los que me encantaba hacer guardia cuando iba al instituto.

Cerca del principio suelen quedarse los padres con sus hijos, los coleccionistas de figuritas raras y los aficionados a los jueguecitos.

La oscuridad de la noche es mi única enemiga ahora mismo.

O al menos eso espero.

—¡Brook!

Giro la cabeza al escuchar mi nombre.

A lo lejos veo a Tabatha saludarme con la mano mientras se baja de la parte trasera de una moto que reconozco al instante.

La Ducati de Dylan.

Trago saliva cuando lo veo. Todavía lleva puesto el casco, pero sé que es él. Lo noto porque mi cuerpo quiere gravitar en su dirección como las polillas a la luz. Gravitar hacia esa inminente y adictiva oscuridad que lo rodea y que siempre amenaza con atraparme.

Cuando comienza a quitarse el casco, vuelvo a mirar a Tabatha. Ella sigue sonriéndome y saludando con la mano, así que le devuelvo el gesto.

Sé que han venido con los otros, porque tan solo un segundo después de que Dylan se baje de la moto, veo aparcar a su lado al Range Rover que conduce Tommy.

Tabatha le pasa el casco que tiene en la mano. Es el mismo que Dylan me prestó el día que fuimos al Galimateo, el mismo que él llevaba, el mismo que colocó con cuidado sobre mi cabeza minutos antes de besarme por primera vez.

A mi lado parecía un accesorio fuera de lugar, al lado de Tabatha parece un complemento más. Algo que llevaría sin problemas una chica como Tabatha, de melena castaña y larga y cuerpo de gimnasio, una chica que podría ser del estilo de Dylan.

Trato de borrar ese pensamiento de mi mente cuando comienzo a ver al resto de mis amigos. Mateo, Emma y Lewis se bajan de la parte de atrás del Range Rover. Elliot sale del asiento del copiloto y, como me imaginaba, Tommy sale del lado del conductor.

Se acercan primero a Tabatha y Dylan, y después vienen todos hacia mí.

La enorme sonrisa de Mateo es lo primero que capta mi atención.

—¡Brook! —No espero que me abrace, pero cuando me rodea con sus brazos, tampoco me resisto. Si el punk rock tuviera un olor, Mateo olería exactamente a eso—. ¿Cómo está mi chica favorita?

—Pensaba que yo era tu chica favorita —Emma me guiña un ojo antes de cruzarse de brazos y lanzarle una mala mirada a Mateo.

Este se aleja de mí y la mira con una sonrisa culpable.

—Después de ti, claro…

—Aja, sí, sí…

Mateo la rodea por los hombros antes de plantarle un beso corto en la mejilla. A su lado, Elliot pone los ojos en blanco.

Sonrío.

Esta noche todos desprenden un aire de poder y adicción que no había notado antes en ellos. Van vestidos con ropa de calle en vez de con su típico uniforme y gritan popularidad por cada uno de sus poros.

Parecen más jóvenes, más peligrosos, más traviesos.

Sobre todo, Dylan.

Está al final, apoyado contra un semáforo que no sirve porque la calle está cortada por los puestecitos. Tabatha está apoyada contra él y ambos miran en mi dirección. Al menos Tabatha sí, Dylan varía su mirada entre el pelo de la castaña y lo que hay detrás de mí.

Estoy segura de que sigue enfadado conmigo.

Si no hace rato que hubiera conectado sus ojos grises con los míos. Hace rato que me hubiera dejado ver detrás de esa maldita aura oscura y adictiva. Hace rato que me tendría al borde del precipicio solo con una media sonrisa que marcara su hoyuelo.

Pero no hay nada de eso.

Ha levantado a su alrededor un muro de indiferencia que hace que me arda el estómago.

Hago todo lo posible porque no se me noten las ganas que tengo de ir hacia donde está y zarandearlo. En lugar de eso, dirijo mi atención a los chicos.

—¿No ha venido Blue con vosotros? —pregunto al no verla por ninguna parte.

No he hablado con ella desde que me la encontré en las escaleras esta mañana, pero me dijo que nos veríamos en el festival. Sigo esperándola.

—No, salió de casa mucho antes que nosotros —responde Elliot—. No sabemos nada de ella desde entonces.

—Oh —No puedo ocultar mi decepción—. Supongo que se habrá entretenido en los puestecitos y no la he visto.

A Blue le encantan los festivales.

Igual que a mí.

No se perdería esto por nada.

Vendrá, lo sé.

—¿Qué, nos vas a enseñar esto o tendremos que verlo por nuestra cuenta? —Tommy se coloca a mi lado con una sonrisa relajada que no le pega nada.

—Claro, ¿por qué no? —digo y echo un vistazo rápido a mi alrededor antes de volver a mirarlo.

Ya son las diez pasadas, pero cada vez hay más gente. No creo que hoy los puestos cierren pronto. Lo que significa que todavía me queda un rato aquí.

Si me doy una vuelta rápida con los chicos, al menos podré controlar un poco las áreas que escapan de mi vista y no aburrirme.

Mateo se rasca las manos, frenético.

—Al lío. Estoy deseando probar esos pastelitos de carne que promocionáis en vuestros carteles.

No puedo evitar soltar una risa por lo bajo.

Si las señoras lo escuchan llamar a sus nikuman, pastelitos de carne, lo matan.

—¿Vamos, entonces?

Mateo y Emma son los primeros que salen disparados en dirección a las máquinas de enganchar peluches. Elliot y Tommy los siguen a un paso menos apresurado mientras se burlan de como corre Mateo.

Yo voy justo detrás de ellos y Tabatha, Dylan y Lewis detrás de mí. Ni siquiera finjo que los espero, no me siento capaz, simplemente camino con su presencia acechando mis espaldas.

Todo por culpa de Dylan.

—Colega, estas máquinas son un timo —chista Tommy al ver a Mateo y a Emma toquetear los botones mientras señalan los peluches que más les gustan.

A ambos les brillan los ojos cuando dan con el elefante bebé. Solo hay uno en la pila y es el más bonito.

Niego con la cabeza.

—No te creas, eh —Elliot se acerca a sus compañeros y los hace a un lado para colocarse él delante de la máquina—. Son un timo, pero algunos tienen sus trucos.

—¿Cómo cuáles? —Lo reta Tommy cruzándose de brazos.

Elliot sonríe, pero no dice nada. Simplemente inserta un billete de un dólar en la ranura de más abajo y deja que la máquina cobre vida antes de hacerse con los mandos.

—Lo primero que hay que entender en estos juegos —Comienza a decir mientras se ajusta sus gafas de pasta negra— es que nunca eres tú, siempre es la máquina. Suelen venir ya trucadas de fábrica para que el gancho solo agarre con fuerza y firmeza, un par de veces.

Mueve el gancho con cuidado en dirección al elefante bebé que Mateo y Emma miran como un tesoro perdido.

De reojo veo a Tabatha susurrarle algo a Dylan que hace que estire sus labios en una sonrisa socarrona.

Aprieto los puños.

—Para tener la posibilidad de hackear la máquina… —continúa Elliot, concentrado en su nueva misión— lo que tenéis que hacer es localizar vuestro objetivo —El elefante bebé—, pulsar el botón para que el gancho baje… —Todos seguimos en silencio el movimiento del gancho hacía bajo— y una vez tenga agarrado lo que queréis… volver a pulsar el botón para que no lo suelte.

Elliot hace exactamente lo que dice. Una vez lo coge, el gancho sujeta con fuerza el elefante bebé y le da el tiempo suficiente para maniobrar y colocarlo, otra vez, justo encima de la cajita de salida.

El elefante cae y se desliza por el hueco con demasiada facilidad.

Alzo las cejas.

La máquina se ilumina y empieza a salir de ella un sonido estridente que me hace pensar que está rota.

Pero no lo está.

Es que Elliot le ha ganado.

Tommy aplaude con fuerza y Mateo y Emma lo imitan emocionados.

—Woo, bro, tengo que reconocer que no me esperaba que funcionara —Tommy está tan sorprendido como el resto—. Mis respetos.

Elliot le guiña un ojo y después se agacha para sacar el peluche por la ranura. Un precioso

elefante gris con ojos azules y orejas enormes.

Se gira hacia nosotros con una sonrisa orgullosa que se le borra en cuanto se encuentra de frente con Mateo y Emma. A ambos les brillan los ojos con algo tan intenso y profundo, que hace que Elliot se quede parado.

¿A quién le va a dar el muñeco?

Cualquiera pensaría que es evidente que va a dárselo a Emma —la preciosa rubia que insinuó el otro día que se había enrollado con él—, pero no es tan fácil; al menos no para los que conocemos el otro lado de la moneda.

Mateo está ahí.

Atormentando el corazón de Elliot con algo de lo que nadie es consciente todavía.

Los he visto besarse, los he visto abrazarse, he visto ese sentimiento de rabia y lujuria en sus ojos.

Son algo.

Algo prohibido.

Los ojos de Elliot van de uno al otro, desesperado. Al final de quién aparta la mirada es de Mateo.

Se acerca a Emma y deja sin cuidado el muñeco sobre sus manos antes de colocarse al lado de Tommy otra vez.

Emma pega un chillido de emoción y Mateo se desinfla, pero no hace nada. No mira a Elliot, no trata de quitarle el peluche a Emma, tan solo sonríe y oculta esa puñalada en lo más profundo de su ser.

Mierda.

Seguimos caminando y a pesar de ese pequeño incidente, el ánimo no decae. Los chicos prueban el puesto de lanzar anillas, se paran a comprar objetos de coleccionista, lanzan a un tío al agua y hasta se ríen de Lewis cuando una abuela lo confunde con su nieto pelirrojo.

Se lo pasan en grande y por un segundo me pregunto si estarán así de animados, porque es un buen festival o porque por fin han arrestado a Asher, su principal sospechoso en un caso en el que llevan mucho trabajando.

La segunda idea no me hace mucha gracia, pero podría entender que esa fuera la razón.

Suspiro y no pierdo de vista al público y a los feriantes mientras paseo.

Estoy tan atenta a mis alrededores, que hay un punto en el que dos chicas adolescentes pasan por delante de nosotros y susurran algo que, por desgracia, llega a mis oídos.

—¿Has visto a esos dos? —murmura la más bajita mientras mira hacia nosotros—. Parecen modelos.

Su amiga asiente con fuerza.

—Seguro que son novios. ¡Qué guapos!

Mis ojos siguen la dirección exacta de los suyos y se me encoge un poco el corazón cuando veo a Tabatha y a Dylan. Están un par de pasos por delante de mí, parados cerca del puesto de disparos.

Tabatha tiene una mano enrollada en el brazo de Dylan, mientras habla y le señala algo. Dylan la observa con tanta atención que me entran ganas de vomitar.

Me quedo quieta.

Puedo entender a la perfección lo que dicen las chicas: parecen una puta pareja de modelos.

Ambos son casi igual de altos y cuando los miras no puedes evitar quedarte paralizado. Tal vez sea por el aire imperturbable y peligroso que desprende Dylan. O por la sonrisa torcida de Tabatha, que le da ese toque accesible que le falta al pelinegro.

Pero se ven como un espectáculo.

Tienes ganas de acercarte, de tocarlos, de ser como ellos.

Las chicas sueltan una risita nerviosa cuando les pasan por delante.

Aprieto los dientes.

Solo son buenos amigos, solo son buenos amigos.

Ojalá hubiera también una máquina de boxeo por aquí.

—Ey, chicos —Nos llama Tabatha sin apartar sus ojos del puesto de disparos—, juguemos a esto.

Todos se acercan.

Incluida yo.

El puesto en concreto es uno de esos de tiro al blanco. Hay varias dianas distribuidas a lo largo de una pared de cartón piedra y los jugadores deben disparar dardos con una escopeta falsa, para ganar puntos. Cuanto más al centro claven el dardo, más puntos obtienen y más premios del puesto se llevan.

Yo ya lo he probado otros años.

No es muy difícil.

Y menos para unos agentes del FBI.

—¿Queréis echar una partida, chicos? —Nigel, el feriante encargado del puesto, se acerca al pequeño mostrador para intentar captar clientes nuevos.

Lo conozco desde hace tiempo y es un vendedor nato. Su carisma nos ha aportado muchos beneficios económicos a largo de los años. Supongo que por eso la concejala lo invita siempre.

Es una pena que ahora el pobre vaya a perder más de lo que suele ganar.

Tabatha le sonríe como una niña en navidad.

—Sí, por favor, me encantaría —Se acerca a él sacando su cartera—. ¿Cuánto es?

—Yo también quiero —Se apunta Emma.

—¡Y yo!

Dejo que todos se distribuyan a lo largo del puesto y me coloco a un lado, cerca de la esquina. Mis ojos se posan automáticamente sobre la escopeta que tengo delante. Ni siquiera soy consciente de que mis dedos rozan el metal, hasta que el ritmo de mi corazón se dispara.

—¿Tú también quieres un ticket, Brook? —Aparto la mano de golpe cuando escucho la voz de Nigel—. A ti te lo dejo gratis.

Sonrío, aun cuando el corazón me late con fuerza.

—No, no. No te preocupes, Nigel, solo estaba mirando.

—Si cambias de opinión, ya sabes.

Vuelve a alejarse para explicarle al resto como funciona el juego y yo vuelvo a bajar la vista hacia la escopeta.

Solo mirarla es suficiente para que mi corazón se acelere y mi cerebro comience a elaborar miles de escenarios catastróficos en los que me hago daño. Nunca había tenido ese tipo de pensamientos antes, todo mi cuerpo está paralizado ante un objeto hecho casi enteramente de plástico.

La frustración hace que me entren ganas de llorar.

—¿Por qué tienes miedo? —Giro la cabeza hacia la esquina cuando oigo esa voz ronca y profunda que me provoca escalofríos.

Dylan está apoyado de brazos cruzados contra el puesto, mientras me mira. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí y eso que es imposible ignorar su maldita presencia.

La oscuridad de la noche hace que sus facciones se vean más intimidantes. Sus ojos se vuelven negros, a juego con su pelo desordenado, y la cicatriz de su cuello palpita con fuerza. Parece un ángel… Uno que puede arrastrarte directo al infierno.

La brisa inunda mis fosas nasales, pero aun así me falta el aire.

—¿Por qué tienes miedo? —Repite. Esta vez su tono se ha endurecido.

Aparto un segundo la mirada.

—No tengo miedo —murmuro.

Pero es mentira.

Tengo miedo. Tengo miedo y creo que sé por qué.

A Dylan le tiembla la mandíbula.

—No me jodas.

—No tengo miedo, no seas pesado.

¿Ahora por qué mierda se preocupa?

Se supone que está enfadado conmigo. No necesito que finja compasión por mí.

Se queda en silencio un segundo en el que no puedo evitar quedarme prendada de sus ojos grises.

—¿Entonces por qué no juegas?

Trago saliva.

—Porque no me apetece.

Justo en ese instante, uno de los chicos dispara contra la diana y mi cuerpo salta en el sitio como en un acto reflejo.

Tengo que tomar un paso atrás para que no se me salga el corazón del pecho.

Mierda.

—Tienes miedo, joder —gruñe Dylan y esta vez no digo nada. No puedo. Dejo que su expresión se oscurezca y camine hacia mí—. Perdone —Da un paso adelante que me deja entre él y el mostrador del puestecito. Su maldito olor a limpio no tarda en invadir mis fosas nasales—, ¿me da un tique a mí también?

Nigel lo mira con una sonrisa torcida.

—Enseguida.

—¿Qué haces? —Trato de darme la vuelta para mirarlo, pero su torso se aplasta contra mi espalda y no me deja salir.

Es como una maldita pared de cemento.

No va a dejar que me mueva.

—Gracias —dice en cuanto Nigel le pasa el tique y los dardos para jugar. El feriante trata de explicarle cómo se juega, pero Dylan lo despacha con un movimiento de cabeza—. No se preocupe, sabemos cómo se juega.

—Cómo queráis. Suerte.

Dylan me rodea con los brazos para colocar los dardos en la escopeta. Su cuerpo, tan pegado

al mío, hace que me cueste respirar.

—Muy bien, caramelito —habla en un tono suave y bajo—. Hagamos una cosa, vas a jugar conmigo a esta mierda y te vas a demostrar a ti misma que el miedo es una chorrada que ha inventado tu cabeza, ¿está bien?

No digo nada.

Solo puedo alternar mis ojos entre la diana que tengo delante y la escopeta que tiene Dylan en la mano. Es un juego. Sé que solo es un juego, pero cada vez que pienso en disparar, se me viene a la cabeza la imagen de la maldita bala que intento atravesarme el cráneo y fallo.

El sonido estridente que hizo todavía me provoca escalofríos.

Niego con la cabeza.

—No puedo hacerlo, Dylan.

—Sí puedes. Yo voy a ayudarte.

Coloca su mano sobre la mía para pasarme la escopeta y aunque al principio me niego a cogerla, el roce de su piel contra la mía consigue que mis músculos se relajen y piense en otra cosa.

Como la maldita razón por la que Dylan tiene que estar tan cerca de mí. Noto cada una de sus extremidades contra las mías, absorbiendo la poca cordura que me queda. Absorbiéndome el aire.

—Sujétala bien —Me pide cuando tengo el arma en mi posesión.

Me están temblando los brazos.

Sujetar una escopeta es un poco diferente a sujetar una pistola normal. Es más larga y tienes que distribuir bien su peso entre tus manos para tener el control completo.

Yo apenas puedo rozarla sin tener ganas de vomitar, pero, aun así, lo intento. Coloco las manos en posición y apoyo bien la escopeta contra mis hombros. No lo pienso. Solo me dejo llevar.

—Tienes que separar un poco más las piernas —murmura Dylan contra mi pelo y antes de que pueda hacerlo por mi cuenta, noto el roce de sus dedos acariciar el interior de mi muslo. Mi cuerpo se enciende como un maldito árbol de navidad—. Así…

No me muevo.

Dejo que se abra hueco entre mis piernas y las separe con cuidado. Parece un movimiento inocente, pero lo hace tan cerca de mi entrepierna que tengo que luchar para no apretar mis muslos contra sus dedos. Noto como la zona me palpita y no puedo evitar que me ardan las mejillas.

Es la primera vez que Dylan me toca tan abajo y lo peor es que ni siquiera sé si lo está haciendo a propósito. Solo puedo quedarme quieta y luchar porque mis pulmones aguanten la presión.

Cuando aparta sus manos de mis muslos y las coloca en mis caderas, la cosa tampoco mejora mucho.

—Muy bien… —dice pegando mis caderas contra las suyas para ajustar mi posición—. Ahora sí —Aparta sus manos de mi cuerpo para subirme un poco la punta de la escopeta hacia arriba y asegurarse de que tenga la mejilla apoyada contra la culata—. Inténtalo.

Me está dando vueltas todo, pero aun así me las arreglo para balbucear:

—Está… Está bien.

Desplazo mis dedos cerca del gatillo mientras trato de acompasar mi respiración. Ya no sé si me tiembla el pulso porque tengo miedo o porque el fantasma del toque de Dylan todavía atormenta mi piel.

Respiro hondo.

Mis ojos están alineados con la mira de la escopeta y en cuanto tengo mi objetivo localizado, apago los pensamientos intrusivos. Dejo que sea mi cuerpo el que tome el control. O al menos dejo que lo intente.

Lo siguiente que sé es que estoy apretando el gatillo.

El dardo sale disparado hacia la diana y tres segundos después se clava con fuerza en uno de los bordes. La adrenalina que me recorre de repente hace que me bulla la sangre.

—Puedes hacerlo mejor que eso —Dylan sigue sin apartarse de mí y, aunque no puedo verle la cara, me reconforta sentir su presencia envolviendo mi cuerpo—. Solo tienes miedo porque ahora crees que vas a hacerte daño, pero eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ni de coña dejo que te pase algo —gruñe más para sí mismo que para mí y por un segundo creo que lo he escuchado mal.

Pero no.

Dylan no va a dejar que me pase nada.

Lo ha dicho.

Por más que le encante desestabilizar mi puto sistema nervioso, a su alrededor estoy segura. Me siento segura. Confío en él más que en nadie ahora mismo y eso quizás me da más miedo que una bala directa a la cabeza.

Suspiro y vuelvo a alzar el arma.

Esta vez concentro mi atención en el centro de la diana y no dejo que el temblor de mis manos o el movimiento agitado de mi cabeza, me desorienten. Aprieto el gatillo y el dardo sale disparado justo hacia donde quiero.

Justo hacia el centro.

Sonrío y tengo ganas de ponerme a saltar, pero no lo hago. En su lugar, dejo la escopeta en el mostrador y me doy la vuelta para abrazar a Dylan.

Es un movimiento automático. Mis brazos rodean su cuello y escondo mi cara en su pecho.

—¿Has visto eso? —chillo—. Le he dado.

Dylan se queda paralizado. Noto la tensión acumularse en sus hombros al instante y estoy a punto de echarme para atrás, pero, por suerte, coloca sus brazos alrededor de mi cintura y me aprieta contra él antes de que eso ocurra.

El calor invade mi estómago.

Es un abrazo corto y sin importancia, pero disfruto del contacto prohibido como si fuera la última vez que voy a empaparme de esa oscuridad adictiva que lo envuelve.

Cuando nos separamos, me sorprende que ninguno de nuestros amigos nos esté mirando. Siguen todos concentrados en el juego y en quién acierta más veces. El único que nos presta atención ahora es Nigel.

—Muy bien, Brook —La sonrisita de su cara hace que me suban todos los colores de golpe —. Puedes escoger cualquier peluche de arriba. ¿Cuál quieres?

Desvío la vista hacia la balda que me señala. Todos los peluches que hay ahí son enormes y

achuchables. Es imposible que me decida por uno.

—Umm… Quiero…

Antes de que pueda decir algo más, mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Cuando lo saco, el apellido de Makeila brilla en la pantalla.

—Dime —digo sin apartar mis ojos de los peluches.

Quizás podría llevarme a casa la alpaca, es diferente y bonita, pero el delfín quedaría tan bien en mi cama…

—¿Sigues por la zona de la entrada? —Oigo que pregunta.

Y asiento sin recordar que no puede verme.

—Sí, más o menos, ¿qué pasa?

—¿Podrías recoger un par de sacos de azúcar del almacén y llevárselos a Marisa que está en el puesto de algodones de la entrada?

—Sí, claro, sin problemas.

—Genial, gracias.

Cuelga y yo vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo.

Me giro hacia Dylan con una sonrisa inocente.

—Tengo que irme un momento a por algo que necesitan en un puesto, ¿puedes escogerme un peluche? El que más creas que pega conmigo.

Dylan pone los ojos en blanco, pero puedo ver la sonrisita que lucha por asomarse en sus labios.

—Está bien. No tardes.

Junto mis manos para darle las gracias y salgo corriendo en dirección al almacén que tengo más cerca. Está un poco más allá de los castillos hinchables, apartado del ruido del festival.

No sé por qué voy dando saltos como una niña.

Es como si mi cuerpo se hubiera visto invadido de una repentina felicidad.

Ni siquiera pienso en el miedo que me da el recorrido hasta el almacén, una zona de descampado donde apenas llegan las luces de los puestos y donde el silencio de la noche hace más ruido en tus oídos que cualquier otra cosa.

No veo nada más allá de lo que tengo delante, no escucho nada más allá del latido descontrolado de mi corazón.

Pero sigo con una sonrisa en la cara, al menos hasta que llego al almacén y siento una mano taparme la boca con fuerza, ahogándome.

Mis ojos se abren de golpe y en lo primero en lo que pienso es en la única persona que puede ayudarme ahora.

Dylan.

29

DYLAN

¿Dónde mierda se ha metido?

Llevo diez minutos esperándola, pero no aparece. Hasta he escogido su maldito peluche por ella.

Un conejo enorme por el que Elliot y Tommy no paran de mirarme y reírse.

Ese par de imbéciles.…

A la mierda.

Dejo el peluche sobre el mostrador del puestecito y comienzo a caminar en la misma dirección por la que Brooklyn se ha ido.

Hay algo que no va bien.

Lo noto.

Pero no sabría decir qué es. Solo sé que se me ha acelerado el puto pulso y que necesito encontrarla ya.

Lo peor es que ni siquiera sé a dónde cojones ha ido con tanta prisa.

Dijo que necesitaban algo para un puesto, pero ¿qué puesto?

La llamaría, pero no tengo su maldito número. ¿Por qué no tengo su maldito número?

Observo con atención mis alrededores mientras paso por cada uno de los puestecitos. Tal vez sea porque hay un huevo de gente, pero el ambiente está raro.

Es como si la energía alegre del festival se hubiera teñido de un gris tétrico y siniestro que le pondría los pelos de punta a Brooklyn.

Respiro hondo.

Calma, Dylan, seguro que está bien.

Seguro que simplemente se ha entretenido con alguna mierda de las suyas.

Hablando con algún pringado, como hace siempre.

Entonces, ¿por qué no me siento en calma?

Justo cuando estoy esquivando a una señora que va cargada con un carrito de bebé y dos niños que la atosigan para que les compre algodón de azúcar, mi móvil suena en el bolsillo.

La estúpida esperanza de que sea Brooklyn hace que descuelgue sin mirar quién mierda es.

—¿Caramelito?

—¿Blake?

Davis.

Mierda.

—Señor, ¿qué pasa?

¿Por qué mierda me llama ahora? No es el momento para esto. Si pudiera le colgaría, pero sé que eso solo me perjudicaría más.

—Blake —Repite y noto la angustia en su voz desde aquí—, dime que estás con mi hija.

Arrugo las cejas.

¿Cómo ha sabido que…?

—No, señor, ¿por qué?

—Joder, joder… —murmura más para sí mismo que para mí. Su evidente preocupación hace que se me activen todas las malditas alertas. ¿Qué le pasa? — ¿Sabes dónde está? No contesta el maldi… el móvil.

—No, de hecho, estaba…

—Blake, escúchame bien —De repente endurece tanto el tono que me quedo paralizado—. Tienes que encontrarla, ¿me oyes? Tienes que encontrarla ahora, por el amor de Dios.

Escucho una voz a través del parlante del móvil que anuncia por un altavoz un número aleatorio y me pregunto dónde estará Davis ahora mismo.

—Estoy en el aeropuerto —responde la pregunta que no le he hecho—. No tengo mucho tiempo ahora mismo para explicarte nada, pero tienes que confiar en mí. Van a por ella, joder.

La tensión me baja de golpe.

—¿Cómo sabe qué…?

—Por lo que más quieras, no me cuestiones ahora, solo… no dejes que le pase nada a mi hija. Encuéntrala y cárgate a quien te tengas que cargar, ¿me oyes? Pero no dejes que la toquen o te juro que…

Se le corta la voz. Está tan exaltado que es incapaz de hablar, nunca lo había visto así… tan alarmado, tan ansioso… en pánico.

—Dylan —Mi nombre en su boca hace que me recorra un escalofrío de la cabeza a los pies —. Por favor, es mi única hija.

No digo nada durante un segundo.

La angustia del momento no me deja hablar. ¿Qué coño está pasando? ¿Por qué Davis está tan alterado? ¿Cómo sabe qué el caramelito está en problemas? ¿Será instinto de Padre?

No puedo pensar.

—Blake, ¿estás ahí?

Asiento automáticamente, hasta que recuerdo que no puede verme.

—No se preocupe, señor. La encontraré.

—Date prisa y llámame en cuanto la localices.

Cuelgo el móvil sin darle una respuesta y vuelvo a guardármelo en el bolsillo. Me está palpitando la puta cabeza.

Es que lo sabía, joder, lo sabía.

¿Y ahora cómo mierda voy a encontrarla?

Joder, cómo le pase algo, yo…

Doy una vuelta en el sitio a ver si de casualidad la localizo por los alrededores, pero es como buscar una aguja en un pajar.

Las luces de los puestos ciegan mi perspectiva y se me cruzan un montón de caras que no son la suya. Hay demasiada gente.

Es imposible que la encuentre aquí.

Me paso las manos por el pelo y tiro de un par de mechones. Joder. ¿Dónde estás, caramelito? ¿Dónde mierda estás?

Comienzo a correr como si me fuera la maldita vida en ello, porque en cierta forma lo hace. Si algo le pasa a Brooklyn por mi culpa, no voy a perdonármelo.

Yo la dejé irse sola aun a sabiendas de que hay un gilipollas suelto que intenta hacerle daño.

Y como lo consiga…

Joder, se me pone la puta piel de gallina. Todo se vuelve rojo cuando pienso en alguien poniéndole las manos encima, borrándole esa sonrisita que se ha vuelto tan malditamente adictiva.

Aprieto la mandíbula y hago el amago de volver a sacar mi móvil para llamar a Tommy, pero el movimiento de una melena rubia a lo lejos me detiene.

Makeila.

Creo que nunca me había alegrado tanto de verla.

—¿Dónde coño está? —escupo en cuanto la tengo a centímetros. Me va el corazón a mil.

La rubia deja la figurita de madera que estaba mirando sobre el puesto y luego se gira hacia mí con esos ojos castaños que no me provocan nada.

—¿Perdona?

—¿Dónde está? —Repito. Estoy a un puto segundo de perder los nervios y Makeila no parece entender de qué estoy hablando—. ¿Dónde está Brooklyn?

—Hola a ti también, eh.

—No tengo tiempo para esta mierda —Doy un paso hacia ella y la sujeto por los hombros. El contacto la toma tan por sorpresa como a mí—. ¿Dónde está?

—No lo sé, hace un rato la llamé para que fuera a por azúcar para uno de los puestos de algodones —dice arrugando el rostro y liberándose de mi agarre—, pero la muy cara dura tiene que haberse entretenido en algún puesto, porque todavía no la ha llevado. Que morro.

Niega con la cabeza, indignada y vuelve a dirigir su atención al puesto de figuritas. Parece estar muy fijada en la figura con forma de niña.

Me paso la mano por la boca.

—¿Y a dónde la has mandado a por azúcar?

—¿Qué más da? Hace rato que la mande, ya no debe estar ahí.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Mi voz suena tan desesperada que por un segundo no la reconozco—. Tengo que encontrarla.

Makeila vuelve a mirarme un segundo. Esta vez parece ver algo en mi cara que provoca que se le ablande la expresión. Ahora en sus ojos brilla la culpabilidad.

—La mandé al almacén que hay por el descampado de la entrada —dice y antes de que pueda salir corriendo de nuevo, me coge del brazo—. ¿Brooklyn… está en peligro?

La miro.

No lo entiendo, pero su rostro se ilumina con una serie de sentimientos entre los que reconozco la preocupación y no puedo evitar querer infundirle algo de calma.

—Ni de coña —suelto y esta vez sí que me voy.

No tardo ni tres minutos en llegar al descampado.

La oscuridad de la zona hace que coloque mi mano sobre la pistola que llevo en la cinturilla

del pantalón.

Apenas se ve nada, pero aun así reconozco una estructura de madera a lo lejos.

Ese debe ser el almacén.

A medida que me acerco, voy dejando atrás el estridente sonido de la música de los puestos y de la gente que pasea. Solo estoy yo, el viento que azota las hojas de los árboles y mis malditos pensamientos intrusivos.

¿Dónde estás, caramelito?

No es hasta que estoy lo suficientemente cerca que realmente veo lo que ocurre. Mis ojos se adaptan a la escena tan rápido que se me pone la carne de gallina.

Brooklyn está tirada en el suelo.

Y hay tres hombres con ella.

Uno de ellos le está pegando patadas en el estómago mientras los otros observan y se ríen. Cuando reconozco a estos dos últimos, todo se vuelve un maldito baño de sangre en mi cabeza.

Ni siquiera calculo lo que hago.

Es automático.

Saco la pistola y apunto al grandullón que está pegándole patadas a Brooklyn. No lo pienso. Disparo y la bala impacta en su puta pierna sin aviso.

—¡Mierda! —Escucho que grita antes de caer al suelo—. ¡Mierda!

La sangre empieza a brotar a montones. Por todas partes. El imbécil trata de taparse la herida, pero no para de salir. Pierde todo el color de la cara incluso antes de que sus amigos reaccionen.

Uno de ellos alza la mirada hacia donde estoy y juro que puedo ver el pánico reflejado en sus ojos cuando me ve.

No pierdo un maldito segundo.

Me acerco a ellos listo para arrancarles la puta cabeza del cuerpo.

Por desgracia, se mueven más rápido de lo que preveo.

Una camioneta se para justo a su lado y antes de que pueda llegar a ellos, ya están arrastrando al grandullón y subiéndolo en la parte trasera.

Corro, pero salen pitando como las malditas ratas que son.

Joder.

Tengo la tentación de salir tras ellos, pero mis ojos buscan a Brooklyn primero. Me agacho a su lado y le sujeto la cabeza con cuidado.

Está prácticamente inconsciente.

Tiene el labio roto y un millón de pequeños moretones esparcidos por toda la cara y el cuello. Ni siquiera soy capaz de levantarle la camiseta para ver cómo tiene el estómago, pero su camiseta está manchada de sangre.

Me están temblando las putas manos.

Todo es rojo y rojo y más rojo. Siento que me falta el aire. Esto es jodidamente culpa mía.

—¿Caramelito? —Acaricio su mejilla con el pulgar—. ¿Preciosa, me oyes?

—¿Dy… Dylan? —Escucho su voz tratando de hacer un esfuerzo por llegar a mí. Apenas puede abrir los ojos, me hierbe la puta sangre.

—No te preocupes, preciosa. Voy a llevarte a casa.

Sujeto su espalda con uno de mis brazos y paso el otro por debajo de sus piernas para levantarla. Su diminuto cuerpo encaja mejor en mis brazos cuando ella inconscientemente apoya

su cabeza sobre mi pecho.

Todo mi cuerpo se endurece.

En el camino hacia mi moto, solo puedo pensar en una cosa.

¿Qué mierda hacía aquí el inglés con el que Brooklyn ligó el día de la fiesta de su padre? ¿Y de qué conoce él al mismo tipo que se metió con ella en el Galimateo?

30

BROOKLYN

Tengo el cerebro apagado.

Noto el tacto de las manos de Dylan contra mis muslos y mi espalda, pero no lo proceso.

Solo quiero acurrucarme contra su pecho y dejar que su adictivo olor a limpio inunde mis fosas nasales y borre cualquier pensamiento intrusivo que me invada.

Estoy temblando.

Cada maldito hueso de mi cuerpo está temblando.

Por suerte, reconozco la calle por encima del hombro de Dylan. Está subiendo las escaleras hasta mi porche, lo que significa que estamos en casa.

Aunque eso no me produzca la paz que espero.

—Ya estamos en casa —dice en un tono suave.

Hace el amago de dejarme en el suelo y yo automáticamente me aferro a su cuello con fuerza.

Dylan suelta una risa que hace que le vibre el pecho.

—¿Cómo quieres que abra la puerta contigo encima?

No digo nada, tan solo escondo más mi cara entre sus bíceps y dejo que sea él el que pille la indirecta. La simple idea de soltarlo ahora me provoca escalofríos.

Dylan vuelve a dejar escapar una carcajada, pero no me obliga hacer nada que no quiera. Todo lo contrario, nos pega a la puerta para alcanzar el pomo con sus manos y se las arregla para abrirla incluso conmigo encima. Una vez dentro de casa, cierra de un empujón.

La luz de las farolas que entra por la ventana es lo único que ilumina el recibidor ahora, dejando a merced de la oscuridad los huecos más alejados. Me acurruco aún más contra Dylan.

—Eres un bebé —Se burla, pero sé que él también está nervioso; puedo escuchar el sonido descontrolado de su corazón vibrar en mi oreja.

No contesto.

Solo disfruto de sentirme segura a su lado. Al menos hasta que sube por las escaleras, entra en mi habitación y me obliga a sentarme en la cama, lejos del calor de su cuerpo.

Enseguida tengo ganas de llorar.

Todo se viene a mi mente en forma de flashback. Yo contra el frío y la soledad del descampado, contra unas manos enormes que me aplastan la cara antes de tirarme al suelo. Yo sola contra la incertidumbre y el terror de lo desconocido.

Por instinto agacho la cabeza para ocultar mi cara entre los mechones negros de mi pelo. No me he visto, pero estoy segura de que debo de estar horrible. Me duelen las mejillas y el cuello y

la frente… en cada uno de esos sitios noto el palpitar de los moretones.

Dylan se agacha frente a mí para que sus ojos grises queden a la altura de los míos.

—Déjame ver.

Intenta sujetarme de la barbilla para alzarme la cara y, aunque me resisto un poco, al final lo dejo. La oscuridad de su expresión se acrecienta en cuanto consigue verme bien.

Sus ojos van de un lado a otro, analizando con cuidado cada uno de los hematomas de mi rostro. Tiene la mandíbula tan apretada que duele.

—Dime cómo puedo curarte —susurra mientras sus dedos acarician con cuidado la zona que une mi mejilla con mi barbilla. El simple contacto me pone la carne de gallina—. ¿Crees que puedes hacer eso?

Trago saliva y asiento.

Dylan me suelta la cara para levantarse y dirigirse al baño. Le cojo de la mano antes de que pueda alejarse mucho. Se queda un segundo quieto para mirarme y enseguida comprende lo que ocurre.

Debe de ver el miedo reflejado en mi expresión, porque dice:

—Tan solo voy a por el botiquín. Volveré en un segundo. No dejaré que te pase nada… —Hace una pausa en la que me deja ver una pequeña grieta en su expresión impasible— Otra vez.

Arrugo las cejas y tengo ganas de decirle algo, pero se deshace de mi agarre con cuidado antes de dirigirse al baño. Tengo que clavar las uñas en el colchón para no ir tras él.

Menos de un minuto después, Dylan cumple lo prometido y regresa a la habitación con el botiquín en la mano.

Lo deja en el suelo y vuelve a agacharse frente a mí.

Esta vez noto la sombra negra que cae sobre sus hombros.

—Muy bien —Abre el botiquín para que pueda ver lo que hay dentro—. Tú me dices, preciosa.

Miro la caja.

No puede curarme los moretones con nada que haya ahí, pero sí puede tratar el corte que tengo en el labio y el que noto justo a un lado de la ceja.

Le señalo un par de cosas y él las saca y las coloca a mi lado sin rechistar. Una vez que sabe lo que tiene que hacer, no dice nada, simplemente coge lo que necesita y deja que esta vez sea yo la paciente.

No puedo evitar removerme en el sitio cuando acerca sus manos para desinfectarme la herida del labio.

Escuece como la mierda, pero no me quejo.

No cuando Dylan se asegura de palpar la zona con cuidado de no hacerme daño. Sus movimientos son demasiado suaves y delicados para unas manos tan grandes y rugosas como las suyas. Está haciendo un esfuerzo por mí.

Quizás para compensar esos pensamientos que deben estar torturándole la cabeza. Lo conozco. Tiene la mirada perdida en la herida de mis labios y una expresión tétrica que afila las facciones de su rostro.

Ni siquiera ha vuelto a conectar sus ojos con los míos desde que ha salido del baño.

—Dylan —La herida del labio se ensancha cuando murmuro su nombre. Tengo que tomarme un segundo para apaciguar el dolor—. Dylan —Repito y esta vez sí que me mira. De solo ver su

iris acristalado, siento la necesidad de decir—: No es culpa tuya.

Él detiene el movimiento de su mano un segundo y deja caer la vista al suelo haciendo que mi corazón se hunda en mi pecho.

—Lo sé —suelta entre dientes.

Pero no lo sabe.

No sabe que si no fuera por él esos imbéciles me hubieran dejado mucho peor de lo que estoy ahora. Notaba la rabia en cada golpe que me asestaban. Querían hacerme daño de verdad.

No a cualquier persona aleatoria.

A mí.

Iban específicamente a por mí.

El shock del momento hizo que fuera incapaz de defenderme. Ni siquiera pude verles la cara, un segundo estaba de pie y al siguiente estaba en el suelo de un puñetazo.

No sintieron piedad.

Y yo solo podía encogerme en el suelo y pensar, ¿por qué yo? ¿Qué les había hecho yo?

Tengo que colocar mi mano en el pecho para contener las náuseas que me provoca el recuerdo.

Dylan fue mi luz al final del túnel.

Mi ángel vestido de demonio.

—No, en serio, no es culpa tuya —insisto, porque no puedo seguir viendo esa expresión de culpabilidad que tiñe su rostro—. Deja de poner esa cara. En todo caso, gracias a ti no me han hecho nada peor.

Dylan aprieta los dientes mientras coloca un poco de pomada sobre la herida de mi labio.

—No tendrían que haberte hecho nada.

—Pero lo han hecho —Le sujeto del brazo para detener el movimiento de su mano. Él no me lo impide. La intensidad de mi mirada hace que clave sus ojos en mí— y no hay nada que tú ni nadie pudiera hacer para evitarlo. Llegaste en el momento correcto y no sabes lo mucho que te lo agradezco.

No necesito nada más.

Estoy profundamente aliviada y agradecida de que Dylan estuviera ahí. Incluso si soy consciente de que esta noche los recuerdos no van a dejarme pegar ojo.

Estoy viva.

Y todo es gracias a Dylan.

El pelinegro se queda mirándome en silencio con el rostro inexpresivo. Vuelve a colocarse esa máscara de indiferencia que no me deja acceder a sus pensamientos, pero tan solo un segundo.

Después, se inclina hacia mí y junta sus labios con los míos en un beso suave que envía una corriente eléctrica por mi espalda.

Mi estómago es una explosión de calor instantánea.

La boca de Dylan hace presión contra la mía provocando que la abra y le dé acceso. El contacto de nuestras lenguas solo dura un par de segundos antes de que se separe de mí de repente.

Se alza y yo imito su acción.

—Perdona —dice rascándose la cabeza y por primera vez puedo ver el rojo que tiñe sus

mejillas. Se ha sonrojado, no puedo creerlo—. No es el momento.

Una sensación de paz invade mi pecho y sonrío.

Ni siquiera lo pienso.

Lo cojo del brazo, lo empujo para que se sienta en mi cama. Me dejo caer sobre su regazo en un solo movimiento.

El pulso se me acelera tanto que estoy segura de que en cualquier segundo voy a desmayarme, pero no me importa. Lo único que me importa es tener a Dylan cerca.

Quiero sentir su cuerpo cerca del mío.

Quiero sentirlo a él cerca de mí.

Y ahora estamos tan cerca que su respiración se entremezcla con la mía y el calor que desprende me quema la piel.

Nuestras caras están a centímetros. Solo haría falta un pequeño movimiento para juntar nuestros labios de nuevo.

Y estoy dispuesta a hacerlo, pero Dylan se me adelanta.

Enrolla su brazo alrededor de mi cintura en un agarre firme y asfixiante antes de aplastar de nuevo su boca contra la mía.

Esta vez el beso es diferente.

Su lengua toma el control por completo y yo no tengo opción de contraatacar. Es un beso rápido y salvaje, me penetra con fuerza y posee cada centímetro de mi boca como en un acto primitivo.

Dejo que absorba mi alma mientras trato de que mi corazón no le robe todo el oxígeno a mi cerebro.

Para cuando consigo colocar mis manos alrededor del cuello de Dylan, mis pulmones ya están suplicando por aire.

Mis manos recorren su nuca hasta acariciar el comienzo suave de su pelo negro. No puedo evitar que mis dedos se deslicen entre sus mechones. Es tan adictivo tocarlo…

Dylan se tensa debajo de mí y atrae mi cuerpo aún más hacia el suyo.

Mantengo las piernas juntas y temblorosas sobre sus muslos. Él baja una mano y la coloca contra ellas para que se estén quietas. No puedo escapar ahora.

Y menos cuando comienza a acariciar la zona con el pulgar. Solo dura un momento en el que me eriza la piel, después se detiene y coloca la mano cerca de la zona que roza con mi pelvis. Sus dedos se deslizan por el interior de mi muslo.

Dios.

Es la primera vez que Dylan me toca tan abajo y cada maldita fibra de mi cuerpo lo nota. Ni siquiera quiero moverme, por si se da cuenta de que está llevando su mano hacia zona prohibida.

Una parte de mí me grita que lo detenga.

Que estoy adolorida y no es el momento de que me recorran tantas emociones de golpe.

Pero es solo una pequeña parte.

El resto de mí ansía sentir como presiona sus dedos contra mi centro y los deja ahí durante un par de segundos. Mi espalda se curva ante un repentino latigazo de placer.

—Dylan… —Su nombre sale de mi boca en un jadeo.

—¿Sí, caramelito?

Antes de que pueda abrir la boca de nuevo, esconde su cara en el hueco que hay entre mi

hombro y mi cuello.

Pego un saltito debido al roce de sus labios contra mi piel caliente.

Dios, me va a matar.

—Tenemos que parar —digo, aunque sea lo último que me apetece.

Si continuamos por este camino no voy a ser capaz de aguantar. Ya me siento débil de por sí, mi cuerpo no podría resistir el tornado que supone Dylan para mí. Me deja seca, descolocada, con mis pensamientos siempre gravitando a su alrededor.

Aunque eso último tal vez no me venga del todo mal teniendo en cuenta la situación.

Noto la respiración fuerte de Dylan hacerme cosquillas en el cuello antes de escuchar un ligero:

—Lo sé.

Coloca ambas manos en mi cintura para bajarme de su regazo y sentarme de nuevo en la cama. Un vacío enorme y repentino me recorre todo el cuerpo.

No me detengo a mirar a Dylan a la cara, la vergüenza baila en mi pecho con zapatos de aguja y lo único que quiero hacer es arrastrarme hasta el cabezal de la cama y tumbarme boca abajo sobre mi almohada.

Tengo grabado sobre mi piel el tacto rugoso de sus manos y eso será suficiente para alimentar mis fantasías por el resto de la noche.

Sorprendentemente, Dylan no se va o trata de hacer que me levante para acabar de curarme las heridas. Se deja caer a mi lado con la misma expresión derrotista en el rostro.

Lo miro de reojo.

Se ha tumbado boca arriba, con las manos tras la cabeza y las piernas cruzadas. Ni siquiera me mira. Tiene los ojos grises clavados en la pared. Parece estar perdido en sus pensamientos.

No le presta atención al sonido descompasado de nuestras respiraciones o al hecho de que tengo mis ojos fijos en él. Aunque lo note, porque sé que lo nota.

Por un segundo tengo ganas de reír.

Hace un par de semanas que Dylan y yo estuviéramos tumbados en la misma cama, hubiera sido impensable.

Para mí él solo era el cabrón sin corazón que trabajaba para mi padre y para él yo solo era la niñita mimada de papá. Y seguramente todavía lo soy y más después de lo que le dije esta mañana en la cocina.

De como amenacé con utilizar a mi padre para inmiscuirme en su trabajo.

Dylan es un gruñón, pero detrás de esa fachada fría e indiferente, solo hay una persona que desea que le dejen hacer su puto trabajo en paz.

Y desde que está aquí, yo me he encargado darle pura guerra.

Una ola de arrepentimiento me recorre el pecho. Quizás por eso me encuentro abriendo la boca para soltar:

—Siento haberme metido en tus asuntos.

Dylan gira la cabeza hacia mí y puedo ver por fin la profundidad de sus ojos.

—¿Qué?

—Siento haberme metido en tus asuntos. Ya sabes, con el tema de Asher y tal. Lo siento, no volverá a pasar.

Dylan vuelve a girar la cabeza con una media sonrisa que manda mariposas por todo mi

estómago, pero no dice nada.

Yo por desgracia, no puedo mantener la boca cerrada.

—Solo por curiosidad —Dylan pone los ojos en blanco y sé que es consciente de que voy a volver a empezar con lo mismo— y te prometo que no vuelvo a preguntar sobre el tema, pero… ¿Has pensado alguna vez que Asher podría no ser el culpable?

Necesito saberlo.

Necesito saber si Dylan también piensa como mi padre.

Solo necesito saber eso y dejaré el tema en paz para siempre. Dos agentes del FBI tan capacitados no pueden estar equivocados, después de todo.

Dylan se toma un minuto para debatir su respuesta. Al final suelta en un suspiro:

—Tal vez, pero tu padre está obsesionado con él, así que tampoco importa mucho.

—Mi padre es un cabezota —admito y juro que puedo ver a Dylan tratando de ocultar otra sonrisa— y, aunque suele tener razón, creo que esta vez está equivocado.

—¿De verdad crees que tu amante no es culpable?

Le empujo del hombro.

—No lo llames así —chisto— y sí, yo de verdad creo que Asher no es el culpable. ¿Y sabes que creo también?

—Sorpréndeme.

—Que tú piensas lo mismo que yo.

Se le tensan los músculos a través de la camiseta y ahí es cuando sé que he dado en el clavo.

Dylan también debe pensar que es muy raro que haya aparecido el dinero de la gala entre las cosas de Asher.

Que es muy raro que alguien tan como… Asher… haya podido montar solo un robo y un asesinato el mismo día.

Es raro.

Raro de cojones.

Y ninguna prueba va a convencerme de lo contrario.

—Da igual lo que yo piense —dice Dylan—. Las pruebas apuntan a él. Ya lo has visto.

—Por favor, Dylan, eres un agente especial al mando, yo creo que puedes ver más allá de cuatro pruebas tontas.

—¿Qué sugieres tú entonces?

—No sé… —Se me escapa un bostezo y me acomodo mejor en la cama—, pero si pensamos juntos, no sé, tal vez lleguemos a algo…

Otro bostezo.

—Seguro que sí.

El cansancio del día cae sobre mis hombros tan de repente que me pilla por sorpresa. Cierro los ojos un segundo para descansar, pero mi mente se mantiene lo suficiente activa como para escuchar a Dylan.

—¿Sabes? Ha sido gracias a tu padre en realidad.

—¿Qué? —Mi voz sale amortiguada por la almohada.

—Gracias a tu padre pude estar en el momento justo para salvarte. Él sabía lo que iba a pasar.

Ni siquiera estoy segura de estarlo entendiendo bien.

¿Mi padre lo ayudó a salvarme?
No entiendo nada.
—Oh —bostezo— ¿Cómo sabía mi padre lo que estaba pasando?
—No lo sé, pero pienso averiguarlo.
Asiento o eso creo, porque antes de darme cuenta caigo dormida en los brazos de Morfeo.

31

DYLAN

Hay alguien abajo.

Y no se esfuerza por ocultarlo.

Escucho sus movimientos desde aquí. Parece estar chocando aposta contra todo lo que se encuentra.

¿Qué hora es?

Miro el reloj que tiene Brooklyn en la mesita de noche.

Todavía no son ni la una de la madrugada. Es imposible que los chicos hayan vuelto ya. Si fuera por ellos vivirían en la maldita calle.

¿Entonces quién coño es?

Tal vez sea Davis, pero dudo que entrara a su casa montando ese escándalo.

No puedo evitar que la sensación de que algo va mal me oprima el pecho. Quizás es cosa mía. Quizás es culpa de los sucesos de las últimas horas, pero no puedo arriesgarme.

Brooklyn se ha quedado dormida a mi lado y es la primera vez en días que la veo tan en paz. Parece un puto angelito con el pelo negro y largo regado por la almohada y ese movimiento involuntario que hace su naricita mientras duerme.

Está tranquila.

A mi lado.

Por fin.

Aprieto la mandíbula.

No quiero dejarla sola otra vez. No quiero dejarla sola nunca. Pero como de verdad haya un puto intruso tal vez sea peor si me quedo aquí con ella.

Le coloco detrás de la oreja un mechón de pelo que ha quedado suelto. Su piel suave contra la rugosidad de mis manos hace que quiera volver a tocarla al instante, pero me contengo.

Primero necesito comprobar quién está abajo.

Después volveré aquí y no me separaré de ella, si no me lo pide.

Lo tengo claro.

Tal vez esté cometiendo el mayor error de mi vida, pero quiero tenerla cerca siempre. Quiero tocarla sin sentirme culpable. Ahora mismo me importa una mierda su padre.

Los muelles de la cama suenan cuando me levanto a pesar de que voy con mucho cuidado. El caramelito se remueve en el sitio, pero no abre los ojos. Tan solo se acomoda en la almohada.

La luz de la luna que entra por su ventana ilumina lo suficiente la estancia como para que no me haga falta coger el móvil y encender la linterna. Llego a la puerta sin problemas. Antes de

salir, le echo otro vistazo rápido a Brooklyn.

Cuando cierro la puerta, el ruido de antes se hace más fuerte en mis oídos.

¿Quién mierda será?

Bajo las escaleras con una mano sobre la pistola que tengo en la cintura y la otra sobre la barandilla. No hay ni una sola luz encendida, así que lo único que me guía hacia el recibidor es el maldito ruido y el recuerdo de los escalones bajo mis pies.

Ya me va bien.

Es más fácil atrapar a un intruso cuando no te espera.

Una vez que estoy en el recibidor, me quedo quieto, dándole a mis ojos un segundo para adaptarse a la oscuridad. No parece haber nada fuera de lugar. La puerta está cerrada y todos los muebles están en su sitio.

Al menos eso creo.

Las llaves que estaban en el cuenco junto al espejo ahora están en el suelo.

Alzo la cabeza de golpe cuando oigo el ruido sordo de algo cayendo.

Viene del puto despacho de Davis, a la izquierda de la puerta principal.

Me dirijo hacia allí.

Es automático, ni siquiera lo pienso, abro la puerta de golpe y me doy solo un par de segundos para analizar la estancia.

Casi desenfundo la pistola cuando veo una figura tirada en la silla que hay detrás del escritorio.

Es la agente Jack.

Dejo escapar el aire de mis pulmones.

Está sentada con los pies sobre el escritorio y la cabeza colgando en el vacío. No le importan los papeles que aplasta con sus botas de montaña, la lámpara que ha tirado al suelo de una patada o el puto dolor de cuello que va a tener por la mañana.

Está prácticamente noqueada en la silla.

Se me tensan los músculos.

—¿Jack?

Doy un paso al frente y ella pestañea un par de veces mirando a la nada, pero no reacciona. No al principio al menos. Tras un par de segundos le da una especie de convulsión y coloca la cabeza recta en la silla.

Me quedo quieto.

—¡Blake, hombreeee!, ¿quéééé tal? ¿Com… cómo tú porrrr aquí?

Arrugo la nariz cuando me llega una horrible peste a alcohol.

Ni siquiera me había dado cuenta, pero Jack tiene en la mano una botella de vino que sujeta a duras penas. No parece que pese nada, de hecho, diría que está vacía.

Mierda.

—Jack —Doy otro paso al frente con cuidado. Mi cerebro no acaba de procesar la escena, pero sé que, si me muevo más rápido, solo voy a conseguir espantarnos a ambos—. ¿Jack, estás bien?

—¿Yo? —Se ríe como una maldita desquiciada— Divinamennnteee.

Abro los ojos de golpe cuando trata de acomodarse en la silla y esta se balancea. Tengo que correr hacia ella para asegurarme de que su trasero no acaba en el suelo.

A la mierda la calma.

Le bajo los pies del escritorio y coloco bien su espalda contra la silla un par de veces hasta que se queda quieta. Sus ojos negros van del suelo a mi cara, pero ni siquiera estoy seguro de que sea verdaderamente consciente de que estoy aquí.

Está en otro mundo.

Parece un puto fantasma.

Tiene el pelo enredado en un moño medio deshecho y la camisa blanca manchada de algo pringoso y rojo que quiero suponer que es vino seco.

Noto su palidez incluso a través del tono oscuro de su piel.

No está bien.

Para nada.

Y aunque Jack nunca ha sido mi persona favorita del equipo, no puedo evitar sonar preocupado cuando pregunto:

—¿Ha pasado algo? ¿Por qué estás así?

Ella se aparta unos mechones imaginarios que se le pegan a la cara por el sudor.

—Define pasar algo.

—¿Te ha ocurrido algo a ti? ¿Está todo bien? —No contesta, pero ahora ya no puedo dejar pasar el tema. Apoyo la mano sobre la silla y la giro hacia mí—. ¿Está todo bien, Jack? —repito y me aseguro de que note la seriedad en mi tono.

Esto no es normal, Joder.

Está borracha.

En el puto despacho de su jefe, de su inseparable mejor amigo.

Está claro que pasa alguna mierda importante que no quiere contar. Alguna mierda que está haciendo que se pierda en sí misma.

Jack asiente. Dos veces. Pero ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos cuando lo hace.

—¿Estás segura? Has estado rara desde que volviste de Nueva York, lo hemos notado todos. Hasta Brooklyn. Y ahora resulta que estás borracha —Le quito la botella de vino de la mano cuando veo que se le empieza a caer y la coloco en el escritorio. Jack no se resiste—. En el despacho de Davis, por el amor de Dios. No te pega nada.

Sigue sin decir ni una palabra.

—Sé que tú y yo no somos los mejores amigos, pero si ha pasado algo, lo que sea, puedes contármelo.

Espero un segundo a que vea la sinceridad en mis ojos.

Me siento como el caramelito indagando en temas que deberían importarme una mierda. Y estoy pensando en dejarlo correr, pero la morena se tapa la cara con las manos y suelta un sollozo involuntario.

Frunzo el ceño.

No entiendo nada.

—Lo he pillado, Blake, lo he pillado —gimotea y yo estoy cada vez más confuso.

—¿Qué?

—¿Sabes por qué he vuelto antes de Nueva York? —murmura contra sus manos. De repente parece habérsele bajado todo el alcohol de golpe— Porque he pillado al cabronazo de Nil follándose a la mujer del director Richards.

Me quedo parado.

¿Davis y la mujer de Richards?

¿Qué?

No puede ser.

Alejandra y Richards llevan como veinte casados y juro que son una de las parejas más feliz que he visto. Cuando se miran a los ojos solo ves amor, ese amor adolescente tan empalagoso que en teoría debería marchitarse con el tiempo.

Además, Alejandra es una mujer muy dulce, muy inocente…

No me cabe en la cabeza que alguien así pueda estarle poniendo los cuernos a su marido, aunque es verdad que no siempre es oro todo lo que reluce.

Y la expresión de la agente Jack es tan sombría, tan real… que es imposible que esté mintiendo.

Mierda.

Se me oprime el pecho al pensar en el pobre Richards.

Cuando se entere se le va a partir el alma.

Pero me duela más o menos, realmente no es asunto mío. Que el cabrón de Davis se esté tirando a Alejandra no es un delito. Es una putada de las gordas, sí, pero no es un delito. Al final tanto él como la mujer de Richards son dos personas adultas capaces de tomar sus propias decisiones.

Es por eso que no encuentro otra cosa que decirle a Jack que no sea un:

—¿Y?

La mirada que me lanza hace que tenga ganas de retroceder un paso.

—¿Y? ¿Has escuchado lo que he dicho?

Siempre he pensado que Jack tenía sentimientos ocultos por Davis, siguiéndolo como un perrito faldero a todas partes y mirándolo como si fuera la última Coca-Cola del maldito desierto.

Ahora me lo acaba de confirmar con esa forma tan tétrica de abrir y cerrar las fosas nasales solo porque le cabrea que se esté tirando a otra.

Está claro que a ella le ha afectado muchísimo.

Probablemente mucho más de lo que le va a afectar al propio Richards.

A mí personalmente me la suda.

—Bueno, da igual —dice y se tira contra la silla, derrotada—. Tampoco esperaba que entendieras que hay mal con eso. Eres un hombre, después de todo, pero no fue exactamente por eso que volví antes.

Me apoyo de brazos cruzados contra la madera del escritorio, frente a ella.

Para este punto, ya ni siquiera me importa la hora que es o lo surrealista que es esta situación. El maldito drama de Jack ha hecho que deje a Brooklyn sola en la cama, no pienso irme sin tener toda la información.

—¿Ah no?

—No. Volví porque Nil me pidió que lo hiciera… me obligó, más bien —Su voz va bajando a medida que habla, como si se avergonzará de esto último.

Alzo una ceja.

—¿Cómo que te obligó?

—Antes de que ambos se dieran cuenta de que estaba ahí, viendo como se besaban y se… —Mueve la cabeza como si intentara borrar el recuerdo de su mente—. Escuché a Nil decirle algo a Alejandra. No sé qué de llegar juntos a la cima en cuanto derrocaran a Richards.

Esta vez sí que paro las orejas.

—¿Derrocar a Richards?

Jack me mira y asiente.

—Sí, no llegué a escuchar mucho más porque me pillaron. Fingí que no había escuchado nada, pero Nil no es imbécil.

No.

Está claro que imbécil no es.

De hecho, quizás sea hasta más listo de lo que yo creía, el muy cabronazo.

Me muerdo el interior de las mejillas.

—¿Crees que está utilizando a Alejandra para escalar puestos?

No me importa una mierda con quién se acuesta o deja de acostarse Nil Davis, pero no pienso dejar que le arrebate también el puesto al único hombre que me hace de figura paterna.

Ni de coña.

Jack se queda un segundo mirando a la nada, evaluando mi pregunta y después dice:

—No lo sé, es un poco rastrero, pero llegados a este punto, tampoco me sorprendería. Nil ha estado muy raro últimamente.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Ha estado reuniéndose y hablando en privado con gente rarísima que no conozco de nada. Cuando volví de Nueva York, después de lo que vi, me dio por investigar un poco, ver en que más estaba metido…

—¿Y?

No puedo disimular mi impaciencia.

—No encontré nada. Nil es bueno manteniendo sus cosas en privado, pero te juro que los tipos con los que se ha estado reuniendo… como los de la fiesta que montó, por ejemplo, parecían todos sacados de la mafia, ¿no crees?

Sacados de la mafia…

De repente algo en mi cerebro hace clic.

¿Y si Jack no está tan equivocada?

¿Y si esos tipos de verdad son de la mafia?

Después de todo, Tommy me dijo que el cabrón que se metió con Brooklyn en el Galimateo forma parte de una banda criminal. Y es el mismo que se ha compinchado esta noche con el inglés repipi de la fiesta de Davis, para hacerle daño a Brooklyn.

La hija de Davis.

El mismo que me llamó porque sentía que estaba en peligro.

No lo sentía, lo sabía.

Sabía que esos hijos de puta iban a por Brooklyn, porque tiene algo con ellos. Algo que estoy seguro como la mierda de que no es legal.

Joder, joder, joder.

Me levantó de la mesa cuando otra idea ilumina mi mente.

¿Qué pasa si esos fueron los mismos tipos que se colocaron por el tejado para dispararle a

Brooklyn? ¿Qué pasa si todo esto no es una maldita casualidad?

—Jack…

—Y eso no es todo, Blake —Me interrumpe ella antes de que pueda preguntarle nada—. Richards no mandó a llamar a Nil por asuntos aislados, resulta que ha habido una anomalía en el caso de Wolf. Se cree que alguien de dentro ha falsificado las pruebas…

Antes de que Jack pueda acabar, escucho una voz que reconozco a la perfección, llamarme.

—¿Dylan?

Es Brooklyn.

Está despierta.

—Mierda —murmuro por lo bajo y centro mis ojos un segundo en Jack—. No hemos acabado con esto.

Ella niega en silencio y se levanta para seguirme fuera del despacho de Nil.

Brooklyn está de pie en las escaleras, enrollada en su manta mientras mira alrededor, confusa. Su expresión adormilada cuando da con nosotros, la hace ver demasiado adorable para su propio bien.

—¿Blue? —Arruga las cejas al ver a la morena—. ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Jack abre la boca para responder, pero no le da tiempo. La puerta principal se abre de golpe, estampándose contra la pared.

El repentino ruido nos pone a todos en alerta.

Me doy la vuelta junto con Jack.

Es Davis.

Y no viene solo.

Está acompañado del maldito cuerpo policial de Beaufort.

Esto no me da buena espina.

—Es él, podéis llevároslo —escupe con la vista fija en mí.

Los policías asienten y se acercan con una expresión menos asqueada que la que tiene Davis ahora mismo en el rostro.

—¿Qué está pasando? —pregunto al primer agente que se me pone delante.

—¿Dylan Blake? —Asiento—. Queda usted detenido por posible falsificación de pruebas, entre otros delitos. Por favor, acompáñenos.

—¿Qué? —Escucho que sueltan Jack y Brooklyn a la vez.

Esta última se acerca corriendo donde estoy, pero su padre se interpone en su camino antes de que pueda llegar a mí.

Maldito cabronazo.

—Papá, ¿qué está pasando? —La preocupación en el tono del caramelito, hace que se me encoja el corazón—. ¿Por qué se lo llevan?

Davis no responde.

Solo me mira como si por fin hubiera conseguido aplastar al mosquito desagradable que se había colado en su habitación.

Esta mierda no puede estar pasando de verdad.

—Señor agente, con todo el respeto, pero no sé de qué me habla —Trato de mantener la calma, pero ahora mismo lo único que me apetece es girarme y pegarle un puñetazo al imbécil de Davis. Estoy seguro de que esto es cosa suya—. ¿Qué pruebas? ¿Qué falsificación? Puede ser

más específico.

—Se lo explicaremos todo en comisaria, por favor —El policía me hace un gesto para que lo siga fuera de la casa.

Yo me quedo quieto un segundo.

Miro a Jack que se encuentran tan confusa como yo o más.

Y a Brooklyn, que lucha contra su padre para llegar a mí.

Solo con ver su carita consternada, sé lo que tengo que hacer ahora.

—Está bien —No me resisto—. Los acompañaré.

Los policías me escoltan hasta la puerta. Trato de no pensarlo mucho, de no darle vueltas al hecho de que creo que me han tendido una trampa.

Y no cualquiera, sino el padre de la chica por la que estaría dispuesto a ir a la maldita cárcel.

—¡Dylan! ¡Dylan, por Dios!

Escucho su voz de pajarito tras mis espaldas, pero no me giro. Ya no. Aun a sabiendas de que tal vez sea la última vez que vea a mi caramelito.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi familia y a mis seres queridos por apoyarme incluso cuando mi futuro parecía de todo, menos brillante. Pero, sobre todo, gracias a ti, mi preciado lector. Gracias por confiar en mí y gracias por hacer de mis personajes tu hogar de paso. Espero encontrarte de nuevo en *El veneno de tu roce,* la segunda parte de *A un roce de lo prohibido,* pero si no, ha sido un placer entretenerte.

Gaby

ACERCA DE LA AUTORA

Gabriela Riera nació en República Dominicana y se mudó a España con su familia a los siete años. Para afrontar los duros cambios, se refugió desde pequeña en la lectura y en la escritura. Crear mundos nuevos era su forma de evadirse de la realidad. Cuando empezó la secundaria y descubrió la plataforma de lectura online, Wattpad, ya no hubo vuelta atrás.

Gabriela, bajo el pseudónimo de GabyEmeRier, lleva desde los doce años en la plataforma, deleitando a miles de lectores alrededor del mundo con sus novelas de romance y misterio. *A un roce de lo prohibido,* su novela más reciente, ya supera las 300 mil lecturas online y, su segunda parte, va por el mismo camino.